

LUIS GARCÍA JAMBRINA

EL  
MANUSCRITO  
DE NIEBLA



  
ESPASA

# Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Dedicatoria

Cita

Nota del autor

I

II

III

IV

V

VI

VII

VIII

IX

X

XI

XII

XIII

XIV

XV

XVI

XVII

XVIII

XIX

XX

XXI

XXII

XXIII

XXIV

Agradecimientos y deudas

Créditos

**Gracias por adquirir este eBook**

Visita [Planetadelibros.com](https://planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!**

Primeros capítulos  
Fragmentos de próximas publicaciones  
Clubs de lectura con los autores  
Concursos, sorteos y promociones  
Participa en presentaciones de libros

**PlanetadeLibros**

Comparte tu opinión en la ficha del libro  
y en nuestras redes sociales:



**Explora**

**Descubre**

**Comparte**

## Sinopsis

A comienzos del siglo XVI, un tipógrafo aparece muerto de forma violenta en una imprenta de Salamanca. El lugar está completamente destrozado y ha desaparecido el original de un nuevo libro del célebre humanista Antonio de Nebrija. El catedrático le encarga a su antiguo alumno, el pesquisidor Fernando de Rojas, que averigüe quién mató al cajista y encuentre el manuscrito robado. La tarea no va a ser fácil, pues Nebrija cuenta con muchos enemigos dentro del Estudio salmantino por sus numerosos enfrentamientos con otros catedráticos, debido a su guerra abierta contra la barbarie que asola la Universidad y por considerar que la gramática ha de estar por encima de las demás disciplinas y saberes, ya que es la base y el instrumento del que todas ellas se sirven. Esto hace que Rojas tenga que enfrentarse a los enemigos de la imprenta y de las nuevas ideas, simbolizados por esa niebla perpetua que cubre en otoño e invierno la ciudad de Salamanca e impide ver la luz.

Esta es la sexta entrega de la exitosa serie de Luis García Jambrina protagonizada por Fernando de Rojas, autor de *La Celestina*. Ambientadas a finales del XV y en el primer tercio del XVI, sus novelas han encontrado el favor del público por haber sabido conjugar la amenidad con unas tramas tan entretenidas como espléndidamente documentadas.

El año 2022 se conmemora el quinto centenario de la muerte de Nebrija, cuyo legado se recordará con numerosos actos. Por otra parte, el inicio de la imprenta en Castilla es un mundo muy atractivo y poco conocido para el lector común.

# EL MANUSCRITO DE NIEBLA

Luis García Jambrina



*Para mi madre  
y para mi hija, siempre.  
Para Teresa, absolutamente.*

*A la memoria de Elio Antonio de Nebrija  
y en agradecimiento a Pedro Martín Baños.*



*Et impressores librorum multiplicantur in terra:* y los impresores de libros se multiplican sobre la tierra.

WERNER ROLEVINCK, *Fasciculus Temporum* (1474)

*Est virgo hec penna, meretrix est stampificata:* la pluma es una virgen; la imprenta, una meretriz.

FRAY FILIPPO DI STRATA (1492)

¿Qué diablos de servidumbre es esa, o qué dominación tan injusta y tiránica, que no te permite, respetando la piedad, decir libremente lo que piensas? ¿Qué digo «decirlo»? Ni siquiera escribirlo escondiéndote dentro de los muros de tu casa, o excavar un hoyo y susurrarlo dentro, o al menos meditarlo dándole vueltas en tu interior.

ANTONIO DE NEBRIJA, *Apología* (1507)

Tener un proceso significa haberlo perdido ya.

FRANZ KAFKA, *El proceso* (1925)

## Nota del autor

*El manuscrito de niebla* constituye una nueva entrega de lo que he dado en llamar «Los manuscritos secretos del pesquisidor Fernando de Rojas», tras la publicación hace justo un año del titulado *El manuscrito de barro*. Con ellos se amplía la serie iniciada con la tetralogía de *Los cuatro elementos*. Tal y como se indicaba en el anterior, estos nuevos «manuscritos» fueron hallados a raíz del derribo de una vieja casa en el casco histórico de Talavera de la Reina, donde, según los expertos, pudo haber vivido algún descendiente de Fernando de Rojas. Entre los escombros de la vivienda, apareció un viejo arcón con varios «manuscritos» sobre el célebre escritor y pesquisidor de los que no se tenía noticia, ya que no se mencionan en ninguno de los publicados hasta entonces ni en ninguna otra parte. En ellos se narran algunos casos que han permanecido ocultos durante cinco siglos, tal vez porque en su día así lo demandaron las autoridades pertinentes o los familiares de las víctimas, o puede que por miedo a la censura y al Santo Oficio, o debido a alguna otra circunstancia relacionada con los crímenes de los que en ellos se da cuenta. El que aquí ofrecemos se sitúa, cronológicamente, entre *El manuscrito de nieve* y *El manuscrito de aire*, y tiene como protagonista, junto a Rojas, al gran humanista y gramático Antonio de Nebrija (1444-1522).

Recientes investigaciones académicas han confirmado que todos los «manuscritos» fueron redactados, en primera instancia, por mi antepasado Alonso Jambrina, ayudante del pesquisidor en los últimos diez años de su vida y esposo de una hija natural de este, llamada Isabel, y al que

podríamos llamar con justicia el «antiguo autor». Para ello partió de las declaraciones y confidencias del propio Rojas, así como de los documentos y anotaciones que, poco antes de su muerte, el célebre escritor le entregó con ese fin. Yo me he limitado a revisar y reescribir tales «manuscritos» para que resulten más comprensibles por los lectores actuales. Confío en que de nuevo el esfuerzo y la espera hayan merecido la pena.

# I

*Salamanca, 25 de noviembre de 1506*

Hacía ya rato que se había hecho de noche, pero Bartolomé de Vadillo todavía seguía trabajando en la imprenta de Juan de Porras. Situada en la rúa Nueva, entre San Isidro y el Desafiadero, justo enfrente de las Escuelas Mayores del Estudio salmantino, era una de las principales y más afamadas de la ciudad. El hombre tendría unos cincuenta y cinco años. Era de estatura mediana y de complexión gruesa. Tenía el pelo ralo, los ojos grandes, la nariz aplastada y la boca pequeña. Vestía un mandilón manchado de tinta y, en la cabeza, una gorra ya muy gastada.

Como casi todos los días, los penúltimos en marcharse habían sido el propio Juan de Porras, que, además de ser impresor o moldero, tenía tienda de libros en una casa contigua; Benito Suárez, el encargado de preparar la tinta o batidor; y Andrés Lobera, que era el que colocaba el papel y manejaba la barra de la prensa, llamado por ello tirador. Bartolomé se había quedado para componer y corregir las galeradas de un libro de Antonio de Nebrija, catedrático de Gramática del Estudio, que en ese momento estaban imprimiendo. Este era con diferencia el principal autor de la casa y también el más exigente. Por lo general, a la caída del sol se pasaba por el taller para revisar el trabajo de la jornada. Pero esa tarde no había ido, probablemente por algo relacionado con su trabajo en la universidad; de hecho, siempre se andaba quejando de que estaba obligado a impartir muchas lecciones y asistir a los claustros y otras zarandajas, lo que apenas le dejaba tiempo para

sus libros. No obstante, siempre que podía se dejaba caer por allí, pues vivía muy cerca.

El maestro Nebrija no era de esos que escribían sus obras, las vendían o cedían al mejor postor y luego las abandonaban a su suerte. A él le gustaba cuidarlas con mucho celo durante todo el proceso de impresión y no dudaba en intervenir cuando lo consideraba necesario con indicaciones certeras y precisas, pues parecía haberse criado a los pechos de una imprenta y en ella se movía como pez en el agua o, mejor todavía, como calamar en la tinta. Él era, por ejemplo, el que elegía los tipos, ya que, como buen latinista, sentía predilección por los redondos o romanos, por considerarlos más legibles y elegantes que los góticos. Tampoco le importaba mancharse las manos. A pie de prensa, revisaba y corregía una y otra vez las pruebas que se hacían antes de la impresión definitiva, hasta que quedaban a su plena satisfacción.

Pero los días en los que no podía pasarse, por la razón que fuera, esa labor tenía que llevarla a cabo Bartolomé, que era el único en el que Nebrija confiaba, ya que tenía conocimientos ortográficos y sabía algo de latín. La tarea, desde luego, no era fácil. No en vano el catedrático de Gramática era el autor más puntilloso que el oficial había conocido nunca. Para él las palabras eran algo sagrado; de ahí que le disgustara tanto cualquier errata o error, por pequeño que fuera. El más mínimo desliz o alteración era como una blasfemia, peor aún, como una profanación y un sacrilegio contra la santidad e integridad de la lengua y no solo del texto en cuestión. Así que Bartolomé tenía que hilar muy fino y andarse con mucho cuidado, aunque para ello tuviera que echarle muchas horas. Su trabajo estaba, además, supervisado por el maestro impresor, que también era muy exigente.

Por suerte, al oficial no le importaba quedarse hasta muy tarde en el taller, en medio de un completo silencio, pues hacía tiempo que había enviudado y nadie lo esperaba en casa. Le encantaba, además, el olor a tinta y a papel mojado, que no era precisamente agradable, sino más bien acre y espeso, de esos que se agarraban a la nariz. Y es que para él la imprenta era

como un templo. Allí era donde se obraba cada día el milagro de la conversión del papel y la tinta en cuerpo y sangre de la palabra escrita. En esa iglesia había varias capillas, donde se realizaban los diferentes trabajos preparatorios, como sacar los punzones, elaborar las matrices, fundir los tipos o letras con el molde correspondiente, hacer la tinta, humedecer y secar el papel, componer las líneas, corregir las galeras... Pero el altar mayor era la prensa. En la casa de moldes de Juan de Porras había dos y en ellas se oficiaba cada día el gran misterio de la impresión, aquel por el que el verbo se hacía carne de papel y venía al mundo para redimir a los hombres de la maldita ignorancia, que era el verdadero pecado original de la especie humana.

Como en todos los templos, en él había un sacerdote, Juan de Porras, que era el maestro de los moldes, varios acólitos u oficiales, y un sacristán y un monaguillo, que eran los aprendices. Bartolomé era el cajista o componedor. En ese momento se hallaba sentado frente a las cajas que contenían los diferentes tipos o letras, tanto mayúsculas como minúsculas, y demás signos y espacios, cada uno en un compartimento o cajetín de mayor o menor tamaño, según los casos. Su labor consistía, precisamente, en componer las líneas del texto de cada página con los tipos móviles, colocándolos en un pequeño receptáculo de madera, y lo hacía con tal habilidad que podía llegar a manejar hasta mil de ellos en una hora, por lo que solía decir que «escribía en metal». Y lo mejor era que apenas cometía errores. De ahí que fuera la parte favorita de su compleja tarea.

Una vez compuestas las líneas correspondientes, junto con el titulillo, el número de folio y la línea de reclamo, las trasladó a las galeras de la prensa, unas piezas guarnecidas por tres de sus lados con la medida aproximada de las páginas del libro que se iba a imprimir, pues los había de diferentes tamaños. Bartolomé miró satisfecho su trabajo mientras se limpiaba las manos con un trapo. A la galera ya dispuesta para estampar se la llamaba

plana o molde. Esta se combinaba con las otras planas del mismo pliego hasta constituir una forma, que era lo que se imprimía de una vez.

Bartolomé terminó de montar y organizar la forma sobre la prensa con el fin de que al día siguiente, nada más llegar los operarios, pudieran tirar una prueba de esas páginas. Se llamaba así porque su función era poder descubrir cualquier posible error de composición en el texto. Esta era revisada por el cajista, que con la ayuda de un punzón sacaba los tipos que debían ser sustituidos e introducía los correctos con gran destreza. Sin duda era la parte más delicada de su trabajo. Después de realizadas las enmiendas, se efectuaría la segunda prueba, que sería revisada por el autor y por el propio Bartolomé, por ser el oficial más antiguo y preparado. Y el proceso se repetiría tantas veces como fuera necesario o, como en este caso, exigiera el autor.

La obra de Nebrija que estaban imprimiendo se titulaba *Iuris civilis lexicon*, un libro destinado a armar cierto revuelo en el Estudio salmantino, ya que en él el autor reclamaba su derecho a adentrarse en territorios ajenos a su disciplina, que era la gramática, tal vez la más humilde, pero al mismo tiempo la más importante de todas, pues en ella se apoyaban, en su opinión, las demás. De ahí que Juan de Porras le hubiera mostrado al cajista su preocupación por el escándalo que el libro podría provocar entre los catedráticos de Leyes, todos ellos clientes de la casa en mayor o menor medida.

De repente llamaron a la puerta. Bartolomé pensó que podía ser el maestro Nebrija, pero enseguida recordó que él tenía llave del taller debido a la confianza que el dueño le tenía, y se levantó para abrir. Cuando la franqueó, descubrió que se trataba de dos enmascarados. El cajista se alarmó e intentó volver a cerrarla, descargando todo su cuerpo sobre la hoja, pero ya era demasiado tarde. Uno de los asaltantes había metido un pie entre esta y el marco y, con un empujón, la abrió de golpe, lo que hizo que el oficial cayera al suelo.

—¿Se puede saber qué queréis? Aquí no hay nada de valor —se apresuró a decir, muy asustado, mientras se incorporaba.

—¿No está el maestro Nebrija? —preguntó con voz pastosa el más alto.

Parecía borracho, lo que, a los ojos de Bartolomé, no auguraba nada bueno, ya que iba a ser difícil razonar con él. Al otro se le veía más sereno, pero muy a disgusto.

—Hoy no ha venido —contestó el cajista con voz temblorosa—. Tenía mucho que hacer en el Estudio. ¿Qué le queréis?

—Nada que a vos os importe. En realidad, hemos venido en busca de sus obras —precisó el más alto con brusquedad.

—¿Qué obras? —inquirió el cajista.

—Las obras de Nebrija que vuestro jefe piensa dar a la luz —balbuceó el desconocido.

—¿Y no podéis esperar a que estén impresas y salgan a la venta para adquirirlas? —apuntó Bartolomé sin ánimo burlesco.

El asaltante se acercó a él con gesto amenazador. Su aliento olía a vino y a ajo. Bartolomé se fijó en que tenía unas manos largas y sarmentosas, llenas de callos y cicatrices.

—¡Muy gracioso! —exclamó el borracho arrastrando las sílabas—. Lo malo es que no queremos una copia, sino los originales.

—Pues aquí no están —replicó el cajista.

Aunque trataba de disimularlo, se le notaba el corazón desbocado.

—¡Mentís! —gritó el enmascarado con gran enfado.

—¿Y para qué los queréis si se puede saber? Si os los lleváis, nosotros no podremos seguir con nuestro trabajo —argumentó el cajista—. Vos, sin embargo, no podréis hacer nada con ellos, pues si los publicáis en otro lugar o los dais a conocer de alguna otra forma, el maestro Nebrija acabará enterándose y arremeterá contra quien lo haya llevado a cabo, ya que es muy celoso de lo suyo, y no sería la primera vez que defiende sus derechos ante un juez.



—A mí no me importa lo que os suceda ni le tenemos miedo al maestro Nebrija. De modo que no me hagáis perder más tiempo —comentó el asaltante más alto con aire bravucón.

—Os he dicho que los originales no están aquí.

El desconocido le hizo una seña a su compañero y ambos empezaron a romper con gran regocijo los pliegos de papel que ya estaban impresos y que se encontraban apilados sobre una banca al lado de la prensa o colgando de unas cuerdas que había debajo del techo, para luego arrojarlos con rabia a la chimenea.

—Deteneos, por favor, no deberíais hacer eso. Es el trabajo de varias semanas —imploró Bartolomé—. Estáis cometiendo un sacrilegio —añadió como quien lanza un anatema.

Los asaltantes se detuvieron y lo miraron con fijeza.

—Pararemos si nos entregáis los originales. Si no, cuando acabemos con los pliegos, continuaremos con vos —amenazó con rabia el único que hablaba.

—Si no me creéis, podéis buscarlos vos mismo.

—Prefiero que me lo digáis vos. Así no tendré que desordenarlo todo. ¿Me habéis entendido?

El desconocido se acercó con paso tambaleante al rincón en el que se preparaban los punzones con los que se elaboraban los moldes de las letras. Tras abrir el cajón donde se guardaban, se puso a escudriñar con atención hasta dar con la pieza que, al parecer, andaba buscando. Luego la cogió con unas tenazas y la acercó al fuego de la chimenea, después de avivarlo con torpeza. Cuando la punta del punzón se puso al rojo vivo, la miró complacido y se dirigió hacia donde estaba Bartolomé, que, al ver lo que se le venía encima, empezó a implorar:

—No, por favor, no lo hagáis. Yo no sé nada, os lo juro.

Mientras su compañero sujetaba al cajista con fuerza, el más alto apretó la punta del punzón contra la frente del oficial hasta grabar a fuego la letra

L mayúscula, lo que hizo que Bartolomé aullara de dolor.

—Y ahora vamos a buscar una vocal que sea apropiada —anunció el desconocido con risa bobalicona.

—Está bien, está bien, os lo daré —balbuceó Bartolomé con gesto dolorido—. Pero no me causéis más tormento —volvió a suplicar.

—Adelante —lo apremió el otro.

El cajista se levantó y se dirigió, tambaleándose, hacia una mesa alta, pegada a la pared, sobre la que había un fajo de papeles.

—Tomad, aquí lo tenéis. Es todo vuestro —le dijo al desconocido al tiempo que se lo entregaba.

Este lo cogió con las dos manos, como si fuera un trofeo.

—No sabéis cuánto os lo agradecemos mi amigo y yo. Pero, por desgracia, aún no hemos terminado —añadió con un gesto de fingida resignación.

—¿Y ahora qué queréis?

—Sabemos que vuestro jefe tiene previsto imprimir más libros del maestro Nebrija, pues este no para de darle a la pluma —indicó el otro con voz de trapo.

—Supongo... que os referís... a una obra titulada... *Annotationes* y no sé qué más —explicó Bartolomé con voz temblorosa y entrecortada—. El plan era ponernos con ella... en las próximas semanas.

El cajista se detuvo para tragar saliva. Parecía mareado y aturdido, como si estuviera a punto de desmayarse. La quemadura le había dejado una herida en carne viva que olía a piel chamuscada.

—Pero hace unos días... —continuó tras cobrar aliento— el propio Nebrija pidió que pospusiéramos la impresión..., pues debía de haber algún problema con la obra.

—Me alegra mucho oír eso. Así y todo, necesitamos el original, no vaya a ser que Nebrija se arrepienta y cambie de idea.

—Os lo daría de mil amores..., pero aquí no lo tenemos. El maestro se lo llevó a casa... hasta que llegara el momento de comenzar a imprimirlo —explicó el cajista con gran esfuerzo.

—No es eso lo que tenemos entendido.

—Pues lamento mucho deciros que es así —gimió Bartolomé con gesto de impotencia.

El desconocido comenzó a mirar a su alrededor, como si buscara algo con lo que amenazar al oficial para que obedeciera, hasta que se fijó en la prensa. Se acercó a ella con interés, la miró de soslayo, la acarició y luego movió la palanca para ver qué tal funcionaba.

—Podría ser un excelente instrumento de tortura, ¿no te parece? —le preguntó a su compañero con tono fúnebre.

—Así es —confirmó este no muy convencido.

—Un momento. ¿No pretenderéis quebrarme los huesos con la prensa? —inquirió el cajista alarmado.

—Pues no lo había pensado, pero creo que nos habéis dado una buena idea —convino el desconocido.

—¡No, por el amor de Dios! —exclamó Bartolomé, tratando de resistirse.

Entre los dos desconocidos arrastraron al oficial hasta situarlo junto a la prensa y, una vez allí, lo obligaron a inclinarse sobre ella. Después de entintar los tipos que había en la galera, le colocaron el antebrazo sobre ella, debajo de la platina.

—Tan solo vamos a imprimir en vuestra piel una parte del texto en el que estabais trabajando, para que de este modo vuestro señor, Juan de Porras, y el maestro Nebrija no olviden nunca que os esforzasteis por defender sus intereses, algo que, desde luego, no merecen —le explicó a trompicones el que llevaba la iniciativa.

—¡No, por favor! ¡Os lo ruego, no lo hagáis! —imploró Bartolomé.

El asaltante empezó a girar la palanca poco a poco, como regodeándose, para hacer que la platina bajara hasta quebrarle el hueso al oficial, lo que le hizo aullar de dolor.

—Oh, vaya, lo siento mucho. No era mi intención romperos el brazo. El texto, sin embargo, ha quedado muy bien impreso —constató el desconocido tras levantar la platina y contemplar el resultado de cerca—. ¡Mirad qué maravilla...! Siempre he dicho que habría que imprimir en pergamino, que es mucho más resistente que el papel, y no hay mejor pergamino que la piel humana, ¿no os parece? Y ahora os ruego que me entreguéis el manuscrito si no queréis que os ilustre el otro brazo.

Bartolomé se dirigió con paso renqueante y gesto dolorido hacia un armario que había en uno de los rincones del taller. Una especie de sagrario en cuyo interior había un pequeño arcón de hierro cerrado con llave. Tras abrir este con torpeza, levantó la tapa con el brazo sano. Pero, antes de extraer el manuscrito en cuestión, se arriesgó a sacar con gran disimulo otro que había debajo, a pesar de su estado, y lo deslizó detrás de la caja para que el desconocido no lo descubriera. Luego le hizo entrega de la copia de las *Annotations*.

—Veis como no era tan difícil —comentó el asaltante con aire triunfal—. Seguro que aún tenéis alguna cosa más escondida por ahí. Todos sabemos que Nebrija es un autor muy prolífico.

—No hay más, os lo aseguro.

—Nos habéis mentido ya dos veces, así que, como bien comprenderéis, no podemos creerlos —replicó el asaltante más alto.

—Pero esta vez es verdad.

Al ver que el otro no lo creía, el cajista rompió a llorar con la intención de suscitar compasión.

—Para asegurarnos de que es así, tendremos que meteros la cabeza bajo la prensa. A ver qué pasa... —le advirtió el desconocido sin inmutarse.

—¡No, eso no, os lo suplico! —gritó Bartolomé aterrorizado.

Entre los dos malhechores lo echaron de bruces sobre la parte de atrás de la prensa y le pusieron la cabeza debajo de la platina. El cajista trató de resistirse con las pocas fuerzas que le quedaban. Su voz era apenas un quejido ahogado.

—Sujétalo bien, para que no pueda moverse, deprisa —ordenó el que llevaba la voz cantante.

Luego comenzó a mover la palanca con las dos manos con el fin de que la platina descendiera por el tornillo.

—Para, para, creo que ya está muerto —avisó el que lo tenía agarrado.

—Pero si aún no le ha rozado la cabeza... —replicó el más alto, contrariado.

—Te digo que no se mueve —insistió el compañero—. ¡Dios mío, lo hemos matado! ¿Por qué te empeñaste en seguir torturándolo si ya teníamos lo que buscábamos? Mira, está todo lleno de sangre.

—¿Se puede saber qué dices? No es sangre, es solo tinta. Ha debido de derramarse cuando lo colocamos bajo la platina. Yo no le he hecho nada. Se le habrá parado el corazón a causa del miedo —sugirió el más alto tras comprobar que el oficial no respiraba.

—Si no le hubieras hecho creer que ibas a aplastarle el cráneo... Porque no pensabas hacerlo, ¿verdad? —preguntó el compañero con suspicacia.

—Pues claro que no —rechazó el otro, muy serio.

—Venga, larguémonos.

—Un momento, quiero ver si hay algo más.

—Con lo que tenemos ya es suficiente.

El desconocido se dirigió con paso zigzagueante al armario en el que estaba el arcón y tanteó con las dos manos por detrás hasta dar con el manuscrito que Bartolomé había escondido de forma disimulada.

—¡Ajá! Al final, tenía yo razón —dijo mostrándoselo a su compañero—. Ves como había que seguir torturándolo.

—¿Y por qué no miraste antes? Así no habríamos tenido que hacerlo —replicó el otro.

—Debía ser él el que nos lo dijera. Si no, la cosa no tiene gracia. Según prescriben los manuales del Santo Oficio, una declaración solo es legalmente válida si se obtiene bajo tortura, con el consiguiente riesgo de que el reo muera —se justificó el asaltante.

—Tú siempre dándotelas de listo —comentó su compañero con tono agrio.

—En todo caso, lo importante es que hemos hecho una buena cosecha. Así que vamos a celebrarlo.

Dicho esto, le echó un vistazo al manuscrito. Este no tenía título ni firma. Dado que estaba en latín, tampoco pudo averiguar de qué trataba.

—Me parece muy bien. Pero no tenías que haberlo matado —insistió el compañero—. Era algo innecesario.

—Ya te he dicho que no fui yo ni era esa mi intención —se defendió el otro—. Anda, ayúdame a retirarlo de ahí.

—Yo no pienso tocarlo más. Ahora mismo me largo —anunció el compañero poniéndose en marcha.

—Espera, hombre —le rogó el más alto, tratando de apresurarse.

El cadáver de Bartolomé quedó tendido sobre la prensa, con la cabeza bajo la platina y los brazos colgando a ambos lados, como un mártir que había preferido sufrir y morir antes que traicionar a su señor y renunciar a su inquebrantable fe en la palabra impresa.

## II

Rojas se había desvelado poco antes de que amaneciera y llevaba un buen rato despierto en su cámara de la posada de la calle Veracruz, a cubierto del frío que hacía fuera. Había algo que lo preocupaba, pero no conseguía averiguar de qué se trataba. Hacía varias semanas que había regresado de Burgos, donde había estado investigando la muerte de Felipe el Hermoso por encargo de don Fernando el Católico, ya que habían circulado rumores de que lo habían envenenado con hierbas, y los flamencos y algunos nobles castellanos culpaban de ello a la gente del rey de Aragón. Mientras ordenaba sus ideas, tarareó en voz baja una canción que circulaba por Flandes y que alguien había vertido al castellano:

*Le salió una fea llaga  
en la piel al soberano.  
Nobles y doctores claman  
que el rey está envenenado.*

Entre los motivos que se aducían para ello, se encontraban los deseos por parte de don Fernando de recuperar el gobierno de Castilla y las ansias de venganza por las muchas ofensas y agravios recibidos de su yerno. Pero al final el pesquisidor no había descubierto ninguna prueba ni indicio que lo señalara como instigador o responsable directo o indirecto de la muerte de don Felipe, de ahí que hubiera quedado totalmente exonerado.

Como recompensa por haber limpiado su nombre de toda sospecha, el rey Fernando le había ofrecido un puesto en la corte, siempre que pudiera

seguir contando con sus servicios como pesquisidor real. Sin embargo, Rojas le dijo que quería retirarse a su lugar de origen, La Puebla de Montalbán, donde tenía la intención de ejercer como letrado y administrar las tierras de la familia, y al rey no le quedó más remedio que aceptarlo, pues estaba en deuda con su persona. Una vez en Salamanca, ya no tenía tan claro lo que hacer. Así que se debatía entre la posibilidad de regresar a su añorado terruño o tratar de conseguir algún puesto en la universidad, cosa, por otra parte, harto difícil, pues sabía que el Estudio salmantino estaba preparando un estatuto para que los conversos o «tornadizos», como él, no pudieran acceder a las cátedras y, si ya eran miembros del claustro, no pudieran ostentar ningún cargo ni responsabilidad, ni siquiera como sustitutos.

En esas estaba cuando llamaron a la puerta. Era una de las criadas de la posada anunciándole que un amigo suyo había acudido a verlo.

—¿Un amigo?! ¿Tan temprano?! —exclamó Rojas sorprendido—. Si de verdad me conociera, sabría que no soy de los que suelen levantarse pronto.

—Por lo visto, es urgente —insistió la mujer.

—Decidle entonces que suba.

Mientras esperaba, el pesquisidor terminó de vestirse.

—¿Os molesto? ¿Estáis acompañado? —preguntó alguien al otro lado.

A Rojas la voz le sonó muy familiar. Pero era incapaz de imaginar qué podía hacer allí semejante persona a esas horas tan intempestivas.

—Podéis pasar —lo apremió Rojas.

En efecto, se trataba del maestro Antonio de Nebrija. Este vestía, debajo de la capa, una especie de toga oscura de buen paño, ceñida con un cinturón de piel, y un bonete a juego. Tendría algo más de sesenta años y era de complexión y estatura medianas, y bien proporcionado. Su rostro inspiraba respeto y enseguida se veía que era un hombre dedicado a los estudios. Tenía el pelo algo rizado y de color gris, y la cara surcada de arrugas y con



las facciones muy marcadas, como de persona que ha vivido y cavilado mucho; la piel, algo marchita por las muchas vigiliass; los ojos, pequeños y vivos; la nariz, ligeramente aguileña; los labios, gruesos; el mentón, redondeado y algo hundido; y el cuello, ancho y firme.

Parecía bastante preocupado y lo primero que hizo, nada más entrar, fue inspeccionar la estancia, como si buscara a alguien.

—¿Y vuestra amiga? —quiso saber al comprobar que no había nadie más en la cámara.

—¿Qué amiga?

—Sabela, creo que se llamaba. Una mujer muy bella, debo reconocerlo —comentó Nebrija.

—Tenéis buena memoria y mejor gusto, pero debo confesaros que hace ya tiempo que me dejó —se sinceró Rojas con cierto regusto amargo.

—¿Por otro?

—Por mí. Quiero decir: por mi culpa —aclaró Rojas.

—Pues no sabéis cuánto me alegro, dado que esa mujer no os convenía, os lo aseguro, si bien lamento mucho que haya sido por vuestra causa, pues siempre aflige que a uno lo rechacen —se condolió Nebrija.

—Me imagino que no habréis venido a darme ánimos después de tantos meses, y menos a estas horas —ironizó Rojas.

El visitante suspiró con gran sentimiento y se sentó en una silla frente a Rojas, que lo miró con curiosidad. El joven pesquisidor había asistido a las lecciones de gramática del maestro justo antes de que este abandonara el Estudio salmantino para acudir a la corte humanista de don Juan de Zúñiga en Zalamea de la Serena. Por entonces, Rojas era poco más que un niño y esa «deserción» lo había entristecido mucho, pues habría querido que Nebrija fuera su principal mentor, dado que lo admiraba profundamente. Después se habían encontrado en diferentes ocasiones y habían compartido numerosas horas debatiendo sobre toda clase de asuntos e intentando combatir la barbarie que se había adueñado de la universidad.

—Sabed, querido amigo —comenzó a decir Nebrija, algo agitado—, que siempre os he tenido por uno de mis más fieles y aventajados discípulos y que, además, os admiro no solo como autor de la mejor obra escrita en lengua castellana, sino también como pesquisidor. Por eso he acudido a vos.

—Gracias por el halago. Podéis contar con mi ayuda, pero decidme: ¿de qué se trata? —preguntó Rojas cada vez más intrigado.

—Han encontrado muerto a uno de los oficiales de moldes de la imprenta de Juan de Porras. Nada menos que el cajista y corrector. Se llamaba Bartolomé, tal vez lo conozcáis; gran trabajador y mejor persona —le informó el maestro.

—Claro que sé quién es —exclamó Rojas sorprendido—. Pero ¿cuándo lo han hallado?

—Esta misma mañana, y enseguida me han mandado llamar. Ha sido algo espantoso, os lo aseguro. Tenía la cabeza metida debajo de la platina de la prensa; creo que se la han aplastado —explicó el maestro de Gramática algo azorado—. ¡Pobre hombre! Yo lo apreciaba mucho.

—Es una pena, sí. ¿Algún detalle más?

—El taller está totalmente revuelto, lo han destrozado casi todo, y faltan varios originales de mis obras que yo había entregado para su futura impresión, lo que me lleva a pensar que, en realidad, los que lo han hecho iban a por mí —razonó.

—¿A por vos? ¿Y por qué motivo?

—Porque a esas horas yo solía estar con Bartolomé en el taller para revisar el trabajo llevado a cabo durante la jornada correspondiente y porque, al parecer, algunos indeseables están muy interesados en que no publique ciertos libros —contestó Nebrija muy convencido.

—¿Estáis seguro de eso? —inquirió Rojas con escepticismo.

—Totalmente.

—¿Y qué clase de libros?

—Ya hablaremos de eso.

—Entonces, ¿qué queréis que haga yo?

—Deseo que averigüéis quiénes han sido, por qué lo han hecho, para quién trabajan... Es lo menos que puedo hacer por el bueno de Bartolomé. Y de paso me protegeréis a mí, pues es posible que vuelvan a intentarlo. Necesito, además, que recuperéis esos manuscritos.

—¿Es que no tenéis copia?

—De dos de ellos sí, pero no del otro, y no quiero que anden en manos de desconocidos. A saber qué planean hacer con ellos.

—¿Habéis avisado a los alguaciles?

—No.

—¿Por qué?

—Porque antes quiero que vos echéis un vistazo al taller. Seguro que descubris algo. Como bien sabéis, los alguaciles son unos ineptos y unos haraganes.

—¿Y los del Estudio?

—No tengo claro que los delitos contra los impresores entren dentro de su jurisdicción, aunque estos a veces tratan de acogerse al fuero universitario, al igual que hacen los arrieros que prestan servicio a los estudiantes —argumentó el maestro—. De todas formas, tampoco me fio. Ya sabéis que no soy bien visto por buena parte de mis colegas de la universidad. ¿Teníais algo que hacer esta mañana?

—Estaba casi decidido a volverme a mi pueblo —contestó Rojas con resignación.

—¿A vuestro pueblo?! Entiendo que no queráis ser pesquisidor real, pues es un oficio muy comprometido, mas podríais ser un magnífico catedrático de Gramática o Retórica. Así podríais volver a ayudarme en mi guerra particular contra los bárbaros que han invadido el Estudio, como hicieron en su día con el Imperio romano.

—Nada me agradaría más, pero me temo que eso ya no es posible. Corren malos tiempos para los conversos —comentó Rojas con

escepticismo.

—También para los que buscamos la verdad. Lamento, en ese caso, que no podáis quedaros —le confesó Nebrija.

—Os agradezco mucho vuestras palabras.

Nebrija se levantó bruscamente.

—Y ahora, si no os importa —apremió a su amigo—, me gustaría que me acompañarais a la imprenta para que veáis por vos mismo el desaguisado. En estas cosas, tan solo me fío de vos. Os lo pido como vuestro amigo y vuestro antiguo maestro de Gramática.

—Está bien. Pero no me comprometo a nada.

Dicho esto, abandonaron la posada. En la calle el aire cortaba la cara y había niebla cerrada, tan densa que apenas se veía más allá de un palmo. Después de subir una pequeña cuesta, tiraron a la derecha por la rúa Nueva hasta llegar a la casa de los moldes. En el interior estaban el dueño y varios oficiales, que parecían muy consternados. Juan de Porras tendría unos cincuenta y cinco años. Era de estatura mediana, con los ojos muy pequeños y hundidos en las cuencas, la nariz afilada y la piel algo amarilla, de aspecto enfermizo. Rojas lo conocía un poco, ya que en su imprenta había publicado la *Tragicomedia de Calisto y Melibea* hacía cuatro años, tras la buena acogida de la *Comedia*. Precisamente por ese motivo había tenido trato con Bartolomé, que se había encargado de la composición y la corrección del texto. Después de aquello, no había vuelto por allí.

—Lo siento mucho —le dijo a Juan de Porras con gran sentimiento—. Sé que era una persona honesta y un gran oficial.

—De poco le ha servido, como podéis ver —se limitó a decir el impresor.

Uno de los aprendices le pidió permiso al dueño para limpiar y ordenar un poco el taller.

—No, por favor, no toquéis nada todavía —le ordenó Rojas—. Estamos en el lugar en el que se acaba de cometer un crimen y podría haber algún

rastros de los que lo perpetraron. ¿Podéis pedirles a vuestros oficiales que salgan? —añadió dirigiéndose al dueño, que les indicó con un gesto que se marcharan.

Tan pronto abandonaron el taller, lo primero que hizo el pesquisidor fue acercarse a la prensa, seguido por Nebrija y Juan de Porras, y examinar el cadáver. Tras comprobar que la cabeza no estaba aplastada y podía moverla sin problemas, palpó la sustancia oscura y viscosa que había debajo y se acercó los dedos a la nariz.

—No es sangre, es tinta. Debieron de derramarla de forma accidental —comentó—. El cráneo, por otra parte, está intacto; tal vez no pretendieran matarlo, tan solo asustarlo, y en verdad lo consiguieron, pues parece que se le detuvo el corazón. ¿Me ayudáis a moverlo? —le pidió al impresor—. He visto algo en la frente.

Cuando sacaron la cabeza de debajo de la prensa, comprobaron que tenía el rostro crispado y manchado de tinta. Rojas se lo limpió con un trapo y dejó al descubierto una marca profunda en medio de la frente, como grabada a fuego.

—¡Por Dios Santo! —exclamó el maestro Nebrija.

—Parece que se trata de una L —constató Rojas.

—Pero ¿por qué una L? —exclamó Juan de Porras, cada vez más asombrado.

—Está claro: por Lebrija —señaló el maestro convencido—. Estoy seguro de que es un mensaje dirigido a mí.

Antonio de Lebrija y no de Nebrija era el nombre por el que casi todos lo conocían, pues ese era su lugar de nacimiento. En realidad, se llamaba Antonio Martínez de Cala y Jarana, mientras que su nombre de pluma, desde que publicara las *Introductiones Latinae*, era Aelius Antonius Nebrissensis o, en su versión romanceada, Elio Antonio de Nebrija, que no era más que una forma de entroncar con los romanos y reivindicar su estirpe latina y, a la vez, la de su patria chica.

—¿Qué clase de mensaje? —inquirió Rojas.

—Creo que me están diciendo que, como ya me temía, esto tiene que ver conmigo —señaló el catedrático.

Rojas no parecía muy convencido.

—Pues aún hay más. ¿Os habéis fijado en el brazo derecho? —comentó al tiempo que se lo mostraba a su amigo—. Este sí que está roto. Pero lo más siniestro está en la parte interior —añadió mientras lo giraba para que los otros lo vieran.

—¡Por los clavos de Cristo! —gritó Juan de Porras.

Sin poder evitarlo, el maestro Nebrija se acercó de inmediato para tratar de leer el texto.

—Es un fragmento de mi libro, supongo que de las páginas que ayer estaban imprimiendo, lo que confirma de nuevo lo que os decía —balbuceó, cada vez más afectado.

—De eso hablaremos luego. De momento, lo que parece claro es que fueron al menos dos los asaltantes —puntualizó el pesquisidor.

—¿Por qué lo decís? —quiso saber Juan de Porras.

—Porque uno solo no habría podido sujetarlo y, al mismo tiempo, manejar la prensa —argumentó el pesquisidor.

En cuanto se repuso de la conmoción, el impresor le contó a Rojas que faltaban los pliegos del libro que ya estaban terminados, tanto los que debían encontrarse apilados junto a la prensa como los colocados bajo el techo para que se secaran. Enseguida descubrieron que habían sido rasgados y arrojados al fuego, que en ese momento ya estaba extinguido del todo. Asimismo, le confirmó que habían desaparecido varios manuscritos del maestro Nebrija.

—Lo más probable es que ese haya sido el motivo de la visita de esos desgraciados y la razón por la que torturaron a Bartolomé hasta causarle la muerte —comentó este algo compungido.

Tras echarle un vistazo al resto del taller, Rojas encontró el punzón, con la letra L manchada de sangre, tirado en el suelo. También comprobó que la puerta estaba intacta, lo que significaba que el oficial tenía que haberles franqueado la entrada. Juan de Porras, por su parte, no paraba de echarse las manos a la cabeza, pues iba de asombro en asombro.

—Mi mejor hombre asesinado y todo el trabajo de varios días consumido por el fuego, por no hablar del robo de los originales de imprenta. ¿Y qué vamos a hacer ahora sin los conocimientos y la experiencia de Bartolomé? Creedme, esto es una gran desgracia para mi taller. Por fortuna, ya estaba viudo y sus hijos son mayores, si no, habrían quedado solos y desamparados.

—¿Se os ocurre algún sospechoso?

—¡¿Algún sospechoso?! —exclamó el impresor desconcertado.

—No sé, alguien a quien debáis dinero o que no quedara muy contento con vuestro trabajo —sugirió Rojas por decir algo.

—Para vuestra información, os hago saber que yo no le debo dinero a nadie, más bien son muchos los que están en deuda conmigo —aclaró Juan de Porras, muy digno—. En cuanto a mi trabajo, os recuerdo que soy el mejor impresor de Salamanca, aunque esté mal que yo lo diga.

—Me consta por experiencia que es cierto —concedió Rojas—. Pero no tengo más remedio que haceros ciertas preguntas con el fin de ir descartando posibles sospechosos. ¿Algún oficial que despidierais y que por ello buscara algún tipo de venganza?

—¿Y por qué iba a hacer algo así? Mis oficiales de moldes son los más preparados y aventajados de toda la ciudad; no suelo tener ninguna queja de ellos ni, por supuesto, ellos de mí —aclaró el impresor algo ofendido—. Siempre hacen con diligencia lo que les digo y les pago bien por ello.

—¿Alguna otra idea de quién pudo hacerlo?

—Ojalá lo supiera. Pues esos malditos bellacos se iban a enterar... Pero ya habéis visto que todo parece indicar que se trata de algo relacionado con

el maestro Nebrija y no conmigo, cada vez estoy más persuadido de ello — señaló Juan de Porras con cierta vehemencia.

—De todas formas, tenemos que contemplar otras posibilidades, ya que nunca se sabe. De modo que cualquier cosa que os venga a la cabeza a este respecto en los próximos días, por nimia que sea, no dudéis en comunicármela —le rogó el pesquisidor.

—Y ahora, ¿qué hacemos?

—Ya podéis mandar venir a los alguaciles.

—Pero no les reveléis más de lo necesario —le pidió el maestro Nebrija al impresor—. Mi amigo se va a ocupar de resolver este misterio. Como sabéis, es bachiller en Leyes y, hasta hace unos días, ha sido pesquisidor real. Él fue el que investigó la muerte del príncipe don Juan aquí en Salamanca y hace unos días, en Burgos, nada menos que la del rey Felipe el Hermoso. De modo que esto será pan comido para una persona tan avezada.

—Siempre que cuente con vuestra colaboración —añadió Rojas dirigiéndose al impresor.

Este no dijo nada. Se le notaba algo incómodo con la petición de Rojas, como si no acabara de confiar en él o tuviera algo que ocultar.

—Si os parece, vos y yo nos vamos ahora a mi casa —le propuso Nebrija a su amigo—. No soporto ver este lugar destruido y profanado, ni menos todavía contemplar el cadáver de Bartolomé con esas marcas acusadoras impresas en la piel, de las que de alguna forma me siento responsable.



### III

La casa de Nebrija estaba en la calle cerrada de Serranos, situada en el arranque de la de los Moros. Era una vivienda amplia que el catedrático de Gramática había adquirido el año anterior con el dinero que había ganado con sus publicaciones, sobre todo las escolares, como las *Introductiones Latinae*, una especie de gramática para la enseñanza de la lengua latina de la que se habían hecho numerosas ediciones en muchos lugares desde que se publicara por primera vez en 1481. Según se contaba por ahí, Nebrija era un autor muy puntilloso a la hora de reclamar los pagos por la impresión y venta de sus obras y la paternidad de las mismas, ya que, como solía decir, estas eran el fruto de su trabajo y de sus muchos desvelos y vigiliass. De ahí que siempre estuviera atento a las posibles ediciones fraudulentas o no autorizadas de sus libros. No en vano él poseía por lo general el privilegio de impresión. Se comentaba, incluso, que había sido el primer particular en obtener una concesión real de ese tipo en Castilla.

Una vez en casa, Nebrija condujo a su amigo directamente a su *scriptorium*, como él lo llamaba. En él estaba su lugar de trabajo y su biblioteca privada, una cámara tranquila, bien iluminada y aireada en la que el maestro pasaba todo el tiempo que podía y le dejaban sus múltiples ocupaciones. Los estantes estaban llenos de códices y de libros impresos, sobre todo de autores latinos de la Antigüedad. También había numerosos ejemplares y copias manuscritas de las Sagradas Escrituras. En una de las paredes había un armario con papeles y cartapacios llenos de textos y anotaciones.

El catedrático invitó al pesquisidor a sentarse junto a la ventana. Desde ella se veía un pequeño huerto y el brocal de un pozo.

—Y ahora habladme un poco de vos —dijo de pronto Rojas para entrar en conversación—. Seguro que andáis envuelto en algún conflicto con vuestros colegas. Contadme. ¿Preparáis algún nuevo libro? ¿Qué tal está vuestra familia?

—Disputas y polémicas nunca faltan, ya sabéis cómo soy. Si no estoy debatiendo o discutiendo, no me encuentro a gusto —le informó Nebrija—. Y, últimamente, el Estudio se está volviendo hartó complicado y el trabajo, cada vez más enojoso. Así y todo, voy sacando tiempo para mis escritos. De hecho, ahora mismo tengo varias obras en el telar que espero terminar tan pronto recobre la tranquilidad perdida. Por lo que se refiere a mi familia, puedo deciros que me sigue soportando con paciencia y dignidad, lo que no es poco; no sé qué sería de mí sin ella. Mi mujer, eso sí, siempre se anda quejando de que paro poco por casa y de que, cuando lo hago, es para encerrarme en mi escritorio. Pero ¿qué puedo hacer si lo que más me gusta en esta vida es andar entre libros y papeles?

—Comprendo muy bien vuestras cuitas —comentó Rojas antes de entrar en materia—. En cuanto al caso que nos ocupa, decidme: ¿de quién sospecháis? ¿Se os ocurre algún enemigo o rival que quiera haceros daño?

—Tardaría menos si os dijera los nombres de mis amigos y discípulos que los de mis contrarios, que son muchos, cosa que no me preocupa, la verdad, pues de alguna forma son ellos la mejor prueba de mis méritos —explicó el maestro Nebrija con un gesto cómplice—. Y es que, según mi experiencia, el valor de un hombre se mide, sobre todo, por la cantidad y la calidad de sus enemigos, y desgraciado de aquel que no los tenga, como dijo Cicerón, que de esto entendía bastante, pues escribió un tratado sobre la amistad, como bien sabéis.

—Y eso, ¿por qué? —inquirió Rojas intrigado.

—Porque, por lo general, hacer el bien provoca más odio y envidia que hacer el mal. ¿No os parece paradójico? Sin embargo, yo estoy harto de verlo y de experimentarlo en propia carne cada día. Desconfiad, por tanto, de aquellos que no tienen enemigos. Si no los tienen, estad seguro de que no son buenos o no lo están haciendo como es debido. Así que dime qué enemigos tienes y te diré quién eres —sentenció Nebrija—. Y los míos se cuentan por decenas, qué digo decenas, ¡centenares!, dado que sumo ya muchos años y he pisado muchos callos. Por eso cada día son más los que me detestan. Al fin y al cabo, me he pasado la vida peleando y proclamando al mundo lo que pensaba, a pecho descubierto y sin ninguna clase de disimulo.

—Me habéis convencido con vuestros razonamientos. Pero ¿podríais ser más concreto?

—Bueno, para empezar, están mis colegas del Estudio, sobre todo los que imparten gramática, a los que en años pasados les hice la vida imposible con mi guerra contra la barbarie, que entonces asolaba y aún sigue asolando la universidad. En su día, fueron muy sonados los enfrentamientos que tuve con varios catedráticos de esa y de otras disciplinas, y desde entonces me la tienen jurada, si bien es cierto que algunos ya han muerto o están jubilados. Pero no todos mis enemigos eran bárbaros, ignorantes o contrarios a la verdad. También había algunos humanistas venidos de Italia en busca de fama y fortuna que, por estar celosos de mi trabajo, me querían mal, como Lucio Marineo Sículo, a quien supongo recordaréis.

—Fui su alumno en la misma época en la que os conocí a vos —apuntó el pesquisidor—. Guardo un buen recuerdo de él. En aquel tiempo regentaba la cátedra de Oratoria y Poesía, mientras que vos ocupabais la de Gramática. Pero debe de llevar ya diez años en la corte del rey Fernando, donde ahora tiene el cargo de cronista de la Corona de Aragón.

—Eso he oído —corroboró Nebrija—. Coincidí con él en Medina del Campo hace cosa de dos años, justo antes de la muerte de la reina Isabel, que Dios tenga en su gloria. Los dos pretendíamos mercedes reales, pero la coyuntura para mí no era nada buena. Él quiso entonces aprovechar la ocasión para tratar de reconciliarse conmigo, y la verdad es que parecía sincero. Así que no creo que tenga nada que ver con lo ocurrido en la imprenta —concluyó.

—Estoy seguro de ello —convino Rojas—. Y, en la actualidad, ¿se os ocurre algún sospechoso?

—Ahora mismo los que peor me quieren son los catedráticos de Leyes.

—¿Por qué razón? —quiso saber el pesquisidor.

—Tiene que ver precisamente con el libro que estábamos imprimiendo, el titulado *Iuris civilis lexicon*. No sé cómo se han enterado, pero ya me han llegado rumores de que no andaban muy contentos —añadió Nebrija con picardía.

—Eso es interesante —apuntó el pesquisidor, pensativo—. ¿Sabéis de algún caso en concreto?

—Todos en conjunto y ninguno en particular, pues no son más que unos cobardes que nunca dan la cara. Así que no os preocupéis por ellos.

—¿Y qué vais a hacer ahora con esa obra?

—Como ya os dije, tengo otra copia, pero voy a demorar durante un tiempo su publicación, al menos hasta que sepamos quiénes son los que están detrás del robo y del asesinato de Bartolomé.

—Me parece prudente. ¿Podéis decirme de qué trata?

—Básicamente, es un vocabulario jurídico compuesto por unas seiscientas entradas y con más de mil ochocientas referencias o autoridades. Pero en él me permito enmendarle la plana a más de uno por no hablar bien la lengua en la que están escritos los textos de su disciplina —le explicó Nebrija—. De modo que doy por sentado que aquellos individuos para mí despreciables que, aparentando poseer profundos conocimientos,

acostumbran a interpretar las leyes para los demás y ejercen magistraturas y puestos de mando montarán en cólera y se indignarán al ver que osa corregirles un hombre al que consideran de mucha menor estima y valía que ellos, y todo por ser un simple catedrático de Gramática y no un jurisperito. Me los estoy imaginando... —dejó caer con cierto regodeo—. Mas, no conforme con eso, en la dedicatoria del libro anuncio que tengo pensado hacer lo propio con los textos médicos y hasta con las Sagradas Escrituras, ya que estimo que la lengua latina ha de estar por encima de todos los demás saberes y disciplinas, pues es la base y el instrumento del que todas ellas se sirven y ninguna puede comprenderse sin su concurso.

—Vos siempre haciendo amigos —comentó Rojas con ironía.

—Y qué culpa tengo yo de que casi todos mis colegas del Estudio sean unos zotes o unos bárbaros, tanto que algunos hasta son enemigos declarados de la imprenta, a pesar de que, gracias a ella, sus erróneas y caducas ideas están logrando mantenerse y difundirse más de lo que sería deseable. He ahí una paradoja sobre la que convendría meditar —añadió el maestro con semblante reflexivo.

—Estoy de acuerdo. Pero ¿a qué creéis vos que se debe esa actitud? —quiso saber Rojas.

—¿Os habéis fijado en esa niebla cerrada que en otoño e invierno cubre la ciudad de Salamanca e impide, durante días, ver la luz del sol? Yo, que soy del sur, lo echo entonces mucho de menos. Pues lo mismo pasa con muchos catedráticos del Estudio: sus prejuicios, sus supersticiones y sus rancias ideas son como un gran manto de bruma que los mantiene en la ignorancia y no les permite contemplar la luz del conocimiento —explicó el maestro Nebrija.

—Empezaré mis pesquisas por ahí —convino Rojas—. ¿Algún otro posible sospechoso que me queráis señalar?

El catedrático de Gramática se quedó pensativo durante un momento.

—Veréis. Fuera del Estudio, hay alguien que me tiene especial inquina —señaló por fin con cierto misterio—. Se trata de una persona muy poderosa que, por lo que yo sé, está muy interesada en que no publique uno de los manuscritos que han desaparecido de la imprenta.

—¿Estáis seguro?

—Eso creo.

—¿Y podéis decirme quién es? —inquirió Rojas con impaciencia.

—Os va a sorprender —comentó el maestro con mucho misterio.

—Razón de más para que me lo contéis de una vez.

—Se trata de Diego de Deza —reveló por fin Nebrija.

—¿Os referís por ventura al inquisidor general?! —exclamó el pesquisidor con gran sorpresa.

—Y arzobispo de Sevilla, para más señas, pues son dos cargos que suelen ir aparejados, como bien sabéis —añadió Nebrija—. Ya sé que en una época fuisteis amigos...

—Eso no es así —rechazó el pesquisidor—. Digamos que él me ayudó y me protegió cuando yo era estudiante, a cambio, eso sí, de que me pusiera a su servicio y luego al de los reyes como pesquisidor. Os aseguro que no tuve ninguna elección y menos aún con un padre procesado y sentenciado por el Santo Oficio.

—Perdonadme, lo había olvidado —se disculpó Nebrija.

—No tiene importancia. Pero decidme: ¿por qué el arzobispo os tiene tanta inquina? ¿Y por qué no quiere que se publique ese texto en particular? —inquirió el pesquisidor muy intrigado.

—Nuestras disputas y rencillas vienen de lejos, de cuando coincidimos en el Estudio de Salamanca, él como catedrático de Teología y yo de Gramática, pues somos muy diferentes, como el agua y el vino, y nunca congeniamos demasiado —explicó Nebrija—. Pero nos distanciamos de forma brusca y definitiva a raíz del proceso que le incoaron al maestro

Pedro Martínez de Osma, del que yo era discípulo, que fue juzgado dos veces por heterodoxo, un caso que, sin duda, conocéis muy bien.

—En efecto —confirmó Rojas, que se había interesado por el asunto a raíz de unas pesquisas que había llevado a cabo en Salamanca por encargo del propio Diego de Deza cuando era obispo de la ciudad.

—Como recordaréis, en un primer momento Diego de Deza defendió públicamente a Pedro Martínez de Osma —continuó el catedrático—, pero luego lo traicionó, y yo, por supuesto, se lo eché en cara con cierta acritud. Él, sin embargo, lo negó y desde entonces me tiene entre ceja y ceja. Después de mucho tiempo sin vernos, me lo volví a encontrar hace cuatro años, en Zalamea de la Serena, convertido ya en inquisidor general. Este había llegado en el séquito real, junto al arzobispo de Toledo, fray Francisco Jiménez de Cisneros. Durante varios días, los reyes y ellos fueron huéspedes de mi señor, don Juan de Zúñiga. Por supuesto, yo procuraba no coincidir con Diego de Deza y siempre que podía me iba a hablar con Cisneros, con el que me entendía bien, ya que acababa de poner en marcha una especie de academia que había de ocuparse de la traducción políglota de la Biblia.

—Y al final, ¿qué es lo que sucedió? —lo apremió el pesquisidor.

—Una tarde, el inquisidor general me mandó llamar para que acudiera a sus aposentos. Parece que lo estoy viendo con sus aires de grandeza, como si fuera el mismísimo papa de Roma. Al principio pensé que querría que le contara a qué me dedicaba en ese momento. Mas enseguida me hizo saber que se había enterado de que yo tenía escrita cierta obra en la que corregía muchos vocablos y sentencias de la Biblia latina por considerarlos erróneos, tras cotejarlos con las fuentes originales.

—¿Y cómo llegó a sus oídos la existencia de esa obra?

—Es posible que se lo contara de forma inocente el propio Cisneros —le reveló Nebrija—. El caso es que yo le dije que en mi opinión no debería preocuparse por eso, pues se trataba tan solo de enmiendas de carácter

filológico, no teológico, y mi intención había sido solo limpiar y depurar, con las herramientas de la gramática, el texto latino de la Biblia para ayudar a entenderlo mejor, pero sin extraer de ello implicaciones de índole doctrinal. Así y todo, el dominico se mostró muy alarmado por el supuesto peligro que ello pudiera acarrear para la santa fe católica y la integridad de las Sagradas Escrituras, y me ordenó que le entregara el original y le certificara que no había ninguna otra copia.

—¿Hasta ese punto llegó la cosa? —exclamó Rojas, sorprendido.

—Y, por si eso no bastara, me prohibió de forma explícita que lo divulgara, publicara o comunicara a cualquier persona hasta que la obra fuera vista y examinada por teólogos y canonistas de su confianza —añadió Nebrija.

—¿Y vos qué hicisteis?

—Dársela, claro está, y asegurarle, como me pidió, que no había más copias en mi poder. ¿Qué otra cosa podía hacer?

—Pero había más, ¿no es cierto?

—Naturalmente, si bien en ese momento no obraban en mi poder, sino a buen recaudo —confesó el catedrático—. Ya sabéis que soy un hombre precavido y previsor.

—Y supongo que una de ellas es uno de los manuscritos que se llevaron de la imprenta, ¿no es así? —dedujo el pesquisidor.

—Eso es —confirmó Nebrija.

—¿Y a qué esperabais para contármelo?

—Lo acabo de hacer.

—Está bien —exclamó Rojas con resignación—. Habladme algo más de ese escrito.

—Se titula *Annotationes quinquaginta in Sacras Litteras* y, como su propio nombre indica, en él recojo cincuenta anotaciones críticas sobre el texto de las Sagradas Escrituras —precisó el maestro—. Se trata de una mera selección de las muchas observaciones y correcciones de palabras y



expresiones que tengo ya recopiladas a propósito de la *Vulgata*. Como ya he dicho, en ellas no entro en cuestiones dogmáticas. Lo único que pretendo es depurar la traducción latina de la Biblia, buscando su justa correspondencia con los textos originales. Nada más, ni nada menos —añadió con cierto énfasis.

—Ya comprendo —comentó Rojas haciéndose cargo—. ¿Y qué pasó después de vuestra conversación con Diego de Deza?

—Como ya imaginaréis, me quedé muy inquieto y preocupado por los comentarios del inquisidor general. Por fortuna, enseguida prosiguió su viaje junto a los reyes y yo pude seguir con mis trabajos, hasta olvidarme por completo del asunto. Pero ¿creéis que él se olvidó? Nada de eso. Los sabuesos como Deza cuando muerden una presa ya no la sueltan así los maten. Te clavan los dientes en la pantorrilla de tal forma que ya no te atreves a moverte por temor a perderla.

—Entonces es como yo —bromeó Rojas.

—Pero en vuestro caso es para perseguir a los criminales y en el suyo, para hacer daño a las pobres víctimas. El caso es que, al cabo de un cierto tiempo, murió don Juan de Zúñiga y yo me quedé sin protector. De modo que tuve que volver a impartir clases en la Universidad de Salamanca. Y resulta que hace dos meses, cuando menos lo esperaba, recibí una carta que me llenó de inquietud.

—¿Qué clase de carta?

—Nada más ver el sello que había en el lacre me quedé tan anonadado que me costó Dios y ayuda romperlo y desplegar el papel. El remitente era Diego de Deza, que se encontraba en La Puebla de Guadalupe, y en ella me decía que le habían llegado noticias de que, a pesar de su explícita prohibición, había dado a la imprenta o tenía pensado hacerlo pronto la obra que en su día me había requisado, por lo que me exhortaba, de forma muy taxativa, a que no la divulgara ni la imprimiera y le enviara el original, so pena de excomunión, y a que, en el caso de que la hubiera impreso ya, le

hiciera llegar a Sevilla, o donde él estuviere, además del original, todos los traslados y ejemplares existentes en un plazo de cuarenta y cinco días, so pena igualmente de excomunión. En fin, si queréis leerla, aquí la tenéis. La verdad es que no tiene desperdicio —le dijo Nebrija alargándole la carta.

Mientras Rojas leía, con creciente asombro y el ceño cada vez más fruncido, la misiva del inquisidor general, Nebrija se puso a dar vueltas por la cámara en actitud pensativa y con las manos entrelazadas a la espalda, impaciente por saber lo que su amigo le diría.

—¿Y bien? —le preguntó a Rojas cuando terminó.

—Desde luego, parece evidente que estaba enterado de que os disponíais a publicarlo —señaló Rojas tras una pausa reflexiva—. Pero ¿cómo creéis que lo supo?

—No lo sé, la verdad. Me imagino que debió de denunciarme algún colega del Estudio que tal vez lo oyera comentar en la imprenta o en la librería de Juan de Porras, alguno de esos que no dudarían en calumniarme con tal de que caiga en desgracia —sugirió Nebrija.

—Pudiera ser. En todo caso, creo que no tiene mucho sentido que el inquisidor general enviara a alguien a robar el original cuando tiene otras formas más efectivas y menos comprometidas de conseguirlo y de impedir su publicación —objetó el pesquisidor.

—Puede ser que lo hiciese así por no haberle enviado el original en el plazo señalado, tal vez para asegurarse de que no hiciera más copias ni lo pudiera imprimir —argumentó Nebrija—. Quizá decidió mandar a sus esbirros a buscarlo y, en caso necesario, parar la impresión. Y, como buenos inquisidores, no dudaron en torturar al bueno de Bartolomé con lo primero que encontraron a mano, que era, por así decirlo, el instrumento del pecado. Ya sabemos que eso es algo que se les da muy bien. Pero, por la razón que fuera, se les acabó yendo de las manos y la víctima falleció.

—¿Y por qué destrozaron los pliegos ya impresos del *Iuris civilis lexicon* y se llevaron los otros manuscritos?

—Intuyo que para disimular sus verdaderas intenciones, haciéndonos creer que no les interesaba ese original en particular —sugirió Nebrija.

—Puede que tengáis razón —reconoció el pesquisidor—. ¿Y cuándo teníais previsto publicarlo?

—Justo después del *Iuris civilis lexicon*. Pero, tras recibir la carta que habéis leído, le pedí a Juan de Porras que pospusiera la impresión hasta que se aclarara la cosa —informó Nebrija.

—¿Y el otro manuscrito? —quiso saber Rojas.

—¿Qué manuscrito? —preguntó Nebrija con extrañeza.

—El otro que se llevaron del arcón.

—Ah, ese carece de interés. Era solo un proyecto. Los importantes son los que os he comentado —se limitó a decir el catedrático.

—Entonces, ¿por qué se lo robaron? —quiso saber Rojas.

—Simplemente, porque estaba en el arcón, junto a uno de los otros —señaló el maestro Nebrija a la defensiva.

—Pero, si era solo un proyecto, ¿por qué se encontraba en la imprenta? No acabo de entenderlo —replicó Rojas con cierta suspicacia.

—Como bien sabéis, a veces en los cuadernillos que conforman un libro impreso quedan algunas páginas en blanco y, con el fin de aprovecharlas, me gusta incluir otros textos, a modo de relleno, que suelen ser anticipos de alguna obra en preparación, para ver qué tal caen —trató de aclarar Nebrija.

—Comprendo. ¿Y cuál es su asunto si se puede saber? ¿Tiene algo que ver con los otros dos originales de imprenta? —insistió Rojas.

—De alguna manera. Pero, como os decía, se trata en realidad de un trabajo en ciernes —puntualizó Nebrija algo incómodo por la insistencia de Rojas.

—De acuerdo —comentó el pesquisidor no muy convencido con la explicación de su amigo—. En cuanto a Diego de Deza, deberíais escribirle lo antes posible una carta comunicándole que no podéis enviarle el original de la obra porque acaban de robarlo de la imprenta de Juan de Porras —le

aconsejó—. Decidle también que el proceso de edición aún no había comenzado, por lo que no hay nada que mandar a ese respecto.

—Si mis sospechas son ciertas, todo eso ya lo sabe él de sobra —comentó el maestro Nebrija.

—Pero ¿y si no lo son? De todas formas, se trata de ver cómo reacciona nuestro querido inquisidor y, sobre todo, de curaros en salud, ya que estáis amenazado de excomunión. Además, de paso, evitaréis que las cosas se compliquen todavía más —le recordó el pesquisidor.

—Está bien, le escribiré esta misma tarde sin falta —concedió el maestro Nebrija.

—Mientras esperamos su respuesta, yo voy a hablar con algunos de vuestros colegas del Estudio, para ver si consigo averiguar algo —le explicó el pesquisidor—. Y vos estad muy atento, tal vez esos individuos o aquellos que los han instigado no hayan quedado del todo satisfechos con lo que han hecho y quieran hablar con vos, o puede que algo peor.

—Lo estaré, no os preocupéis, por la cuenta que me tiene —aseguró Nebrija muy serio.

Después siguieron hablando de forma más distendida sobre otros asuntos menos acuciantes.

—Perdonadme, todavía no os he preguntado qué tal os fue por Burgos —quiso saber el catedrático.

—Como ya os podéis imaginar, el encargo de don Fernando, lejos de honrarme y satisfacerme, me causó gran disgusto y preocupación, pues si descubría algo que lo incriminase, no habría sabido cómo decírselo ni cómo reaccionar —confesó Rojas—. Y si, por el contrario, no averiguaba nada en ese sentido, serían muchos los que pensarían que me había vendido al rey y que había aceptado el caso para encubrirlo a cambio de un soborno.

—Menudo dilema —señaló Nebrija.

Rojas suspiró con gesto resignado.

—¡Y tanto! Pero lo cierto es que no pude decir que no, ya que, si lo hubiera rechazado, habría parecido que lo consideraba culpable de antemano, y eso sí que habría significado mi ruina —argumentó—. Cuando llegué a la corte, hablé con los físicos y con varios testigos, incluida la reina, que me sorprendió en algunos momentos por su gran lucidez, si bien debo reconocer que en lo tocante a su difunto esposo no hacía más que desvariar. «Locura de amor», la llaman algunos, lo cual, en mi opinión, es una redundancia —añadió con algo de sorna.

—¡Y qué razón tenéis! No en vano sois el autor de la *Tragicomedia de Calisto y Melibea*, y algo debéis de saber del asunto —comentó el maestro con una sonrisa.

—Lo peor de este caso es que afecta nada menos que a la reina de Castilla y, por lo tanto, a la salud de sus reinos —puntualizó Rojas—. En cuanto al resultado de mis pesquisas, debo decir que los indicios y las opiniones de la mayor parte de los médicos apuntaban a que la causa del fallecimiento de don Felipe había sido una enfermedad, tal vez causada por un enfriamiento después de jugar una partida de pelota o por algún otro motivo, y, por tanto, sin intervención de ninguna persona, y así se lo hice saber al Consejo Real, que se mostró de acuerdo con mi dictamen.

—Cuánto me alegra escuchar eso —exclamó Nebrija con cierto alivio—, ya que las sospechas eran serias, dadas las circunstancias.

—No lo sabéis bien. La ciudad de Burgos era un hervidero de rumores y descontento, y, puestos a sospechar, algunos recelaban hasta de la propia reina Juana, que, según decían, habría actuado movida por los celos o despechada por el maltrato al que la sometía su marido.

—¡Qué me decís!

—Como os lo cuento. Por otra parte, debo argüir que tal muerte era innecesaria para los objetivos de don Fernando y, por lo tanto, no le beneficiaba especialmente —añadió el pesquisidor convencido—. Es más: si a alguien no le convenía que don Felipe muriera en ese momento, era al

rey de Aragón, ya que esto podía suponer el cuestionamiento de los acuerdos a los que había llegado con él, con los que, como sabéis, se había llenado los bolsillos, que era lo que quería. Y a don Fernando lo único que le preocupa ahora es conseguir un nuevo heredero para Aragón.

—En todo caso, no creo que le disguste recuperar el gobierno de Castilla —objetó Nebrija.

—Pero para ello su alteza tenía ya sus propios planes, más encubiertos y sibilinos, y sin necesidad de utilizar la violencia o acudir a medidas tan extraordinarias. De hecho, su viaje a Nápoles no había sido más que una retirada estratégica, ya que estaba seguro de que, durante su ausencia, muchos de sus partidarios, descontentos y agraviados por el nuevo rey Felipe, se agruparían y acabarían por crear una situación tan difícil que aquel ya no se podría sostener, momento en el que don Fernando regresaría para asumir el mando, con el consabido pretexto de poner orden en Castilla y en libertad a su hija Juana. Mas al final nada de eso ha hecho falta —concluyó el pesquisidor.

Luego se quedó ensimismado, con la mano en la mejilla.

—¿Os preocupa algo? —le preguntó Nebrija.

—Estaba pensando en la carta del arzobispo. Pero será mejor que me vaya, pues se ha hecho tarde.

—Como queráis.

Tras despedirse, Rojas siguió dándole vueltas en la cabeza al asunto mientras caminaba. Su amigo parecía muy convencido de que detrás del ataque a la imprenta estaba nada menos que la mano firme y alargada del inquisidor general. Pero él no lo tenía tan claro. Desde luego, no dejaba de ser llamativo que uno de los originales de imprenta desaparecidos hubiera sido reclamado dos meses antes y con tanto interés por Diego de Deza, si bien podría tratarse de una simple casualidad. Lo malo era que el pesquisidor no creía en las casualidades. Por otra parte, había algo en esa

carta que lo había dejado intranquilo e intrigado, aunque no lograba averiguar por qué.

Estaba ya a punto de doblar la esquina de la calle para dirigirse a la posada cuando de pronto cayó en la cuenta de un detalle en el que hasta ese momento no había reparado. Fue como si un relámpago iluminara su mente durante un instante, lo suficiente para tomar conciencia de algo que podría ser muy relevante para él. Así que volvió sobre sus pasos, llamó a la puerta de la casa de Nebrija y, en cuanto su amigo la abrió, le soltó de forma atropellada:

—Quiero ver de nuevo la carta con el fin de verificar algo.

—Entonces, ¿creéis que tengo razón? —preguntó el catedrático.

—No lo sé aún —contestó el pesquisidor.

## IV

Tras desplegar bien el papel, Rojas comenzó a repasar la carta muy despacio. Mientras lo hacía, su rostro era como un pergamino en el que se iban dibujando diferentes expresiones. En primer lugar, de sorpresa e incredulidad; luego, de interés y curiosidad, y por último, de amargura y tristeza, lo que indicaba que su contenido le tocaba muy de lleno. Después se quedó pensativo y perplejo, con el ceño fruncido y la mirada ausente.

—¿Ocurre algo? —inquirió Nebrija cada vez más extrañado.

—Aquí hay un detalle que no me cuadra —comentó el pesquisidor con vehemencia.

—¿A qué os referís?

—A la data de la carta —reveló el pesquisidor señalándola sobre el papel con el dedo índice.

—¿Y qué le pasa? —preguntó el catedrático.

—Que está fechada en La Puebla de Guadalupe el pasado 20 de septiembre, esto es, cinco días antes de la muerte en Burgos de Felipe el Hermoso —recordó Rojas—. ¿No os parece raro?

—¿Y por qué eso os llama tanto la atención? —inquirió Nebrija extrañado.

—Porque en esa fecha a Diego de Deza no le estaba permitido abrir nuevos expedientes o iniciar cualquier clase de inquisición sobre delitos contra la fe, y menos a alguien tan relevante como vos —le informó Rojas.

—Sigo sin entenderos —comentó Nebrija.



—Como sabréis, el duque de Borgoña había sido nombrado rey de Castilla *iure uxoris* pocos meses antes y, al ser informado de las terribles actuaciones del inquisidor Diego Rodríguez de Lucero en Córdoba, amparadas y tal vez promovidas por Diego de Deza, quedó tan horrorizado que una de las primeras medidas que tomó fue destituir al primero y obligar al inquisidor general a que delegara sus poderes, de forma irrevocable, en Diego Ramírez de Guzmán, obispo de Catania y miembro del Consejo de Castilla, y así se lo comunicó don Felipe al papa para que este lo ratificara. Con su prestigio por los suelos y sin el apoyo de Fernando el Católico, su máximo valedor, Deza no tuvo más remedio que aceptar la decisión real, lo que en la práctica significaba su renuncia al cargo una vez que esta fuera confirmada por el santo padre. Incluso el arzobispo tuvo que acudir a la corte para responder ante el rey de algunas acusaciones, algo muy humillante para él. Lo sé porque me lo contaron varios testigos cuando estuve en Burgos. De hecho, algunos afirmaban que lo vieron salir de la audiencia real hecho una furia, jurando que pronto volvería a ocupar su puesto de manera efectiva, y ahora entiendo por qué lo decía. Todo esto hizo que muchos de los procesos inquisitoriales que por entonces estaban en curso se pararan y que aquellos que habían sido injustamente condenados por el Santo Oficio fueran declarados inocentes —prosiguió Rojas—. Así pues, no tiene mucho sentido que el día 20 de septiembre Diego de Deza os escribiera en calidad de inquisidor general porque ya no estaba autorizado para realizar ningún requerimiento ni iniciar ninguna nueva causa, salvo que...

El pesquisidor se detuvo de pronto, como si no se atreviera a continuar, pues acababa de caer en la cuenta de lo que, en verdad, podía significar el hecho de que la carta llevara esa fecha.

—Proseguid, os lo ruego, me tenéis en ascuas —lo apremió Nebrija.

—... Salvo que el muy canalla supiera que en ese momento el rey tenía los días contados o incluso creyera que ya había muerto —completó por fin

Rojas—. Y está claro que si sabía una cosa o creía la otra, a pesar de estar a más de ochenta leguas de distancia del lugar de los hechos, debía de ser porque había sido él el que había mandado asesinar al rey —concluyó convencido.

—Pero vos mismo me dijisteis hace un rato que todo parecía indicar que la causa del fallecimiento de don Felipe el Hermoso había sido una enfermedad —objetó el catedrático.

—Eso es, desde luego, lo que los médicos me dieron a entender. Pero, por lo que se ve, no fui muy concienzudo en mis pesquisas y me precipité en sacar conclusiones —reconoció Rojas con pesar—. Estaba tan ansioso por demostrar que don Fernando no había tenido nada que ver con su muerte que no se me pasó por la cabeza que podía haber sido otro el que lo mandó matar, alguien que sí que tenía motivos serios para hacerlo, a diferencia del rey de Aragón, quien, como os he dicho, no necesitaba que don Felipe desapareciera para conseguir sus objetivos.

—Ya lo dijo Séneca: «*Cui prodest scelus is fecit*». «Aquel a quien beneficia el crimen es quien lo ha cometido» —apuntó el maestro Nebrija, que para todo tenía una cita en latín.

—Estoy de acuerdo. Y si alguien estaba más que interesado en que el rey de Castilla muriera, ese era fray Diego de Deza —argumentó el pesquisidor—. Por supuesto, esto es solo una suposición, pues no tenemos ninguna prueba. Como ya os comenté, según los médicos que atendieron al rey, la enfermedad fue provocada por un enfriamiento después de jugar una partida de pelota el 16 de septiembre, si bien algunos pensaban que podría tratarse de una fiebre pestilencial. El caso es que al día siguiente le sobrevino un fuerte malestar, con gran calentura y un gran dolor en un costado que se mantuvo en las jornadas posteriores. Desde un principio, los físicos vieron que la cosa pintaba mal, incluido el doctor Parra, catedrático del Estudio salmantino. Precisamente el 20 de ese mes, don Felipe escupió sangre y tuvo que ser sangrado por orden del médico de Cisneros, lo que no sirvió de

nada. Tras una larga agonía, en la que la reina no se apartó de su lado ni un momento, murió en la madrugada del 24 al 25, con solo veintiocho años, por lo que la noticia del fatal desenlace llegaría a La Puebla de Guadalupe dos o tres días después.

—¿Y por qué Diego de Deza no aguardó a recibirla para escribirme a mí? —quiso saber Nebrija.

—Yo me imagino que no esperaba que la agonía del rey fuera a dilatarse tanto tiempo y el día 20 lo daría ya por muerto —conjeturó Rojas—. Debía de estar tan impaciente por recuperar su poder dentro del Santo Oficio y volver a las andadas que no fue capaz de aguardar a que le llegara la confirmación del fallecimiento del soberano. Así que aprovechó que el papa aún no había acreditado al obispo de Catania como nuevo inquisidor general, por medio de la correspondiente bula, para volver a ejercer como tal. Ya sabemos lo que pueden retrasarse a veces esas gestiones. Y supongo que, una vez muerto el rey, a Deza no le habrá sido muy difícil mover los hilos en la Santa Sede para anular el nombramiento de su sucesor. De hecho, en los mentideros se oyen rumores de que ya ha ordenado reabrir los procesos que estaban parados e iniciar otros nuevos.

—Confío en que no vaya a ser ese mi caso —comentó el catedrático, preocupado.

En ese momento llamaron a la puerta. Nebrija miró a Rojas con inquietud.

—Adelante —dijo con voz queda.

Se trataba de una joven. De estatura y complexión medianas, tenía el pelo castaño y liso, el rostro ovalado, la tez pálida, los ojos oscuros y vivos, y los labios carnosos. Al ver a Rojas, se ruborizó. Después de hacer una leve inclinación de cabeza, dirigió la vista hacia el suelo en señal de modestia y decoro, y balbuceó:

—Venía a avisaros de que la comida está ya preparada.

—Es mi hija Sabina —la presentó el maestro.

—Es un placer conoceros —comentó Rojas, conmovido por el candor y la belleza de la joven.

—Él es mi amigo Fernando de Rojas —indicó el catedrático dirigiéndose a su hija.

La joven volvió a sonrojarse e hizo una leve inclinación de cabeza antes de abandonar la estancia, muy azorada, dejando en el aire un leve rastro de perfume.

—Ahora que no nos oyen, os confesaré que Sabina es la niña de mis ojos —aseguró el maestro Nebrija cuando esta se fue—. Acaba de cumplir dieciocho años y sabe ya mucho latín, más que la mayoría de mis colegas. Es una *docta puella*, una niña sabia; de ahí que le confíe las copias de mis manuscritos. Y es que no solo tiene buena letra y no hace borrones, sino que además entiende todo lo que escribe y es capaz de leer y comprender a los grandes autores de la antigua Roma. Al igual que su madre, está bendecida con toda clase de dones, y conste que no lo digo solo yo.

Rojas se había quedado pensativo y no comentó nada.

—¿Me estáis escuchando? —le preguntó su amigo.

—Perdonadme, pero no paro de darle vueltas a la carta —se disculpó.

—Entonces, ¿pensáis que el arzobispo de Sevilla mandó matar al rey para poder recuperar su cargo y, de paso, vengarse de él? —inquirió Nebrija, que no acababa de dar crédito a las sospechas del pesquisidor.

—Eso me temo —indicó este—. Asimismo, debe de haber pensado que con ello ayudaría a que volviera a gobernar en Castilla su protector, el rey Fernando el Católico, que lo ratificaría como inquisidor general. Pero insisto en que, de momento, se trata solo de una conjetura.

—Pues, si es como decís, estamos apañados. Ahora sí que está claro que corro peligro. Si es verdad que ese malnacido fue el que mandó matar al rey Felipe, ¿qué no será capaz de hacer el muy canalla para acabar conmigo? —comentó Nebrija preocupado.

—A pesar de todo, yo no estoy tan seguro de que sea él el que está detrás del ataque a la imprenta, ya que no hay ningún motivo para ello. Si quisiera acabar con vos, le bastaría con incoaros un proceso inquisitorial.

—Pues yo cada vez estoy más convencido y asustado, a juzgar por cómo se las gasta —confesó Nebrija—. En cuanto al proceso, no creo que se atreva, pues sabe que el cardenal Cisneros no lo permitiría.

—Sea como fuere, no quiero volver a cometer el mismo error en el que incurrí en Burgos y centrarme solo en una hipótesis —explicó Rojas—. Hay que tener en cuenta otras posibilidades.

—Y en relación con vuestras sospechas de que fue él el que instigó la muerte del rey, ¿qué pensáis hacer?

—De momento nada, ya os he dicho que no tenemos pruebas y la acusación es demasiado grave como para lanzarla alegremente al aire, y más cuando el sospechoso tiene tanto poder.

—¿Y por qué no se lo comunicáis al Consejo de Regencia? Como sabéis, está presidido por Cisneros, quien desde hace tiempo le tiene ganas a Diego de Deza. Y que él decida —propuso Nebrija.

—Las cosas no son tan fáciles. Recordad que, tras mis pesquisas, concluí que el rey había muerto de enfermedad y ahora no puedo ir desdiciéndome y asegurar que el responsable fue el inquisidor general, por muy desprestigiado que esté. Parecería como que trato de encubrir a don Fernando, dado que las sospechas que pesaban sobre él aún no se han disipado del todo.

—En ese caso, deberíais contárselo al soberano, para que sepa cómo se las gasta su protegido. Tal vez así acabe retirándole su confianza y nombre en su lugar a Cisneros. Con esto se acabarían los problemas.

—Pero ¿y si no me cree o piensa que no le conviene hacerlo? Ya sabéis lo cauteloso que es.

—Estoy seguro de que os creerá, ya que está en deuda con vos y vos no ganáis nada con ello —argumentó Nebrija.

—Pero él tampoco obtendrá nada, que yo sepa, y eso es, al parecer, lo único que le importa —replicó Rojas.

—Si es por eso, tampoco va a perder.

—Está bien, le escribiré —se comprometió Rojas—. Pero tenemos que ser muy prudentes y discretos con todo esto.

—Por supuesto —asintió Nebrija—. Y ahora debo ir con mi familia, pues me están esperando. Por cierto, ¿por qué no os quedáis a comer? Así podréis conocer por fin a mi esposa.

—No quisiera molestar.

—Al contrario —rechazó el catedrático—. Ella estará encantada y también mis hijos, ya lo veréis.

Nebrija estaba casado con Isabel de Solís, hija de Alonso Montesino (el Viejo) y Juana Sánchez, ambos de buena cuna y vecinos de la ciudad de Salamanca. Según confesaba el catedrático de Gramática, se había desposado con ella arrastrado por su *incontinentia*, siguiendo en esto los consejos de san Pablo en una de sus epístolas a los corintios: *Melius est nubere quam uri*, que en román paladino podría traducirse como «más vale casarse que abrasarse». Para ello había tenido que renunciar, eso sí, a su condición clerical y a alguna que otra renta eclesiástica de la que por entonces disfrutaba, ya que en Bolonia había estudiado Teología y alcanzado las órdenes menores. Aunque tenía fama de ser aficionado a las mujeres o *natura mulierosus*, no había constancia de que le hubiera sido infiel a su esposa ni de que hubiera provocado algún escándalo o hubiera tenido algún hijo fuera del matrimonio, cosa de la que muy pocos curas y obispos podían presumir, pues el que más y el que menos tenía su ama, su concubina o su barragana, a veces disfrazada de sobrina; por no hablar de los que aprovechaban el momento de la confesión para solicitar a sus feligresas que realizaran con ellos actos torpes y deshonestos.

Cuando entraron en el comedor, los vástagos de Nebrija que convivían con él estaban aguardando en torno a la mesa.

—Ese de ahí es mi hijo Sancho —informó el catedrático—. Acaba de bachillerarse y ha obtenido una beca para cursar Leyes en el Colegio de España en Bolonia, donde estudié yo. Para ello ha tenido que presentar los correspondientes avales y probanzas de limpieza de sangre, como si ser cristiano nuevo fuera una tara que te incapacita para estudiar. Pero vos sabéis mejor que yo que los conversos suelen ser los mejor preparados.

—No les queda más remedio si quieren sobrevivir en un mundo que les es tan hostil —añadió Rojas con conocimiento de causa.

Sancho contaría poco más de veinte años, era de estatura mediana y tenía el rostro alargado, los ojos alegres y la mirada ausente, como si estuviera con la cabeza en otro sitio.

—Y estos son Alonso, Francisco, Julia, Isabel y Fabián, que, a pesar de su tierna edad, muestra ya cierta inclinación hacia los estudios —indicó Nebrija—. Faltan Marcelo, mi primogénito, y Sebastián. En total son nueve, si no me fallan las cuentas, seis varones y tres mujeres, y de ellos cuatro nacieron en esta tierra. Al mayor lo tuve a una edad ya avanzada, con treinta y cinco años, pero enseguida me puse al día con los demás. Ahora ya podéis comprender por qué imparto tantas lecciones y publico tantas obras —añadió entre risas.

—¿Y a mí no vas a presentarme? —lo interrumpió una mujer que acababa de entrar en la sala.

—Ella es Isabel, mi querida esposa, de la que tanto os he hablado, aunque casi nunca bien —bromeó Nebrija.

—Eso ya sería algo —replicó esta con tono de reproche.

Isabel tenía el pelo gris y algunas arrugas junto a las comisuras de los ojos y los labios, pero su belleza aún no se había marchitado. Su aspecto y modales eran, por otra parte, de matrona romana, lo que hacía que el maestro Nebrija se sintiera muy orgulloso de ella.

Después de saludar a Rojas, se sentaron todos a la mesa de forma bulliciosa. Tras la oportuna bendición, Nebrija les contó lo que había pasado en la imprenta de Juan de Porras, omitiendo algunos detalles escabrosos y el robo de los manuscritos a fin de no inquietarlos. La esposa se sintió muy apenada y le preguntó si se sabía cómo había ocurrido y quién lo había hecho, pues conocía bien a Bartolomé de algunas visitas que había hecho al taller. Su marido le comentó que todavía no. Pero luego añadió que no se preocupara, que Rojas iba a averiguarlo enseguida ya que era pesquisidor real y se ocuparía del asunto, lo que alegró a todos.

Mientras comían, los hijos del catedrático se interesaron por el oficio de su amigo. Así que Rojas no tuvo más remedio que referirles algunos de los casos de los que se había hecho cargo, empezando por los que había investigado cuando todavía era estudiante en Salamanca, como el del catedrático fray Tomás de Santo Domingo y el príncipe don Juan, o el de varios alumnos del Estudio, todos ellos cruelmente asesinados. Una vez concluyó, le hicieron varias preguntas con el objeto de ampliar y aclarar algunos aspectos. El pesquisidor las contestó como pudo, pues había cosas que, por su especial naturaleza, debían permanecer en secreto, lo que no hizo más que aumentar la curiosidad de los presentes y especialmente de Sabina, a la que le brillaban los ojos cada vez que miraba al pesquisidor.

—¿Y de qué os conocéis mi marido y vos? —quiso saber la esposa del maestro Nebrija.

—Tuve el placer y el privilegio de ser alumno suyo cuando empecé mis estudios, recién llegado a Salamanca.

—El más brillante que he tenido nunca —indicó el catedrático—, y no lo digo por el hecho de que él esté delante. Antes olvidé contaros que es el autor de la *Tragicomedia de Calisto y Melibea*.

—¡¿De veras?! —exclamó Isabel sorprendida—. Ya decía yo que vuestro nombre me era familiar.



—Soy tan solo uno de los dos autores, para ser más precisos —puntualizó enseguida Rojas.

—No le hagáis caso —intervino Nebrija dirigiéndose a su esposa—. Eso no es más que un efugio para protegerse de las suspicacias del Santo Oficio. Por desgracia vivimos en un tiempo en el que hay que ocultar la autoría de determinadas obras y disimular el talento si no quieres que te procesen. La *Tragicomedia* es lo mejor que se ha escrito en lengua castellana hasta la fecha y su reinado aún durará mucho tiempo, estoy convencido de ello. Sin embargo, su autor no puede ser catedrático del Estudio, como sería su deseo, por no ser cristiano viejo. Espero que no os importe que lo cuente —añadió dirigiéndose a Rojas.

—Al contrario —comentó este—. Si de algo estoy orgulloso, es de mi condición de converso, aunque esta sea una circunstancia de la que, desde luego, no se puede presumir en público.

—A diferencia de vos, ninguno de mis hijos varones quiere ser catedrático, pues conocen muy bien la vida que llevamos los que nos dedicamos a desasnar estudiantes —comentó Nebrija con cierto pesar—. Sabina es la única que ha mostrado interés en ser maestra de Gramática, y podría serlo con creces sin necesidad de cursar estudios. Pero mi hija, al igual que vos, tiene también vetada la entrada en la universidad por el mero hecho de ser mujer, algo que lamento mucho, y no solo por ella. Ahí están Beatriz Galindo, a la que no en vano apodan «la Latina», u otras más jóvenes como Luisa de Medrano, de la que se cuentan también maravillas, si bien debo decir que Sabina no les va a la zaga.

La joven volvió a ruborizarse y a ocultar su mirada.

—¿Las habéis conocido? —quiso saber Rojas.

—De la primera me consta que asistió a mis lecciones a escondidas —prosiguió Nebrija—, en hábito de estudiante, siendo todavía una niña, pues vivía en la calle del Ave María, al lado mismo de las Escuelas Menores, y para ella todo aquello era casi como un juego. Y eso es algo de lo que

también me siento orgulloso. Así que me alegré mucho cuando en su día me enteré de que era maestra de Latín y consejera de la reina Isabel allá en la corte.

—En cuanto a Luisa de Medrano, puedo dar fe de que también acudía a las clases disfrazada de varón, aunque no a las vuestras, pues en aquel momento no os encontrabais en el Estudio, algo de lo que, por cierto, ella siempre se quejaba ya que os admiraba mucho —le informó Rojas—. Pero es posible que lo haya hecho en fecha reciente.

—Pudiera ser. Mas no soy consciente de ello.

—Eso tampoco sería extraño, ya que nunca os enteráis de nada que no tenga que ver con vuestros estudios o vuestros dichosos libros —le reprochó su mujer con una sonrisa afectuosa.

—Eso también es verdad —reconoció el catedrático como un niño que hubiera sido pillado en falta.

## V

Por la tarde, después de descansar, Rojas se fue a ver a Juan de Porras, que en ese momento estaba en su tienda de libros. Sin duda era la mejor surtida de toda la ciudad y tenía la gran ventaja de estar situada frente a las Escuelas Mayores. Mientras el dueño acababa de atender a un cliente, el pesquisidor se entretuvo en contemplar el contenido de los estantes, armarios y mesas que la abarrotaban. Cada vez que entraba en una estación o tienda de libros sentía una gran excitación y un irreprimible deseo de curiosearlo todo. Además de obras impresas, en ella había también numerosos códices o libros manuscritos, pues seguían teniendo mucha demanda. Como los clientes eran sobre todo catedráticos y estudiantes, los volúmenes estaban ordenados por materia o facultad: teología, leyes, aritmética, música, estudios de humanidad... También se distribuían por lengua: en primer lugar, claro, los escritos en latín; luego en romance y, en menor medida, en griego, italiano, francés... Los había de todos los tamaños: en folio, en cuarto, en octavo, en dieciseisavo; algunos eran tan pequeños que casi cabían en una mano o podían llevarse ocultos en la faltriquera o en una manga para así poder leerlos o consultarlos cuando se quisiera. La mayoría estaba en rama o sin encuadernar, pues esta labor se realizaba a petición del cliente, según sus gustos y posibilidades, en una sala contigua. Por último, además de libros, había pliegos de cordel, cartillas escolares, estampas, mapas...

Como cabía esperar, buena parte de las existencias eran de la imprenta de Porras, pero también había algunos libros traídos de fuera,

probablemente adquiridos en las ferias de Medina del Campo, donde podían encontrarse ejemplares procedentes de las principales casas de molde de España y Europa. Asimismo, había una pequeña sección de libros usados. Mientras los observaba, Rojas se acordó de la tienda de Jacinto López, en la calle de Serranos, cuyo verdadero negocio era la compraventa de obras prohibidas. ¿Tendría Juan de Porras también una cámara escondida al fondo de la tienda? Seguramente, pues cada vez había más libros condenados por el Santo Oficio y el dueño no era de los que desaprovechaban cualquier oportunidad de hacer negocio, por arriesgado que fuera, ya que él debía de tener buenos contactos en el Estudio, en el concejo y en la Iglesia.

En su recorrido, Rojas fue cogiendo algunos volúmenes: los abría, los olía, los acariciaba, los hojeaba, examinaba su tipografía, leía alguna línea aquí y allá, hacía alguna cala algo más extensa por la mitad, admiraba algún dibujo, se detenía en las capitulares y le echaba un vistazo al colofón para saber cuándo y dónde se había impreso.

Al cabo de un rato, apareció Juan de Porras. Se le notaba reticente y muy desganado.

—¿Buscabais alguna obra en concreto? —le preguntó al pesquisidor al verlo tan enfrascado.

—Tan solo he venido a preguntaros algo —le informó Rojas.

—Pues vos diréis.

—¿Qué comentaron los alguaciles? —demandó el pesquisidor para empezar.

—Que seguramente se trataba de unos facinerosos que entraron a robar y hacer de las suyas, y se encontraron con el pobre Bartolomé —comentó con tristeza.

Rojas lo notó muy afectado por la muerte del cajista. Al fin y al cabo, llevaban trabajando mucho tiempo juntos y era un oficial muy valioso y eficaz.

—¿Y vos qué les dijisteis?

—Yo apenas les conté nada, como me pidió el maestro Nebrija. En todo caso, no creo que vayan a hacer gran cosa para atraparlos, como es habitual —opinó el librero con tono escéptico.

—En este caso, eso nos conviene. Tal y como mi amigo Antonio y yo lo vemos, lo mejor es ser discretos y armar el menor revuelo posible para no entorpecer las pesquisas —le aconsejó Rojas.

—Así lo veo yo también.

—Y en la imprenta, ¿qué pensáis hacer?

—Las prensas no pueden parar, así que nos pondremos con otros libros que tenemos pendientes hasta nueva orden por parte de Nebrija —le hizo saber el impresor—. Esta mañana he mandado a uno de mis oficiales a Zamora para que haga venir a un cajista que se formó con Bartolomé y que trabaja en un taller de allí.

—Una cosa más. ¿Podéis indicarme si alguno de vuestros oficiales o aprendices ha ido contando por ahí que estabais imprimiendo o pensabais imprimir una obra de Nebrija que iba a armar cierto revuelo entre los catedráticos del Estudio?

—Lo dudo mucho, pues les tengo dicho que no cuenten a nadie qué es lo que hacemos o no hacemos en el taller, sobre todo para que no lo sepan las imprentas rivales. La mayoría, por otra parte, casi no sabe leer y, en general, les importa muy poco de qué tratan los libros que aquí imprimimos. Ellos se limitan a hacer lo que se les manda —le explicó Juan de Porras.

—¿Y algún cliente que se haya interesado últimamente por las obras de Nebrija que ibais a publicar?

—Son muchos los que me preguntan si va a imprimirse algo nuevo del maestro, dada su reputación. Al parecer tiene muchos seguidores, casi tantos como detractores —puntualizó el impresor sin mala intención.

—Y dentro de estos últimos, ¿hay alguno que se haya interesado últimamente por futuras novedades?

Juan de Porras se quedó pensativo, como si repasara mentalmente sus recuerdos con el objeto de dar con alguno digno de mención.

—Hay un catedrático de Vísperas de Leyes llamado Pablo Gómez...

—Lo conozco —apuntó Rojas, pues en su día había sido alumno suyo.

—Hace unas semanas quiso saber si era verdad que íbamos a publicar un léxico de derecho civil del maestro Nebrija. Yo le respondí que sí y él me dijo que desde cuándo los gramáticos entendían de leyes que no fueran las de la propia lengua. Yo le recordé que simplemente era un impresor y, por lo tanto, no era responsable del contenido de los libros que salían de mi taller. A lo que me replicó preguntándome cómo reaccionaría si alguien me trajera una obra herética para que la publicara. Yo le comenté que eso era harina de otro costal y él me indicó que estaba equivocado, puesto que el derecho, para los juristas, era también algo sagrado en lo que no debía meter el hocico ningún profano, por muy listo que se creyera. Y luego se marchó dando un portazo —concluyó Juan de Porras.

—Eso es muy propio de él —corroboró Rojas—. Hace años asistí a algunas de sus clases y siempre me pareció un cascarrabias. Pero no creo que esté detrás del asalto a la imprenta.

—Yo tampoco lo veo capaz, la verdad.

Al salir de la librería, Rojas se dirigió a las Escuelas Mayores, un lugar que siempre le provocaba gratos recuerdos ya que allí había cursado leyes hasta bachillerarse y también algo de medicina, filosofía y teología. Quería hablar con Pablo Gómez antes de que comenzara a impartir su lección de esa tarde, aunque solo fuera para descartarlo del todo. En ese momento había muchos estudiantes que entraban y salían con sus bártulos y cartapacios, vestidos con la característica loba o sotana corta y sin mangas, bonete chato y manteo de paño. Aquí y allá se formaban corrillos en los que se discutía sobre algún asunto polémico o se hacían bromas. Las aulas estaban

distribuidas en torno al claustro. En medio de este se encontraba el poste, que era el lugar establecido por la costumbre para que los maestros pudieran atender las consultas de sus alumnos y resolver sus dudas, pues durante las clases no podían ser interrumpidos. La lección del catedrático Pablo Gómez iba a tener lugar en el aula magna o general de cánones, la más espaciosa del Estudio, situada en el ala norte del edificio. Ante ella se congregaban algunos alumnos mientras que, en el interior, sus criados o capigorriones les guardaban y calentaban el sitio hasta que se decidieran a entrar.

Cuando apareció el catedrático por la puerta principal, Rojas le salió al encuentro. Pablo Gómez contaría cerca de sesenta años y era de estatura mediana y más bien delgado de cuerpo; tenía el pelo muy escaso y de color amarillento, los ojos castaños y algo rasgados, la nariz abultada, los labios finos y la barbilla muy afilada. Su andar era decidido, su porte erguido, su semblante serio y su mirada desafiante, todo acorde con su carácter.

—Que Dios os guarde. Me llamo Fernando de Rojas y fui alumno vuestro hace unos diez años —se presentó el pesquisidor.

El catedrático lo observó con cierta displicencia, sin esforzarse mucho por tratar de averiguar si lo reconocía o no.

—Lamento mucho no recordaros, pero es que he tenido muchos alumnos —comentó el catedrático de forma seca y apresurada.

—¿Podríamos hablar un momento?

—Ahora debo impartir mi lección —le recordó el otro sin detenerse.

—Lo sé. Tan solo quiero haceros unas preguntas —insistió el pesquisidor—. ¿Os habéis enterado de que ayer noche asaltaron la imprenta de Juan de Porras y mataron al cajista?

Pablo Gómez se paró de golpe, con el rostro muy ensombrecido y los ojos escrutadores. Estaba ya muy cerca del aula. Pero en el patio había tanto bullicio que nadie parecía prestarles la menor atención.

—Algo he oído, sí —reconoció—. Pero no sé qué tiene eso que ver conmigo, la verdad sea dicha.

—Me han contado que, hace unas semanas, estabais muy preocupado por la publicación de un vocabulario del maestro Nebrija sobre vuestra disciplina —comentó el pesquisidor.

—Preocupado no es la palabra —puntualizó Pablo Gómez—, lo que estaba es indignado por su injustificada intromisión en algo que no le compete, al igual que lo están otros catedráticos de Leyes, y eso no es ningún secreto. En su día ya arremetió contra los gramáticos que no pensaban como él y ahora que ha vuelto, nos ha tocado a nosotros. Habría que pararle, de una vez por todas, los pies.

—¿Impidiendo que el libro se publique?

—Entre otras cosas —asintió el catedrático.

—¿Aunque para ello haya que derramar sangre? —dejó caer Rojas.

—No os entiendo.

—El maestro Nebrija está convencido de que los que asaltaron la imprenta iban a por él. Pero, como no estaba, se vengaron en el pobre cajista.

—Me parece un poco vanidoso por su parte, si se me permite decirlo —replicó el catedrático—. Pero, por otro lado, no me sorprende; con tal de que hablemos de su persona, es capaz de inventarse cualquier cosa. No he visto nunca a nadie tan arrogante y jactancioso.

—Puede que tengáis algo de razón. Pero el caso es que la copia de imprenta de esa obra que tanto os preocupa ha desaparecido, y los asaltantes destruyeron la parte que ya estaba impresa —le informó Rojas.

—Lo lamento mucho por el cajista, que no debía de tener ninguna culpa, y también por el impresor, que habrá sufrido algunas pérdidas, pero no por Nebrija; cualquier cosa que le pase se la tiene bien merecida. Como suele decirse, cada uno recoge lo que siembra, y él ha sembrado mucha cizaña.

—¿Tanto lo odiáis?



—No sabéis hasta qué punto —reconoció el catedrático—, y conste que no soy el único.

—¿Y quién pensáis que puede haberlo hecho? ¿Creéis que alguno de vuestros colegas sería capaz de pagar a alguien para que llevara a cabo una cosa así? —se atrevió a preguntar Rojas.

—La pregunta ofende —comentó el catedrático muy dolido—. Recordad que somos hombres de leyes, no de armas, y que, por tanto, creemos en la justicia y repudiamos la venganza. De modo que guardaos mucho de volver a insinuar tal cosa si no queréis que nos veamos las caras delante del juez del Estudio. Sabed que no me dais miedo, por muy pesquisidor real que hayáis sido.

—¿No decíais que no me reconocíais?

—Y así era. Pero ya me he acordado de vos. ¡Cómo iba a olvidarme de aquel estudiante que todo lo discutía y lo cuestionaba, tanto en la clase como en el poste y en los corrillos! Nebrija y vos sois tal para cual. Y ahora, si me disculpáis, mis estudiantes me esperan. Por suerte, no son como vos —añadió Pablo Gómez poniéndose en marcha, muy digno.

Conforme el catedrático se aproximaba a la puerta del aula, los estudiantes fueron abriéndole paso al tiempo que lo saludaban con una inclinación de cabeza, ante la mirada asombrada de Rojas, que no podía entender cómo un hombre tan mediocre, desagradable y soberbio como aquel podía haberse ganado el respeto y la admiración de sus alumnos. En cuanto al asunto que lo había llevado hasta allí, lo cierto era que el catedrático no había titubeado en ningún momento ni había caído en ninguna contradicción; tampoco había tenido ningún reparo a la hora de confesar su aversión por Nebrija, a pesar de que eso podría convertirlo en sospechoso a ojos de Rojas. No obstante, decidió permanecer en el claustro hasta que Pablo Gómez terminara de impartir la lección para seguirlo luego hasta donde fuera y ver si descubría algo.

Mientras aguardaba, no pudo evitar que le vinieran a la memoria algunos recuerdos de sus años de estudiante. Por fortuna, en aquel tiempo, no todos los catedráticos eran como Pablo Gómez. También había tenido el privilegio de contar con grandes maestros, como el propio Nebrija, Lucio Marineo Sículo, Fernando de Roa, Nicola Farnese y algunos más, a los que había escuchado siempre con respeto y veneración. Otros, sin embargo, provocaban en él un profundo rechazo. De ahí que intentara rebatir sus enseñanzas o poner en cuestión sus métodos, no para dárseles de sabio, que no lo era, sino para evitar que unas y otros calaran en sus compañeros de clase. Esa era su forma de combatir la barbarie que se había instalado en el Estudio, siguiendo en ello el ejemplo de Nebrija.

Para entretenerse, Rojas decidió dar un paseo por el patio, donde se habían formado varios corrillos. Trató de escuchar lo que decían los estudiantes. Algunos hablaban de las lecciones a las que acababan de asistir o de algunos sucesos relacionados con la ciudad; otros, de sus planes para esa noche. Pero nadie comentaba nada sobre el ataque a la imprenta, a pesar de haber acontecido a pocos pasos, como si no les importara. Harto de tanta cháchara, se fue a sentar en un banco que había en un rincón apartado del patio y se puso a canturrear la canción sobre la muerte de Felipe el Hermoso. Por más que lo intentaba, no se le iba de la cabeza, al igual que la carta del inquisidor general.

Cuando la puerta del aula de general de cánones volvió a abrirse, Rojas se escondió detrás de una de las columnas del claustro y, desde allí, pudo ver cómo salían por ella los estudiantes dando gritos de júbilo, pues las clases ya habían terminado por ese día. Los últimos en abandonar el recinto fueron el catedrático y su pequeño círculo de alumnos de confianza, que lo acompañaba como si fuera su guardia pretoriana. A falta de cosa mejor que hacer, Rojas decidió seguirlos. Al llegar a una de las casas de la cercana rúa

de San Martín, el catedrático y dos de los estudiantes se adentraron en ella. Estos iban cargados con unos cartapacios rebosantes de papeles.

Rojas se escondió en un portalón que había enfrente. Al cabo de un rato, salieron los dos jóvenes, muy alegres. Uno de ellos era alto y enjuto, y el otro más bien corpulento. Seguidos a cierta distancia por el pesquisidor, se dirigieron a un mesón situado en uno de los callejones que daban a la plaza de San Martín. Por lo que sabía, estaba frecuentado por toda clase de buscavidas y maleantes. Allí se reunieron con dos individuos de mala catadura que estaban cenando en un rincón apartado; el de mayor edad tenía una cicatriz en la mejilla derecha. Los jóvenes les entregaron con cierto disimulo una bolsa de monedas. Después de contarlas, los otros les pidieron que se sentaran y los invitaron a una jarra de vino. Luego brindaron, entre risas, por la salud del catedrático de Leyes. Rojas se había acomodado en una mesa cercana y los oyó conversar sobre cierto asunto que se traían entre manos, pero no logró averiguar en qué consistía, pues hablaban en voz baja, como si no quisieran que los escucharan.

Cuando los estudiantes se fueron, el pesquisidor los siguió a cierta distancia hasta que llegaron a una casa de pupilaje, donde debían de estar alojados, ya que les franquearon la puerta de inmediato. Rojas optó entonces por regresar a la casa de Pablo Gómez.

—Ah, sois vos de nuevo —exclamó este tras abrir la puerta.

—Perdonadme por venir a molestaros a estas horas en vuestra casa. Pero necesito preguntaros algo —se disculpó Rojas.

El catedrático lo miró con curiosidad, como si, en lugar de estar molesto por la impertinencia, estuviera admirado por la osadía del pesquisidor.

—Entrad, os lo ruego. Pero ya os comenté todo lo que os tenía que decir.

El maestro de Leyes condujo al visitante hasta una pequeña sala en la que apenas había muebles, aunque todavía se observaban huellas de que los había habido en otro tiempo. De hecho, no había ninguna silla a la vista, por lo que ambos permanecieron de pie.

—Se trata de los dos estudiantes que entraron con vos en casa hace un rato —indicó Rojas.

—¿Qué pasa con ellos?

—¿Podéis decirme qué eran esos papeles que os trajeron a casa? —inquirió el pesquisidor con tono apremiante.

El catedrático lo miró con sorpresa.

—Se trata de una repetición que he preparado sobre diferentes cuestiones y que ellos han tenido a bien pasarme a limpio —le informó.

—¿Podríais mostrármela?

—¿De verdad queréis que os la enseñe?

—Siento curiosidad por vuestra disertación.

—¿Es que no me creéis? —replicó algo molesto.

—Si no tenéis nada que ocultar, no sé a qué viene tanta reticencia —apuntó el pesquisidor.

—Está bien. Ahí la tenéis —concedió el catedrático señalando hacia una pequeña mesa que había en la sala.

Rojas echó un vistazo a los papeles que había en los cartapacios y comprobó que, en efecto, se trataba de una lección sobre derecho civil.

—¿Satisfecho? —comentó Pablo Gómez con sarcasmo.

—Antes he seguido a los dos estudiantes y he visto que se reunían con dos individuos muy sospechosos en un mesón de la plaza.

—¿Y yo qué culpa tengo de eso?

—Lo primero que hicieron fue entregarles una bolsa con monedas. ¿Se la disteis vos?

—Yo les di una bolsa como pago por su trabajo de copistas, lo que hagan luego con el dinero es cosa suya. Por lo que me habéis contado, lo más probable es que se trate de una deuda de juego —puntualizó Pablo Gómez.

—O tal vez el precio convenido por algún encargo —replicó Rojas.

—No sé de qué habláis. En cualquier caso, yo no soy responsable de la conducta de mis alumnos, aunque estos sean de mi confianza, ni tampoco

puedo controlar con quién se relacionan. Al fin y al cabo, son jóvenes y les gusta salir de noche y frecuentar lugares poco recomendables. Vos mismo, si mal no recuerdo, os llegasteis a codear, en vuestros tiempos mozos, con tahúres, ladrones y prostitutas, y hasta con algún que otro asesino —añadió el catedrático con aire socarrón.

—Pero fue por mis labores como pesquisidor —le recordó Rojas, molesto con tales insinuaciones, como si se estuvieran volviendo las tornas.

—Lo malo es que todo se pega —replicó el otro—. ¿Qué fue, por cierto, de aquella ramera con la que andabais? Me refiero a la que intentasteis redimir sin ningún éxito, pues la que es puta lo es para siempre, aunque luego se case o se enclaustre en un convento.

—Os agradecería que no hablarais así de una mujer que vale mucho más que vos —le advirtió Rojas apuntándole con el dedo índice para subrayar su tono de amenaza.

—Y yo que abandonarais mi casa de inmediato —le soltó el catedrático, señalando hacia la puerta.

Una vez en la calle, Rojas decidió volver al mesón para tratar de averiguar algo más. Pero los individuos ya no estaban. Así que le preguntó al bodeguero si sabía quiénes eran y este le contestó que para qué los buscaba. Al final resultó que eran dos coimeros de un garito o casa de tablaje que había en la parte trasera del local, al que acudían muchos tahúres. Rojas conocía bien ese tipo de lugares gracias a un caso que había tenido que investigar cuando aún era estudiante. Así que le pidió permiso al mesonero para entrar a probar fortuna. Y este lo dejó pasar.

En el interior había varias mesas, todas ellas ocupadas. A diferencia de lo que ocurría cuando la gente jugaba a las cartas por mera diversión, allí todos estaban serios y concentrados, sin apenas decir nada, salvo lo imprescindible para que la partida se desarrollara. Los coimeros iban de un

lugar a otro para comprobar que todo estaba en orden y nadie hacía trampas, o para satisfacer alguna demanda. Rojas se dirigió al de mayor edad y, tras abordarlo junto a una de las mesas, le preguntó al oído por los dos estudiantes que hacía cosa de una hora se habían reunido con él y con su compañero en el mesón.

—¿Y a qué viene ese interés? —le dijo el coimero con tono desafiante y la mirada torcida.

—Uno de ellos es mi sobrino y me gustaría saber qué hacía aquí —mintió el pesquisidor.

—Si lo que os preocupa es si es jugador, podéis estar tranquilo —le aseguró el coimero—. Vino de parte de un catedrático del Estudio, que sí que lo es, pero últimamente ha pasado por una mala racha que lo ha llevado a perder mucho dinero, y hasta que satisfaga la deuda, tiene vetada la entrada en el garito, de ahí que haya mandado a vuestro sobrino y a su amigo para saldar una parte de lo que nos debe. Eso es todo.

—Os agradezco la información —comentó Rojas—. Y, ya que sois tan amable, me gustaría preguntaros si por este lugar pasa gente a la que yo pudiera contratar para que le dieras un susto a alguien.

—Pero ¿por quién nos tomáis? —protestó el coimero muy ofendido—. Aquí no nos dedicamos a ese tipo de menesteres. Nuestra clientela es muy selecta, para que lo sepáis. Marchad noramala de aquí si no queréis que os echemos a patadas.

—Está bien. No hace falta ponerse así. Era solo una pregunta. No era mi pretensión molestaros —se disculpó Rojas, algo decepcionado, antes de irse.

## VI

El día apenas acababa de despuntar cuando llamaron con insistencia a la puerta de la cámara de Rojas en la posada de la calle Veracruz. El pesquisidor estaba aún en la cama y, medio dormido, preguntó quién se atrevía a molestarlo a semejantes horas. Se trataba, una vez más, del maestro Nebrija.

—Perdonad que os venga a sacar del lecho, pero hay motivo para ello — se apresuró a decir este desde el otro lado.

—Esto empieza a convertirse en una costumbre. Pasad y decidme qué os ha ocurrido —lo invitó Rojas con resignación, al tiempo que se levantaba.

Nebrija entró en la cámara con cierta precipitación. Parecía muy alterado.

—Veréis —comenzó a decir—. Hace un momento, cuando iba de mi casa a las escuelas, noté que alguien me seguía. Para variar, hoy hay niebla cerrada y no he podido ver quién era, pero os aseguro que he escuchado pasos a mis espaldas y, cada vez que yo me paraba, estos se detenían, y si yo iba más deprisa, mi perseguidor se apresuraba. Por eso he decidido acudir a buscaros. Tenéis que venir conmigo. No me gustaría morir en medio de la bruma sin ni siquiera verle el rostro a mi asesino —añadió con cierta aprensión.

—Me temo que exageráis.

—¿Y vos cómo lo sabéis? —protestó Nebrija.

El pesquisidor observó que a su amigo le temblaban mucho las manos.

—Está bien, os acompañaré —concedió.

—Os lo agradezco —indicó Nebrija más tranquilo.

—¿Le habéis escrito ya a Diego de Deza?

—Nada más marcharos ayer. Y vos, ¿habéis hecho lo propio con don Fernando? —preguntó Nebrija a su vez.

—Aún no, apenas he tenido tiempo. Necesito pensar muy bien lo que voy a contarle y, sobre todo, la manera de decírselo, pues es una persona muy suspicaz —se justificó Rojas.

—Si fuerais rey, vos también lo seríais —comentó el catedrático con algo de sorna—. ¿Y qué hicisteis ayer por la tarde?

—Estuve en la tienda de libros de Juan de Porras y cuando le pregunté si alguien se había interesado últimamente por vuestras futuras publicaciones, me habló de un catedrático de Vísperas de Leyes llamado Pablo Gómez —informó Rojas—. Supongo que sabéis quién es.

—No me sorprende. Se trata de uno de los que más odio me tienen —indicó el maestro Nebrija—. Os confieso que no se me había pasado por la cabeza, pero ahora que lo mencionáis...

—¿Creéis que puede haber sido él el que os denunció ante Diego de Deza?

—Pudiera ser —asintió el maestro, aunque no demasiado convencido.

—Con el fin de hablar con él fui a verlo al Estudio y reconoció que estaba indignado con vos, al igual que otros catedráticos, a causa de vuestro nuevo libro, mas también me aseguró que no tuvo nada que ver con lo de la imprenta.

—¿Esperabais que os dijera otra cosa?

Rojas le contó que lo había seguido hasta su casa, donde había vuelto a hablar con el catedrático, y, por último, le refirió la visita que había hecho a la casa de tablaje y lo que allí había averiguado.

—¡De modo que Pablo Gómez es un tahúr! ¡Quién lo habría imaginado! —concluyó Nebrija con ironía, dándose un golpe en la frente con la palma



de la mano—. Como veis, todos en el Estudio ocultan algún secreto —añadió divertido.

Cuando salieron a la calle, la niebla aún no se había disipado, por lo que no se veía nada. Nebrija parecía verdaderamente asustado, de ahí que no se separara ni un solo paso de Rojas. En otro tiempo, se habría crecido ante las dificultades y, en lugar de esconderse, se habría enfrentado a sus enemigos. Pero los años no habían pasado en balde, o tal vez las circunstancias habían variado.

—Cada vez llevo peor este frío —confesó el catedrático, como si con ello quisiera justificar el hecho de que anduviera medroso y encogido—. Recordad que soy de Lebrija, donde el tiempo suele ser más benigno que aquí.

—Yo pensé que ya os habríais acostumbrado —comentó Rojas para quitarle importancia al asunto.

—Hay cosas a las que uno nunca acaba de habituarse.

Una vez llegaron a las Escuelas Menores, vieron a un montón de alumnos esperando impacientes a la puerta del aula, pues Nebrija llegaba con retraso y temían que no apareciera. Según Rojas sabía por experiencia, sus clases siempre estaban llenas de estudiantes deseosos de aprender y de pasar un buen rato, ya que Nebrija, además de sabio, tenía un gran sentido del humor, aunque no siempre, dependía de cómo se hubiera levantado ese día.

Hasta que lo vio entrar en el aula, Rojas no se dio la vuelta para irse. Al salir de las Escuelas Menores, se encontró con el catedrático de Poesía Martín de Ávila. La suya era una cátedra extraordinaria que el propio Nebrija había regentado al comienzo de su carrera académica.

—¿Habéis vuelto a las aulas o sois un nuevo colega y yo no me he enterado? —bromeó Martín al ver a Rojas.

—Ni lo uno ni lo otro. Tan solo he venido a acompañar al maestro Nebrija —confesó Rojas un poco incómodo y esquivo.

—¿Acaso el maestro tiene miedo de perderse o de que alguien pueda ponerle la zancadilla? —inquirió el otro con tono algo burlón.

—Ahora que lo mencionáis, me gustaría preguntaros por los posibles enemigos de Nebrija en el Estudio.

—¿Me lo preguntáis como amigo o como pesquisidor? —quiso saber Martín.

—Como las dos cosas —le respondió Rojas.

—Entonces os diré que, cuando vino hace años, pronto despertó gran animadversión en muchos catedráticos. Para él todos éramos unos bárbaros a los que había que combatir y doblegar como fuera. Así que muchos le hicimos frente e intentamos pararle los pies —reconoció el catedrático.

—Lo veo lógico —señaló el pesquisidor.

—Pero el colmo es que también se llevaba mal con quien debería haber sido uno de sus principales aliados, Lucio Marineo Sículo, un humanista recién llegado de Italia. En este caso, además, la hostilidad se fue enconando con el tiempo.

—¿Por qué motivo?

—Al parecer todo empezó por una simpleza y, desde entonces, comenzaron a profesarse una mutua antipatía disfrazada de rivalidad académica. Y es que, por encima de sus diferencias, tenían algo en común, que era precisamente lo que los había llevado a enfrentarse.

—¿A qué os referís?

—A que los dos eran muy soberbios y arrogantes, y tenían la piel muy fina.

—Eso es cierto —corroboró Rojas.

—En definitiva, cosas de niños a las que yo nunca di demasiada importancia. Si ahora me he acordado de ello, es porque ayer me dijeron que habían visto a Lucio Marineo por Salamanca —añadió de pronto el catedrático de Poesía.

—¿Estáis seguro?

—Eso es lo que me contaron, aunque yo no lo he comprobado.

—¿Y sabéis por casualidad dónde puede estar alojado si es que sigue en Salamanca? —quiso saber Rojas.

—Lo más probable es que esté en el palacio del obispo Juan de Castilla, al que lo une gran amistad —le informó el catedrático.

—Os agradezco mucho vuestra información.

—Volved cuando queráis. Siempre es un placer veros —indicó Martín de Ávila con sinceridad.

Rojas, desde luego, no creía en las casualidades; así que, sin perder un instante, se dirigió al palacio del obispo, que estaba enfrente de la entrada principal de la catedral, al lado de las Escuelas Mayores. En la puerta preguntó si en ese momento se encontraba allí Lucio Marineo. El criado le dijo que sí y Rojas le pidió que lo avisara de parte de un antiguo alumno suyo. Antes de irse, el sirviente lo invitó a pasar a una pequeña sala de espera, amueblada de una forma demasiado ostentosa para el gusto del pesquisidor, con pesados cortinajes en las ventanas y las sillas y las mesas muy labradas y pintadas de color dorado.

Al poco rato, el humanista de origen siciliano apareció en la puerta. Tendría la misma edad que Nebrija. Era alto, con las facciones del rostro bien proporcionadas, el pelo entrecano, la piel morena, la frente despejada, los ojos vivos y negros, la nariz recta y la barba bien arreglada.

—Pero si es mi discípulo predilecto —exclamó sorprendido.

Rojas se levantó de la silla, tan incómoda como un instrumento de tortura, y los dos se abrazaron de manera efusiva. Sin soltarse del todo, se separaron un poco para mirarse a la cara.

—Dichosos los ojos que os ven —comentó el pesquisidor.

—Sentaos —le rogó Lucio Marineo, al tiempo que él también se acomodaba—. No sabía que estabais todavía en Salamanca. Os imaginaba haciendo pesquisas por ahí.

—Así suele ser —corroboró Rojas—. Lo cierto es que volví hace unos días, aunque me temo que por poco tiempo. Y vos, ¿qué hacéis en la ciudad?

—Un encargo de don Fernando el Católico, no os puedo contar más. Pero decidme: ¿a qué habéis venido vos, además de a saludarme? —dejó caer Lucio Marineo, que no había perdido aún su acento siciliano.

—Alguien me dijo que andabais por aquí y quise aprovechar para preguntaros por vuestra relación con Antonio de Nebrija.

—¿Por algún motivo en concreto? —quiso saber el humanista.

—No hace mucho oí comentar que erais enemigos, así que he decidido venir a preguntaros directamente antes de hacer caso a los rumores, que casi nunca son ciertos —argumentó el pesquisidor—. Ya sabéis que, para mí, los dos fuisteis mis maestros más queridos y admirados de todo el Estudio. A él lo traté menos, pues justo entonces se fue a Zalamea de la Serena con don Juan de Zúñiga, aunque he podido seguirlo a distancia a través de las obras que luego ha ido entregando a la imprenta.

—Sí, ya me han contado que no para de publicar. Por desgracia, yo no tengo demasiado tiempo y hace mucho que no leo nada suyo. Por lo que recuerdo, siempre fue muy dado a meterse en camisas de once varas, como decís en Castilla, no por malicia o ambición, sino por soberbia y arrogancia. ¿Sigue así? —La pregunta era más bien retórica y mal intencionada.

—En eso, desde luego, no ha cambiado —reconoció Rojas con cierta resignación.

—Pues mucho me temo que tarde o temprano acabará llevándose algún disgusto —indicó el siciliano.

—¿Por qué lo decís?

—Por nada en concreto. Ya sabéis lo que proclama la Biblia: *qui seminat iniquitatem metet mala*. Quien siembra iniquidad recoge calamidades —señaló el humanista con tono sentencioso, como quien no quiere la cosa—. La verdad es que hace mucho tiempo que no lo veo. ¿Sabéis qué ha sido de

él? Me dijeron que había regresado a Salamanca después de la muerte de don Juan de Zúñiga y que había vuelto a obtener una cátedra en el Estudio.

—Estáis en lo cierto. Pero decidme: ¿es verdad que vuestras relaciones con él nunca han sido muy buenas?

—Cuando vine aquí, hace poco más de veinte años, me ofrecieron las cátedras de Poesía y Oratoria. La primera había quedado vacante tras la renuncia de Nebrija, que acababa de obtener la de Gramática. Teníamos intereses comunes, así que habría sido normal que nos hubiéramos entendido. Pero, en lugar de simpatizar y aunar nuestros esfuerzos frente a la barbarie, enseguida nos convertimos en rivales irreconciliables —reconoció el siciliano.

—¿Y cómo empezó todo?

—Por una cuestión sin importancia. Un día, en casa de su suegra, me permití hacer una broma sobre sus *Introductiones Latinae*, esas que ahora todo el mundo usa, hasta los dominicos, para enseñar latín. Había gente delante y le sentó muy mal, sobre todo porque la supuesta crítica procedía de mí. Así que perdió los estribos y acabó lanzándome toda clase de improperios y amenazas, ya sabéis cómo se las gasta a veces —añadió Lucio Marineo.

—A nadie le gusta que lo critiquen delante de su familia —apuntó el pesquisidor.

—Pero lo cierto es que la primera edición de su más famoso libro dejaba mucho que desear. Su método me pareció muy anticuado y demasiado farragoso —argumentó el humanista con cierta suficiencia—. Yo soy más bien partidario de que el latín se estudie con pocas reglas. Luego él lo ha ido enmendando como es debido. Sin embargo, en aquel entonces no era capaz de admitir ni una sola objeción. Estaba demasiado pagado de sí mismo, pues se creía el único que podía declararle la guerra a la ignorancia.

—Algo muy parecido debía de pensar él de vos —se atrevió a sugerir Rojas.

—La diferencia es que yo he intentado que nos amigáramos cada vez que nuestras vidas se han cruzado. Nebrija, sin embargo, no ha querido dar nunca su brazo a torcer. Pero todo eso, para mí, ya es agua pasada. Ahora tengo cosas más importantes en las que pensar. Habladme un poco de vos —añadió el humanista para cambiar de asunto, pues se le veía incómodo.

Rojas le dio cuenta de sus andanzas durante el tiempo en que habían estado sin verse: sus primeras pesquisas dentro del Estudio por encargo de Diego de Deza y del maestrescuela, su bachilleramiento, la publicación de la *Comedia de Calisto y Melibea*, luego convertida en *Tragicomedia*, y sus trabajos como pesquisador real hasta hacía unas semanas.

—Todo eso está muy bien —lo felicitó el humanista con orgullo—. ¿Y ahora a qué os dedicáis?

—Aún no lo sé.

—¿Y cómo es eso posible?! Sois con gran diferencia el mejor alumno que tuve durante el tiempo en que enseñé aquí.

—Me refiero a que todavía no lo he decidido del todo —puntualizó Rojas—. Por otra parte, debo confesaros que, en este momento, estoy haciendo las pesquisas sobre un caso relacionado con el maestro Nebrija.

—Por eso estáis aquí, ¿no es cierto? —preguntó Lucio Marineo con tono de decepción.

—Así es —confesó Rojas avergonzado.

—¿Y se puede saber qué ha sucedido?

—Hace dos noches atacaron la imprenta de Juan de Porras y mataron a uno de los oficiales, después de torturarlo.

—¡Por Dios santo! —exclamó Lucio Marineo con sorpresa—. ¿Y qué pinta Nebrija en eso? Sé que a veces puede volverse muy colérico, pero no me lo imagino matando a nadie.

—La cosa no es para tomársela a broma —le reprochó Rojas.

—Perdonadme, pero no he podido resistirme —se disculpó el humanista sinceramente arrepentido—. Lo lamento mucho por la pobre víctima.

—Los que lo hicieron se llevaron varios originales de Nebrija del taller y destruyeron los pliegos ya impresos de uno de ellos —le explicó el pesquisidor—. A esa hora, además, debería haber estado allí, revisando las pruebas de su libro. Así que está convencido de que la cosa iba contra él.

—Algo habrá hecho para pensar eso, ¿no creéis? —señaló el siciliano, que no perdía la ocasión de malmeter.

—Lo cierto es que no le faltan enemigos y algunos de ellos son muy poderosos, de modo que es posible que tenga razón —explicó Rojas—. Por eso me ha pedido que averigüe qué ha pasado.

—¿Y por qué vos?

—Porque soy la única persona en la que confía.

—Pues no quisiera estar en vuestro lugar.

—En todo caso, es mi deber como amigo. ¿Podéis decirme qué es lo que habéis hecho desde vuestra llegada a Salamanca? —inquirió de pronto Rojas.

—Un momento —exclamó Lucio Marineo receloso—. ¿No estaréis pensando que yo he tenido algo que ver?

—Lo único que pretendo es descartar enseguida esa posibilidad, por remota que sea. Por eso he venido a hablar con vos —se justificó Rojas.

—Me imagino que alguien os habrá dicho que éramos enemigos y que yo andaba por aquí, y vos debéis de haber concluido que yo podría ser el responsable, ¿no es eso? Pero parecéis olvidar que llevo unos diez años fuera del Estudio y al servicio del rey Fernando el Católico, lo que me ha permitido perderlo por fin de vista. ¿Por qué habría querido hacerle algún mal? —protestó Lucio Marineo muy dolido por el hecho de que Rojas considerara siquiera la posibilidad de que él hubiera tenido algo que ver con el asunto.

—En ese caso, no tendréis ningún inconveniente en contestarme a la pregunta que os he hecho.

—He estado con el obispo y el maestrescuela del Estudio, y prácticamente no me he movido de aquí. Os doy mi palabra —aseguró Lucio Marineo con cierto resquemor.

—Con eso es suficiente.

—Dejadme que añada algo. Si seguís por este camino, vos vais a haceros también muchos enemigos, tanto en el Estudio como fuera de él, y aún sois muy joven —le advirtió el siciliano con sincera preocupación.

—Comprendo lo que me decís. Pero no puedo abandonarlo. Es alguien a quien aprecio y admiro mucho. En todo caso, quiero que sepáis que, en una situación similar, haría lo mismo por vos.

—Yo jamás os pondría en semejante aprieto, os lo aseguro —puntualizó el humanista con afecto.

—Y esa postura os honra. Mas eso no os da derecho a culpar al maestro Nebrija por querer hacerlo. Al fin y al cabo, somos buenos amigos —se justificó Rojas.

—Espero que, por vuestro bien, sea por mucho tiempo —dejó caer el humanista.

Lucio Marineo se despidió de su antiguo discípulo con cierta frialdad. Rojas, por su parte, le dijo adiós con tristeza por haberlo ofendido, si bien confiaba en que el cariño y el respeto que se tenían permanecieran intactos.

El resto de la jornada lo pasó el pesquisidor tratando de hacer averiguaciones entre algunos catedráticos de la universidad, mas no sacó nada en claro, salvo ciertas reticencias, envidias, rencores, calumnias y malos modos, nada fuera de lo habitual en el Estudio. Pero Rojas estaba tan desalentado que, por un momento, llegó a pensar que no tenía que haber aceptado el caso, que mejor estaría en su pueblo, ajeno a todo.



## VII

Al día siguiente, para no faltar a la costumbre, alguien llamó a la puerta de la cámara de Rojas antes de que se hubiera despertado. Mas en esta ocasión no se trataba de Nebrija, sino de uno de los oficiales de la imprenta de Juan de Porras, un joven desgarrado y algo retraído. Desde la cama, el pesquisidor le preguntó qué pasaba y el otro le respondió que lo mandaba su amo para pedirle que acudiera con urgencia a la tienda de libros, pues la habían asaltado esa noche y había ocurrido una desgracia. Mientras se vestía, Rojas quiso saber qué había sucedido exactamente. Pero el enviado estaba tan confuso y alterado que no era capaz de hacerse entender con claridad.

—Algo grave, muy grave. Es mejor que vos lo veáis —balbuceó a duras penas el oficial, presa del miedo.

Por el camino, Rojas trató de tranquilizarlo, mas el hombre no paraba de agitarse y de murmurar entre dientes algo sobre un castigo que Dios les había enviado. Cuando iban por la rúa Nueva, camino de la tienda, Rojas comenzó a olfatear desde lejos el olor a papel quemado y un hedor mucho más intenso que no logró identificar.

—¿Acaso han quemado la tienda? —inquirió.

—Así es, así es... La tienda, la tienda... —confirmó el otro, pero no consiguió salir de ahí.

Cuando llegaron, varios empleados de la imprenta, ayudados por algunos estudiantes, estaban terminando de apagar el incendio. Una vez que estos salieron, Rojas entró a echar un vistazo. Dentro hacía mucho calor y apenas

se podía respirar. El olor a humo y a cenizas se mezclaba con el del papel mojado. La mayor parte de los ejemplares quemados se acumulaba en el centro de la tienda, pero había pequeños montones en otros puntos. Algunos habían quedado a medio arder. Entre ellos pudo distinguir diversas obras de Nebrija. Mas no todo eran libros. Al otro lado de la pira central, junto a una mesa, había algo que llamó la atención de Rojas. Tan pronto se acercó, vio que se trataba de un cadáver abrasado. Por un momento, pensó con horror que podía ser su amigo. Entonces, Juan de Porras se aproximó a él y le dijo al oído que se trataba del nuevo cajista que, como aún no tenía casa en Salamanca, se había quedado a dormir en la trastienda. El hombre parecía muy asustado.

—¿Y el maestro Nebrija?

—Aún no lo sabe —le informó el impresor con voz angustiada—. Pero no tardará en pasar por delante de la tienda, camino de las escuelas, para impartir la lección de Prima de Gramática. Siempre lo hace a la misma hora.

—Debemos impedir entonces que lo vea. Mandad a alguien para que no lo deje venir por aquí. Que lo lleve por la calle de Serranos —le rogó el pesquisidor.

Por desgracia, ya era demasiado tarde para eso. El maestro Nebrija acababa de asomarse a la entrada de la tienda y, desde allí, lo miraba todo con gran desconcierto y temor.

—¿Se puede saber qué ha ocurrido? ¿No os parece que aquí huele un poco extraño, como a carne quemada? —inquirió dirigiéndose a Rojas.

—Os aconsejo, por lo que más queráis, que regreséis a casa —le dijo este a su amigo tratando de detenerlo.

Pero Nebrija siguió avanzando sin prestar atención a lo que le decían, como un sonámbulo.

—Parece como si hubiera tenido lugar un auto de fe y os recuerdo que, por desgracia, he contemplado más de uno —comentó.

Al llegar a la pira se detuvo, intrigado.

—Y esos libros, ¿no son míos?!

Después se agachó para recoger algunos restos y pavesas del suelo, que enseguida se deshicieron en sus manos dejándolas tiznadas de negro, lo que aumentó su miedo e inquietud.

—Pero ¿qué hace ahí ese cadáver? —exclamó de pronto.

—Era el nuevo cajista —le informó el impresor, muy afectado—. Debíó de salir de la trastienda para ver qué pasaba y se vería sorprendido por el incendio, o tal vez lo provocara él de forma accidental.

—No lo creo —objetó el pesquisidor—. Estoy casi seguro de que el fuego ha sido intencionado.

—¿Por qué lo decís?

—Porque hay varios focos y alguien se preocupó de amontonar libros en el suelo —explicó el pesquisidor.

Nebrija lo miró sorprendido y aterrado.

—Eso significa que de nuevo es un ataque dirigido contra mí —argumentó convencido, recalcando mucho las palabras—. Por eso han preparado esta especie de auto de fe con mis libros, un indicio claro de quién está detrás de todo esto, y luego han quemado en mi lugar a ese pobre desdichado, al sustituto de Bartolomé, que también murió por defender mis obras.

—No hay pruebas de que sea así —objetó Rojas.

—Tenemos que encontrar a esos criminales. No podría soportar ningún muerto más por mi causa —suplicó Nebrija agitando las manos.

—Los encontraré, no os preocupéis, pero ahora debéis volver a casa —le rogó el pesquisidor.

—No puedo, tengo que impartir la lección. No voy a permitir que me dobleguen —apuntó el maestro tratando de sobreponerse.

—No estáis en condiciones para ello.

—En ese caso, quiero que me acompañéis.

—Si es eso lo que deseáis...

Rojas lo agarró del brazo y lo condujo de vuelta a su domicilio. Nebrija andaba muy despacio y de forma sigilosa, como si no quisiera hacer ruido ni llamar la atención. Tenía el cuerpo encogido y el rostro crispado por el miedo. A Rojas le daba pena mirarlo. ¿Cómo alguien por lo general tan valiente y luchador podía verse de pronto tan atemorizado? ¿De dónde venían sus recelos? ¿Por qué estaba tan convencido de que él era el principal objeto de los ataques? Desde luego, todos los indicios apuntaban a ello, pero era pronto para descartar otras posibles motivaciones, y Rojas no quería dejarse arrastrar por las convicciones de su amigo.

Cuando llegaron a la casa, Nebrija no fue capaz de meter la llave en la cerradura. El cuerpo le temblaba de tal forma que Rojas pensó que en cualquier momento podría desmadejarse y caer al suelo. Al final vino a abrirlas la esposa, que al ver su estado, le dio un abrazo y comenzó a hablarle de forma maternal, como si fuera un niño que se hubiera perdido, con la intención de tranquilizarlo:

—Ya está, ya pasó. No debes preocuparte. Yo estoy contigo.

Cuando Rojas vio que Nebrija comenzaba a sosegar, le explicó a grandes rasgos a Isabel lo que había sucedido y ella no pudo evitar alarmarse.

—Lleva días que no duerme. Esto no puede seguir así —comentó muy inquieta.

—De momento lo mejor será que no salga a la calle —recomendó el pesquisidor.

—Yo me encargaré de eso —aseguró ella más calmada, como si Rojas le inspirara confianza.

—No tenía que haber vuelto al Estudio. Ya sabía yo que tarde o temprano iba a ocurrir esto —dijo Nebrija de pronto en un arranque de soberbia.

Ya no temblaba y parecía haber recuperado el color.

—Pero de algo tenéis que vivir, y vuestros alumnos os lo agradecen —le recordó el pesquisidor.

—¿Y dónde se encuentran ahora mis estudiantes? La mayoría están hartos de que les dé la matraca con eso de que en las escuelas todos hablen en latín, sea cual sea la facultad en la que cursen. Por eso prefieren a los catedráticos que tienen la manga ancha, no les exigen nada y se lo consienten todo, pues ellos, aunque sepan mucho, también lo dicen mal —argumentó con tristeza y algo de rabia.

—¿Y qué otra cosa podríais hacer?

—Cuando murió don Juan de Zúñiga intenté conseguir un puesto en la corte, pero eran malos tiempos para eso —explicó el catedrático con resignación dejando caer los brazos—. Por desgracia, después de la muerte de la reina Isabel, las cosas de palacio han cambiado mucho y ya se han olvidado de todos mis servicios.

—Mejor así. Si el Estudio os parece un avispero, la corte os resultaría un nido de víboras y escorpiones, lo sé por experiencia. De modo que no os lo aconsejo. Mejor estáis aquí, a pesar de todo —le aseguró con tono cariñoso tratando de consolarlo.

—No sabéis cómo echo de menos los años que pasé en la corte literaria de don Juan de Zúñiga, lejos del mundanal ruido —comentó con nostalgia—, sin tener que impartir cada día la lección ni reunirme de vez en cuando con mis colegas ni sufrir los ataques de mis enemigos. Fueron los años más fructíferos de mi vida. Allí terminé de escribir, entre otras cosas, la *Gramática sobre la lengua castellana*, que, hasta donde yo sé, es la primera que se ha hecho de una lengua romance. Y habéis de saber que, para el colmo de nuestra felicidad y cumplimiento de todos los bienes, ninguna otra cosa nos falta sino el conocimiento de la lengua.

—Ahora que lo decís, siempre me sorprendió que vos, que sois un gran latinista, escribierais la gramática de una lengua romance —comentó Rojas para darle conversación.

—Si lo hice, fue con una finalidad práctica.

—¿Y para qué puede servir la gramática de una lengua que aquí todos aprenden sin necesidad de estudiarla? —se atrevió a decir Rojas para provocarlo y hacer que se distrajera de sus problemas.

—Lo mismo quiso saber la reina en su momento y yo le declaré entonces que, si tenía previsto poner bajo su yugo a algunos pueblos bárbaros, así como a naciones o reinos de peregrinas tierras, le sería de gran utilidad, ya que la lengua siempre fue compañera del imperio, según nos enseña la historia de Roma —argumentó Nebrija, que ya parecía haberse olvidado de sus preocupaciones—. Mi propósito más inmediato era, pues, facilitar el aprendizaje del romance castellano a los nuevos súbditos de la Corona, entre ellos los musulmanes que decidieron permanecer en Granada; o a aquellos pueblos que nuestros reyes pudieran conquistar en el futuro, como en su día hizo el Imperio romano con el latín; o, incluso, a los naturales de otras naciones cristianas que por gusto decidan estudiarlo, como ocurre ahora en el reino de Portugal, donde casi todo el mundo en la corte quiere hablarlo por su gran prestigio. Pero mi principal objetivo —añadió con vehemencia agitando su dedo índice— no era otro que fijar las normas y las reglas del castellano, para que luego no le ocurra lo que le pasó precisamente al latín al final del Imperio. Y, si bien es cierto que la lengua latina es la única que a mí me interesa de verdad, tampoco le hago ascos al romance castellano, pues, como dijo Terencio, al que vos también admiráis, «*homo sum, humani nihil a me alienum puto*»; «soy hombre, nada humano me es ajeno».

—Desde luego que sí —admitió Rojas—. Nadie como Terencio conoce el alma humana y sabe reírse con ingenio de las cosas más graves.

—Reír es precisamente lo que necesito yo ahora.

—Pues ya sabéis lo que tenéis que hacer.

Después de despedirse, Rojas regresó a la tienda de Juan de Porras para seguir con las pesquisas. Al lugar habían llegado ya los alguaciles, que habían mandado retirar el cadáver. Los empleados estaban barriendo los restos de la hoguera. En el interior de la tienda todo estaba revuelto y había muchos libros tirados por el suelo. Rojas preguntó por Juan de Porras y uno de los operarios le dijo que acababa de irse. El hombre tendría poco más de cuarenta años y parecía muy abatido.

—Trabajáis en el taller, ¿no es cierto? —le preguntó Rojas.

—Así es —confirmó él.

—¿Conocíais al nuevo cajista?

—No, señor. Pero mis compañeros y yo estamos muy preocupados. Ya son dos muertos.

—Es comprensible que estéis asustados, yo también lo estaría —comentó Rojas—. ¿Hay alguna cosa que os haya llamado la atención en los últimos días? Me refiero a algo extraño, sospechoso o poco habitual.

El operario se quedó pensativo, como si dudara entre hacerle o no una confidencia al pesquisidor, que lo miraba con gran interés.

—Veréis. Hace unos días —se decidió por fin—, cuando abrí el taller, encontré un papel doblado en el suelo. Alguien debió de meterlo por debajo de la puerta. Yo lo cogí y se lo entregué al dueño, que tras leerlo se quedó muy afligido. Después lo rompió y lo echó al fuego con rabia.

—Y vos, ¿pudisteis ver qué decía?

—Yo, señor, no sé leer.

—¿Y Juan de Porras comentó algo?

—Ni palabra. Pero estuvo todo el día de mal humor. En los seis años que llevo aquí nunca lo había visto así.

En ese momento llegó la esposa del impresor, que le hizo un gesto al operario para que se marchara. Ella dijo que se llamaba Ana Sánchez de Solís. Era de estatura mediana y complexión delgada. Llevaba el pelo cubierto con un pañuelo y tenía la piel muy pálida, los ojos verdes, la nariz

respingona, los labios finos y el mentón algo en punta. Vestía con gran sobriedad, no exenta de gracia. Su mirada era penetrante y despierta, y su actitud, algo recelosa.

—¿Qué puedo hacer por vos? —preguntó.

—Quería hablar con vuestro marido.

—Mi esposo no está. Ha tenido que viajar a Medina del Campo, pues había quedado en encontrarse con un importante mercader de libros. Pero, si os parece bien, podéis comentar lo que sea conmigo, yo también me encargo del negocio —explicó ella con cierto orgullo—. Espero que no os importe tratar con una mujer.

—En absoluto —aseguró el pesquisidor—. Tan solo me gustaría haceros algunas preguntas.

—Pues vos diréis.

—¿Qué pensáis de los asaltos a la imprenta y a la librería?

—¿Y qué queréis que piense? Que son una desgracia, una terrible calamidad. ¡Dos hombres muertos! Por no hablar de las pérdidas —comentó Ana Sánchez con gran sentimiento y algo de enfado.

—El maestro Nebrija cree que tienen que ver con él y vuestro marido parece mostrarse de acuerdo. Pero está claro que son vuestros oficiales y vuestro negocio los que, de momento, han sufrido las consecuencias.

—Así es, y mucho me temo que, después de esto, ningún cajista querrá ya trabajar para nosotros, al menos durante un tiempo —se lamentó ella—. De modo que tendrá que ocuparse de ello mi marido hasta que alguno de los empleados aprenda el oficio. Mientras tanto, yo me haré cargo por completo de la tienda de libros —apuntó con decisión, como si viera en ello la oportunidad de demostrar su valía.

—Vuestro empleado me ha dicho que hace unos días encontró un papel al abrir la puerta del taller y que, después de leerlo, vuestro marido lo arrojó al fuego muy enojado. ¿Sabéis de qué se trataba?

La mujer negó con la cabeza.



—¿Y no tenéis idea de quién pudo haber dejado el papel?

—Ninguna —indicó la mujer enseguida con cierta sequedad.

—¿Sabéis si recientemente vuestro esposo ha recibido algún anónimo?

—No, al menos que yo tenga noticia. Mi marido es una persona muy reservada, pero por lo general confía en mí. Si fuera algo importante, me lo habría contado —le aseguró la mujer.

—¿Creéis que podría tratarse de algo relacionado con la imprenta o la librería? —probó el pesquisidor.

—Ya os he dicho que no sé nada de ningún papel —contestó ella algo molesta por la insistencia.

—¿Y tenéis alguna sospecha en relación con los ataques? —inquirió de pronto el pesquisidor.

—No se me ocurre quién podría desearnos tanto mal, la verdad. Nosotros somos personas honradas que lo único que hacemos es trabajar y no meternos con nadie —declaró Ana Sánchez a la defensiva.

—Creo que deberíais hablar con vuestro marido para ver qué es lo que piensa en realidad de todo esto —le rogó Rojas—. Yo ya lo he intentado, pero es muy escurridizo y no he conseguido nada. Seguro que él sabe o intuye algo.

—Lo dudo mucho —replicó la mujer.

—Decidle también que si no me revela todo lo que sabe, yo no podré ayudarlo —dejó caer el pesquisidor.

—No creo que tenga nada que contar —concluyó la mujer.

## VIII

Después de abandonar la tienda, Rojas decidió ir a visitar a un amigo impresor llamado José Sánchez del Paso con el fin de obtener alguna información sobre Juan de Porras, pues debía de conocerlo bien. El taller se encontraba al comienzo de la rúa Nueva, frente a la iglesia de San Isidro. Si el de Juan de Porras había sido un templo para el difunto Bartolomé, este podía considerarse como una pequeña ermita, a juzgar por el tamaño y el escaso número de empleados. Pero no por ello era un lugar menos sagrado. El dueño era originario de Béjar, algo que llevaba muy a gala. Por lo que Rojas sabía, había cursado estudios en la Universidad de Salamanca hasta obtener el grado de doctor. Pero al final lo había dejado todo para hacerse impresor. Según le había contado a Rojas muchas veces, esa vocación le venía del día en que su padre le mostró el taller de un impresor itinerante de origen alemán que, durante un tiempo, fue contratado por el duque de Béjar para llevar a cabo algunas publicaciones en su palacio. Por entonces Sánchez del Paso era apenas un muchacho y se había quedado maravillado con aquella prensa que, en lugar de exprimir el jugo de la uva tinta para elaborar vino, lo que hacía era imprimir tinta en el papel para producir libros. Y, desde aquel venturoso día en que descubrió la magia de los tipos móviles, no descansó hasta convertirse en un reputado impresor, si bien antes tuvo que complacer a su padre e ir a la universidad.

La puerta del taller estaba abierta, pero Rojas se detuvo en el umbral. Hacía un tiempo que no se veían y su última conversación no había sido demasiado cordial. Del Paso se encontraba junto a la prensa, examinando

un pliego recién impreso por sus operarios. Tendría cerca de cuarenta años y era de estatura y complexión medianas, con el pelo algo rizado y entrecano, la frente despejada, el rostro tirando a ovalado y los labios gruesos. Sobre la nariz portaba unas lentes con armadura de madera que le daban un aspecto extraño, como de ave nocturna.

Por fin Rojas se decidió a entrar.

—¿Sois vos o las lentes me engañan? —preguntó Sánchez del Paso quitándoselas de la nariz para mirar al visitante de soslayo.

—Más bien me engañan a mí, pues con ellas casi no os reconozco —corrigió el pesquisidor antes de abrazarlo.

—A lo mejor es que también necesitáis unas —dejó caer Del Paso.

—Pudiera ser. ¿Qué tal estáis?

—No me puedo quejar. ¿Y vos?

—No sé qué deciros, la verdad. En cualquier caso, me alegro mucho de volver a veros.

—Yo también, aunque no lo creáis. ¿Y qué os trae por aquí?

—He venido a recabar información para un caso que me traigo entre manos —confesó Rojas.

—Adelante, vayamos a sentarnos en mi madriguera —lo invitó Del Paso.

Se trataba de un pequeño cuarto que había junto a la entrada, atestado de libros y papeles, donde el impresor recibía a sus clientes y hacía parte de su trabajo.

—¿Qué podéis decirme de Juan de Porras? —inquirió Rojas tras tomar asiento.

Del Paso lo miró con sorpresa.

—¿Por qué queréis que os hable de él? Seguro que vos lo conocéis mejor que yo, dado que le disteis a imprimir la *Tragicomedia de Calisto y Melibea* en lugar de traérmela a mí, que soy vuestro amigo o, mejor dicho, lo era

hasta ese momento, para ser más exactos —le recordó Del Paso con una mezcla de tristeza y reproche.

—Ya sabía yo que me lo ibais a comentar —señaló Rojas algo decepcionado.

—¿Y qué esperabais?

—Como ya os dije, en aquel momento tenía prisa y vos estabais muy ocupado. Por otra parte, no pensé que fuera a afectaros tanto. Pero ya veo que todavía no me lo habéis perdonado —se quejó Rojas.

—¿Y por qué habría de hacerlo? —replicó el impresor frunciendo el ceño—. Ocurrió hace apenas cuatro años y esas cosas necesitan su tiempo, un periodo proporcional al gran afecto que os tenía, diría yo. Espero que lo comprendáis.

—Me temo que exageráis.

—¿Eso creéis?

—En todo caso, no es un buen momento para tratar estas cosas —indicó el pesquisidor—. Os ruego, si no os importa, que antes me habléis de Juan de Porras.

—Supongo que vuestro interés por las andanzas de ese individuo tiene algo que ver con los ataques que acaban de sufrir su imprenta y su tienda de libros —aventuró Sánchez del Paso.

—Eso es. El maestro Nebrija me ha encargado que haga las pesquisas, pues está convencido de que él es el verdadero objeto de tales actos, pero yo no lo veo claro —le explicó Rojas.

—Comprendo. ¿Y qué queréis que os diga yo? Mis relaciones con Juan de Porras nunca han sido buenas —confesó el impresor.

—¿Hasta qué punto?

—¿No estaréis pensando que yo he tenido algo que ver con ese asunto? Porque si es así...

—No he venido aquí porque os considere sospechoso, no os preocupéis, si bien debo advertiros que es una posibilidad que todavía no he

contemplado como es debido —bromeó el pesquisidor.

—Hombre, gracias —comentó el impresor con ironía—. Como bien sabréis, heredó la casa de los moldes de su padre, el librero Alonso de Porras, que había creado una sociedad con el impresor Diego Sánchez de Cantalapiedra. Muertos ambos, se deshizo esta y, después de varias vicisitudes, Juan acabó quedándose con el negocio. Desde entonces, el taller ha prosperado mucho y da de comer a más de una docena de oficiales y aprendices. Sin duda el más importante era el pobre Bartolomé, que había aprendido los secretos del oficio con Cantalapiedra y luego optó por seguir con el hijo de Alonso de Porras.

—¿Y a qué se deben vuestras desavenencias, si se puede saber?

—Digamos que con sus malas artes me robó varios clientes y se llevó a uno de mis mejores oficiales —explicó Del Paso—. Desde luego, no soy el único al que le ha hecho algo parecido. El muy canalla lo quiere todo para sí. Mientras tanto, los demás tenemos que trabajar para él, como ese pobre alemán llamado Juan o Hans Gysser, no sé si lo conocéis, o conformarnos con las sobras, como me pasa a mí.

—¿A tanto llega la cosa? —inquirió Rojas.

—Si no me creéis, preguntadle a los otros impresores y libreros de la ciudad, que cada vez son menos, por cierto. No encontraréis a ninguno que os hable bien de él, y la mayoría echará pestes, seguro. No sé si sabéis que intentó comprar o alquilar todas las casas de la manzana en la que tiene el taller y la tienda para que ningún otro impresor ni librero pudiera instalarse en ellas y hacerle la competencia frente a las Escuelas Mayores. Como ya comprenderéis, gracias al Estudio, en Salamanca hay una gran demanda de libros. Además de los fundamentales de cada materia, son muchos los catedráticos que publican sus cartillas, repeticiones y lecciones para que las adquieran sus alumnos. De modo que podría haber trabajo para todos si él no fuera tan acaparador. Pero, como os he dicho, nada le parece suficiente. Su codicia no tiene límite. Y lo peor es que, para lograr sus ambiciones,

cuenta con el apoyo del maestro Nebrija —añadió Del Paso con cierta pesadumbre.

—¿Qué queréis decir?! —inquirió Rojas sorprendido.

—Nebrija es como un estandarte que da prestigio y autoridad a su librería e imprenta. Por eso procura tenerlo siempre contento y este, claro, se deja querer. Según parece, Juan de Porras le consiente muchas cosas y, por supuesto, lo trata muy bien a cambio de que sus obras las imprima y las venda él. Por lo visto, la relación viene de la época de su padre, Alonso de Porras, que fue el primero que imprimió, hace veinticinco años, el libro más conocido y vendido de Nebrija, las *Introductiones Latinae* —explicó Sánchez del Paso—. Cuando, tiempo después, el hijo se hizo cargo de la imprenta, su colaboración se volvió muy estrecha, ya que el beneficio era mutuo. Por lo que tengo entendido, Nebrija fue uno de los primeros en solicitar al Consejo Real que le concediera un privilegio de impresión para poder publicar y vender durante seis años varias de sus obras en diversos reinos, con el fin de que los demás no pudieran aprovecharse de ellas. Amparándose en tal licencia e incitado por Juan de Porras, no tardó en denunciar al librero Andrea de Liondedei, recién establecido en Salamanca, por haber hecho imprimir de forma fraudulenta algunas de ellas, por lo que reclamaba, entre otras cosas, más de treinta mil maravedís, provocando con ello la ruina y el desprestigio del pobre Liondedei —añadió con tristeza y enfado—. Y conste que no estoy tratando de quitarle la razón a Nebrija, al que admiro como gramático y humanista, pero hay otras formas de hacer las cosas sin necesidad de aliarse con alguien como Porras.

—¿Y ese tal Liondedei sabéis dónde para?

—Se volvió para su tierra. ¿Qué otra cosa podía hacer?

—¿Y por qué en su día no me contasteis todo esto? Si yo lo hubiera sabido... —comentó Rojas.

—Porque no quería que pensarais que lo decía por despecho o movido por la envidia o el rencor —se justificó Del Paso—. Pero, como veis, al

final todo acaba saliendo a la luz de una manera u otra.

—¿Y creéis que alguno de esos a los que ha hecho daño ha podido asaltar la imprenta y la tienda de Juan de Porras?

Del Paso se quedó pensativo.

—Una cosa sería causarle algún tipo de daño a su negocio y otra muy distinta matar a un empleado —puntualizó—. De modo que no lo creo. Los impresores somos gente de letras, no de armas.

—Algo muy parecido me ha dicho el catedrático Pablo Gómez, solo que él hablaba de leyes en lugar de letras.

—Bueno, como vos bien sabéis, las leyes forman parte de las letras, de ahí que a los abogados se os llame letrados.

—También es verdad.

—En fin. Es una pena que un oficio tan noble e importante como el nuestro ande en manos de gente como Juan de Porras, al que algunos llaman en privado Juan el Perro. Pero lo más triste de todo es la muerte de los dos oficiales. A uno de ellos lo conocía, me refiero a Bartolomé, que era el mejor de la ciudad en lo suyo y una gran persona —añadió el impresor con tristeza al tiempo que se santiguaba.

—Tenéis razón —convino Rojas—. Por eso necesito que me ayudéis a descubrir la verdad, aunque solo sea para hacer justicia a esos hombres. Quiero que averigüéis todo lo que podáis sobre Juan de Porras: los impresores y libreros a los que ha arruinado o maltratado de alguna forma; las fechorías de todo tipo que ha llevado a cabo, aparte de las que me habéis contado; las artimañas que emplea... Preguntadle a la gente del gremio.

—Es mucho lo que me pedís, pero contad con ello, no os preocupéis —aseguró Del Paso, movido por la lealtad hacia Bartolomé y hacia su recuperado amigo.

—Os lo agradezco mucho. Y quiero deciros, por si os sirve de algo, que ahora entiendo que os sentara tan mal que le diera a imprimir la *Tragicomedia*. En este momento, con lo que me habéis contado, no lo haría.

—Dejando a un lado sus malas artes, la principal diferencia entre Juan de Porras y yo es que para él imprimir libros es tan solo un negocio, mientras que para mí es, sobre todo, un arte.

—No me extraña, entonces, que me guardarais rencor —reconoció Rojas—. ¿Qué puedo hacer para que me perdonéis?

—Entregarme un nuevo libro vuestro. ¿Habéis vuelto a escribir? —quiso saber Del Paso.

—Ni una línea —aseguró Rojas.

—¿Ni siquiera una segunda parte de la *Tragicomedia*?!

—¿Cómo podría hacerlo si todos los personajes principales murieron? Además, eso ya lo han llevado a cabo otros más avisados y atrevidos que yo —le recordó el pesquisidor.

—¿Y no os da coraje que se aprovechen de vuestro talento y de vuestro trabajo? —replicó Del Paso.

—Yo también me valí del esfuerzo ajeno para escribirla, no sé si os acordáis —replicó Rojas.

—No es lo mismo. Si no llega a ser por vos, el primer acto de la obra se habría perdido para siempre.

—Además, la gloria literaria no me interesa —añadió el pesquisidor—. Si di a la imprenta esa obra, no fue por mí ni pensando en ningún beneficio. Vos sabéis bien que habría preferido que permaneciera inédita o, en su defecto, sin padres conocidos.

—Veo que no sois consciente de lo que habéis creado —replicó Del Paso—. Se trata de una obra excelsa, destinada por ello a ser inmortal. Por eso me dolió tanto que se la entregara a Juan de Porras. Si me hubierais dejado imprimirla a mí, me habríais hecho muy feliz, ya que con ello me hubiera asegurado un pequeño pedazo de esa gloria que vos tanto despreciáis.

—Me temo que me estimáis demasiado —comentó Rojas—. Mi *Tragicomedia* pronto se echará en el olvido y nadie se acordará de mí en



cuanto me muera, salvo mi familia, mientras dure la herencia, claro está.

—Os apuesto diez ducados de oro a que no será así.

—Y si ganáis, ¿cómo podré pagaros la deuda?

—Dándome la oportunidad de hacer una nueva impresión, ya que no tenéis pensado escribir otra cosa. Por supuesto, yo sufragaré la edición. Y en el caso de que pierda la apuesta, pagaré los diez ducados a vuestros hijos; y si muero yo antes, incluiré una manda en el testamento para que así sea.

—Está bien, si tanto os empeñáis... —concedió Rojas estrechándole la mano—. Tan solo espero que no perdáis dinero con mi libro.

—Aunque así fuera —aseguró Del Paso—. Como Jano, los impresores y los libreros tenemos una doble faz: nos movemos entre el amor por las letras y la búsqueda del provecho y la ganancia. En unos puede más lo primero; en otros, sin embargo, lo segundo. Lo ideal sería encontrar un equilibrio, como ha intentado un tal Aldo Manuzio en Venecia, con muy buenos resultados, por cierto, aunque ya veremos cómo acaba. Y es que la imprenta también posee dos caras. Para unos, es algo divino, esto es, digno de haber sido creado o revelado al hombre por Dios; para otros, en cambio, es algo diabólico, obra de Satanás, y, por lo tanto, digno de ser quemado y perecer en el infierno.

—Da gusto oírlos hablar del asunto con tanto entusiasmo.

—¿Os he contado alguna vez cómo me inicié en esto?

Claro que se lo había referido. Pero Rojas no quiso privar a su amigo, con el que acababa de reconciliarse, de una buena ocasión para rememorar su historia, que, por otra parte, le fascinaba. Así que no lo interrumpió.

—Yo tuve la suerte de aprender los secretos del oficio con un impresor trashumante, que a su vez los había mamado directamente de Gutenberg en Maguncia, ciudad del Sacro Imperio Romano Germánico de la que era originario —comenzó a relatar Del Paso con añoranza—. Recuerdo que una mañana en la que me había quedado embobado viendo cómo funcionaba la

prensa, el impresor, que se llamaba Konrad Fust, quiso que le echara una mano, pues sus oficiales estaban ocupados en otra cosa. El maestro de moldes era ya un anciano y casi no podía mover la palanca. De modo que me pidió que, mientras él tiraba de ella, yo la empujara desde el otro lado hasta que el tornillo cediera y la platina comenzara a subir. Y así lo hicimos. «¿Qué os parece, muchacho?», me preguntó mientras me mostraba el pliego recién impreso. Todavía me acuerdo: el texto estaba distribuido en dos columnas, la letra gótica imitaba muy bien la caligrafía de los mejores amanuenses, las capitulares eran grandes y muy adornadas, y los márgenes, amplios; a simple vista parecía un manuscrito hecho por un copista especialmente dotado y sensible. «Es muy hermoso», exclamé yo con asombro. «Así es —confirmó el impresor—. Por desgracia, cada vez hay menos gente que le preste atención a estas cosas, como si lo único importante para ellos fuera lo que el texto dice y, si acaso, cómo lo dice, pero no el aspecto material del libro: la calidad del papel y de la tinta, el tipo de letra, los blancos de los márgenes, la disposición del texto en la página, las ilustraciones, el dibujo de las capitulares... Al igual que los seres humanos, un libro tiene cuerpo y alma. Lo primero es la parte visible, que es la que nos transporta hacia la invisible, tal y como ocurre cuando nos enamoramos, ya que el amor nos entra por los ojos, gracias a la belleza sensible, que es la que nos lleva a interesarnos por el alma de la persona amada. Por eso el libro tiene que seducir y cautivar con su apariencia exterior para luego remontarnos a la belleza interior o del alma. Hasta ahora solo unos pocos privilegiados podían gozar de esa experiencia, dado que los códices eran escasos y muy costosos, y no solo porque se tardara mucho en hacer una copia más o menos perfecta del original, sino también porque los monjes eran muy celosos de su trabajo y no laboraban para cualquiera. Por otra parte, ellos decidían en el *scriptorium* qué se podía y qué no se podía copiar. Pero, gracias a la imprenta, las cosas han cambiado mucho. Hacemos en apenas unos días o semanas lo que a ellos les lleva meses o

años. Por eso es uno de los artilugios más útiles y necesarios que ha inventado el hombre. Tanto es así que hasta el mismísimo Dios debe de haber sentido envidia por no haberlo creado él cuando tuvo la feliz ocurrencia de fabricar el mundo en siete jornadas. Si el domingo, en vez de descansar y complacerse en lo que había dado a luz, hubiera gritado con su voz de trueno: “Hágase la imprenta”, el mundo a la larga habría sido mucho mejor. Pero ni siquiera se le pasó por la cabeza y tuvo que transcurrir mucho tiempo para que alguien llamado Johannes Gutenberg la inventara. Del mismo modo que hiciera Prometeo con el fuego de los dioses, mi paisano les robó su tesoro a los frailes, que son los representantes de Dios en la Tierra, para entregárselo a los demás hombres. Y tal vez por eso fue castigado, hasta el punto de que sus últimos años los pasó en la penuria y tuvo que malvender sus secretos sobre la imprenta para poder subsistir. Al final, el pobre murió en la indigencia, como muchos grandes héroes», añadió Konrad muy solemne y emocionado. Por lo general, era muy callado, pero cuando bebía un poco se le desataba la lengua y decía cosas muy bellas, certeras e ingeniosas. Era como un apóstol de la imprenta, como un evangelista encargado de predicar y propagar la buena nueva por el mundo con su palabra y con su ejemplo. «¿Queréis saber lo que es un libro? —me preguntó un día con expresión risueña—. Ya sea un códice o un impreso, es un objeto maravilloso. Su único defecto, su verdadero talón de Aquiles, es que arde fácilmente. Basta una pequeña chispa para que sus hojas sean pasto de las llamas y se conviertan en cenizas y pavesas en muy poco tiempo. Pero eso, amigo mío, le da todavía mucho más valor. Tal y como sucede con la rosa, símbolo de la belleza, su cuerpo puede ser efímero, pero su alma es eterna gracias a la imprenta, que la multiplica en millares de cuerpos diferentes, como hace la naturaleza con la flor. Y es que la imprenta es milagrosa. Gracias a ella podemos coger un texto manuscrito y hacer a partir de él decenas, centenares, miles de copias en muy poco tiempo, como hizo Jesucristo con los panes y los peces. Y, una vez

repartidos, podemos decirle a la gente: tomad y leed todos de él porque este libro es el cáliz que contiene mi sangre, tinta de la alianza nueva y eterna, que ha sido impresa en el papel para que todos los hombres puedan saciar con ella su sed de conocimiento, por los siglos de los siglos, amén. Si no recuerdo mal, creo que fue Arquímedes el que dijo: “Dadme un punto de apoyo y moveré el mundo”. Pues yo proclamo: “Dadme una prensa y lo cambiaré de tal forma que os resultará irreconocible”. El maestro Gutenberg decía, por cierto, que la imprenta era “un ejército de veintiséis soldados de plomo con el que se puede conquistar el mundo”. Y vaya si es verdad», añadió Konrad con un guiño. Estaba tan fascinado con lo que decía ese hombre que de vez en cuando yo iba a ayudarle, a escondidas de mis padres, y él me enseñaba a hacer tinta, a fundir letras, a componer líneas..., hasta que un día lo encontré desmontándolo todo y cargándolo en un carro con la ayuda de sus oficiales. «¿Acaso os vais?», le pregunté ansioso. «El duque ya no requiere mis servicios y yo debo seguir extendiendo mis conocimientos por Castilla». «Os voy a echar mucho de menos», le confesé con lágrimas en los ojos. «¿Por qué no os venís conmigo? Dinero no puedo daros, pero sí mostraros todos los secretos del oficio, algo por lo que muchos pagarían una fortuna. Por otra parte, comida y techo no os faltarán. Y tal vez algún día lo heredéis todo». «Me iría de buen grado, pero mi padre quiere que vaya a estudiar a Salamanca. Lleva tiempo solicitando una beca para mí a través del duque de Béjar y, según parece, van a concedérmela. Así que ahora no puedo defraudarlo», me justifiqué yo. «Pues decidle de mi parte que una imprenta como la mía puede ser la mejor escuela para alguien tan avisado como vos, ya que quien trabaja con libros se nutre de su saber. Por lo común, el impresor es *tanquam asinus ad lyram*, que quiere decir “como un asno con una lira”, esto es, totalmente ignorante de lo que se trae entre manos. Pero hay algunos que podrían codearse, si quisieran, con los propios autores y con los catedráticos del Estudio. Yo, que jamás pisé un aula, he contribuido a alumbrar centenares de libros y me

siento más orgulloso de ellos que aquellos que los escribieron o se dedican a glosarlos y comentarlos. Y es que los libreros y los impresores somos como las parteras: sin nosotros la criatura engendrada por las musas no vendría al mundo, si acaso circularía de mano en mano, mal abrigada y llena de errores, entre unos pocos. De nosotros depende, muchacho, el futuro de la humanidad. Mas habéis de hacer caso a vuestro padre, ya que a él le debéis la vida», añadió el impresor con gesto de resignación. Desde ese día, querido Rojas, no hubo noche en que no soñara, ya fuera dormido o despierto, con vivir como ese humilde artesano y, a la vez, sublime artista e ir de lugar en lugar ofreciendo mis servicios de impresor.

## IX

Lo primero que hizo Rojas al día siguiente, nada más levantarse, fue escribirle una carta al rey Fernando el Católico. Le costó Dios y ayuda redactarla, a él, que había escrito la mayor parte de la *Comedia de Calisto y Melibea* en unas vacaciones de Pascua sin apenas tener que corregir nada. Mas en esta ocasión fueron numerosos los borradores, ya que se trataba de un asunto delicado y cualquier desliz podía costarle caro, por mucho que su alteza lo apreciara. Eran grandes las dudas, además, que el asunto le suscitaba. Por una parte, le parecía demasiado precipitado comunicarle sus sospechas al rey. Pero, por otra, pensaba que alertarlo podría servir para que tomara cartas en el asunto y se apresurara a destituir a Diego de Deza de su cargo de inquisidor general. Al final optó por exponer el asunto de manera sucinta, sin entrar en detalles y adoptando algunas cautelas. En resumidas cuentas, le decía que, después de volver de Burgos, había tenido conocimiento de forma casual de un dato que, a su juicio, indicaría que la muerte de su yerno podría haber sido instigada, de alguna manera, por el arzobispo de Sevilla. En este sentido, reconocía que por el momento no podía probar nada al respecto, pero esperaba hacerlo en fecha próxima con la ayuda de Dios. No obstante, había considerado que era importante poner a su alteza sobre aviso por si creía conveniente tomar alguna medida con el fin de evitar nuevos males.

Después de enviar la misiva por el correo del rey, Rojas se pasó por la tienda de libros de Juan de Porras, donde su esposa le dijo que no había vuelto aún de Medina del Campo.

—¿Y no sabéis cuándo va a regresar?

—No me lo dijo. No creo que tarde mucho.

—¿No estáis preocupada por él?

—¿Por qué habría de estarlo?

—Vuestro negocio ha sido asaltado y han muerto dos hombres, por no hablar de las amenazas. La siguiente víctima podría ser vuestro marido —razonó Rojas.

—Si de veras se tratara de algo contra mi esposo, yo creo que ya nos han hecho suficiente daño, ¿no creéis? —argumentó ella.

—Es posible, pero yo, en vuestro lugar, estaría alerta —le aconsejó Rojas.

Tras despedirse de Ana Sánchez, el pesquisidor se acercó a las Escuelas Menores con el fin de hablar con algún maestro de Gramática y, por tanto, compañero y rival de Nebrija. A esas horas el claustro estaba muy animado. Dos de las galerías estaban llenas de tenderetes en los que algunos libreros de la ciudad exponían su mercancía para los estudiantes. Mientras ojeaba uno de los ejemplares, vio salir de un aula al catedrático Pedro Suárez de Grado, a quien llamaban el maestro de Zamora por ser originario de esa ciudad. Este era alto de estatura y delgado de cuerpo. Tenía el pelo blanco y escaso, los ojos nublados, la nariz aguileña y la barbilla partida por un hoyuelo. Las manos eran grandes y una de ellas portaba un cayado con el que iba tentando el suelo, pues apenas veía. Con gran esfuerzo consiguió llegar al poste en el que los maestros atendían las consultas de sus alumnos después de la lección y se sentó en una piedra que había junto a él.

Tras acercarse al catedrático, Rojas se presentó y le planteó con mucho respeto si podía hacerle unas preguntas.

—Sois ya muy mayor para ser uno de mis estudiantes —comentó el catedrático con suspicacia.

—No he dicho que lo sea.

—Entonces, ¿qué queréis saber?

—¿Os habéis enterado por ventura del ataque que ha tenido lugar en el taller de Juan de Porras?

—¿Y por qué habría de saberlo? A mí lo que suceda en las malditas imprentas no me interesa nada. Abomino de ellas tanto como del diablo, quizá más, si es que no son la misma cosa —confesó el catedrático con tono de pocos amigos al tiempo que agitaba su cayado.

—Deberíais saber que, además de las pérdidas materiales, han muerto dos hombres —le informó el pesquisidor.

—Lo siento mucho por ellos, pero no por el dueño, a quien Dios confunda —replicó el gramático con vehemencia.

—Es posible que el objetivo fuera hacer daño también al maestro Antonio de Nebrija, ya que ese día estaban imprimiendo en el taller una obra suya —sugirió el pesquisidor.

—¡Acabáramos! ¿Y eso por qué tendría que preocuparme? Si acaso debería alegrarme, pero, por desgracia, me olvidé de reír cuando perdí los dientes —dejó caer el catedrático.

—Estamos hablando de un colega del Estudio; ambos impartís, además, la misma materia.

—Yo nunca lo he visto como un colega, sino más bien como un enemigo que ha logrado infiltrarse en el Estudio, como la zorra en el gallinero, con la intención de acabar con nosotros, y casi lo consigue. Cuando vino hace años nos consideraba unos bárbaros, como si fuera culpa nuestra que el latín hubiera degenerado tras la caída del Imperio romano. El muy pedante pretendía que, a estas alturas, todos habláramos como Cicerón o Quintiliano. Es posible que sepa mucha gramática, pero las clases para él no significan nada. En cuanto puede, desaparece, requerido por otros negocios e intereses más lucrativos, o se cansa y renuncia a la cátedra poco después de obtenerla, pues siempre fue muy voluble y tornadizo. Si ha vuelto, es



porque murió don Juan de Zúñiga y se quedó sin nadie que lo mantuviera —añadió el catedrático aferrando con fuerza su cayado sin poder disimular su rencor—. Aquí estábamos muy bien antes de que él regresara con sus ínfulas de grandeza y sus aires de superioridad. Actúa como un moralista, pero todos saben que le pierde su afición al vino y a las mujeres, entre otras muchas bajezas.

—Eso no es cierto —rechazó Rojas—. Es verdad que le gusta el vino, como a casi todo el mundo. ¿Qué mal hay en ello?

—Pero él es un catedrático del Estudio y tiene que dar ejemplo a sus alumnos —replicó el maestro de Zamora.

—Los catedráticos, que yo sepa, no son unos santos; son muy parecidos a los demás mortales —argumentó Rojas para defender a su amigo—. Además, a él no es el vino lo que le interesa, sino brindar con los amigos y distraerse un rato de sus trabajos y preocupaciones. El resto del tiempo está más sobrio que un eremita en medio del desierto. Si no fuera así, no podría escribir tanto, ¿no creéis?

—Ni falta que hace que escriba —replicó el maestro con sarcasmo.

—En cuanto a lo de las mujeres, son rumores que nadie ha conseguido demostrar.

—Cuando el río suena...

—Eso no quiere decir nada. A la gente le gusta mucho hablar —comentó Rojas con ánimo de provocar a su interlocutor.

—Pero lo peor es su codicia desordenada, esa que le ha llevado a imprimir todo tipo de manuales, cartillas y vocabularios para luego vendérselos a los estudiantes en la librería de Juan de Porras. Así que no me extraña que se haya convertido en el principal impulsor, financiador y paladín de la imprenta en Salamanca. Si hasta se dice que ha sido y, probablemente, lo siga siendo el verdadero propietario o copropietario de algún taller, pero, claro está, no puede estampar su nombre en los libros que en él se imprimen por ser esta una actividad manual o artesanal,

incompatible, por tanto, con su condición de catedrático —concluyó el maestro de Zamora dando un sonoro golpe en el poste con su cayado.

—Lo decís como si la imprenta fuera algo infamante y despreciable —le reprochó Rojas.

—¿Acaso no lo es? Antes los catedráticos del Estudio podíamos controlar lo que leían los alumnos. Ahora, con la imprenta, la cosa se ha desmandado y todo es caos y confusión en las escuelas. Los malditos libreros se nos han metido en casa con su mercancía deteriorada —indicó el gramático señalando hacia los puestos de venta—. De buena gana los expulsaría de aquí a latigazos, como hizo Jesucristo con los cambistas y los mercaderes del templo.

—Gracias a ellos, el acceso al saber es ahora más fácil, ¿no creéis? —dejó caer el pesquisidor.

—Para mí solo tiene valor aquello que es escaso y se consigue con esfuerzo —proclamó el maestro de Zamora—. Por eso echo de menos aquellos tiempos en los que para hacerse con un códice los estudiantes no tenían más remedio que mandarlo copiar. Y como había pocos ejemplares, debían hacerlo por partes. Así que cada manuscrito se dividía en «pecias» que el estacionero colgaba en cuerdas en el mismo lugar en el que ahora están esos malditos tenderetes. Luego los alumnos buscaban la «pecia» correspondiente, se la alquilaban al estacionero y ellos mismos la copiaban o la mandaban copiar, hasta que completaban el libro.

—Yo todavía conocí ese método cuando vine a estudiar aquí y he de decir que era lento, precario y, al final, mucho más oneroso que un libro impreso, por no hablar de los errores de los copistas.

—Si es por eso, habréis de convenir conmigo en que la imprenta multiplica y perpetúa los errores. Y conste que no soy el único que piensa así. ¿Habéis oído hablar de Filippo di Strata?

Rojas negó con la cabeza.

—Se trata de un fraile dominico que hace unos años intentó persuadir al senado de Venecia de que prohibiera la imprenta, aduciendo que el mundo había funcionado muy bien durante seis mil años sin necesidad de ese invento diabólico y no había razón para que eso cambiara, más bien al contrario. Entre otros males, le achacaba que corrompía los textos, pues salían llenos de faltas por el apresuramiento y el afán de ganancia de los autores e impresores; corrompía los espíritus, ya que difundía obras indecentes y heterodoxas; y corrompía, en fin, el saber mismo por el mero hecho de divulgarlo entre los ignorantes. Todo ello lo resumía fray Filippo en una sentencia que, por su gracia y contundencia, ha hecho fortuna: *Est virgo hec penna, meretrix est stampificata*. «La pluma es una virgen; la imprenta, una meretriz». Con eso está dicho todo, ¿no os parece?

—La frase es ingeniosa, no lo discuto, pero yo creo que fray Filippo exagera un poco.

—Y yo, que vos pecáis de ingenuo —replicó el catedrático con firmeza—. La imprenta es un caballo de Troya que el diablo ha introducido dentro de la cristiandad para abrir la puerta a los judíos, mahometanos, herejes y reformadores, que son mucho más dañinos que los cuatro jinetes del Apocalipsis juntos. Si no lo atajamos a tiempo, nuestra fe y nuestro mundo se resentirán con ello, ya lo veréis —auguró con ínfulas de profeta.

—Estáis equivocado —rechazó Rojas—. ¿Habéis entrado alguna vez en una imprenta o en una librería?

—¡Dios me libre de caer en esa tentación! —exclamó el catedrático con horror—. Eso sería para mí algo tan abominable como visitar una casa de lenocinio el día de Viernes Santo.

—Pues, si lo hicierais, veríais que se sigue publicando a los mismos autores de antes; por otra parte, los libros impresos se parecen mucho a los códices, empezando por las letras de molde, muy semejantes a la caligrafía de los mejores manuscritos, de ahí la preferencia por los tipos góticos frente a los latinos. Incluso se siguen haciendo algunos ejemplares en pergamino

para lectores pudientes y distinguidos. La mayoría, además, son sinodales, bulas, misales, breviarios, homilías y otros textos litúrgicos o relacionados de un modo u otro con la Iglesia y la fe cristiana. Y, para los nostálgicos como vos, sigue habiendo libros manuscritos, pues los copistas no han desaparecido —recordó Rojas.

—Eso no durará mucho tiempo. La abundancia y el exceso de ejemplares acabarán sin duda con el libro. Habrá tantos y será tan fácil adquirirlos que nuestros estudiantes ya no sabrán cuáles leer y pensarán que por el mero hecho de poseerlos ya los han aprendido, pues, desde que vemos tanta obra impresa, no hay necio que de sabio no presuma —argumentó el catedrático.

—Pero eso no es culpa de la imprenta. Esta por sí sola no puede hacer milagros —apuntó el pesquisidor.

—¿Y qué va a ser del Estudio a partir de ahora? ¿Quién va a ser capaz de poner orden en esta babel de libros? Por suerte, yo no lo veré. Como habréis observado, me estoy quedando ciego y ya solo percibo bultos y sombras. Ojalá ese tal Gutenberg hubiera inventado un artilugio que imprimiera las letras en relieve para que yo pudiera descifrarlas con las yemas de mis dedos.

—Eso también llegará, tenedlo por seguro. Habrá un día en que hasta los ciegos podrán leer.

—Como santo Tomás, lo creeré cuando lo vea o, al menos, lo palpe —indicó el catedrático con cierta sorna.

—En cuanto a los ataques al taller y la librería de Juan de Porras, ¿sabéis de algún enemigo de la imprenta o del maestro Nebrija que pueda haberlo hecho movido por venganza o por despecho, o por cualquier otra causa? —se atrevió a preguntar el pesquisidor.

—Si lo supiera, no os lo diría, tenedlo por seguro —proclamó el catedrático poniéndose en pie con gran dificultad, pues estaba algo ofuscado.

—¿Queréis que os ayude? —se ofreció Rojas.

—No necesito a nadie que me guíe, me basto yo solo —indicó el otro, muy digno, tentando el suelo con su bordón.

—Andad entonces con Dios.

—Me temo que sois vos el que lo va a necesitar, pues estáis mucho más ciego que yo.

Rojas permaneció junto al poste meditando sobre la conversación que había tenido con el maestro de Zamora. Desde luego, esta no había servido para averiguar nada que le hiciera avanzar en sus pesquisas, pero sí para darse cuenta de primera mano del ambiente de hostilidad y cerrazón en el que Nebrija tenía que impartir sus lecciones. Y eso lo entristeció e hizo que aumentara la compasión que sentía por su amigo, y también las ganas de huir de allí.

## X

Los días pasaban y Nebrija seguía obsesionado y asustado, Juan de Porras continuaba sin aparecer y Rojas no sabía por dónde llevar sus pesquisas. Para tratar de recabar más información sobre el maestro impresor, el pesquisidor se fue a ver a un librero de la calle de Serranos llamado Jacinto López, del que en el pasado había sido cliente asiduo, pues tenía muchas relaciones y solía estar bien informado. En apariencia, era una tienda más, pero su verdadero negocio era la compra y venta de obras prohibidas o condenadas por el Santo Oficio.

Rojas abrió la puerta y entró en la librería, que estaba tan vacía como la mayoría de los estantes que había en ella. Al poco rato, el dueño salió de la trastienda sacudiéndose el polvo. Este contaba unos sesenta años y era de estatura mediana. Tenía el rostro cetrino y el poco pelo que poseía se le acumulaba en la nuca y encima de las orejas. Pero lo que más llamaba la atención de los clientes solía ser su bizquera. Se decía que, gracias a ese defecto o ventaja, según se mire, era capaz de leer dos libros a la vez, uno con cada ojo, y sin mezclar las razones ni los argumentos. Con él vivía una hija que le ayudaba en la tienda y en la casa. Las malas lenguas decían que, en realidad, no era tal, sino una barragana a la que por las noches Jacinto obligaba a arreglarse y a ponerse sus mejores galas solo para él, como si fuera su más preciado tesoro, mientras que por el día la guardaba como oro en paño.

—¡No puede ser! Pero ¡si sois mi mejor cliente y mi autor preferido, aunque haga mucho que no venís por aquí! —exclamó el librero,

sorprendido nada más ver a Rojas—. Me imagino que habréis estado fuera de Salamanca casi todo este tiempo. Decidme: ¿cómo os va?

—Ahí ando —respondió Rojas algo abrumado por las obsequiosas palabras de Jacinto—. Y vos, ¿cómo estáis? ¿Qué tal va el negocio?

—No demasiado bien, para qué os voy a engañar —confesó este con gesto resignado y algo triste—. Como suele decirse, en los nidos de antaño ya no hay pájaros hogaño. Basta con que echéis un vistazo a las mesas y a los estantes, no tan surtidos como solían estar, y eso que cada vez hay más libros impresos.

—¿Y en la trastienda? —inquirió Rojas bajando la voz.

—Ahí hay menos todavía —le informó Jacinto con tono nostálgico—. He recibido varias veces la visita de los familiares del Santo Oficio y he tenido que desprenderme de casi todas las existencias. Pero tengo algunos ejemplares muy valiosos para clientes especiales. ¿No habréis venido en busca de algún libro prohibido o castigado?

—No, no se trata de eso.

—¿Tal vez a darme cuenta de la aparición de alguna obra vuestra? —aventuró el hombre con exagerada expectación.

—Me temo que tampoco.

—Pues es una pena —se lamentó Jacinto—. He vendido muchos ejemplares de la *Comedia* y más aún de la *Tragicomedia*. Se la recomiendo a todo el mundo que pasa por aquí y presumo de conoceros y de haber sido vuestro principal proveedor de libros. Algunos me preguntan cómo sois, dónde paráis, a qué os dedicáis... La mayoría piensa que debéis de ser un anciano a juzgar por la mucha sabiduría que se desprende de vuestra obra. Nadie cree que la escribisteis con veinticinco años, o poco más, en unas vacaciones de Pascua. Y todos quieren tener noticia de cuándo vais a publicar alguna otra.

—¿Y vuestra hija? —preguntó Rojas para cambiar de asunto, pues comenzaba a sentirse incómodo con tanto halago.

—Pensé que no ibais a preguntarme por ella. Arriba está. Ya es toda una mujer y cada día es más hermosa. Tiene veintiséis años, pero no quiere casarse; dice que para estar conmigo y seguir ayudándome en el negocio. A mí, sin embargo, me gustaría que se echara un buen marido, aunque para ello tenga que cerrar la tienda. Total, para lo que gano. Desde hace tiempo me viene dando largas. Tal vez vos podáis ayudarme. Sé que, cuando erais estudiante, os gustaba mucho y que por eso no hacíais más que venir por aquí —añadió Jacinto guiñándole un ojo.

El pesquisidor se sonrojó de tal forma que sintió cómo las mejillas le ardían y comenzaba a sudar.

—Eso que decís no...

—No os molestéis en negarlo —lo interrumpió Jacinto—. Ya sabéis que con mi bizquera no se me escapa nada de lo que sucede dentro de la tienda. Ni se sabe la cantidad de libros que me comprasteis solo para poder verla, que hasta a mí me daba lástima que os gastarais en ellos todo el dinero que os mandaban vuestros padres, en lugar de hacerlo en otras cosas más propias de jóvenes. De ahí que muchas veces os rebajara el precio o no os cobrara algún ejemplar, si bien nunca os lo dije para no avergonzaros. A veces pienso, para mi tranquilidad, que fueron todos esos libros los que hicieron que os convirtierais en escritor.

—En fin, tengo que admitir que tenéis razón —confesó el pesquisidor sonriendo, pues la cosa ya no le afectaba, o eso creía él—. Ahora puedo deciros que estaba fascinado por vuestra hija, pero cuando la tenía delante no me atrevía ni a mirarla a la cara. En más de una ocasión traté de declararme su fiel vasallo dejándole una carta en alguna parte, y al final siempre desistía, pues temía que vos la encontrarais.

—¿Tan seria era la cosa?

—La amaba de tal forma que estaba dispuesto a hacer lo que fuera para poder estar con ella. De modo que debo contaros que un día me armé de valor y contraté los servicios de una conocida alcahueta de la ciudad, como



hizo el atolondrado de Calisto movido por su obsesión por Melibea. La trotaconventos me dio ciertas esperanzas después de visitar a vuestra hija con el pretexto de ofrecerle no sé qué afeites para la cara. No sé si la recordáis.

—¡Cómo la iba a olvidar! No le perdí ojo y ella tampoco a mí. Estas malditas alcahuetas siempre se las arreglan para conseguir burlar la vigilancia de los padres —comentó Jacinto.

—Ahora sé que es un error poner aquello que más nos importa en manos de gente que solo busca lucrarse con la desgracia ajena. Pero entonces... El caso es que, embaucado por esa mujer, a punto estuve yo de pasar a mayores. Y si al final me eché atrás y opté por olvidar a vuestra hija, fue por las cosas que se contaban sobre vos —añadió Rojas en voz baja, como si quisiera que nadie más lo oyera.

—¿A qué os referís? —inquirió Jacinto haciéndose de nuevas.

—Os ruego que no me forcéis a decirlo, seguro que vos lo sabéis de sobra. Y lo cierto es que yo nunca acabé de creérmelo, si bien tenía mis dudas, debo reconocerlo, y en parte por eso dejé de venir a la librería —indicó el pesquisidor a la defensiva.

—Pues cuánto lo siento. Por supuesto que yo tenía noticia de lo que se decía de mí —confirmó Jacinto—, pero no me importaba, pues así mantenía a salvo a mi hija, como vos mismo me acabáis de demostrar. Y no veáis en esto que os hago un reproche. Yo también he sido joven y sé lo fuerte que puede llegar a ser el deseo —añadió con gesto cómplice.

—Os agradezco mucho vuestra comprensión y más me alegra saber que estaba equivocado —comentó Rojas con alivio.

—¿Queréis, entonces, que os presente a mi hija de manera formal ahora que todo está aclarado? Ya veréis como, con solo contemplarla, vuelve a saltar la chispa del amor. Y conste que lo hago sobre todo por vos, pues no es bueno que a vuestra edad todavía estéis soltero —se justificó el librero—. La soledad es mala compañera, si lo sabré yo.

—Me temo que ya es demasiado tarde para eso —se excusó Rojas.

—Nunca es tarde si la dicha es buena.

—En todo caso, ahora tengo algo de prisa y necesito, si no os importa, cierta información —replicó Rojas algo azorado.

—Está bien. ¿Qué queréis saber?

—Quiero que me habléis de Juan de Porras.

El librero lo miró sorprendido.

—¿Por qué me preguntáis por ese bribón?

—Porque estoy haciendo las pesquisas de lo ocurrido en su taller y en su tienda, y quiero saber más sobre él.

—Y hacéis muy bien, ya que no es de fiar —soltó Jacinto muy serio.

—¿A qué os referís?

—Seguro que en esos asaltos hay gato encerrado, como en todo lo que ocurre alrededor de ese malnacido.

—Pero ¿por qué lo decís? —inquirió el pesquisidor interesado.

—Podría contaros muchas cosas —aseguró Jacinto—. Sé, por ejemplo, que es uno de los canallas que me han denunciado ante el Santo Oficio, ya que hace tiempo que pretende cerrarme el negocio y quedarse con la exclusiva de la compraventa de libros prohibidos en Salamanca. Pero, por suerte, yo también tengo algunos amigos y clientes que se preocupan por mí y por mi tienda debido a que conozco sus secretos más inconfesables.

—¿Estáis seguro de eso?

—A buen recaudo tengo varias cartas del propio Juan de Porras, de cuyo contenido prefiero no hablar ahora, pues es muy doloroso para mí, que prueban que no es trigo limpio —dejó caer el librero con aire de misterio—. Asimismo, ha intentado que ningún impresor de Salamanca ni ningún mercader de Medina del Campo me sirva libros, con el fin de dejarme sin existencias y obligarme a echar el cerrojo. Mas ahí también ha pinchado en hueso. De todas formas, soy consciente de que, tarde o temprano, se saldrá

con la suya. Por eso quiero que mi hija se case cuanto antes y deshacerme de la tienda.

—¿Tan retorcido es?

—Para mí que está hecho de la piel del diablo. Sus orígenes, además, son muy oscuros. A él le gusta decir que procede de Francia, concretamente de Lyon, de donde, según cuenta, vinieron en su día varios caballeros apellidados Porres para luchar contra los moros y que con el tiempo castellanizaron su apellido, cambiando la e por la a, y se asentaron en las montañas de Burgos, en un valle que ahora se llama Val de Porras, muy próximo a la villa de Espinosa de los Monteros; de allí pasarían luego a Zamora, que es donde se asentó su familia, y a otros lugares de Castilla. Pero yo más bien creo que son de origen italiano, tal vez de Sicilia o de Nápoles, a juzgar por sus métodos y malas maneras. En ese caso, el apellido original podría ser Porri, que tengo entendido que significa puerros, y que al pasarlo al romance castellano debieron de confundir con porras, ya os podéis imaginar por qué —añadió Jacinto dándole con el codo al pesquisidor.

—¿Y qué sabéis de su relación comercial con Nebrija?

—Que resulta muy beneficiosa para ambos, pues parece ser que se entienden muy bien —comentó el librero con cierto retintín.

—¿Qué queréis decir? ¿Pensáis que el maestro de Gramática participa de sus manejos y artimañas? —inquirió Rojas.

—No lo creo. Pero, como no tenga cuidado, podría verse salpicado por las malas acciones de ese bribón.

—Por eso debo resolver este asunto cuanto antes. Os agradezco mucho la información que me habéis proporcionado —le indicó Rojas.

—Espero que os sea útil. Entonces, ¿seguís siendo pesquisidor? —quiso saber el librero.

—Por poco tiempo ya. Acepté este caso por Nebrija, pues el maestro piensa que él es, de alguna manera, el objeto de los ataques, algo con lo que

yo no estoy muy de acuerdo. Pero ya hablaremos de ello con calma en otro momento. Ahora debo seguir con las averiguaciones.

—¿Por qué no venís a comer a mi casa un día de estos y me lo contáis todo, y así, de paso, saludáis a mi hija? A ella le alegrará mucho, pues sé que le agradáis. Todavía se acuerda de vuestras visitas a la tienda.

—En estos días estoy muy ocupado con las pesquisas y aún tengo que decidir qué voy a hacer con mi vida. Ya hablaremos cuando esto termine —propuso Rojas para salir del paso.

—De acuerdo —convino Jacinto—. Volved pronto, os estaremos esperando, y cuidaos mucho.

Cuando el pesquisidor abandonó la tienda, sintió que alguien lo espiaba desde la ventana que había encima de la entrada de la librería. Así que apretó el paso y huyó como alma que lleva el diablo con la voluntad de no volver a poner los pies en ella.

## XI

Rojas cada vez estaba más convencido de que lo sucedido en el taller y la tienda de Juan de Porras tenía algo que ver con los turbios manejos de este, así que decidió hacerles una visita a los vecinos de la imprenta y de la librería, por si habían observado algo extraño los días de autos. Era una pesquisa que tenía que haber hecho al principio, pero por una u otra razón lo había ido dejando pasar. En una de las casas vivía un médico con su mujer y sus hijos. Al ver de qué se trataba, este le franqueó la entrada sin ningún recelo. Rojas le preguntó si se había enterado de lo que había ocurrido en la tienda y en el taller, y este le dijo que sí y que por eso en su familia estaban muy asustados, pues sabían que habían muerto dos hombres. De hecho, había sido él el que había certificado el fallecimiento de ambos a petición de los alguaciles del concejo y, a pesar de su experiencia, el primero le había impresionado debido a la quemadura de la frente y al brazo quebrado e impreso. Rojas le demandó entonces si conocía personalmente a Juan de Porras y el físico le contestó que muy poco, pues no era una persona muy amigable. Tan solo había hablado con él una vez, cuando compró en su tienda varios libros de medicina, y no le pareció que fuera muy atento ni cordial.

Tras despedirse, el pesquisidor salió a la calle. Allí lo estaba esperando una mujer que quería hablar con él. Tendría unos treinta y cinco años, y era pequeña de estatura y de complexión gruesa; con la cara redonda y los ojos escrutadores.

—Soy una vecina —se presentó ella—. Perdonadme que me meta donde no me llaman, pero me ha parecido oír que estabais haciendo averiguaciones sobre Juan de Porras.

—Así es —corroboró Rojas.

—En ese caso, me gustaría contaros algo, pero en casa si no os importa —añadió con aire cauteloso.

—Adelante.

Una vez dentro de la vivienda, la mujer condujo al pesquisidor hasta una cámara con las paredes tiznadas de hollín y un olor tan nauseabundo y penetrante que costaba mucho respirar.

—¿Qué os parece?

—Las zahúrdas de Hades o Plutón, si me permitís la expresión —comentó Rojas tapándose la nariz—. Pero ¿por qué me habéis traído aquí?

—Para que veáis lo que significa vivir al lado de la imprenta de ese sinvergüenza de Juan de Porras, ya que esa peste viene del patio de su taller. A juzgar por el hedor y ese humo tan negro, cualquiera diría que andan quemando cadáveres —sugirió la vecina con cierta malicia.

—¿Y por qué no lo habéis denunciado?

—¿Y quién os ha dicho que no lo he hecho? Son ya cerca de veinte las quejas que he presentado y otras tantas los vecinos de al lado, que tienen varios niños de corta edad —explicó la mujer—. Pero hasta la fecha no hemos tenido ninguna respuesta. Se ve que ese maldito impresor tiene amigos en el concejo que lo amparan y protegen y le consienten todo.

—¿Y habéis hablado con él?

—Varias veces. Pero dice que no es para tanto, que son olores propios de la imprenta y que, si nos molestan, nos mudemos a otra casa. Incluso nos ha amenazado con hacer que nos echen.

Rojas observó de cerca las manchas de hollín y se quedó pensativo.

—¿Observasteis algo extraño en los días que asaltaron la imprenta y la tienda de libros? —inquirió.

—No, que yo recuerde. Pero ahí pasan cosas muy raras, os lo aseguro: gente extraña que entra y que sale a horas intempestivas, ruidos, discusiones... Cualquiera día provocarán un nuevo incendio y arderemos todos los vecinos, como estuvo a punto de ocurrir el otro día, cuando quemaron la tienda.

—Gracias por contármelo. Espero poder hacer algo por vos.

—A ver si es verdad.

Antes de irse, Rojas preguntó a otros vecinos, pero ninguno más quiso hablar del asunto, tal vez por miedo a las represalias.

A media tarde, decidió hacerle una visita a Nebrija para ver cómo estaba y comentar con él las últimas averiguaciones. Salió a abrirle Sabina, que nada más verlo se ruborizó.

—Mi padre no está en casa —le dijo azorada.

—Entonces volveré luego —comentó él algo incómodo.

—Pasad, por favor, no creo que tarde.

Rojas accedió, pues tampoco quería desairarla y la joven le inspiraba cierta curiosidad. Tras franquearle la entrada, Sabina lo acompañó hasta una sala bien iluminada y llena de alfombras y divanes.

—¿Qué hacíais? —le preguntó Rojas.

—Estaba leyendo.

—Lamento mucho haberos interrumpido. Sé lo mal que sienta que alguien te moleste cuando estás enfrascado en un libro. Yo a veces me hago el sordo y no salgo a abrir la puerta, para que no me importunen —confesó el pesquisidor con una sonrisa cómplice que ella agradeció.

En ese momento, Rojas descubrió sobre una mesa baja un ejemplar de la *Tragicomedia de Calisto y Melibea*. Sabina se dio cuenta y se sonrojó de nuevo.

—Se trata de vuestro libro —balbuceó.

—Es un honor para mí —comentó Rojas con orgullo procurando no ruborizarse a su vez.

—Y para mí haberos conocido.

Por lo general, a Rojas no le gustaba hablar de su obra, pero esta vez no pudo evitar preguntar:

—¿Y qué os parece?

—Apenas acabo de empezar. Después de conoceros, sentí curiosidad —se justificó Sabina.

—Espero que no os haya decepcionado lo que habéis leído.

—Oh, no. Tan solo han sido unas pocas páginas, pero ya estoy atrapada como un pájaro en una red hecha de palabras y con muchas ganas de seguir —confesó ella con tal candidez que Rojas no pudo evitar enternecerse.

—¿Queréis que me vaya para que podáis continuar? —le preguntó el pesquisidor con una sonrisa.

—No, por favor —se apresuró a decir Sabina—. También me gusta mucho hablar con vos, quiero decir que me place escuchar todas vuestras historias. Sabéis contar muy bien.

El pesquisidor se encogió de hombros sin saber qué decir. Se sentía muy halagado, pero a la vez muy violento por los comentarios de Sabina. Nunca había visto tanto candor en una muchacha y ello no solo le provocaba ternura, sino también deseo, un deseo tan intenso que tenía que esforzarse en reprimirlo y apartarlo de su cabeza, pues le parecía innoble la mera idea de pensar en satisfacerlo aprovechándose de la situación. Por no hablar del hecho de que era hija de su admirado maestro, que se había puesto en sus manos y le había abierto las puertas de su casa.

—Me paso la mayor parte del día leyendo o haciendo copias de los textos de mi padre, ya que solo se fía de mí, y eso me complace —explicó Sabina—. Desde muy niña siempre lo he visto leyendo y escribiendo. Al principio no podía entender que se pasara tantas horas sentado delante de unos papeles. «¿Qué tienen estos para que reclamen de tal manera su



atención?», me preguntaba. Así que un día me acerqué a él y le dije: «¿Qué haces? ¿Qué miras con tanto interés? ¿Qué son esos garabatos?». Esa misma tarde comenzó a enseñarme las primeras letras. Para ello utilizó un manual que él mismo había elaborado, que hoy es tan popular que muchos lo llaman «el Antonio», y en poco tiempo fui capaz de hablar con mi padre en esa lengua que tanto ama —añadió con emoción.

—Vuestro padre está muy orgulloso de vos.

—También de vos. Es admirable que os llevéis tan bien con él, a pesar de la diferencia de edad. En realidad, no tiene muchos amigos. Por lo general prefiere conversar con Cicerón o con Virgilio, a los que conoce mejor que nadie y también mejor que a nadie —aclaró la muchacha—. No en vano la sabiduría, la belleza literaria y la perfección del estilo están para él en los grandes autores de la Antigüedad —continuó como si fuera una lección aprendida—, de ahí que se haya impuesto la misión de recuperarlos y difundirlos entre nosotros, lo que a mí se me antoja una tarea titánica, propia de un héroe, que solo mi padre puede llevar a cabo —añadió sonriendo y mirándolo a los ojos para dar más fuerza a esas últimas palabras.

Casi sin darse cuenta se habían ido a sentar frente a frente junto a la ventana, en unos asientos cortejadores labrados en la piedra del muro, bañados por la luz dorada de la tarde que entraba por el vano. Luego, al calor de la conversación, sus rostros se fueron aproximando poco a poco.

—¿Y a vos qué os gusta leer? —quiso saber Rojas, cada vez más fascinado por Sabina, que ese día parecía tener muchas ganas de hablar.

—Lo que yo prefiero son los libros de caballerías —confesó ella muy seria—, pero esos los leo a escondidas de mi padre, ya que él no los aprecia mucho.

En ese momento se abrió la puerta y los dos se levantaron como un resorte y se apartaron un poco. Era el maestro Nebrija, que al verlos juntos, lejos de inquietarse, esbozó una sonrisa satisfecha.

—¡Qué grata sorpresa! —exclamó—. No sabía que estabais aquí.

—Había venido a visitaros y vuestra hija me dijo que no tardaríais, así que me he tomado la libertad de aceptar su invitación a que os esperara aquí para no tener que volver luego —explicó Rojas de forma titubeante.

—Habéis hecho lo correcto, no tenéis por qué justificaros. Espero que mi hija os haya atendido bien.

El maestro parecía tranquilo y resuelto, como si sus problemas hubieran quedado atrás.

—Sí, por supuesto. Precisamente estábamos hablando de vos —comentó Rojas.

—Me alegra mucho oírlo. Pasemos, si os parece, a mi *scriptorium* para que Sabina pueda continuar con sus quehaceres —le propuso el maestro haciéndole un gesto para que lo siguiera.

—Ha sido un placer charlar con vos —se despidió Rojas.

—Lo mismo os digo —comentó ella con voz apenas audible.

Una vez en su refugio, Nebrija le pidió a Rojas que se sentara en una silla después de retirar unos papeles que había sobre ella.

—Siento mucho que... No debía haber... Espero que no os haya disgustado —logró decir el pesquisidor.

—¿Y por qué habría de disgustarme? —replicó el maestro.

—Por haberme atrevido a quedarme a solas con vuestra hija Sabina sin haber pedido permiso.

—Por eso no debéis preocuparos —lo tranquilizó Nebrija—. Yo creo que ya va siendo hora de que Sabina converse con algún varón que no sea yo o alguno de sus hermanos, y es mejor que comience con vos que con otro cualquiera. Al fin y al cabo, os conozco y sé que, además de los muchos méritos que os adornan, sois una persona buena, honesta y honrada, de la que aún cabe esperar grandes cosas en el futuro. Lo que significa que seríais un excelente partido para un padre como yo, perdonadme que sea tan franco y directo.

Rojas se quedó sorprendido con las palabras de Nebrija. ¿Habría detectado su amigo algo en él que pudiera dar pie a semejante propuesta?

—Visto así, debería sentirme muy halagado por vuestra proposición, lo reconozco. Pero, por otra parte...

—¿Acaso os he molestado? —lo interrumpió Nebrija.

—En absoluto. Lo que sucede es que no puedo dejar de preguntarme por qué de pronto algunos padres quieren casar a sus hijas conmigo —explicó Rojas—. ¿Es que acaso me veis necesitado de cariño y cuidados, o es que pensáis que ya ha llegado la hora de que siente la cabeza?

—¿Queréis decir que habéis tenido ya otra oferta de matrimonio?! —inquirió Nebrija sorprendido y alarmado.

—Esta misma mañana y apenas a unos pasos de vuestra casa —le informó el pesquisidor—. Sin haber dado pie a ello, os lo aseguro, el librero Jacinto López me ha propuesto que me case con su hija. Y todo porque hace unos años, cuando era estudiante, frecuentaba su tienda solo para verla.

—¿Lo que faltaba! —exclamó el catedrático escandalizado—. Supongo que no habréis aceptado. No iréis a comparar a su hija, a la que no conozco, con la mía.

—Jamás se me ocurriría. Tan solo estoy tratando de ser sincero con vos —puntualizó Rojas.

—Entonces, ¿por qué rechazáis a Sabina?

—Eso no es cierto. No es que la rechace. Simplemente creo que soy demasiado mayor para ella. Casi le doblo la edad.

—Pero si apenas le sacáis quince años —precisó Nebrija.

—En quince años pueden pasar muchas cosas. Vuestra hija aún no sabe apenas nada de la vida y yo estoy ya de vuelta de todo, si puedo decirlo así —arguyó con vehemencia el pesquisidor.

—Precisamente por eso. Ella puede devolveros la ilusión y la fe en el amor, y vos podéis ser un gran maestro para ella, como he tratado de serlo yo. Mas hay cosas que, como es natural, no puedo enseñarle.

—Entiendo lo que decís y, desde luego, no quiero que penséis que soy un ingrato o una persona insensible y desleal. Necesito pensarlo con calma y ahora bastante tengo con lo que nos traemos entre manos —se justificó Rojas.

—Está bien, dejémoslo estar por un tiempo, pues ahora andáis muy ocupado y yo, muy preocupado. Pero, eso sí, no debéis esperar mucho más. Tenéis treinta y tres años, la edad de Cristo, y ya va siendo hora de que hagáis algo con vuestra vida. Y, para empezar, ¿qué mejor que casaros como es debido y tener hijos que puedan ocuparse de preservar la memoria y la obra de su padre y, en este caso, de su abuelo?

—Para eso están los discípulos —apuntó el pesquisidor.

—Tarde o temprano, los discípulos nos traicionan, querido Rojas, y con frecuencia se convierten en nuestros principales detractores, parece mentira que no lo sepáis —comentó el maestro.

—¿No lo estaréis diciendo por mí?

—De ningún modo. Vos de momento sois la excepción. Pero es muy posible que alguna vez la vida os ponga en una coyuntura tan difícil que pensaréis que no tenéis más remedio que hacerlo.

—¿Traicionaros?! ¡Cómo podéis decir eso!

—*Tu quoque, fili mi?* Esas fueron, según Suetonio, las últimas palabras que pronunció Julio César, aunque él asegura que las dijo en griego. Para el caso, lo mismo da. Se refería a Marco Junio Bruto, por el que sentía un afecto casi paternal, cuando este se disponía a apuñalarlo. A diferencia de los otros conjurados, Bruto mató a su admirado amigo por el bien de Roma y, por lo que sé, sufrió mucho por ello. Pero, llegada la hora, no dudó en hacerlo porque creyó que era lo que correspondía en esa complicada tesitura —argumentó Nebrija—. Sin duda es uno de los momentos más conmovedores de toda la historia de Roma. Pero decidme: ¿para qué habéis venido si no era para ver a Sabina?

—¡Ya estamos otra vez! El objeto de mi visita —puntualizó Rojas— era daros cuenta de mis pesquisas.

—Entonces, ¿a qué esperáis?

—Si me dejarais...

—Tenéis toda mi atención.

Rojas le contó al maestro Nebrija que Lucio Marineo Sículo se encontraba por casualidad en Salamanca y que, después de hablar con él, había decidido descartarlo como sospechoso.

—Yo nunca lo tuve por tal. Es un mediocre y un envidioso, pero incapaz de matar una mosca, no por falta de ganas, claro está, sino de valor —sentenció Nebrija como quien no quiere la cosa.

A Rojas tales comentarios le parecieron injustos e innecesarios, pero no quiso discutir con su anfitrión, sobre todo para que no pensara que quería traicionarlo. Bastante amoscado estaba ya con el rechazo de su propuesta de matrimonio.

—También he estado con Pedro Suárez de Grado —apuntó.

—Ese es uno de los catedráticos que más me detestan. La cosa viene de antiguo. En su día traté de convencerlo de que me ayudara a desarraigar la barbarie del Estudio, pues al menos conoce bien la gramática. Pero pronto vi que era inútil, ya se sabe que los mayores no tienen cura y hay que dejarlos tranquilos con su necedad. Por eso siempre me he valido de los jóvenes como vos para defender mi causa.

—Tendríais que haberlo oído clamar contra vos y contra la imprenta.

—Me alegra que mis enemigos me asocien a ese invento de Satanás, como ellos la llaman, pues la consideran un peligro. Yo, sin embargo, creo que es la salvación del mundo —añadió el maestro con entusiasmo.

—En todo caso, no creo que esté detrás de los ataques de estos días.

—Lo mismo pienso yo. Suárez de Grado es de esos a los que se les va la fuerza por la boca —concluyó Nebrija.

—Por otra parte, quería hablaros de Juan de Porras —dejó caer por fin el pesquisidor.

—¿Es que ha ocurrido algo? —preguntó el catedrático con cara de asombro.

—Nada nuevo, no os preocupéis. Pero he estado haciendo averiguaciones sobre él y he descubierto algunas cosas que no lo dejan en muy buen lugar, por decirlo de una manera suave.

—Seguramente sean habladurías —lo disculpó el catedrático.

—No lo creo. Me lo han contado personas de mucha confianza y, en algún caso, lo he comprobado por mí mismo. De hecho, hasta el momento no he encontrado a nadie que hable bien de su persona, salvo vos —le informó el pesquisidor.

—¿Y le habéis preguntado a él?

—Desde que ocurrió lo de la tienda anda desaparecido. Su esposa me dijo que se había ido a Medina del Campo para ver a un mercader de libros, lo cual me ha extrañado, la verdad, dadas las circunstancias. Después de todo lo ocurrido, podía haber enviado a alguien en su nombre o haber esperado unos días.

—Sus razones tendrá, ¿no os parece? Es un hombre que viaja mucho y, en tales casos, siempre deja a su esposa al frente de la tienda y de la imprenta. Por lo que sé, es una mujer muy capacitada y eficiente. Y no es la única dentro de este oficio. Sé de varias viudas que han seguido con la imprenta o la librería del esposo fallecido e, incluso, las han hecho prosperar.

—Así y todo, me resulta sorprendente. Podría estar en peligro, si es que no le ha pasado algo ya, pues tiene muchos enemigos.

—¿A qué os referís?

—¿Sabíais que, en estos últimos quince años, ha acabado con la mayor parte de sus competidores valiéndose de todo tipo de argucias y artimañas? —reveló Rojas.

—No creo que debamos reprobarlo por ser el mejor impresor y librero de la ciudad. Y ya sabéis lo que pasa cuando alguien destaca, que los demás lo atacan y se le echan encima movidos por el rencor y la envidia. Eso es, sin ir más lejos, lo que suele pasar conmigo —replicó Nebrija cada vez más a la defensiva.

—¿Y qué podéis contarme de las continuas denuncias contra algunos colegas, por una razón u otra, con el objeto de obtener algún beneficio? —planteó el pesquisidor con toda la intención, no porque pensara que su amigo pudiera ser cómplice, como creían algunos; si acaso, consentidor.

—Tampoco podemos culparlo por eso, sino más bien elogiarlo, pues con ello está prestando un gran servicio a la ciudad y contribuyendo a la dignificación de su oficio —puntualizó el maestro con cierta vehemencia—. Yo mismo he tenido que denunciar a varios libreros e impresores por haber hecho o mandado hacer ediciones fraudulentas de algunas de mis obras sin la preceptiva licencia o privilegio real. De esta forma, tan solo pretendo defender mis derechos, pues no está bien que unos desaprensivos se aprovechen del trabajo ajeno, llevado a cabo con gran esfuerzo durante años. Lo mismo deberían hacer los demás autores, incluido vos, que habéis consentido que cualquiera publique vuestro libro sin la correspondiente autorización y que otros se valgan de vuestros personajes para concebir sus obras —argumentó.

—Recordad que yo también me serví de lo que otro había escrito. Por otra parte, ¿qué puedo hacer para evitarlo?

—Bastaría con solicitar un privilegio de impresión para los diferentes reinos de la Corona —le hizo saber el maestro Nebrija—. Vos lo tenéis más fácil, pues sois bachiller en Leyes.

—Ya pensaré en ello. Pero ahora volvamos a Juan de Porras. Debéis saber que hasta sus vecinos están hartos de él, ya que les llena la vivienda de humo y malos olores cada vez que prepara la tinta para la imprenta.

—No me vengáis ahora con esas. En todas partes hay vecinos que se quejan por las cosas más peregrinas, solo por molestar.

—Y vos, ¿no habéis tenido ningún problema con él? —inquirió de pronto el pesquisidor.

—Lo habitual en este negocio: algún retraso en los plazos acordados o en los pagos pendientes, que por lo demás se remediaron enseguida, pues es persona razonable —aclaró Nebrija—. Sabed que en este mundo no hay nadie que sea perfecto, ni siquiera los santos, y es que son muchos, como sabréis, los que empezaron siendo grandes pecadores, como san Dimas, santa Pelagia, santa María Egipciaca o el propio san Agustín, pero después nadie se lo reprocha, ni el propio Dios. Así que dejad a Juan de Porras en paz y centraos en cómo podemos enfrentarnos a ese canalla de fray Diego de Deza.

—Está bien —concedió el pesquisidor para tranquilizar a Nebrija, pero él no hacía más que pensar en el impresor. Tampoco podía entender que su amigo no supiera cómo se las gastaba Juan de Porras.

Cuando Rojas regresó por la noche a la posada, se encontró con que el impresor Sánchez del Paso lo estaba esperando con impaciencia en la taberna con una jarra de vino delante. Después de saludarlo, este le dijo que había descubierto algo más sobre Juan de Porras que podría interesarle.

—¿De qué se trata?

—Hace años hubo un incendio en una tienda de libros de la rúa Nueva. En él ardieron todos los ejemplares hasta convertirse en cenizas. Los alguaciles no encontraron nada extraño, pero el dueño estaba convencido de que había sido provocado y así se lo dijo al juez. Sin embargo, este no le hizo caso. ¿Quién diréis que había tenido problemas con ese pobre librero unas semanas antes?

—Supongo que Juan de Porras —aventuró el pesquisidor.



—Suponéis bien. Y él fue, además, el principal beneficiario de ese percance. Pero la cosa no termina ahí. Un mes después, unos individuos entraron en un taller de imprenta que había cerca de la calle del Desafiadero. Entre otras cosas, destruyeron la prensa y el negocio tuvo que cerrar. El dueño era un alemán y trabajaba sobre todo para la universidad. Por eso los alguaciles del concejo dijeron que era cosa de los del Estudio y estos replicaron que no tenían jurisdicción sobre el caso. Al final nadie hizo las pesquisas oportunas y el impresor tuvo que volver a su tierra y malvender lo que quedaba de su negocio. ¿Y a quién pensáis que favoreció esta situación?

—No me lo digáis. ¡A Juan de Porras! —se apresuró a contestar el pesquisidor.

—Lo habéis adivinado.

—Un incendio y un ataque a una imprenta, ¿no os parece demasiada casualidad? —comentó Rojas sorprendido.

—Eso creo.

—De todas formas, no deberíamos precipitarnos en sacar conclusiones —advirtió el pesquisidor.

—El caso es que cuanto más escarba uno en la vida de ese individuo, más estiércol aparece —sentenció Del Paso.

—Y vos, ¿cómo os habéis enterado?

—Preguntando discretamente por ahí entre los pocos compañeros de oficio que quedan, lo que no resulta fácil, ya que algunos no se atreven a hablar.

—Pues no sabéis cómo os lo agradezco. Si vos quisierais, podríais ser un buen pesquisidor.

—Gracias por el elogio, pero de momento prefiero seguir siendo impresor, aun a riesgo de que Porras decida acabar con mi modesto negocio uno de estos días, algo que tarde o temprano sucederá si no le paramos los pies.

—Os ruego por ello que tengáis cuidado. No me gustaría que por mi culpa pudierais estar en peligro.

—Por eso no os preocupéis, que me sabré defender —comentó Del Paso con una sonrisa.

—Así y todo...

## XII

Tres días después, Rojas pudo ir a visitar por fin a Juan de Porras, que acababa de regresar de Medina del Campo, sano y salvo. En la librería ya habían limpiado y ordenado todo y repuesto la mercancía, como si allí no hubiera sucedido nada, y el impresor, desde luego, no parecía muy afectado. Cuando entró el pesquisidor, dejó lo que estaba haciendo y se dirigió a la trastienda. Parecía como si el librero lo rehuyera. Pero Rojas lo siguió hasta donde se encontraba.

—¿Podemos hablar un momento?

—¿En qué os puedo servir? —preguntó Juan de Porras con cierta sequedad.

—Si recordáis, teníamos una conversación pendiente después del asalto a la tienda, un asunto que debería preocuparos —le indicó Rojas con firmeza.

—Y me preocupa, creedme —respondió el impresor con un tono más amable.

—No demasiado a juzgar por vuestro comportamiento —replicó el pesquisidor.

—Como ya os habrá dicho mi esposa, me tuve que ir a Medina del Campo, pues acababa de terminar la feria de otoño y había que recoger la mercancía y cerrar algunos tratos antes de que todo el mundo se fuera a sus casas —explicó el impresor a la defensiva.

—¿Y no podíais haber mandado a alguien?

—Supongo que sabréis que hay dos ferias al año y no hay imprenta ni librero importante de Castilla o del extranjero que no cuente allí con un representante o una tienda, como es mi caso. Si emprendí el viaje, fue porque tenía que verme con un mercader de libros de Lyon antes de que regresara a su tierra. Se trataba de una cita importante y no podía faltar a ella ni delegar en nadie. Ya bastantes pérdidas he tenido estos últimos días como para dejar pasar una ocasión de negocio como esa. De todas formas, ¿qué más podía añadir yo que no os haya dicho mi mujer? Y ya visteis por vos mismo cómo estaba todo.

—Me parece muy bien que os ocupéis de vuestros asuntos. Pero pienso que no me habéis contado todo sobre los mismos. Creo que me ocultáis algo —puntualizó el pesquisidor.

—No sé de qué me habláis —rechazó Juan de Porras muy digno—. Al igual que el maestro Nebrija, sigo pensando que el asunto tiene más que ver con él que conmigo. Yo solo soy una víctima secundaria.

—Y yo sigo manteniendo que debemos contemplar también otras posibilidades, ya que no estoy tan seguro como mi amigo de que él sea el verdadero objetivo de los ataques —insistió el pesquisidor.

—Os recuerdo que en la imprenta tan solo robaron y destrozaron algunas obras de Nebrija y en la tienda solo quemaron libros suyos.

—Eso no quiere decir nada, pues se trata de vuestro autor más prolífico y relevante —replicó el pesquisidor.

—¿Y qué es lo que queréis saber de mí? —demandó el impresor con arrogancia.

—Uno de vuestros oficiales me ha dicho que hace unos días os dejaron un papel por debajo de la puerta del taller y que vos os habíais enfadado mucho.

—Eso eran cosas privadas que nada tienen que ver con lo sucedido en la imprenta o en la tienda, ni siquiera se lo conté a mi mujer —replicó Juan de Porras poniéndose a la defensiva.

—Así y todo, ¿no podéis decirme de forma confidencial de qué se trataba? —insistió Rojas.

—Me temo que no, pues es una cuestión muy delicada e irrelevante para lo que aquí nos ocupa.

—Dejadme que eso lo decida yo.

—La nota era para mí, de modo que soy yo quien decide —replicó el impresor con tono agresivo.

—Por lo que he oído comentar por ahí, muchos de vuestros colegas no os quieren bien —soltó Rojas de pronto.

—Eso es por la envidia que los corroe, dado que a ellos no les va tan bien como a mí —comentó Juan de Porras con jactancia.

—Ya os encargáis vos de que así sea —comentó Rojas con algo de sorna—. De modo que, más que envidia, imagino que lo que sienten es ira, rabia o impotencia, según los casos. De todas formas, la envidia también puede ser un buen motivo para hacerle daño a alguien.

—No se atreverían. Ellos saben que soy un mal enemigo —se apresuró a decir el impresor.

—¿Qué queréis decir?

—Que no soy de los que se dejan amilanar.

—¿Y por qué habrían de saberlo vuestros colegas? —inquirió Rojas con intención.

—Porque en Salamanca nos conocemos todos.

—¿Sospecháis, en cualquier caso, de alguien que haya podido querer vengarse por envidia o por cualquier otro motivo?

—Ya os dije que no.

—A mí podéis hablarme con total sinceridad, no soy un competidor vuestro ni un alguacil, y no pienso revelárselo a nadie.

—Insisto en que no hay nada que ocultar.

—¿Y qué me decís del incendio que hubo hace unos años en una tienda de libros de la rúa Nueva? ¿O de la prensa que destruyeron en una imprenta

que había cerca del Desafiadero?

—No sé de qué me habláis —aseveró Juan de Porras ofendido.

—¿Estáis seguro?

—Al menos no lo recuerdo.

—Según parece, también tenéis problemas con algunos vecinos. Al parecer se quejan del humo y los malos olores que salen del patio del taller, que deben de ser muy pestilentes —le apuntó Rojas.

—Como sin duda sabréis, la tinta de imprenta se fabrica mezclando negro de humo con barniz o aceite de linaza hervido para que tenga la consistencia necesaria, y el negro de humo se obtiene de quemar la pez, de ahí el mal olor —explicó Juan de Porras molesto—. Eso es todo. En cualquier caso, procuraré que no vuelva a pasar. ¿Alguna cosa más?

—Eso os pregunto yo a vos —replicó Rojas—. Si me habéis ocultado ciertas minucias, bien podríais estar encubriendo alguna otra cosa de más enjundia.

—No sé a qué os referís.

—A vuestras sucias maniobras para que ningún otro librero o impresor pueda alquilar una casa frente a las Escuelas Mayores, o para haceros con un cliente o un oficial de algún taller rival; o a las continuas denuncias y reclamaciones contra vuestros colegas, justificadas o no, para deshaceros de algunos competidores; por no mencionar otras cosas mucho peores que prefiero no sacar a colación hasta no contar con las pruebas oportunas.

—¡Todo eso no son más que mentiras y calumnias! —exclamó Juan de Porras indignado—. Por eso no tenéis pruebas ni las tendréis nunca.

—Si no queréis hablar de eso, no lo hagáis. Pero no podré seguir llevando a cabo mis pesquisas si vos no sois sincero conmigo.

—Yo no os he contratado, ha sido el maestro Nebrija —le recordó, por su parte, el impresor.

—Porque el muy inocente cree que él es la causa de todo esto. Pero ya os he dicho que yo no opino así, de modo que si averiguo por mi cuenta algo

que no sea lícito, no tendré más remedio que denunciaros, ya que vos no sois mi cliente, ¿entendido? —le advirtió Rojas.

—Haced como queráis. Pero a mí no me vengáis con historias. ¿O es que también albergáis algo contra mí? Seguro que no pensabais así cuando vinisteis hace cuatro años para que imprimiera a mi costa la *Tragicomedia de Calisto y Melibea* y luego la vendiera en mi librería y en la feria de Medina del Campo, desde donde fue a parar a diversas ciudades extranjeras, lo que hizo que aumentara la popularidad del libro hasta el punto de que, gracias a mí, ya se han publicado dos traducciones al italiano, una en Venecia y otra en Roma. Mas eso a vos parece no importaros —le reprochó Juan de Porras.

—Si me importa o no, es cosa mía. En cuanto a vuestro trabajo, ya cobrasteis con creces por él —replicó el pesquisidor antes de despedirse.

Rojas salió de la tienda muy enfadado, sobre todo consigo mismo por haber perdido el control y haberse puesto a la altura de Juan de Porras. También se reprochaba su falta de cautela y de astucia, algo muy necesario con individuos tan esquinados y escurridizos como ese. Tendría que andar con más cuidado a partir de entonces y no dejar que las emociones lo traicionaran si quería avanzar en las pesquisas del caso, lo que no iba a resultar fácil.

Ese mismo día, a la hora de la siesta, Nebrija se presentó en la cámara de Rojas muy alterado. Llevaba un papel en la mano y no paraba de agitarlo, como si se tratara de un animal peligroso que quisiera morderlo.

—Siempre os pillo en la cama, no sé cómo os las arregláis —comentó al ver a Rojas tumbado en el lecho con un libro—. ¿Cómo es que no estáis haciendo vuestras pesquisas?

—Como a la mayoría de los mortales, después de comer me gusta descansar un rato. Sienta muy bien. Deberíais probarlo, tal vez así no

estaríais tan irritado —le recomendó Rojas.

—Tengo motivos para ello, como enseguida veréis. Acabo de recibir respuesta a la carta que le envié a Diego de Deza. No contento con haberme robado el original para la imprenta de mi obra, ahora amenaza con incoar un proceso contra mí por no habérselo enviado. ¿Se puede ser más cínico?

—Era de esperar en alguien como él después de todo lo ocurrido —comentó Rojas preocupado.

—El muy canalla dice que no se traga nada de lo que le he referido, que todo es un embuste para justificar el hecho de que no le haya mandado el manuscrito —le explicó el maestro Nebrija—. Claro, ¡qué va a decir si lo ordenó él! Así que, además de contar con vuestros servicios como pesquisidor, me temo que también voy a necesitaros como abogado.

—Pues no sé si seré yo el más adecuado en la actual coyuntura —le advirtió el pesquisidor—. Podría tomárselo a mal y lo más seguro es que me rechace. Él sabe de sobra que soy converso, amén de amigo vuestro, y hasta es posible que llegue a sospechar que he averiguado algo sobre la muerte de don Felipe tan pronto el rey comience a tomar medidas contra él.

—Entonces, ¿le habéis escrito ya a su alteza?

—Así es.

—De todas formas, no podéis abandonarme ahora que tanto os necesito —le rogó Nebrija.

—No se trata en absoluto de dejaros, sino de hacer aquello que, en estas circunstancias, creo que es mejor para vos. Eso no significa que no vaya a asesoraros y a acompañaros, pero tal vez deberíais contratar a alguien para que comparezca en el proceso mientras yo permanezco en la sombra —sugirió Rojas.

—Yo me sentiré más seguro y arropado si sois vos el que me representa —insistió Nebrija.

—Está bien, como queráis —concedió Rojas resignado—. Pero no me hago responsable de lo que pueda pasar. Como bien sabéis, el arzobispo de



Sevilla es un mal enemigo y más ahora que ha recuperado plenamente su cargo de inquisidor general, pero, a la vez, es consciente de que su situación se ha complicado y no podrá mantenerse mucho tiempo en él, por lo que tratará de aprovechar la presente coyuntura todo lo que pueda, aunque para ello tenga que saltarse las normas y los protocolos. Ya sabéis que algunas fieras se vuelven más feroces y rabiosas justo cuando saben que están en peligro o la vida se les acaba. Así que no tardaréis en recibir nuevas noticias tuyas. Mientras tanto, debo seguir con las pesquisas sobre los ataques a la imprenta y la librería.

—Pero si ya sabemos quién está detrás de todo esto, el mismo que ahora quiere procesarme a toda costa y que no piensa parar hasta destruirme —comentó el maestro Nebrija.

—Es posible, no digo yo que no. En cualquier caso, no tenemos pruebas de ello —le recordó el pesquisador.

—¿Seguís pensando, entonces, en que lo sucedido tiene que ver con Juan de Porras? —inquirió el catedrático.

—Y cada vez con más motivos —le informó Rojas—. El otro día, después de verme con vos, estuve hablando con el impresor Sánchez del Paso, que me ha aportado algunos datos nuevos.

—Si vuestro amigo es impresor, seguro que es parte interesada en el asunto —objetó el maestro Nebrija.

—Yo también he estado estos días haciendo mis propias averiguaciones y he podido comprobar que lo que cuenta mi amigo suele ser cierto, aunque seguimos sin tener pruebas al respecto. Juan de Porras, por supuesto, lo niega todo. Es más, ni siquiera se presta a hablar de ello conmigo, pero sé que me miente.

—¿Y qué dice ahora ese tal Del Paso?

—Que podría estar detrás del incendio de una librería sucedido hace unos años, así como de la destrucción de la prensa de un impresor rival.

—¿Estáis insinuando que es un criminal?

—No afirmo que lo sea. Pero sus métodos no son muy limpios y pueden rozar lo delictivo. Y por eso hay tanta gente que lo odia y que se la tiene jurada, sobre todo dentro del oficio.

—También a mí me detesta mucha gente y algunos no dudan en calumniarme por cualquier motivo, y no por eso soy un malhechor.

—En eso tenéis razón, lo que no quita para que en su caso esas reacciones, no voy a decir que estén justificadas, pero sí que sean comprensibles.

—¿Deseáis que hable yo con él para que me lo aclare todo y vos os quedéis más tranquilo?

—Por ahora no —le pidió el pesquisidor—. No quiero que piense que estoy tratando de malmeteros contra él. Ya me las arreglaré yo para descubrir por mi cuenta lo que de momento se niega a contarme.

—Pero andaos con cuidado, pues tiene malas pulgas.

## XIII

Esta vez Rojas se levantó pronto para que nadie tuviera que sacarlo de la cama. Había quedado en que iría a buscar al maestro Nebrija a su casa con el fin de acompañarlo luego al Estudio. Cuando llegó a la vivienda, vio que había gran agitación. Según le explicó el catedrático, alguien había lanzado desde la calle un canto rodado envuelto en un papel de buena calidad que había ido a parar a su cámara, y en este había un mensaje escrito en tinta roja con una letra muy cuidada.

—Tomad, vedlo vos mismo —le pidió Nebrija después de alargárselo.

—«Dejad de dar a la imprenta de Porras nuevos libros si no queréis sufrir las consecuencias» —leyó el pesquisidor.

—¿Os dais cuenta? ¿Veis cómo tenía yo razón? Pero ¿qué quieren, que ya no escriba más? ¿O se conforman con que no lo haga público? —le preguntó a Rojas con estupefacción.

—En principio lo que piden es que no imprimáis más libros en el taller de Juan de Porras.

—Pues eso ya lo han conseguido. De momento he parado la impresión del *Iuris civilis lexicon* y de las *Annotationes*, aunque tal vez ellos no lo sepan.

—¿Y si lo que pretenden en verdad es que rompáis la relación con Juan de Porras y no le deis a ganar más dinero ni contribuyáis por más tiempo a su prestigio? —sugirió el pesquisidor.

—Pero ¡eso es absurdo! ¿A quién le importa lo que solo a mí me compete? Yo imprimo, además, con quien quiero. Nadie tiene derecho a

decirme con quién debo hacerlo —replicó el maestro Nebrija.

—Y estáis en vuestro derecho, pero a los que han sido víctimas de sus atropellos seguro que sí les importa.

—¿Y por eso tienen que amenazarme?

En ese momento llamaron de forma insistente a la puerta de la calle y Nebrija se sobresaltó, ya que debió de pensar que se trataba de los mismos que habían arrojado la piedra.

—¿Lo veis? Ahí están.

Nebrija parecía muy asustado. Rojas, por su parte, no creía que pudieran ser los que habían lanzado la amenaza.

Al rato apareció una sirvienta con una carta.

—Es para vos —anunció dirigiéndose a su señor.

—¡¿Para mí?! No quiero verla. Dásela mejor a mi amigo —le pidió el maestro Nebrija con voz temblorosa.

La mujer se la entregó al pesquisidor con sumo cuidado y abandonó luego la cámara de forma discreta. A juzgar por el peso y el grosor, la misiva debía de ser bastante extensa.

—¿Queréis que la abra? —preguntó Rojas.

—No, no lo hagáis. Seguro que se trata de una nueva amenaza, tal vez algo más explícita.

—Mirad el lacre, lleva el sello del Santo Oficio.

—Entonces es de ese facineroso de Diego de Deza. En ese caso, podéis leerla y hacerme un resumen. No soporto su estilo engorroso y repetitivo —confesó el maestro Nebrija.

Rojas rompió el lacre y, tras desplegar el papel, comenzó a leerla para sí mientras Nebrija lo miraba con inquietud. Cuando terminó la carta, el pesquisidor tomó aliento y comentó:

—Como ya imaginabais, no son buenas noticias. Tenéis que acudir a Sevilla antes de que transcurran cuarenta y cinco días para declarar ante el tribunal general de la Inquisición en relación con el proceso incoado contra

vos por Diego de Deza —le explicó el pesquisidor—. Si no lo hacéis así, una vez pasado ese tiempo, vendrán a buscaros los familiares del Santo Oficio para llevaros detenido. A la carta se adjunta el informe preliminar de los teólogos y canonistas sobre vuestro escrito, con la calificación de los hechos, para que podáis preparar vuestra defensa como es debido. ¿Queréis que lo lea también?

—Ahora no, ya habrá ocasión de estudiarlo con calma.

—Tenéis razón.

—De modo que ya llegó el fatídico momento —comentó el maestro Nebrija con preocupación.

—Siempre pensé que, al final, Deza no se atrevería.

—¿De verdad puede hacerme acudir a Sevilla? ¿Por qué el proceso no puede sustanciarse aquí en Salamanca, que es donde resido y donde escribí la obra e iba a publicarla, o en el tribunal del distrito de Valladolid?

—Es verdad que se trata de una anomalía, pero el inquisidor general tiene ahora poder para hacer lo que quiera. Deza podría aducir, además, que se trata de un proceso contra vuestro libro, no contra vos. Sin duda todo esto podía haberse saldado en privado y resolverse con una reconvención y la prohibición expresa de publicar la obra, y la correspondiente recantación por vuestra parte.

—¡Eso nunca! —exclamó Nebrija, aunque no parecía muy convencido.

—De todas formas, está claro que se trata de algo muy calculado y con una motivación personal —indicó Rojas con tono preocupado.

—¿Y a qué espera el rey para actuar y destituir a ese canalla? ¿Es que acaso le tiene miedo?

—Ya sabéis que las cosas de palacio van despacio y don Fernando siempre ha pecado de demasiado prudente.

—¿Seréis mi abogado defensor, como quedamos? Vendréis conmigo a Sevilla, ¿no es cierto? —le pidió Nebrija con tono suplicante.

—Por eso no debéis preocuparos, no os dejaré solo. Pero ¿qué pasará con las pesquisas?

—Es allí donde tenéis que hacerlas, ¿o es que no lo veis? Sigo pensando que el inquisidor general es el que está detrás de los ataques. Lo ha hecho para aterrorizarme y así poder tenerme a su merced cuando llegue el momento de vernos las caras —aseguró Nebrija.

—¿Y si no es así? ¿Y si estáis equivocado?

—Entonces en Sevilla saldremos de dudas. Por eso debemos partir cuanto antes. Una vez allí, podremos tratar de averiguar también si de verdad fue ese canalla el que mandó matar al rey Felipe, que en gloria esté. Sería una gran ironía que aquel que os hizo pesquisidor fuera ahora objeto de vuestras pesquisas.

Rojas se quedó pensativo, como si dudara sobre qué camino había que seguir. Por un lado, podría ser que su amigo tuviera razón en sus sospechas; por otro, no sería mala idea poder investigar de cerca al inquisidor general con el pretexto de asistir a Nebrija en el proceso, ya que cada vez estaba más convencido de que había algo turbio en su comportamiento.

—Está bien, os acompañaré —concedió el pesquisidor.

—No sabéis cómo os lo agradezco —exclamó Nebrija con alegría.

—¿Y cuándo deseáis que salgamos?

—Si os parece bien, nos pondremos de inmediato en camino, mañana mejor que pasado, y así podremos quedarnos unos días con mi hijo Marcelo, que ahora está pasando una temporada en su casa de Brozas, donde tiene su encomienda, con el fin de preparar bien la defensa —sugirió el maestro Nebrija—. Allí estaremos tranquilos y a salvo de todo.

—De acuerdo, mañana nos iremos —convino Rojas—. Pero antes deberíais escribir a Francisco Jiménez de Cisneros contándole el caso y pidiéndole que sea él el juez encargado de dirimir esta cuestión. Ya sé que no va a servir de nada, pero a lo mejor conseguimos aplazar el proceso.

—Contad con ello.

—Yo, por mi parte, volveré a escribirle al rey para que sepa lo que está ocurriendo y actúe cuanto antes —anunció el pesquisidor.

—¿Y qué creéis que va a hacer don Fernando? —inquirió el catedrático de Gramática con cierto escepticismo.

—Es difícil saberlo. Según se cuenta en los mentideros, Diego de Deza ha vuelto a enviar a Córdoba al inquisidor Rodríguez de Lucero, que ha encarcelado de nuevo a centenares de sospechosos de herejía o de judaizar, con lo que la población está muy descontenta y amenaza con rebelarse y asaltar las cárceles inquisitoriales. Si eso ocurriera, sería la gota que colmara la paciencia del rey Fernando, y ello lo llevaría a desprenderse de una vez de Diego de Deza, de quien ya está más que hartó, así como de sus protegidos. Pero no lo hará de forma directa e inmediata, sino con mucha cautela, usando la astucia política, como es habitual en él —argumentó Rojas.

—¿Qué queréis decir?

—Que no lo destituirá, sino que forzará de algún modo su dimisión y eso podría llevar su tiempo. Solo entonces lo sustituirá por Cisneros —señaló Rojas.

—Ojalá sea así. Con este me entiendo muy bien, pues, al contrario que Deza, valora y aprecia mucho mis trabajos sobre las Sagradas Escrituras. De hecho, tengo la impresión de que todo este asunto no es más que una bofetada del arzobispo de Sevilla contra su odiado Cisneros, pero dada en mi propia cara, ya que debe de sospechar que las enmiendas a la *Vulgata* las hago bajo su patrocinio, no sé si me entendéis —conjeturó el maestro Nebrija.

—Pero hasta que Cisneros sea nombrado inquisidor general cualquier cosa podría suceder —le advirtió Rojas—. Como ya os comenté, Diego de Deza sabe que le queda poco tiempo en el cargo y tratará de hacer el mayor daño posible antes de irse. De modo que tenemos que estar preparados para

todo y ponernos siempre en lo peor. Y si al final la cosa se retrasa, dilataremos todo lo posible el proceso.

—Estoy de acuerdo con vos.

—Ahora debo irme. Si vamos a partir mañana, tengo muchas cosas que hacer, y supongo que vos también. Además de escribir la carta, he de concertar los servicios de un arriero para que nos acompañe hasta Brozas, de ese modo viajaremos más seguros. ¿Os parece bien?

—Sí, será lo mejor. Yo, por mi parte, solicitaré permiso al Estudio para poder ausentarme hasta mediados de febrero. Confío en que no habrá problema. Así podrán perderme de vista durante un tiempo —comentó Nebrija.

—Pasaré, entonces, a buscaros mañana con el alba.

—Aquí estaré —convino el catedrático—. Quiero que sepáis que os estoy muy agradecido por todo lo que estáis haciendo por mí.

Para subrayar sus palabras, Nebrija le puso una mano a su amigo en el hombro y lo miró a los ojos con afecto.

—No tenéis por qué. Os aprecio y admiro —le recordó Rojas—, así que no puedo consentir que os hagan daño.

—Eso significa mucho para mí.

—Ahora debo dejaros.

—¿No queréis despediros de Sabina?

—Lo haré si vos me lo pedís. Pero no deseo despertar en ella ninguna ilusión. Por nada del mundo querría hacerla sufrir dándole falsas esperanzas —comentó el pesquisidor.

—Así y todo, le alegrará.

La hija de Nebrija estaba terminando de copiar con mucho esmero uno de los textos de su padre. Pero en cuanto lo vio aparecer en la cámara, abandonó la tarea y se arregló el vestido. Al pesquisidor le llamó mucho la



atención que sus manos no tuvieran ni una sola mancha de tinta; él, desde luego, no solía ser tan pulcro cuando escribía. Ella debió de darse cuenta de su atenta mirada y se sonrojó.

—¿Creéis que mi padre podría estar en peligro? —le preguntó a continuación.

—Mañana mismo partimos para Sevilla con el fin de aclarar algunos malentendidos con el Santo Oficio. Pero no debéis alarmaros por ello, todo se arreglará —le aseguró Rojas.

—¿Cuidaréis de él? Nunca lo había visto tan asustado.

—Podéis contar con ello.

—Mi padre dice que sois un gran hombre.

—Creo que es demasiado generoso conmigo, así que no le hagáis mucho caso —la previno Rojas con una sonrisa.

—Anoche terminé de leer vuestro libro y estoy muy impresionada —le informó Sabina, y su voz traslucía cierta emoción—. Ardía en deseos de llegar al final y, a la vez, no quería que se acabara nunca. Supongo que me entendéis.

—Esa suele ser la mejor prueba de que un libro nos interesa y apasiona, aunque dudo que sea este el caso —indicó el pesquisidor avergonzado, pero a la vez complacido por los elogios de la joven.

—Lo es, os lo aseguro. De hecho, me habría gustado que lo comentáramos con calma. Tengo muchas preguntas que haceros y, si me lo permitís, tal vez algún que otro reproche —se atrevió a decir la muchacha.

—Podéis empezar por este —le pidió Rojas muy interesado.

—Espero que no os moleste lo que voy a decir, sin duda fruto de mi ignorancia y de mi osadía —se adelantó a comentar Sabina—. Más que un *ars amandi* vuestra obra me ha parecido una *reprobatio amoris*, ¿estoy en lo cierto?

—Lo estáis —corroboró el pesquisidor sin pensárselo dos veces, sorprendido por la perspicacia de Sabina—. Por otra parte, debo confesaros

que la historia amorosa es, en realidad, un pretexto; no es lo más importante.

—¿Tan desengañado estáis del amor?! —exclamó la joven con un mohín de desagrado.

—Es posible —reconoció Rojas—. Pero ya hablaremos de todo ello a mi vuelta. Si no os importa, en este momento debo ocuparme de los preparativos del viaje.

—Tenéis razón, perdonadme por reteneros. Espero veros pronto sano y salvo en compañía de mi padre. Creo que os voy a echar mucho de menos —añadió en un susurro Sabina.

—Procuraremos no tardar demasiado.

Rojas abandonó la casa de Nebrija conmovido y algo confuso, pues Sabina le provocaba sentimientos encontrados. Por un lado, le atraía y le gustaba, y no solo por su belleza, y estaba claro que él a ella también; por otro, no quería dejarse arrastrar de nuevo por una pasión que, a la larga, podía ser devastadora para los dos. Y el hecho de que su amigo le hubiera dado su bendición tampoco ayudaba, dado que no quería defraudar su confianza ni causarle ningún disgusto.

Por suerte, tenía cosas más urgentes en las que pensar, así que decidió olvidarse del asunto y se dirigió a uno de los mesones donde paraban los arrieros o recueros que prestaban servicio a los escolares de la universidad. Su misión era transportar mercancías y dinero entre los diversos lugares de procedencia de los estudiantes y la ciudad de Salamanca, de ahí que su trabajo estuviera regulado por los estatutos del Estudio, que establecían, con claridad, quiénes podían ser tales arrieros y cómo debían estos ejercer un oficio del que tantas personas e intereses dependían. De hecho, la mayoría de ellos estaban matriculados en el Estudio para poder beneficiarse del fuero académico en el caso de que fueran víctimas de algún robo, obstrucción, engaño o maltrato, y garantizar así el desempeño sin problemas de su importante tarea.

El mesón del Arco se encontraba en la calle de las Varillas y en ese momento estaba muy animado, pues era ya casi la hora de comer. Rojas se dirigió a uno de los arrieros, al que conocía de su época de estudiante, y le preguntó si alguno de sus compañeros tenía pensado viajar al día siguiente a Extremadura. El hombre le presentó a uno que tenía que ir a Sevilla. Después de discutir el precio y algunos aspectos relacionados con la ruta, el pesquisidor y él acordaron ir juntos por la vía de la Plata hasta un par de leguas después de cruzar el río Tajo, donde Rojas y Nebrija tomarían un camino que salía a la derecha hacia el pueblo de Brozas y el arriero continuaría su itinerario hacia el sur.

Una vez resueltas las cuestiones del viaje, el pesquisidor se fue a ver a su amigo Sánchez del Paso. Este le contó que había seguido con sus averiguaciones, pero que no había descubierto nada nuevo. Rojas, por su parte, le comunicó que al día siguiente debía partir con Nebrija para Sevilla con el fin de hacer frente a un proceso inquisitorial como su abogado defensor.

—¿Tan grave es la cosa? —preguntó Del Paso.

—No sabría deciros, la verdad, pero es posible que sí —respondió Rojas sin querer entrar en detalles—. No sé cuánto tiempo vamos a estar fuera. Por eso querría pedirlos que, en la medida de lo posible, os hicierais cargo de las pesquisas del caso que nos traemos entre manos con el fin de que la investigación avance y a mi vuelta podamos rematarla.

—¡¿Estáis bromeando?!

—En absoluto —rechazó Rojas—. Creo que lo estáis haciendo muy bien y, además, el asunto os interesa.

—Y hasta me divierte, no os lo voy a negar, pero eso es una cosa y otra muy distinta...

—No os hagáis rogar —lo interrumpió el pesquisidor—. Os compensaré como es debido por ello, tenedlo por seguro, con un nuevo libro mío si hace falta —añadió con gesto resignado.

—Os tomo la palabra.

—Y tratad de vigilar a Juan de Porras: quiero saber qué hace, adónde va y con quién se relaciona en estos próximos días.

—¿Y queréis que os mantenga puntualmente informado de los hallazgos? —le preguntó Del Paso.

Rojas sacó un papel de su faltriquera.

—Tomad, aquí os he puesto las direcciones a las que tenéis que enviarme, según el momento, vuestras cartas y las que lleguen para mí a la posada. Y no os preocupéis, seguro que lo haréis muy bien —añadió para animar a su amigo.

—Eso espero. Os deseo un buen viaje y mejor fortuna, pues la vais a necesitar cuando os enfrentéis al inquisidor general. He oído que es un demonio disfrazado de arzobispo.

—No lo sabéis vos bien.

## XIV

Cuando, al día siguiente, Rojas y el arriero llegaron a la casa de Nebrija, este ya estaba esperando impaciente en la calle, dando pequeños saltos y frotándose las manos para entrar en calor. Rojas miró hacia las ventanas de la planta de arriba y en una de ellas vio a Sabina, que lo saludó discretamente con la mano, a lo que él respondió con una leve inclinación de cabeza y luego miró para otro lado. Después de cargar el equipaje en una mula alquilada, Nebrija subió a su cabalgadura y los tres se dirigieron a la puerta del Río. Una vez fuera de la ciudad, cruzaron el puente romano y continuaron por la vía de la Plata en dirección al sur. El maestro estaba un poco taciturno y parecía absorto en sus preocupaciones. Así que Rojas trató de darle conversación.

—¿Habéis dormido bien?

—Apenas he podido descansar. No he parado de dar vueltas en la cama, como si estuviera poseído por el demonio.

—Pues yo he tenido un sueño muy extraño —confesó Rojas.

—Como casi todos los sueños —puntualizó Nebrija.

—Por lo que puedo recordar, estaba en una encrucijada, desnudo y pensativo —explicó el pesquisidor—. Delante de mí se abrían varios caminos, mas yo no sabía por cuál tirar y eso me provocaba una gran zozobra. Cuando parecía que me había decidido por uno, comenzaba a andar por él y a los pocos pasos me paraba y volvía al punto de partida, cada vez más confuso e irresoluto, y así hasta que se acabaron las opciones. Entonces se hizo de noche y yo me quedé petrificado allí donde me

encontraba, con los brazos extendidos y las palmas hacia el cielo, como si fuera un crucero. ¿Qué creéis vos que significa?

—Pudiera ser que ese sueño sea un síntoma o una manifestación de vuestras inquietudes actuales —le informó Nebrija—. Habéis llegado a un punto de vuestra vida en el que no sabéis por dónde tirar, y la desnudez representa el miedo y la falta de resolución que os atenaza. Por eso debéis seguir mi consejo y haceros catedrático del Estudio y casaros con mi hija. No sabéis lo que daría yo por tener un yerno como vos, además de la dote, claro está —añadió con un gesto cómplice.

—Vos siempre aprovechando para arrimar el ascua a vuestra sardina —comentó Rojas con fingido enfado.

—Sois vos el que ha preguntado por el significado de vuestro sueño —le recordó Nebrija.

—Y ya me he arrepentido de ello. No volverá a ocurrir, no os preocupéis.

—Pero ¿por qué no queréis ser catedrático?

—Ya os he dicho más de una vez que no me dejarían debido a mi condición de converso —le recordó Rojas.

—Pero si ni siquiera lo habéis intentado.

—¿Para qué esforzarse en conseguir algo que es imposible? Y eso sin contar con el hecho de que lo más seguro es que luego no me encuentre a gusto con esa tarea, como os pasa a vos.

—Ahí me habéis pillado, lo reconozco —admitió Nebrija.

—Pues dejad ya de insistir en ello.

—Seguid entonces como pesquisidor real, es un oficio muy útil para la república y a vos se os da muy bien. ¿Sabíais que el pesquisidor es el equivalente al *quaestor* de la antigua Roma? En un principio era el juez encargado de los casos de asesinato y de insurrección, de ahí que su denominación más común fuera *decumviri perduellionis et parricidii* —

añadió el catedrático, que nunca perdía la oportunidad de mostrar su erudición.

—Me parece muy interesante —ironizó Rojas—. Pero os recuerdo que si en su día me convertí en pesquisidor, fue porque me obligaron a ello, y vos lo sabéis. El trabajo en sí no me desagrada, pues, al fin y al cabo, consiste en la búsqueda de la verdad, mas presenta muchas complicaciones.

—Haceos, entonces, jurista o abogado.

—Eso es lo que creo que voy a intentar, aunque solo sea para ganarme la vida con cierta holgura —concedió Rojas—. De todas formas, lo que realmente me gustaría es ser vinatero.

—¿Vinatero?!

—El que produce vino y comercia con él.

—Sé lo que significa, no nací ayer. Lo que me sorprende es que, siendo bachiller en Leyes y el escritor más dotado de este tiempo, queráis ser vinatero —le explicó el maestro Nebrija.

—Alguna vez os he escuchado decir que os hubiera gustado ser impresor —le recordó Rojas.

—Y en parte lo he sido, aunque eso no sea algo público. Pero, en mi caso, se trata de una actividad que, queráis que no, tiene mucho que ver con mi condición de gramático y estudioso de los textos antiguos e, incluso, está al servicio de mi obra. De esa manera puedo asegurarme de que mis escritos salen a la luz como es debido y se respetan mis derechos como autor de la obra, pues habéis de saber que, si comencé a publicar, fue no solo para alcanzar prestigio como gramático, sino también para poder redondear mis ingresos como catedrático tan pronto me convertí en padre de familia, ya que nuestro salario, para qué engañarnos, es más bien escaso cuando se tienen hijos —se justificó Nebrija.

—Eso es muy cuerdo por vuestra parte. De modo que seguiré vuestro ejemplo: me haré abogado y completaré mis ingresos con el vino. Así podré sacar adelante a mis descendientes —concluyó Rojas.

—Pero decidme: ¿qué sabéis vos de vino?

—Lo que en su momento me enseñó un tío mío que se dedicaba a ello, allá en La Puebla de Montalbán.

—¿No estaréis pensando en volver a vuestro terruño?

—Es posible, ¿por qué no? —replicó Rojas a la defensiva.

—Francamente no os entiendo —comentó Nebrija con gesto de impotencia y perplejidad—. Os he brindado mi ayuda para que os convirtáis en catedrático y ofrecido, además, a mi hija Sabina, con su correspondiente dote, para que os caséis con ella, tengáis hijos y seáis felices juntos, y a vos no se os ocurre otra cosa que regresar a vuestro pueblo para plantar viñas, recoger uvas, pisarlas en un lagar y hacer vino con ellas. Y luego, ¿qué más? ¿Casaros con una rústica aldeana? ¿Para eso os hicisteis bachiller?

—Que conste que me siento muy honrado y agradecido por vuestro ofrecimiento. Pero no me parece honesto aceptarlo. No quiero que vuestra hija sea infeliz con un hombre que no sabe muy bien lo que quiere o, si lo preferís, que desee algo que no le conviene y que, a la vez, está tan resabiado como yo.

—Eso son tonterías —rechazó Nebrija con gran disgusto—. ¿Y sabéis lo que os digo? Que no quiero hablar más de este enojoso asunto en todo lo que nos resta de viaje, pues tengo miedo a enfadarme con vos y a quedarme sin amigo y sin abogado defensor en un momento tan delicado como este.

El maestro Nebrija espoleó entonces su cabalgadura y se apartó unos pasos de Rojas, muy digno. En ese momento el arriero les propuso detenerse para almorzar en una venta que había junto a la vía de la Plata, no muy lejos del pueblo de Guijuelo, donde les dieron de comer jamón curado. Este procedía de una raza de cerdos de color oscuro, alimentados solo con bellotas; ello les daba un olor y un sabor que quitaba las penas y a todos complació.

Cuando volvieron al camino, Nebrija no hacía más que mirar atrás y a uno y otro lado, cada vez más inquieto, como si pensara que alguien los



seguía o los aguardaba escondido detrás de una peña o de un árbol, lo que preocupó mucho al pesquisidor, pues ello era señal de que su amigo no estaba bien. El cielo se había despejado de pronto y esto les permitió divisar a lo lejos la escarpada y elevada sierra de Béjar, cubierta ya por las primeras nieves.

—No me gusta la nieve —dijo Nebrija de pronto—. Todo lo cubre y disimula con su hipócrita manto de falsa inocencia. Es una especie de disfraz con el que se reviste la naturaleza en invierno, cuando todo se ha secado y marchitado, para que no se vea tanta pobreza y desolación. Y yo detesto las falsas apariencias. Prefiero la realidad cruda y áspera, sin ningún tipo de adorno ni cobertura. Por suerte, la luz de la verdad acaba derritiéndola y convirtiéndola pronto en agua pura y transparente, que es mucho más útil que la nieve, pues calma nuestra sed, nos limpia por fuera y, por si esto fuera poco, mueve los molinos.

Tan pronto llegaron a Béjar, el arriero los condujo a una posada que había en las afueras. La villa estaba situada en un hermoso y fértil valle, no lejos de la sierra, a los pies del frondoso monte del Castañar, sobre un cerro oblongo con grandes precipicios y cortaduras, bordeado por un río de profundo cauce llamado Cuerpo de Hombre y no muy lejos de la calzada de la Plata, por la que ellos transitaban. En los alrededores se veían huertas, bancales, cortinales y herrenales, con viñas y árboles frutales y, ya en el monte, un mar de grandes castaños y de recios robles. En el río había precisamente varios molinos, además de pesqueras y tenerías.

Después de dejar las cabalgaduras en el establo y el equipaje a buen recaudo, Rojas y Nebrija se fueron a dar un paseo por la villa. Esta era estrecha y alargada, y estaba bien amurallada. En ella destacaban las torres de varias iglesias y, desde luego, el imponente castillo, que dominaba la plaza Mayor y la villa entera por estar situado en la parte más alta. Estaba formado por un doble recinto de gruesos muros almenados de planta rectangular, con torres cilíndricas reforzando los ángulos. La puerta

principal se encontraba en un antemuro, en el lado oeste de la plaza, y daba acceso al patio de armas, ligeramente en cuesta. La fortaleza era propiedad de los señores de la villa, los duques de Béjar.

—No hace mucho estuve aquí —comenzó a decir Nebrija—, invitado por el actual duque, el segundo en disfrutar de ese título, don Álvaro de Zúñiga y Pérez de Guzmán, primer caballero del reino y no sé cuántas cosas más, amén de sobrino de mi añorado don Juan de Zúñiga. Pero lo que más me sorprendió era que se trataba de una persona muy cultivada y con una magnífica biblioteca privada, tal vez la mejor de toda Castilla, que para mí la quisiera. Junto a él estaba siempre una especie de bufón u hombre de placer llamado Francesillo, que hacía las delicias de todos los presentes con sus comentarios, gracias y facecias. Este me pareció una persona instruida e inteligente, digna de su señor. Solo de recordarlo me pongo de buen humor —añadió jubiloso.

Rojas, por su parte, se acordó de su amigo Sánchez del Paso, nacido y criado en la villa de Béjar, en la que también había aprendido el oficio de impresor. No le había gustado mucho tener que dejarlo a cargo de las pesquisas del caso, ahora que había recuperado su confianza. Pero esperaba que todo fuera bien y pronto descubriera algo, ya que era muy despierto.

Para rematar la jornada, Nebrija invitó a Rojas a cenar en un mesón que conocía cerca de la plaza, donde rieron de buena gana con algunas de las historias que contó el catedrático sobre las andanzas del tal Francesillo.

A la mañana siguiente, los viajeros volvieron al camino muy temprano. El día había amanecido muy frío y brumoso, lo que dificultaba aún más la marcha. Al llegar al puerto de Béjar, se encontraron con una niebla tan cerrada que ni siquiera dejaba ver el camino ni los árboles que lo flanqueaban. Esto hizo que Nebrija detuviera su cabalgadura y se quedara

con la mirada perdida, como si estuviera tratando de descifrar algún mensaje escrito en ella.

—¿Ocurre algo? —preguntó Rojas mientras el arriero contemplaba a Nebrija con aire perplejo.

—Lo siento, pero yo no entro ahí —avisó Nebrija—. ¡En esa niebla no! Si lo hago, me tragaré y ya no me soltaré nunca, condenado a vivir para siempre en la oscuridad. Y yo lo que quiero es luz, más luz.

Dicho esto, se apeó del caballo para que quedara mucho más clara su voluntad de no seguir adelante. De vez en cuando alzaba las manos y las movía de un lado para otro, como si tratara de defenderse o de disipar algo que estuviera flotando en el aire. Esto hizo que Rojas se alarmara y entristeciera. Entre él y el arriero trataron de calmarlo, pero Nebrija se resistía con mucho empeño, hasta que por fin, a fuerza de insistencia y buenas palabras, consiguieron que volviera a sentarse en su montura.

Cuando se adentraron en la niebla, Rojas cogió las riendas del caballo de su amigo, no fuera a ser que intentara escaparse. Nebrija iba con la mirada baja, tal vez para no ver que no podía ver, y cualquier ruido lo sobresaltaba.

—Los enemigos nos acechan. Nos mandan mensajes extraños y amenazadores que enseguida se desvanecen —gritó el maestro con desolación—. Están escritos en la niebla, en griego y en latín, pero con muchos errores, y desaparecen tan pronto que no me da tiempo a leerlos y menos aún a corregirlos.

Luego se calló. Mas, al poco rato, comenzó a canturrear como si estuviera ebrio:

*Paseaba yo en la noche,  
cuando cierran las tabernas.  
Una sombra muy oscura  
emergió de las tinieblas.  
¿Quién eres?, le pregunté.  
Soy tu alma, dijo ella.*

*Desde que me abandonaste,  
ando como ánima en pena.*

—¿Todos los catedráticos del Estudio son así? —le preguntó el arriero a Rojas al oído sin parar de hacerse cruces.

—Tenéis que ser paciente y comprensivo con él. Está pasando un mal momento. Por lo general, es una persona alegre y, sobre todo, muy razonable —le susurró el pesquisidor para tranquilizarlo, si bien él no las tenía todas consigo ya que nunca había visto a su amigo con la cordura tan perdida.

—¿De qué estáis hablando? ¿Acaso conspiráis contra mí? —preguntó Nebrija con tono suspicaz.

—Platicamos sobre el tiempo, pues parece que va a cambiar —mintió el pesquisidor.

—¡Ojalá! —exclamó el maestro con entusiasmo.

Pasado el puerto, la niebla se fue disipando poco a poco y Nebrija volvió a recuperar el sosiego y el buen humor que lo caracterizaban, y hasta se permitió gastar alguna broma. Rojas, por su parte, no paraba de pensar en las pesquisas que había dejado pendientes y en el proceso que tenía por delante, en la muerte del rey y en la posible implicación de Diego de Deza. ¿Existiría alguna vinculación entre los tres casos o quizá era él el único lazo de unión entre ellos? El pesquisidor suspiró pensando, una vez más, en su añorado terruño.

Tras dos jornadas más, atravesaron el río Tajo y llegaron a un desvío que conducía a su destino. Allí se despidieron del arriero, que les deseó buen viaje y mejor estancia allá donde fueran. A la caída de la tarde los dos amigos llegaron a la localidad de Brozas. Situada a unas seis leguas de la raya con Portugal, la población formaba parte de la Tierra de Alcántara. En sus inmediaciones estaba la encomienda de La Puebla. Se trataba de una

merced que don Juan de Zúñiga, que por entonces era maestro de la Orden de Alcántara, había reservado para el hijo mayor de Nebrija cuando este aún no había cumplido los diez años, poco antes de nombrarlo comendador de la orden, con el fin de que pudiera asumirla tan pronto cumpliera los diecisiete, que era la edad mínima exigida para ello. De la dehesa procedían las rentas de Marcelo de Lebrija, aunque apenas pisaba por allí, pues siempre estaba en la corte, buscando a algún principal al que servir o en alguna misión relacionada con la orden.

Nebrija le contó a su amigo que, aunque su hijo no había cursado estudios en ninguna universidad, desde niño había recibido sus lecciones, así como las de los otros catedráticos y sabios que se encontraban por entonces en la corte literaria de don Juan de Zúñiga, por lo que bien podía decirse que había disfrutado de una educación realmente esmerada y privilegiada, propia de un joven humanista, que luego se había visto completada con el ejercicio de las armas y de la caza. No obstante, le confesó que se sentía muy frustrado por el hecho de que su primogénito no hubiera querido proseguir sus estudios en Salamanca, en Bolonia o en París, pues tenía talento sobrado para ello, y que esto hacía que sus relaciones fueran algo tensas.

El pueblo se encontraba en un lugar elevado, desde el que se abarcaba una gran extensión de tierra cultivada, olivares y encinares, y en él destacaba el castillo de la encomienda mayor de la Orden de Alcántara, así como varias iglesias, ermitas y conventos. También había varias casas palaciegas. La de frey Marcelo era más bien modesta, aunque bien abastecida, y a ella se retiraba cuando no tenía que cumplir con algunas de sus obligaciones como monje soldado que era y, por tanto, sujeto a los votos de obediencia, pobreza y castidad.

En la casa salió a abrirles una mujer joven en camisa y algo despeinada que dijo ser sirvienta de frey Marcelo. Luego los condujo hasta una sala en la que el hijo de Nebrija estaba leyendo recostado sobre una especie de

triclinio, cerca de una ventana. Vestía una túnica de seda de color granate llena de manchas y agujeros, y un bonete del mismo color.

—¿A qué aguardáis para recibirnos como es debido? ¿No podéis dejar el libro ni por un momento? —le dijo el maestro Nebrija con tono de reproche—. En fin, os presento a mi primogénito... —añadió dirigiéndose a Rojas con gesto de impaciencia e incomodidad.

Frey Marcelo cerró por fin el códice y se incorporó sin molestarse en disimular que la visita le resultaba inoportuna y algo desagradable. Rojas lo miró con curiosidad. No se parecía mucho al maestro Nebrija. Era más bien alto y delgado, y en la cabeza exhibía ya grandes entradas a pesar de su juventud. Tenía los ojos grandes, al igual que la nariz y la boca, y los labios, lujuriosos.

—Este es mi amigo Fernando de Rojas. Supongo que sabréis quién es —le comentó Nebrija a su hijo.

—La duda ofende —replicó frey Marcelo con tono engreído—. He leído varias veces la *Tragicomedia de Caslito y Melibea* con gran provecho y placer, tanto que, a cada momento y circunstancia, se me vienen a la cabeza algunas de sus sentencias y pasajes, como aquel que dice: «El mal y el bien, la prosperidad y la adversidad, la gloria y la pena, todo pierde con el tiempo la fuerza de su acelerado principio. Pues los casos de admiración y venidos con gran deseo, tan presto como pasados, olvidados. Cada día vemos novedades y las oímos, y las pasamos y dejamos atrás». Son palabras de Sempronio a Celestina en el acto III, que yo he hecho más de tanto citarlas, pues me parecen muy sabias. Espero que me perdonéis —añadió mirando a Rojas a los ojos al tiempo que le estrechaba la mano.

—¿Por qué habría de hacerlo? Me complace mucho escuchar eso y conoceros en persona —comentó Rojas sorprendido.

—Sed entonces bienvenidos a mi humilde casa. Llegáis justo para la hora de la cena, aunque debéis saber que mis horarios son muy irregulares. Luego le diré a María que os muestre vuestros aposentos.

Marcelo los condujo hasta una pequeña sala donde les pidió que se pusieran cómodos y les sirvió una copa de vino para que se calentaran.

—No parecéis muy sorprendido de mi llegada. ¿Acaso me esperabais? —quiso saber Nebrija.

—La cosa tiene su explicación. Anoche soñé que me encontraba con la Muerte en un calvero de mi encinar —comenzó a decir tras una pausa expectante—. Después de saludarnos con extremada cortesía, me propuso que jugáramos una partida de ajedrez. Si perdía, ella me llevaría consigo. Mas, si yo ganaba, se marcharía sin la persona a la que en realidad había venido a buscar. La contienda duró toda la noche y, al final, vencí yo. Os confieso que no tuvo mucho mérito. Es verdad que la Muerte es una gran jugadora, pues ha visto mucho mundo y se las sabe todas. Pero está ya muy cansada de la vida, lo que resulta irónico, y todo le aburre y le produce desgana; inconvenientes, supongo, de ser inmortal, valga la paradoja. Antes de irse, le pregunté por la identidad de la víctima a la que había librado de su hora y me dijo que erais vos. Por eso supe que veníais. Al parecer, teníais una cita aquí con ella esta misma noche. Por cierto, me pidió que os comunicara que, de momento, no tenéis nada de lo que preocuparos ya que aún viviréis unos quince años más, lo que no es poco, dada vuestra edad y mala salud, y a mí me los deberéis —añadió con ironía no exenta de malicia.

—Pues no sabéis cómo me alegra escuchar eso, ya que no me encuentro precisamente en mi mejor momento —indicó Nebrija, que no parecía muy molesto con las palabras de su hijo, pues debía de estar acostumbrado.

—¿Os ha sucedido algo que yo deba saber? —inquirió el vástago.

A Rojas le llamó la atención el tono de desapego de frey Marcelo.

—El inquisidor general me ha incoado un proceso por unas anotaciones sobre las Sagradas Escrituras en las que me permito corregir algunos pasajes. Desde hace un tiempo, no deja de acosarme de diferentes maneras. Rojas y yo vamos camino de Sevilla para comparecer ante el tribunal del

Santo Oficio, vuestro padre como acusado y él como mi abogado defensor. Por eso estamos aquí y, si no os importa, nos gustaría quedarnos unos días para poder preparar la defensa con cierta tranquilidad —le informó Nebrija con tono humilde, tal vez buscando la compasión o el afecto de su hijo.

—Lamento mucho lo que os ha pasado —comentó este con tono sincero—. Cada día detesto más a esos malditos inquisidores. Se han vuelto muy recelosos desde que comenzó a extenderse la imprenta por Castilla. Por supuesto, podéis quedaros todo el tiempo que queráis, siempre y cuando no censuréis mis costumbres ni mi modo de vida. ¿Estáis de acuerdo?

—¡Qué remedio! —exclamó el padre con resignación.

—Si no, ya sabéis dónde está la puerta y el camino que lleva a Sevilla —añadió Marcelo señalando hacia la calle con tono amenazante, acompañado de una sonrisa irónica.

Durante la cena, el pesquisidor y Nebrija pusieron al corriente a frey Marcelo de lo sucedido en las últimas semanas. Este lo escuchó todo con cierta frialdad, sin molestarse en reprimir una sonrisa de suficiencia al ver que su padre, que siempre se las daba de sabio y juicioso, se encontraba en un grave aprieto por su mala cabeza, lo que no pasó inadvertido al maestro Nebrija. De ahí que, ante su falta de complicidad, este sacara a colación otro asunto, justo aquel que más podía molestar a su vástago.

—Pero no aburramos a mi hijo, que él ya tiene sus propios problemas. Hablemos de otra cosa —le pidió a Rojas—. ¿Sabíais que Marcelo podría haber llegado muy alto si hubiera querido? Pero ni siquiera accedió a ir a la universidad, donde en apenas dos cursos podría haber obtenido el grado de doctor. Por fortuna, tuvo una formación mucho mejor que la que hubiera adquirido en cualquier Estudio. Desde niño, además, tuvo la suerte de gozar de la encomienda que el que fuera último maestro de la Orden de Alcántara le asignó, sin que nunca llevara a cabo nada para merecerla.

—Es verdad que me he criado con las migajas de la mesa de don Juan de Zúñiga desde antes de que me naciesen los segundos dientes y he vivido a



su sombra, aquí y allá, con una misión u otra, hasta que murió. A él se lo debo todo desde fecha temprana y sin él me quedé de pronto casi sin nada —dejó caer Marcelo como quien no quiere la cosa.

—En realidad, todo lo que tenéis y habéis tenido me lo debéis a mí —puntualizó el padre algo irritado—. Vos no habéis sido más que un niño consentido e ingrato, amén de manirroto y aprovechado. Por no hablar de vuestras absurdas ambiciones cortesanas o de vuestra vida mundana y disoluta, impropia de un hijo mío y menos aún de un freire de la Orden de Alcántara.

—Os recuerdo el trato que hemos hecho hace un momento —le advirtió Marcelo—. Si seguís reprobando mi conducta, esta noche vais a tener que iros a dormir a la calle o a la posada del pueblo.

El joven freire parecía hablar muy en serio y Nebrija lo sabía de sobra. De modo que no tuvo más remedio que plegar velas y cambiar de rumbo.

—Entendido. Creedme, no pretendía disgustaros. Lo que pasa es que me apena mucho ver un talento como el vuestro tan desaprovechado —se justificó.

—Si es por eso, no os preocupéis, es asunto mío. Vos ya tenéis suficiente con vuestros problemas, que no son pocos por lo que veo. En los tiempos que corren, más vale no dar muestras de tener gran talento y tratar de pasar inadvertido —argumentó Marcelo con un tono más cálido y una actitud más compresiva hacia su padre.

—También es verdad —reconoció Nebrija—, y por eso estoy tan alterado. Así que os ruego me disculpéis.

—Disculpas aceptadas —concedió frey Marcelo con una sonrisa.

Rojas, por su parte, se mostró muy de acuerdo con lo que había dicho el hijo de su amigo y, estimulado por el vino, acabó confesando que esa era una de las razones que lo habían llevado a dejar de escribir, a pesar del triunfo conseguido por su primer y único libro o, precisamente, por eso. Lo

importante era no llamar la atención de los inquisidores ni, por supuesto, de los envidiosos, que tanto abundaban.

—Si todos hiciéramos lo mismo, las cosas nunca mejorarían —protestó el maestro Nebrija.

—Yo solo digo que hay que ser discreto —puntualizó Rojas.

—Amén de astuto —sugirió Marcelo.

—Pero no apocado ni cobarde —sentenció Nebrija.

—Dejémoslo así, mi padre siempre tiene que poner el punto final —añadió el hijo dirigiéndose a Rojas.

Acabada la cena de forma más o menos cortés, la sirvienta condujo a los invitados a sus respectivas cámaras y luego se acercó sin gran disimulo a la de frey Marcelo. Durante un buen rato, en la casa no pararon de oírse toda clase de crujidos de cama y gemidos de placer, lo que hizo que tanto Nebrija como el pesquisidor tuvieran que cubrirse las orejas o meter la cabeza debajo de la almohada hasta bien entrada la noche.

## XV

Al día siguiente, tan pronto Rojas y Nebrija se despertaron, la criada les sirvió el desayuno en la cocina. El maestro preguntó por su hijo y esta le dijo que siempre se levantaba muy tarde. Luego les comentó que había encendido el fuego en la biblioteca del señor para que, en cuanto fueran a trabajar, estuviera caldeada y que, si necesitaban alguna cosa más, no dudaran en pedirla, que Marcelo le había dado orden de que estuvieran bien servidos y no les faltara de nada. Nebrija le dio las gracias, sorprendido gratamente por tantas atenciones.

Cuando acabaron de reponer fuerzas, se trasladaron a la biblioteca, muy bien surtida y ordenada, como comprobaron enseguida. Después de sentarse, uno a cada lado de la mesa, Rojas comenzó a informar a su amigo de algunas peculiaridades de los procesos inquisitoriales, pues, en su opinión, era muy importante tomar conciencia de ellas. Según le dijo, estos tenían un carácter especial, sumario, secreto e indiciario, esto es, basado en la sospecha. En función de tales rasgos, quedaban fuera del conocimiento y escrutinio público, por lo que se llevaban a cabo *sine strepitu*, es decir, a la chita callando, sin hacerse notar. La acusación o denuncia secreta, que daba inicio al caso, se fundamentaba por lo común en la difamación y la sospecha, a partir de conjeturas, suspicacias o recelos, con los que se constituía una presunción de culpabilidad u *opinio malis*, que suponía la inversión de la carga de la prueba u *onus probando*. De modo que era el acusado el que había de demostrar su inocencia, incluso sin conocer los motivos concretos por los que se le había procesado. Y es que ante la Santa

Inquisición todo reo era de entrada culpable, no importaba cuáles fueran los cargos que se le imputaran, como si se tratara de una fatal consecuencia del pecado original.

Asimismo, el proceso inquisitorial era arbitrario, ya que el juez podía determinar la pena sin sujetarse a ninguna ley que limitara su capacidad de decisión, frente a lo que ocurría por lo general en el derecho común. Todo esto quería decir que eran muy pocas las garantías del acusado, así que debían andarse con mucho tiento, máxime cuando no sabían cuál era exactamente la acusación. Para establecer esta, una vez abierto el expediente del proceso, se recurría a los calificadores, que eran teólogos a quienes incumbía emitir la calificación de los hechos o dichos delatados, y a quienes cumplía asimismo dictaminar sobre si el responsable de tales dichos o hechos supuestamente heréticos daba o no asentimiento a la herejía o era sospechoso de ella, pues bien podía suceder que estos no vinieran causados por una voluntad de cometer herejía de manera consciente.

A continuación, Rojas le explicó a su amigo que, para los inquisidores, la herejía era el delito más grave en el que se podía incurrir, por ir dirigido contra la autoridad divina. Y las notas teológicas o censuras emitidas por los calificadores constituían un código muy complejo que distinguía diversos grados de culpabilidad en orden descendente; todos ellos, por supuesto, punibles. De tal modo que los actos, proposiciones o escritos de alguien podían ser calificados como heréticos, sospechosos de herejía, próximos a herejía, fautores de herejía, erróneos, inducentes a error, con sabor a herejía, escandalosos (u ofensivos para los oídos píos, o también malsonantes), temerarios, sediciosos, impíos, sacrílegos, blasfemos, falsarios, injuriosos...

Con respecto a Nebrija, era evidente que no podía haber sido reputado por hereje formal ni siquiera por sospechoso de herejía, pues de ser así ya habría sido detenido y encarcelado, pero sí haber merecido censura por su actividad como gramático inmiscuido en campos ajenos, una actividad,

además, que aspiraba a ser divulgada, lo que la hacía mucho más peligrosa. De modo que, según Rojas, todo apuntaba a que, como mínimo, sería censurado por escandaloso y temerario, y, probablemente, también por impío, sacrílego y falsario.

—¿Y eso es grave? —preguntó Nebrija con desconcierto.

—Todo lo grave que quiera considerarlo el santo tribunal que os juzgue —le informó el pesquisidor.

—Curiosamente, la palabra herejía tiene que ver, según su etimología, con la libertad de elegir. Pero cuando solo existe una única verdad proclamada como tal, no hay elección posible, a no ser que se opte directamente por el error, la disidencia o la heterodoxia, lo que ya sabemos adónde conduce: a las cárceles secretas del Santo Oficio —concluyó el maestro con creciente preocupación.

—Eso es precisamente lo que tenemos que evitar como sea, para eso estoy aquí —le recordó el pesquisidor, no demasiado convencido, si bien trató de disimularlo, pues no quería agobiar más a su amigo.

A la hora de la comida, Marcelo no apareció, dadas sus costumbres. Después de descansar, Rojas se dedicó a examinar las anotaciones del catedrático que eran objeto del proceso para tratar de encontrar en ellas posibles objeciones desde el punto de vista de la ortodoxia católica, que luego Nebrija tendría que refutar, anticipándose así a las posibles acusaciones que durante el proceso le podrían lanzar. De todas formas, era consciente de que al final todo dependería de las verdaderas intenciones que albergara el inquisidor general, que no podían ser muy buenas dadas las circunstancias y los antecedentes, y ello sin contar con la posible implicación de Diego de Deza en la muerte del rey Felipe, lo que complicaría más el caso.

Llegada la hora de la cena, frey Marcelo le pidió a María que sirviera el cordero más tierno y el mejor vino de la bodega en honor de sus invitados, no se sabía si con la intención de agasajarlos o de demostrarles que su situación era holgada a pesar de las apariencias.

—Sabed que, dentro de unos meses, voy a ser padre y quiero celebrarlo —reveló Marcelo levantando su copa con entusiasmo.

—¿Acaso vas a tener un hijo con la sirvienta?

—De ningún modo. La madre es María de Torres, hija de un hidalgo de Villanueva de la Serena, con la que mantengo relaciones desde hace tiempo.

—¿Y vuestro voto de castidad? —objetó Nebrija.

—¡Qué pregunta! Como si fuera yo el primero que lo rompe —replicó muy digno frey Marcelo, al que le gustaba mucho escandalizar a su padre.

—No soy ningún ingenuo. Pero sigo creyendo que cada uno ha de ser dueño de sus actos y responsable de sus decisiones —puntualizó el padre—. Os recuerdo que yo renuncié a mi condición de clérigo y a las rentas y beneficios eclesiásticos que ello me reportaba para contraer nupcias con vuestra madre.

—Y yo os recuerdo que mi madre ya estaba embarazada de mí cuando se casó con vos —dejó caer Marcelo con tono burlón.

—Razón de más.

—Por desgracia, no todos podemos ser tan perfectos y honestos como vos —comentó el hijo con ironía.

—No se trata de eso. De sobra sé que tengo muchos defectos y debilidades. Pero al menos intento hacerlo bien.

—Yo también voy a procurarlo, os lo aseguro. Si es niño, pienso llamarlo Antonio y me voy a ocupar personalmente de educarlo para que en nada se parezca a vos —dejó caer Marcelo.

—Hablando de nacimientos, ¿queréis saber cómo fue el de este ser monstruoso y abominable que tengo por hijo? —le preguntó Nebrija a Rojas, que observaba la escena con creciente estupor e incomodidad.

—No volváis ahora con eso. Está tan decepcionado conmigo que, para poder superarlo, ha elaborado toda una leyenda sobre mí —añadió Marcelo dirigiéndose al pesquisidor.

—Dejad que yo se lo cuente, así nos divertiremos un poco —propuso el maestro Nebrija.

—Adelante, vuestro es el relato, aunque yo sea el protagonista.

—El año en que este prodigio emergió de las tinieblas a la luz fue el de aquella infame pestilencia que, diseminada por casi toda España, aniquiló la tercera parte, si no más, de la población; me refiero a 1479 —comenzó a decir Nebrija—. Puesto que, por entonces, yo daba clase de gramática y poesía en Salamanca, nos retiramos a una aldea del campo llamada Calzada de Valdunciel, que dista unas tres leguas de la ciudad, aunque solo fuera por cumplir con aquel oráculo del profeta Jeremías: «Todo el mal vendrá a extenderse desde el norte». Llegado ya el tiempo de parir, mi mujer despertó un día turbada por un sueño: «¿Qué son —me preguntó—, marido mío, estas pesadillas que me aturden y aterran? Me he visto en sueños dando a luz un búho, esa ave de mal agüero». «Calla, mujer —le dije—, no te inquietes, sobre todo cuando nuestra religión aconseja no creer en los sueños, porque la mayoría de ellos son inanes». «¿Cómo afirmas —me replicó ella— que los sueños son inanes? He asistido muchas veces a los sermones de quienes suelen en las iglesias predicar al pueblo y he escuchado, más de una vez, que José y Daniel no solo vieron multitud de cosas en sueños, sino que también fueron intérpretes certísimos de lo que otros soñaban. ¿Acaso el ángel del Señor no se apareció a José en sueños para decirle que no temiera recibir a María por esposa, sin pensar en el qué dirán, y acaso la mujer de Pilato no envió a este el recado de que no condenase a Cristo a muerte, porque en sueños había sufrido mucho por él?». «Necia —le recordé yo—, ¿a qué te comparas con José y Daniel? Los de José sobre su esposa, la Virgen, madre de Dios, o los de la esposa de Pilato no eran tanto sueños o pesadillas como apariciones». «Es verdad —

reconoció ella— que la mayoría de las pesadillas no se cumplen, pero las que sobrevienen al amanecer no deben despreciarse a la ligera y mi pesadilla, ay de mí, era una de estas y ha sembrado desasosiego en mi espíritu».

—Querido Rojas, no le hagáis caso —intervino de pronto Marcelo, que no se tomaba muy en serio las palabras de su padre—. He hablado muchas veces de esto con mi madre y ella siempre lo ha negado. De hecho, tampoco cree en las virtudes proféticas de los sueños. Todo es fruto de la mente calenturienta de mi padre. Vos ya lo debéis de conocer.

—¡Qué va a decir ella después del engendro que trajo al mundo! —rechazó el padre—. No esperaríais que os fuera a contar la verdad.

El pesquisidor asistía a la escena entre divertido y asombrado por las palabras de Nebrija, que no ocultaba en todo momento la decepción que le causaba su hijo. Claro que para Marcelo tampoco había tenido que ser fácil crecer con un padre con ese carácter.

—Pero prosigamos —continuó Nebrija—. Tras hablar con mi mujer, me fui a ver a cierta judía que había huido de la ciudad por el mismo motivo que nosotros. Tenía fama de ser una gran intérprete de sueños, en todo semejante a aquella de la que Juvenal escribió: «Las judías te venden los sueños que tú quieras» —añadió el catedrático con ironía—. Le expongo el de mi esposa y de inmediato me responde que el nacimiento presagia algo impío y abominable. «¿Cómo es ello?», le pregunto. «¿Nunca oíste —me demanda ella— la expresión “el cobarde búho es presagio abominable para los mortales”? De modo que, si el nacido llega a vivir, rondará siempre de noche y anhelará la soledad por no tener testigos que puedan reprocharle su disipación». «Pero el búho —le señalo yo— posee unos hermosísimos ojos, cuya belleza embelesa al resto de las aves, que lo observan con admiración». «Así es —admite la mujer—, pero solamente ve en las tinieblas, no percibe nada durante el día, y es evidente que quien anda de noche odia la luz. De idéntico modo, este será ciego para las cosas honestas



y resplandecientes, y tendrá vista para las deshonestas y sórdidas». Después de escuchar tales palabras, me alejé triste de allí y no le dije nada de esto a mi mujer con el fin de no alarmarla. Pasados unos días, dio a luz, con gran esfuerzo y mucho sufrimiento, y el resultado aquí está, a pesar de mis improbables desvelos por educarlo como es debido —añadió Nebrija señalando hacia su hijo.

—Lamento mucho haberos decepcionado —comentó este con sorna.

—Así y todo, sois carne de mi carne y siempre os querré, seáis como seáis y hagáis lo que hagáis, tenedlo por seguro.

—Lo sé. Lo malo es que vos no sabéis demostrarlo.

—Es posible. No debería estar tan absorto siempre en mis cosas —reconoció el maestro Nebrija un poco apesadumbrado, pues era consciente de que su hijo tenía razón.

—Aún no me habéis dicho cómo están mi madre y mis hermanos.

—Tampoco me habéis preguntado.

—Acabo de hacerlo.

—Todos están bien y mandan recuerdos para vos.

—¿Y Sabina, la niña de vuestros ojos?

—No me mentéis a Sabina. Se la he ofrecido en matrimonio al amigo Rojas y el muy ingrato la ha rechazado.

—A lo mejor no es a ella a la que ha rechazado, sino a su hipotético suegro —puntualizó Marcelo.

—¿Por qué lo decís?

—Porque siempre queréis controlarlo todo y Rojas no es de esos que se dejan manejar.

—¿De verdad es por eso? —preguntó el maestro dirigiéndose ahora al pesquisidor, que no sabía dónde meterse.

—Yo preferiría abstenerme de hacer ningún comentario, pues he bebido mucho —trató de escabullirse Rojas.

—Hablad entonces, pues, como dicen los latinos, *in vino veritas*: en el vino está la verdad —lo animó Nebrija.

—Será mejor que nos vayamos a la cama —propuso Rojas para librarse de la situación.

—Tenéis razón —sentenció Marcelo.

—Ya veo que os entendéis —protestó Nebrija.

Lo cierto era que el pesquisidor no se sentía demasiado cómodo debido a la tensa relación que percibía entre padre e hijo, cargada de reproches y resquemores por ambas partes. De hecho, le costó dormir, pues no paraba de pensar en ello. Cada vez estaba más arrepentido de haber emprendido ese viaje.

Durante las jornadas posteriores, Rojas y su amigo se concentraron en la preparación de la defensa. Con este fin, repasaron una y otra vez en voz alta el informe de los teólogos y canonistas sobre el texto de Nebrija, con la correspondiente calificación de los hechos. Aunque era muy prolijo y detallado en algunos aspectos poco importantes, en lo sustancial resultaba más bien vago y ambiguo, hasta el punto de que no era nada fácil determinar de qué se le acusaba al catedrático o, mejor dicho, cuáles eran las faltas de la obra en cuestión. Según le recordó Rojas, tal ignorancia del reo con respecto de los cargos que se le imputaban, así como de sus posibles denunciadores, era buscada o deliberada por parte de los inquisidores, pues ello contribuía a la indefensión del procesado, al tiempo que lo dejaba sumido en una completa incertidumbre. Sin duda, el objeto de todo ello era amedrentarlo e intimidarlo, y tratar de que fuera él el que, en su declaración, acabara defendiéndose de lo que no se le había acusado o delatándose de alguna manera y, por lo tanto, culpándose a sí mismo de delitos que en realidad no había cometido ni pensaba cometer.

En todo caso, estaba claro que a Nebrija no podía achacársele otra cosa que su empeño en querer limpiar y depurar, con las herramientas y conocimientos que le brindaba la gramática, el texto latino de la Biblia con el propósito no solo de sanearlo, sino de ayudar a comprender mejor la *littera*, sin tratar de extraer de ello ninguna implicación de índole teológica o religiosa. Y, de haber algo censurable en su conducta, el asunto debería dirimirse en el ámbito meramente académico, donde era frecuente que se cuestionaran algunas ideas y enseñanzas por considerarlas poco apropiadas o, incluso, heterodoxas, lo que podía acarrear la expurgación o la quema del libro, pero no el encausamiento ni el castigo de su autor.

Tampoco en el escrito se señalaban aquellas partes supuestamente erróneas o que iban contra el dogma o la doctrina establecida y que, por tanto, debería enmendar o suprimir, como podía verse en tantos casos, incluso de obras consideradas heréticas. De hecho, se daba la circunstancia de que algunos textos de esta clase se habían conservado únicamente gracias a los numerosos extractos recogidos en las actas del proceso en el que habían sido condenados a desaparecer en un auto de fe, lo que, sin duda, constituía una interesante paradoja.

—Lo malo es que nadie, salvo los propios censores o inquisidores, podrá acceder a ellos —puntualizó Nebrija al respecto.

—Eso es cierto, pero tal vez en el futuro algunos puedan rescatarlos del olvido si dan con tales documentos. Nunca se sabe —aventuró Rojas.

—Pero para entonces de nada servirán y yo ya estaré muerto y olvidado —objetó Nebrija.

—Eso también es cierto —reconoció Rojas.

—Entonces, según vos, ¿cómo me puedo defender?

—Dado que formalmente no habéis sido acusado todavía de nada en concreto, en un principio no deberíais defenderos, pues, si lo hicierais, vos mismo podríais incriminaros. El problema es que, si no decís nada o declaráis no recordar los hechos que supuestamente se os imputan, o no

saber de qué os hablan, o evitáis contestar a lo preguntado, o vuestras respuestas son imprecisas o contradictorias, se ordenará vuestro encarcelamiento y el secuestro de vuestros bienes.

—Pero ¿eso es posible?! —exclamó Nebrija alarmado.

—Por supuesto, aunque no lo veo probable en este caso —añadió Rojas para quitar algo de hierro al asunto.

—¡Pues sí que estamos bien! —exclamó el maestro, cada vez más confuso—. Si me defiendo, mal, y si no lo hago, peor aún. Tal vez lo mejor sea que me declare culpable. El problema es de qué, si no conozco bien las acusaciones.

—Ese es precisamente el dilema —sentenció Rojas con tono aparentemente tranquilo para no alarmar más a su amigo, si bien por dentro estaba muy preocupado y algo asustado, y no solo por Nebrija.

—¿Y no se os ocurre nada más?

—Por mi parte, exigiré las oportunas explicaciones ya que, en mi opinión, no hay causa suficiente para iniciar un proceso, cosa que, por supuesto, negarán —argumentó Rojas—. Pero no les quedará más remedio que comenzar a mostrar sus cartas, si se me permite la expresión, o aplazar la vista, lo que nos vendría de perlas, pues para entonces Diego de Deza podría tener las horas contadas en el cargo. Aunque eso dependerá, claro está, de cómo se haya tomado el rey la misiva que le mandé y que, de momento, no se ha dignado contestar.

La víspera de su partida hacia Sevilla, Rojas recibió una carta del impresor Sánchez del Paso. En ella le comunicaba que no se había producido ningún otro ataque contra los intereses de Juan de Porras y que las aguas parecían haber vuelto a su cauce. No obstante, él había seguido con las pesquisas y había descubierto algo que podía ser de interés. Por lo visto, hacía unos meses el impresor había tenido en Medina del Campo una agria discusión

con un librero que regentaba un pequeño almacén durante las ferias. La razón de la disputa no estaba clara, pero sin duda se relacionaba con algo que venía del pasado y que tenía que ver con el negocio de Juan de Porras. De momento, era todo lo que le podía contar al respecto. Pero prometía tirar con fuerza de ese hilo tan enredado para averiguar hasta dónde llegaba. Asimismo, le decía que en la posada no se había recibido ninguna misiva para él.

A Rojas toda esta información lo dejó ensimismado durante un buen rato. Era evidente que en el comportamiento de Juan de Porras había algo oscuro, hasta el punto de que ahí podría estar la clave de los tristes sucesos de la imprenta y la librería, pero en ese momento el pesquisidor no tenía tiempo ni energía para devanarse los sesos, pues había cosas más urgentes en las que pensar. De modo que decidió guardarlo en su memoria y volver sobre ello cuando recibiera nuevas noticias de su amigo Sánchez del Paso.

## XVI

A la mañana siguiente, cuando se levantaron, encontraron a Marcelo en la cocina preparándoles algo para desayunar. Nebrija lo miró sorprendido y le preguntó por María. Al parecer, seguía en la cama, pues no se encontraba bien a causa de una calentura. Mientras reponían fuerzas, hablaron del proceso.

—Anoche, por cierto, tuve un sueño —anunció de improviso Marcelo.

—¿Otro más?! ¿Acaso practicáis la oniromancia? —exclamó el padre con fingida indignación.

—No deberíais burlaros de los sueños, ya que en ellos se encierra a veces nuestro destino —replicó Marcelo—. En el que os digo se me apareció el Espíritu Santo, que se había disfrazado de cuervo con el fin de pasar inadvertido y no ser apedreado por los muchachos del pueblo, a los que les gusta mucho cazar palomas. Me pidió que os diera las gracias por tratar de restaurar la pureza de su palabra y querer enmendar los errores contenidos en la *Vulgata*, pues no en vano era Él quien había inspirado las Sagradas Escrituras y, por lo tanto, el más interesado en que la traducción al latín se ajustara de lleno a la literalidad de los textos. Pero que lamentaba mucho no poder testificar a vuestro favor en el proceso, ya que, por ser paloma y divina, no podía inmiscuirse en los asuntos humanos —añadió con gesto de impotencia.

—Esperemos que no sea necesario recurrir a tan altas instancias —comentó Nebrija con sorna.

Rojas no se sentía capaz de determinar hasta qué punto Marcelo hablaba en broma o se creía lo que profería, si lo hacía para animarlos o para burlarse de su padre, pero estaba claro que este se lo tomaba a broma.

—Aunque no lo creáis, os deseo buena suerte. Y a vos os ruego cuidéis de él, pues es muy cabezota —comentó Marcelo dirigiéndose al pesquisidor—. Y ahora, si me lo permitís, me vuelvo a la cama. Estoy cansado y no me gustan las despedidas.

—Ojalá yo también pudiera meterme en la cama y esperar a que escampe —confesó Nebrija con pesar.

—No duraríais ni media hora —replicó Marcelo—. Vuestra cabeza no para de elucubrar y darle vueltas a todo. Es como una noria en una torrentera.

—Tenéis razón. Os doy las gracias por todo.

Nebrija y su hijo se miraron con afecto y, al final, se dieron un abrazo torpe y desmañado, como de personas que no están acostumbradas a tales muestras de cariño, lo que hizo que Rojas se emocionara un poco, ya que ello demostraba que, a pesar de todo, se querían.

Poco después, los dos forasteros prosiguieron viaje rumbo al sur. Por el camino fueron repasando los argumentos para la defensa de Nebrija en el proceso que los aguardaba en Sevilla. Este parecía alegre por haberse reconciliado con su hijo, pero también triste por haber tenido que separarse de él. Así de contradictorias eran las cosas humanas. En cuanto a Rojas, tan pronto se sentía contento por estar ayudando a su amigo como harto de estar allí, lejos de la tranquilidad de su casa.

A los tres días llegaron a Mérida sin ninguna clase de contratiempo. Allí se detuvieron para hacer noche. Tras dejar los caballos y el equipaje en la posada, se fueron a visitar algunos lugares de la ciudad. Después de caminar un buen trecho, llegaron a unas ruinas muy espaciosas.

—Aquí donde está ahora Mérida estuvo en otro tiempo la famosa Emérita, que dio Augusto en premio a sus soldados eméritos o veteranos para que la poblasen y cultivasen sus campos —recordó Nebrija emocionado—. Contemplando estas nobles ruinas, percibe uno la caducidad de lo hecho por el hombre. En ellas vemos con claridad cómo todo, hasta lo más egregio, se muda con el tiempo y perece con los años. Ante estos despojos uno se pregunta qué firmeza y perdurabilidad pueden tener las obras y los proyectos de los mortales. Estas despedazadas moles y estos cimientos tan descarnados, en los que ha desaparecido la argamasa que todo lo unía, pero no la forma circular, eran antaño el circo donde el pueblo y el senado presenciaban las luchas de los gladiadores. Y en esos dos estadios y en esa naumaquia se celebraban con gran estrépito los juegos circenses, curules y navales.

—Sin duda son un gran testimonio de nuestro pasado esplendor y de nuestra actual decadencia —concedió el pesquisidor—. Una prueba más de que los romanos nos superaron no solo en el ámbito de las letras, la política y el derecho, sino también en la construcción de edificios, acueductos y puentes. Sin embargo, ¿quién se acuerda ahora de ellos en esta ciudad?

—Mucho me temo que casi nadie —reconoció Nebrija con pesadumbre—. ¿Sabéis por qué me fui yo a estudiar a Bolonia con diecinueve años? No para ganar rentas de la Iglesia o trocar mercaderías ni para aprender derecho civil o canónico, sino para estudiar a los autores latinos y recuperarlos para nuestra tierra, de la que llevaban tanto tiempo desterrados, como bien sabéis. El caso es que a mi vuelta, después de pasar tres años al servicio del que fuera arzobispo de Sevilla, don Alonso de Fonseca, decidí regresar a Salamanca para desarraigar y expulsar la barbarie de sus aulas y colegios mayores, con la idea de que, si conquistaba la fortaleza de su principal universidad, fácilmente dominaría el resto de España, siguiendo en esto el ejemplo de Hércules cuando peleó con la Hidra, que en lugar de arremeter contra sus muchas cabezas la agarró por el cuello y la estranguló. Pero a



veces me pregunto si mi lucha ha servido para algo, pues ya habéis visto cómo me tratan. No obstante, hubo un tiempo en el que me llamaban debelador de la barbarie, porque era capaz de vencer a mis adversarios con la sola fuerza de mis argumentos, tal era mi fe en la gramática y la energía desplegada en el combate. Y eso a pesar de que, por entonces, me veía obligado a impartir hasta tres horas de clase diarias de tres materias diferentes, dada la escasez de mi salario en comparación con el de las otras cátedras, por las que algunos cobraban hasta tres y cuatro veces más que yo, lo que indica la poca consideración social y el desprestigio de mi disciplina. De ahí mis deserciones e inasistencias a clase, causa de numerosos conflictos con el claustro académico, lo que me ha granjeado muchos enemigos, como ya os dije, que no dejan de clamar contra mí diciendo que soy vanidoso, orgulloso, soberbio y arrogante por crearme superior a ellos. Pero se equivocan. No es que me crea superior a los demás, es que realmente lo soy, ¿qué culpa tengo yo?

—Visto así, tenéis razón —concedió Rojas no sin algo de ironía.

—Vos me conocéis bien y sabéis que no me gusta presumir en vano y que, si presumo, es porque tengo algo de lo que presumir. Pero venid, que quiero enseñaros algo, una auténtica maravilla, aunque a simple vista no lo parezca dado el estado en que se encuentra. Así que os ruego que lo miréis con los ojos de la imaginación —le propuso Nebrija.

Al poco rato, llegaron a un descampado. En un extremo se veía un humilde sembrado de garbanzos; en el otro, un pequeño cercado donde pastaban algunas ovejas. Aquí y allá sobresalían algunas gradas o los capiteles de varias columnas, como si hubieran brotado de forma espontánea de la tierra.

—En este lugar se esconde un magnífico tesoro, no de oro y plata, sino de piedra y mármol, pues se trata de las ruinas de un gran teatro —le informó el maestro—. Su construcción fue promovida por el cónsul Marco Vipsanio Agripa pocos años antes del nacimiento de Cristo, y fue

abandonado cuatro siglos más tarde, tras la oficialización en el Imperio romano de la religión cristiana, que, como sabéis, consideraba inmorales las representaciones de teatro, ya fueran tragedias o comedias. Demolido parcialmente y cubierto de tierra, la única parte visible de tan magno edificio son esos pocos restos que veis ahí, bautizados por los emeritenses como las Siete Sillas, en las que, según ellos, se sentaban antaño a conversar otros tantos reyes moros.

Rojas atendía con gran interés las explicaciones de su amigo, maravillado por lo que imaginaba gracias a las palabras de este y desolado por lo que tenía delante de los ojos. De vez en cuando, el pesquisidor se acercaba a algún resto y lo miraba y lo tocaba con reverencia, como si se tratara de algo sagrado.

Luego siguieron su recorrido por una ciudad en la que sin duda lo más valioso eran sus ruinas, el último vestigio de su glorioso pasado, los restos del naufragio del desaparecido Imperio romano en Hispania.

—Aquí donde se alza este pórtico, con sus altas columnas corroídas y desgastadas por las inclemencias del tiempo, estuvo el palacio de la Curia —exclamó Nebrija con pesar.

De repente Rojas tuvo la sensación de que, cuando se refería a las ruinas, Nebrija estaba hablando también de sí mismo y de su propia situación. Tras mucho rebuscar y deambular, terminaron su recorrido en una calle oscura y llena de miseria.

—Y, por último, habéis de saber que ese gran arco que se alza ahí en medio de la ciudad y que el pueblo llama sin fundamento arco de triunfo fue en otro tiempo el monumento a un ilustre ciudadano, pero los años borraron su nombre, su patria y su linaje de la superficie de la piedra. Ese, amigo mío, es el cruel destino que nos aguarda a todos, más temprano que tarde. Por otra parte, fueron los bárbaros los que en su día se llevaron el Imperio romano por delante y serán los nuevos bárbaros los que acabarán conmigo dentro de poco —añadió Nebrija muy afectado.

—No digáis eso. Antes tendrán que derrotarnos —replicó Rojas para animarlo.

—Por supuesto que seguiré luchando contra la estulticia y la barbarie. Ese placer no podrá quitármelo nadie —proclamó el catedrático agitando el puño.

Sin embargo, a la mañana siguiente, el maestro Nebrija abandonó Mérida con gran dolor, no por lo que en ella quedaba, sino por la nostalgia de lo que se había perdido tras su época de esplendor y de lo que él mismo podría perder si las cosas salían mal. El cielo, además, estaba nublado como su semblante y amenazaba lluvia, como sus ojos, lo que dificultaría más su lastimoso viaje.

Cuando llevaban recorridas varias leguas, se cruzaron con un joven que venía sobre una mula y que, al ver al maestro, se detuvo y se apeó raudo de su cabalgadura, lleno de asombro. Nebrija, al ver que el desconocido se dirigía hacia él con tanto entusiasmo, le preguntó:

—¿Qué queréis? ¿Quién sois? No deis un paso más.

El otro se quitó el sombrero, en señal de respeto, y exclamó:

—No lo puedo creer. ¡Sois vos, el maestro Elio Antonio de Nebrija, el famoso gramático, el gran catedrático y el amigo de las musas!

El aludido dio un suspiro y replicó con sincera humildad:

—Ese es un error en el que han caído muchos ignorantes. Yo, señor viajero, me hago llamar así, pero no soy ninguna de las zarandajas que habéis dicho.

—Admirado maestro, habéis de saber que yo me llamo Pedro Martín Baños y he sido vuestro alumno en el Estudio de Salamanca, de modo que hablo por experiencia y con conocimiento de causa —insistió.

—Apartaos. Yo ya no soy ese que decís —argumentó Nebrija con pesar—. Y, si es cierto que fuisteis mi discípulo, tened mucho cuidado con lo que

hacéis y escribís, ya que la búsqueda y la enseñanza de la verdad están muy perseguidas y castigadas en estos tiempos y no provocan más que desgracias, como le pasó en su día a mi pobre maestro Pedro Martínez de Osma, que no fue más que un triste anticipo de lo que estaba por venir.

El joven se quedó muy confundido y atribulado por las palabras de su admirado catedrático. El pesquisidor le rogó de forma encarecida que no se lo tuviera en cuenta, que últimamente Nebrija estaba muy alterado y afligido, pues era objeto de una persecución por parte del inquisidor general debido a uno de sus escritos. Asimismo, le explicó los motivos de su viaje a Sevilla.

—Una república que trata así a sus mejores hombres está condenada al fracaso, por muchos reinos que tenga y muchas riquezas que vengan cada día de las Indias. A este hombre deberían concedérsele todos los honores y dársele todo tipo de facilidades para que pueda seguir con sus trabajos, en lugar de perseguirlo y hacerle la vida imposible —comentó Martín Baños con pesadumbre.

—Así es. Pero vivimos tiempos en los que la verdad tiene que rendirle pleitesía a la mentira, la razón a la locura y la sabiduría a la necedad —sentenció Rojas.

—Si fuera preciso, yo podría ir a testificar a su favor —se ofreció el viajero—. En sus clases siempre fue respetuoso con los dogmas y la doctrina de la Iglesia, y jamás dijo nada que pudiera dar lugar a ningún malentendido a ese respecto.

—Os lo agradezco de corazón —le dijo el pesquisidor—, pero no creo que sea necesario. Ahora debemos proseguir nuestro recorrido.

—Os deseo entonces una buena travesía con la ayuda de Dios y mucha suerte en el proceso —señaló el joven a modo de despedida.

—Esperemos que así sea —convino Rojas.

Nebrija no dijo nada, pues ya se había adelantado varios pasos.

Después de dejar atrás la localidad de Santa Olalla, en las estribaciones de Sierra Morena, Rojas y Nebrija fueron asaltados por sorpresa por dos personas a caballo. El pesquisidor se defendió como pudo con su espada y al final logró repeler los ataques del contrario que le cupo en suerte. El catedrático, sin embargo, lo tuvo más difícil, pues no iba armado ni parecía muy decidido a hacerle frente a su contrincante. Este se acercó a él y le lanzó una estocada a la altura del estómago, pero esta fue a tropezar con algo y no llegó a penetrar en la carne. El asaltante miró la punta de su espada y se quedó perplejo al ver que no estaba manchada de sangre. El maestro Nebrija aprovechó la ocasión para sacar de su alforja un libro de tamaño folio, encuadernado en tabla con clavos de gran tamaño, y golpeó con él a su enemigo con tal fuerza que le abrió una enorme brecha en la cabeza. Su compañero, en cuanto lo vio, se dirigió a socorrerlo y los dos huyeron a toda prisa.

—¿Estáis herido? —preguntó Rojas con la respiración agitada por la pelea al ver que el maestro tenía las manos manchadas de sangre.

Nebrija le mostró el libro y le dijo que la sangre no era suya. Luego se sacó de entre las ropas otro más pequeño y se lo mostró a su compañero. Tenía un buen tajo en el centro que atravesaba las hojas y llegaba casi hasta el otro lado.

—Virgilio me ha salvado —exclamó el maestro golpeando el ejemplar—. Para que luego digan algunos que los libros no sirven para nada. Bien manejados pueden convertirse en un arma, tanto ofensiva como defensiva, que nos permite salir de un aprieto.

—En efecto, son objetos muy poderosos, y no solo por lo que dicen, sino también por lo que se puede hacer con ellos —apuntó Rojas limpiándose el sudor de la cara con un pequeño lienzo.

Los dos se rieron aliviados y agradecidos por su buena fortuna.

—La pena es que hayan quedado inservibles; uno porque está todo roto y el otro, manchado de sangre —constató el catedrático.

—Deberíais guardarlos, si os parece, como recuerdo de esta singular batalla —propuso Rojas.

—Tenéis razón. Les daré un lugar de honor en mi biblioteca —concedió Nebrija—. ¿Y quiénes pensáis que eran esos individuos?

—No pude verlos bien. Seguramente dos bandoleros o salteadores de caminos. Esta es zona de paso para muchos de ellos. Supongo que son una avanzadilla. O dos que se habían quedado rezagados, ya que suelen ir en grupo.

—Yo creo que se trata más bien de gente enviada por Diego de Deza, tal vez los mismos que asaltaron la imprenta y la librería, pues no parecían querer robarnos, sino matarnos sin más —conjeturó Nebrija.

—¿Y para qué iba a mandar asesinarlos si ya ha conseguido procesarlos y, por tanto, os tiene a su merced? —objetó Rojas.

—Quizá porque teme perder su poder en cualquier momento sin haber logrado su propósito, que es condenarme al silencio e impedir que siga haciendo mi trabajo —sugirió Nebrija.

—Sea como fuere, debemos irnos, no vaya a ser que regresen con refuerzos. No es la primera vez que ando por aquí y, si no recuerdo mal, no muy lejos hay una venta donde podremos refugiarnos.

Esta se encontraba en plena sierra y a esas horas estaba muy concurrida. Cuando entraron en el comedor para cenar, todas las miradas se dirigieron de pronto hacia ellos. La mayor parte de los clientes tenía mala catadura y una actitud muy poco amistosa hacia los desconocidos. Luego se hizo un silencio embarazoso, tal vez para mostrarles que no eran bienvenidos.

—Creo que nos hemos ido a meter en la boca del lobo —comentó Nebrija en voz baja.

—Confío en que no sean amigos del que descalabrasteis con el libro —indicó el pesquisidor con gesto contrariado.

—¿Por qué no nos vamos?

—No creo que esa sea buena idea. Aquí al menos podremos contar con la ayuda del ventero, que no querrá que en su negocio tenga lugar un incidente —razonó el pesquisidor.

—Eso si no es su cómplice.

—¿Preguntabais por mí? —dijo el ventero a sus espaldas con tono solícito—. Pero pasad, os lo ruego, no os quedéis en la puerta, que aquí seréis bien recibidos. Decidme: ¿qué se os ofrece?

—¿Tenéis algún lecho libre donde podamos pasar la noche y descansar? —preguntó Rojas.

—Alguno me queda, pero tendréis que compartir la cámara con algunos de los aquí presentes, todos ellos gente de confianza, por supuesto, por lo que podréis estar tranquilos —le informó el ventero.

—¿Y no podríamos dormir aquí, junto al fuego, cuando todos se hayan ido? —apuntó Rojas.

—No os lo aconsejo. Hay gente que se acuesta tarde y otros que madrugan mucho y os molestarían.

—¿Y en los establos?

—Como habréis visto, esta noche están repletos.

En ese momento, se levantó alguien de una de las mesas que estaban al fondo y se dirigió hacia ellos. Se trataba del arriero que los había acompañado hasta el desvío de Brozas.

—Son amigos míos —le dijo este al ventero—, podéis acomodarlos en mi cámara. Ya nos apañaremos.

—Como queráis, faltaría más —concedió el ventero.

—Y ahora llevadles algo de cenar a mi mesa.

Una vez tomaron asiento, los recién llegados le dieron las gracias al arriero de forma encarecida y le relataron en voz baja el percance que les había ocurrido. El hombre les comentó que no creía que pudiera tratarse de bandoleros, pues estos solo atacaban en manada, como los lobos, y lejos de

sus madrigueras o de sus lugares de paso, como la venta en la que se encontraban.

—¿Veis? Os lo dije —intervino Nebrija dirigiéndose a su amigo.

—Seguramente tengáis razón —reconoció este.

El arriero, por su parte, les explicó que venía ya de regreso de Sevilla. Rojas le preguntó que cómo le había ido y él les contó que la ciudad estaba muy animada, pues acababan de quemar a diez sodomitas en un auto de fe, condenados por mantener relaciones nefandas o cometer el pecado contra natura. Presidido por el inquisidor general, el acto había tenido lugar en las gradas de la catedral, a espaldas del sagrario viejo, que era el lugar más concurrido de la ciudad, y a él había asistido una gran multitud en la que no faltaban ancianos, mujeres y niños que habían participado de forma enfervorizada de toda la ceremonia, como si de un gran festejo se tratara. Algunos, incluso, habían llevado comida, bebida y mantas, pues duró varias horas. Según les explicó con todo detalle el arriero, a los condenados los ajusticiaron en los llamados «cuatro profetas», que eran cuatro estatuas huecas de yeso dentro de las cuales se encerraba vivos a los reos con el fin de que muriesen a fuego lento, para gran regocijo y disfrute de los allí presentes. No obstante, lo que más había conmovido al recuero fueron las palabras de uno de los condenados cuando lo llevaban a la hoguera: «Tan pronto mi vida se extinga —había proclamado— iré directamente al cielo. Pero vosotros, los inquisidores, arderéis para siempre en el infierno».

—Teníais que haberlo visto. Se me puso la piel de gallina —les confesó el arriero, todavía impresionado—. Por muchos años que viva, jamás volveré a asistir a un auto de fe.

A Nebrija el relato del recuero lo descompuso de tal forma que se le quitaron las ganas de cenar. Rojas se dio cuenta de ello y trató de distraerlo pidiéndole al arriero que les contara algunas aventuras relacionadas con su oficio. Nebrija, sin embargo, parecía cada vez más ausente y asustado.



En cuanto acabaron de cenar, se fueron a dormir. En la cámara había cuatro lechos, pero dos de ellos estaban ya ocupados por unos recueros. El arriero ocupó el tercero y Rojas y Nebrija tuvieron que compartir el cuarto. Durante la noche este último se despertó varias veces bañado en sudor a causa de una pesadilla en la que era condenado por hereje a arder en la hoguera delante de una muchedumbre sedienta de sangre y hambrienta de carne quemada.

## XVII

Cuando a la mañana siguiente se despertaron, vieron que el arriero y los demás recueros ya se habían ido, pues eran gente muy madrugadora que se levantaba con el sol con el fin de aprovechar bien el día, no así los demás huéspedes, que, al parecer, se habían acostado muy tarde y casi todos borrachos. Así que se pusieron en marcha antes de que estos amanecieran.

Las jornadas posteriores transcurrieron sin incidentes. Conforme se acercaban a Sevilla, eso sí, el pesquisidor notaba a su amigo cada vez más remiso, como si no quisiera llegar a su destino. Cuando apenas faltaba una legua para arribar a la ciudad, el maestro Nebrija se detuvo en medio del camino y se quedó en silencio, con la mirada perdida.

—¿Os pasa algo? —le preguntó Rojas.

—Estaba yo pensando que, ya que estamos aquí y tenemos tiempo, podríamos acercarnos a Lebrija, situada a unas doce leguas al sur, puede que menos —sugirió el maestro.

—Yo creía que queríais llegar pronto a Sevilla.

—Así era, pero ahora no me siento con ánimos. Pasar antes por Lebrija me dará las fuerzas que necesito para enfrentarme a este duro trance, os lo aseguro.

—Si es eso lo que deseáis...

—Además, muy pronto será Navidad y qué mejor sitio para pasar estas fechas que mi lugar natal, junto a la familia que allí me queda —argumentó el maestro Nebrija—. Me imagino que a vos tales fiestas os darán un poco

igual. Pero yo ya soy muy mayor y cada vez añoro más mi infancia. Será que me estoy volviendo niño de nuevo o que mi cabeza flaquea.

Rojas asintió con gesto comprensivo, de nuevo preocupado por el estado de ánimo de su amigo.

Tan pronto avistaron Lebrija, al catedrático de Gramática le cambió el semblante. Aunque ya no quedaban muchos rastros, su terruño tenía un glorioso pasado romano, lo que sin duda había marcado la vida de Nebrija. La localidad estaba presidida por un castillo, que se encontraba en lo alto de una colina por cuya falda se extendía una buena parte del caserío, protegido por la vetusta muralla. En los alrededores había huertas, olivares, molinos, bodegas y, a espaldas de la fortaleza, la marisma, con su gran muchedumbre de aves y de liebres, sus caños de pesca y hasta un cargadero de mercancías que permitía acercar las barcas al Guadalquivir.

Cuando pasaron cerca de una casa que había frente a la iglesia de Santa María de la Oliva, el maestro Nebrija le explicó a Rojas con voz entrecortada que allí era donde había aprendido las primeras letras y se había hecho devoto de los misterios de la gramática.

—Aunque no tuve el privilegio de aprender el latín en el Lacio ni tampoco en la Sarmacia —continuó—, al menos pude hacerlo en la Bética, que, como dice Estrabón, fue la primera de todas las regiones hispanas en adaptarse a las costumbres y la lengua de los romanos; de hecho, según la tradición, Lebrija fue levantada por Baco.

Poco después llegaron a la casa familiar, situada en una callejuela conocida como de Aramundo o de los Cala, que salía de la calle de los Mesones, no muy lejos del castillo. Muertos los padres y varios hermanos, en ella vivía ahora el tercero de los varones, Martín de Cala, con su mujer y sus hijos. Cerca ya de la puerta, se encontraron con un antiguo vecino que no reconoció al maestro.

—Pero ¿no sabéis quién soy? —inquirió este.

—Me temo que no —respondió el hombre.

—Soy Antonio, el hijo de Juan Martínez de Cala y Catalina Martínez de Jarana, que vivían ahí enfrente —le explicó Nebrija.

—Me acuerdo de vuestros padres, pero no de vos —le confesó el otro.

—¿Tanto he cambiado?

—Pudiera ser.

Nebrija se quedó un poco confundido, pero enseguida se repuso, pues no quería que nada ensombreciera su regreso al hogar después de tanto tiempo. El pesquisidor, mientras tanto, lo observaba todo con curiosidad. Vista desde fuera, la vivienda parecía grande, pero la fachada estaba bastante deteriorada por el paso de los años y necesitaba un revoque.

—¡Salve, mi hogar querido, y salve también a vosotros, Penates y Lares, testigos de mi nacimiento en esta casa! —saludó Nebrija con voz emocionada antes de llamar a la puerta—. Acógeme a mi vuelta, después de tantos años y de haber pasado por tantos peligros. No desprecies al discípulo que ha conseguido para ti un gran honor, una gran gloria, pues serás inmortal gracias a mi nombre y a mis obras. No en vano me he pasado la vida persiguiendo la fama y el conocimiento por lejanas tierras. Pero cuando me jubile, aquí estará sin duda el puerto de mi vida, el descanso de mis trabajos y, al final, el dulce reposo de la muerte, junto a los míos. Y ya que anduve privado de ellos mientras vivía, pueda al menos gozar de su presencia cuando llegue el momento de perder la luz.

Atraída por las voces, salió a abrir una mujer, algo más joven que Nebrija, que preguntó quiénes eran.

—Soy Antonio, vuestro cuñado.

—Perdonadme, pero mi vista ya no es la que era. Dadme un abrazo y pasad, que vuestro hermano no tardará en llegar —dijo la mujer emocionada.

Nebrija la estrechó con fuerza con una sonrisa.

—Este es mi amigo Fernando de Rojas.

—Sed bienvenido también a esta casa.

—Os agradezco la hospitalidad.

Después de preguntarle a su cuñada por la familia y los conocidos, Nebrija le enseñó a su amigo algunas de las habitaciones de la vivienda. Cuando llegaron a la más grande, no muy amueblada y con las paredes algo desconchadas, al maestro casi se le saltaron las lágrimas.

—Aquí es donde mis padres rieron al verme nacer y yo di mis primeros vagidos. En este rincón estaba la cuna en la que me prodigaban caricias y mi madre me cantaba para que me durmiera. Por entonces, yo era un dulce peso colgado del cuello de mi padre y una grata carga para el regazo de mi madre, hasta que comencé a andar a gatas —evocó Nebrija enternecido y emocionado.

Rojas lo seguía sin dejar de asentir a las palabras de su amigo. El recorrido terminó en un patio interior lleno de plantas al que daban la mayor parte de las cámaras.

—Aquí es donde por primera vez me puse de pie y tuvieron lugar mis primeros juegos con otros niños, como perder y ganar nueces según la suerte, o cabalgar, jugando a la guerra, sobre una larga caña, si bien mi máxima afición siempre fue la peonza; muy pocos la hacían bailar como yo, que daba gusto verla —confesó el catedrático con entusiasmo.

En ese momento apareció su hermano y aquí Antonio de Nebrija ya no pudo contener por más tiempo su llanto. Hacía mucho que no se veían y eran tantas las pérdidas que se habían producido desde entonces... Luego llegaron los sobrinos y el resto de la parentela. Durante la cena se pusieron al día y recordaron a los ausentes. Nebrija no quiso contarles el verdadero motivo de su viaje para que no se preocuparan. Incluso él parecía haberse olvidado del asunto. Estaba tan alegre, riendo y bebiendo con los suyos, que todo lo demás quedaba muy lejos. Hasta Rojas estaba contento al ver a Nebrija de tan buen humor.

Por la noche, cuando todos fueron a acostarse, los dos amigos salieron al patio y el maestro aprovechó para revelar al pesquisidor algunos recuerdos de sus años de estudiante en Lebrija, antes de ir a Salamanca para acudir a la universidad. También le habló de su insaciable interés por todo lo que tuviera que ver con los antiguos pobladores del lugar.

—Nunca os lo he preguntado —le dijo de pronto Rojas—, pero me gustaría saber de dónde viene el nombre de Aelius Antonius Nebrissensis con el que firmáis algunas de vuestras obras.

—Como ya sabéis, ese es mi nombre de guerra, por así decirlo, y un guiño a la raigambre latina de mi tierra natal —explicó el maestro—. Sabed que yo el humanismo lo mamé desde niño en mi patria chica, lo que me permitió librarme pronto de la escolástica rancia que primaba en el Estudio salmantino. Lo del *praenomen* de Aelius se debe a que en Lebrija y alrededores son frecuentes las inscripciones referentes a la familia de los Aelii, que yo he querido hacer mía. En cuanto al cognomen de Nebrissensis, tiene que ver con la ciudad de Nebrissa, fundada en el estuario del Betis y llamada así por las *nebrides*, las pieles de cierva que usaban en los sacrificios que Baco instituyó en ese lugar, y, de alguna manera, viene a latinizar el de Lebrija de mi nombre habitual. Con eso espero haber satisfecho vuestra curiosidad.

—Cumplidamente.

—Por mi parte, me gustaría daros de nuevo las gracias por haberme acompañado hasta aquí —indicó Nebrija cambiando de tono, como si se tratara de una confidencia muy íntima después de haber compartido tantas cosas.

—No tenéis por qué dármelas —se apresuró a decir Rojas.

—Claro que sí —insistió el catedrático con voz queda—. En este momento tan difícil para mí tan solo os tengo a vos.

—No digáis eso, ahí están vuestro hermano y su familia, y en Salamanca, vuestra esposa y vuestros hijos, que os quieren y admiran,

especialmente Sabina —le recordó Rojas.

—¡Pobre Sabina, mi tierna niña! —exclamó Nebrija con pesar—. ¿Qué será de ella en este proceloso mundo?

—Ahora en lo único en lo que debemos pensar es en vuestra defensa —le recordó Rojas.

—Olvidemos también eso por unos días y disfrutemos de las fiestas en familia, ¿os parece? —replicó Nebrija.

—Supongo que para eso hemos venido aquí. Mas tampoco podemos retrasar demasiado nuestro viaje.

—Lo sé, no os preocupéis.

Pero Rojas lo estaba, no podía evitarlo, quería saber cuanto antes a qué tenía que enfrentarse, qué pretendía en realidad Diego de Deza, que nunca daba puntada sin hilo, y, sobre todo, cuáles eran los verdaderos motivos de su animadversión hacia su amigo. ¿Tendría algo que ver, como este creía, con las muertes de la imprenta y la librería? ¿Y con el asesinato del rey? Demasiadas preguntas. Por no hablar de Nebrija y sus cambiantes estados de ánimo, fruto sin duda del miedo y la angustia que el proceso le provocaba.

Al día siguiente, el maestro quiso ir a saludar a algunos conocidos y parientes a los que hacía años que no veía. Muchos habían muerto ya, otros no se acordaban de él. Tan solo uno se alegró sinceramente con su visita. Era un antiguo compañero de juegos con el que un verano se había escapado para conocer la ciudad de Sevilla, de la que habían oído contar toda clase de alabanzas. En un talego habían metido unos cuantos mendrugos y una camisa, y habían aprovechado la hora de la siesta para no ser descubiertos. Aún no habían recorrido ni media legua cuando apareció el padre de su amigo, los agarró de la oreja y se los llevó a los dos de vuelta

a casa. Por el camino el buen hombre les dio una buena reprimenda para que no se olvidaran nunca de lo ocurrido.

Mientras los escuchaba relatar la historia, Rojas se acordó del día en el que él se escapó de La Puebla de Montalbán para ir a Toledo. Tenía unos diez años y tantas ganas de conocer mundo que en un descuido de su madre había echado a correr campo a través y acabó tan exhausto que tuvo que parar y sentarse bajo un árbol a descansar. Y allí lo encontró un vecino de sus padres, que lo devolvió a casa subido en un burro. La madre lo recibió llorando de alegría, pero el padre lo encerró en el establo durante varios días. «¿No querías salir a ver mundo? Pues ahora vas a saber lo que es bueno», le dijo antes de trancar la puerta. Pero Rojas no perdió la compostura y aceptó el castigo con buen ánimo, sabiendo que no tardaría mucho en marcharse de casa. Lo hizo con el pretexto de ir a estudiar a Salamanca gracias a una beca para el Colegio Mayor de San Bartolomé, el más antiguo y prestigioso de Castilla.

Después de convertirse en pesquisidor real, viajó mucho, vivió aventuras y conoció a gente de todo tipo. Pero he aquí que ahora suspiraba por volver al terruño y casarse con una lugareña, y llevar una vida discreta y sin sobresaltos. Se había pasado media vida luchando para lograr lo que más anhelaba y, tan pronto lo consiguió, descubrió que tal vez hubiera sido mejor contentarse con lo que había dejado atrás. No obstante, no se arrepentía de nada y aceptaba las lecciones de la vida con el mismo estoicismo que cuando tenía diez años, el mismo con el que se enfrentaría a lo que el destino quisiera depararle en Sevilla.

Cuando Nebrija regresó con su amigo a la vieja casa de sus padres, se encontró con que su familia había preparado un gran banquete, no solo para celebrar el nacimiento de Cristo, sino también el regreso del hermano pródigo. Y fue tal su emoción que se le saltaron las lágrimas. Por un



momento se vio trasladado a la infancia y se le dibujó en la cara una sonrisa de niño travieso y mimado. Rojas, por su parte, lo contemplaba todo con gran curiosidad, ya que en la casa de sus padres nunca se celebraba la Navidad o, si se hacía, era de puertas para fuera y por obligación. Pero lo que más le llamaba la atención era la alegría que reinaba en la casa, una alegría espontánea, inocente y contagiosa, tanto que hasta él se rio a carcajadas con sus bromas y departió amigablemente con los demás.

Al llegar la medianoche acudieron todos a la misa del gallo y después hubo jolgorios y canciones por las calles y en el interior de las casas hasta bien entrada la madrugada. El maestro de Gramática fue el primero en comenzar a cantar y el último en acostarse y, si por él hubiera sido, la fiesta se habría prolongado varias horas más, ya que eran muchas las ganas que tenía de distraerse para no pensar en lo que le aguardaba en Sevilla.

Nebrija estaba tan contento y excitado que le pidió a Rojas que permanecieran allí hasta la llegada del nuevo año. Pero el júbilo de los primeros días pronto desapareció y dio paso a una profunda melancolía. Las mismas cosas que al principio despertaban en él gratos recuerdos ahora le provocaban tristeza y desazón. Su amigo trató de distraerlo haciéndole toda clase de preguntas sobre Lebrija y su pasado romano. Mas todo fue inútil. El día 1 de enero, mientras los demás lo festejaban con gran júbilo, a Nebrija el vino lo entristeció más. De hecho, tan solo salió de su mutismo para exclamar con voz pastosa y tono desbocado:

—¿De verdad han merecido la pena todos mis esfuerzos para luchar contra la barbarie que asola la universidad? ¿Tiene algún sentido tratar de depurar la Biblia latina y poner en riesgo mi carrera y mi tranquilidad para que luego los curas la reciten de forma mecánica, sin enterarse de nada? Tal vez debería pedirle perdón al inquisidor general por mis errores, dejar algunas de mis ocupaciones y dedicarle más tiempo a mi familia y a mis estudiantes.

—No creo que podáis, pues vos habéis nacido para estar en guerra permanente contra la ignorancia y la necesidad —le recordó Rojas—. Como dijo el gran sabio Heráclito, y así lo pienso yo también: «Todas las cosas fueron creadas a manera de contienda o batalla».

—Pero mucho me temo que acabarán derrotándome y humillándome, si no me queman antes los malditos inquisidores.

—Puede que suceda así, pero, al igual que el ave Fénix, renaceréis de las cenizas y seréis inmortal —auguró Rojas.

—¿Inmortal decís? Me conformaría con vivir los quince años más que me ha augurado Marcelo. Así podría terminar algunos proyectos —concluyó el maestro Nebrija con cierta sorna.

## XVIII

El día 2 de enero se levantaron pronto y, después de despedirse de la familia de Nebrija con mucha efusividad, se dirigieron a buen paso a Sevilla, pues al maestro le había entrado prisa de repente por enfrentarse a su destino, fuera el que fuera, y quería que el proceso comenzara de una vez, aunque luego trataran de dilatarlo. Por el camino, Rojas intentó repasar de nuevo con su amigo la estrategia de defensa, pero este seguía taciturno y sin ganas de hablar. Cuando descubrieron a lo lejos la ciudad, faltaba ya poco para que se hiciera de noche. Según comentó el maestro Nebrija durante la cena, Sevilla estaba irreconocible. En pocos años se había convertido en la puerta y la llave del Nuevo Mundo. En ella estaban las oficinas de los encargados de velar por los intereses españoles en aquellas lejanas tierras y su puerto era el punto del que zarpaban o al que arribaban casi todos los barcos que viajaban al otro lado del océano; de modo que los envíos anuales de oro y plata de esas lejanas tierras tenían que pasar necesariamente por la ciudad y, más en concreto, por la llamada Torre del Oro, a orillas de la margen izquierda del río Guadalquivir, o por la de la Plata, no muy lejos de la anterior. De ahí la gran agitación que había a todas horas en la ciudad, y más en esos días. Las calles y posadas estaban repletas de gentes llegadas de todas partes con la intención de viajar a las Indias para hacer fortuna tan pronto partiera un barco o, en su defecto, tratar de comerciar con los que de allí volvían cargados de mercancías. Y luego estaban los pordioseros, pícaros, maleantes, prostitutas, rufianes, facinerosos y delincuentes de todo

tipo que aflúan de toda España dispuestos a aprovecharse de unos y de otros, o a quedarse con las migajas del gran banquete.

Por supuesto, todo este trasiego de oro, plata y demás productos repercutía, de forma directa, en la prosperidad de una parte de la ciudad y esto tenía su principal reflejo en el esplendor de sus obras civiles, en sus suntuosos palacios privados, en el floreciente comercio local y en la elegancia y magnificencia de sus numerosos conventos e iglesias. De hecho, hacía apenas dos meses que habían terminado las obras de la catedral con la construcción del hermoso cimborrio, en cuya solemne inauguración había estado presente el arzobispo Diego de Deza.

—Pero no solo llega aquí oro y plata, también entran por su puerto multitud de objetos, plantas y animales nunca vistos antes en Europa y, con ellos, nuevas palabras que acabarán por enriquecer nuestra querida lengua, como el vocablo «canao», que es una embarcación de remo muy angosta —añadió el maestro con entusiasmo.

Como siempre que viajaba a Sevilla, Nebrija quiso hospedarse en el mesón de un viejo conocido, frente a las animadas gradas de la catedral, a lo que el pesquisidor no puso ninguna objeción. Mientras cenaban, el maestro le contó a Rojas que a su regreso de Bolonia había vivido cosa de tres años en la ciudad, donde había trabajado para don Alonso de Fonseca; también había sido preceptor de un sobrino de este, Juan Rodríguez de Fonseca, y había impartido clases de gramática en la capilla de la Granada, junto al patio de los Naranjos.

—Por entonces me ganaba bien la vida en esta ciudad, mas murió el arzobispo y me tuve que marchar a enseñar a Salamanca, donde mis ingresos y rentas eran más limitados —concluyó el catedrático.

Esa noche se retiraron temprano con la intención de estar descansados al día siguiente. Pero Nebrija apenas pudo conciliar el sueño y, cuando se dormía, era para sufrir una pesadilla en la que de repente se quedaba mudo y no podía defenderse de las acusaciones del inquisidor general.

Tras levantarse, lo primero que hicieron Rojas y él fue acercarse por la sede de la Inquisición sevillana para comunicar su llegada a la ciudad. Esta se encontraba en el castillo de San Jorge, en el barrio de Triana, en la margen derecha del río Guadalquivir, nada más cruzar el puente de Barcas. Era un recinto muy amplio y estaba defendido por una muralla con diez torres, un foso y una barbacana. En sus orígenes, allí se ubicaba una antigua fortaleza árabe. El castillo había sido luego cedido por los Reyes Católicos. Tenía una imagen imponente, severa y sombría y, desde fuera, parecía impenetrable, por lo que cuadraba muy bien con el espíritu del Santo Oficio. Por otra parte, las avenidas del río lo asolaban de forma periódica hasta convertirlo en un lugar todavía más insalubre e inhabitable. En uno de los laterales tenía un acceso al río a través de un callejón que llamaban de la Inquisición, que iba a dar a un pequeño embarcadero. Muchos en la ciudad ignoraban lo que sucedía tras esos espesos muros, pero la mayoría se refería al lugar como «la casa del tormento» por la mezcla de terror y veneración que les inspiraba, y raro era el que no se persignaba al pasar cerca de su recinto para que Dios lo librara de penetrar en él.

Rojas pensó que en su puerta bien podrían figurar aquellas palabras que, según Dante, hay escritas a la entrada del Infierno: «*Lasciate ogni speranza, voi ch'entrate*». «Abandonad toda esperanza los que entráis aquí». Pero se abstuvo de comentárselo a Nebrija para no asustarlo más de lo que ya estaba. De hecho, andaba muy encogido y cabizbajo, y le costaba mucho dar un paso. Por supuesto, el pesquisidor también sentía miedo ante ese lugar infame, pero trataba de disimularlo.

El acceso principal estaba en la parte que daba al río, bien protegido por una barbacana. En el interior había varios patios, numerosas dependencias y veintiséis cárceles secretas, llamadas así porque nadie, a excepción del tribunal, podía saber quiénes estaban allí encerrados ni menos aún por qué. Doce eran altas, pues estaban situadas en las torres y en el adarve de la muralla que miraba al altozano para una mejor incomunicación y

aislamiento de los reos. Las otras catorce eran bajas y se ubicaban en torno a los patios. Asimismo, se usaba como cárcel secreta la cuadra del tormento, en los bajos de la torre de San Jerónimo, cuando no había detenidos a los que torturar, mas tenía que ser desocupada durante los interrogatorios, que eran frecuentes y muy prolongados.

Aparte de eso, estaban las salas de audiencia, la capilla de San Jorge, la contaduría, el juzgado de bienes, la cárcel de familiares y varios patios, amén de diversas estancias llamadas «secretos» destinadas a almacenar los legajos de los expedientes acumulados de los diferentes procesos, que se guardaban bajo tres llaves en poder de distintos oficiales, ya que, a pesar de su arbitrariedad o precisamente debido a ella, el funcionamiento de la Inquisición se caracterizaba por una gran abundancia de normas, papeles y trámites que debían, además, permanecer secretos. De hecho, cada caso generaba tal cantidad de actas, documentos y escritos que muy pronto las dependencias del castillo se iban a quedar pequeñas. Por último, en el recinto vivían, entre otros, el inquisidor mayor y el segundo inquisidor, el fiscal, el notario más antiguo del tribunal, el alcaide de las cárceles secretas, el portero, varios oficiales y buena parte de la servidumbre.

Según Rojas y Nebrija pudieron comprobar tras franquear la puerta, entrar en ese lugar era relativamente fácil, pero para salir de él había que presentar una especie de salvoconducto con varias firmas, y ay de aquel que lo extraviara, pues corría el riesgo de quedarse atrapado en ese tremendo laberinto durante mucho tiempo, al menos hasta que su situación se aclarara, lo que no siempre era fácil. Nada más adentrarse en las entrañas del castillo, a Nebrija lo invadió tal sensación de congoja y desasosiego que se quedó como paralizado. Y si no fuera por el frío y la humedad que allí hacía, habría dicho que, en efecto, se encontraba en el mismísimo infierno o, al menos, en alguna de sus antesalas.

En el patio había mucha actividad: oficiales y familiares del Santo Oficio que iban de un lado para otro, detenidos a los que trasladaban al calabozo

después de haber sido juzgados o torturados, gente que acudía a declarar o testificar, o a hacer una delación... A ellos los condujeron a una pequeña oficina que había en la planta baja de una de las torres. Allí había un escribano tomando nota de todos los que llegaban y de cuál era el motivo de su visita. El maestro Nebrija le entregó la carta de Diego de Deza y le dio la dirección de la posada en la que estaban alojados. Y el escribano le dijo que ya lo avisarían para su comparecencia. El catedrático le preguntó cuándo sería eso.

—Es difícil saberlo, pero no será antes de la Epifanía, pues hay muchas gestiones que hacer para iniciar un proceso y ahora estamos en fiestas —le contestó el escribano con displicencia.

—¿Y no podéis hacer que los trámites vayan más deprisa?

Mientras hablaba, Nebrija deslizó sobre la mesa una bolsa con monedas. Rojas, sorprendido, trató de impedirlo. Pero el escribano fue más rápido y puso sobre ella un cartapacio para que nadie más la viera. Luego, de forma disimulada, se la guardó en el jubón.

—Lo aceptaré para que no os martiricéis pensando que no lo habéis intentado —indicó con naturalidad—. Mas desde aquí os digo que no puedo hacer nada por vos. En este lugar hay que seguir siempre el procedimiento y, una vez que habéis ingresado en el engranaje inquisitorial, debéis someteros a él hasta que os engulla por completo u os vomite, si es el caso, por alguna de sus puertas.

—Pero yo soy inocente, os lo aseguro —declaró el maestro Nebrija con vehemencia—. Alguien debe de haberme calumniado porque, sin haber hecho nada, me han abierto proceso.

—Eso dicen todos nuestros huéspedes. Mas sabed que aquí nadie es inocente hasta que logre demostrarlo. No en vano todos nacemos culpables, como bien sabéis, y solo cuando nos bautizan desaparece la mancha del pecado original —le replicó el escribano con suficiencia.

—Ni siquiera sé cuál es mi culpa, de qué se me acusa exactamente —protestó el catedrático.

—Por eso mismo no podéis saber si sois inocente —argumentó el escribano—. Durante estos días de espera, previos a la Epifanía, haced examen de conciencia. Si escarbáis lo suficiente en ella, veréis cómo encontráis algo que reprocharos, pues nadie está libre de pecado, ni siquiera los inquisidores, pero a estos ya los juzgará Dios cuando mueran y ahí sí que ya no cabe arrepentimiento. En cambio, vos podéis asumir vuestra culpa y obtener el perdón antes de cumplir la condena que os sea impuesta.

—Bonito privilegio —comentó el maestro en voz baja.

—¿Cómo decís?

—Mi amigo comentaba que tenéis mucha razón —intervino Rojas.

—Por algo soy escribano del Santo Oficio —comentó el hombre con jactancia—. ¿Habéis designado, por cierto, abogado defensor? —preguntó dirigiéndose a Nebrija.

—Soy yo. Mi nombre es Fernando de Rojas —se presentó el pesquisidor.

—Recordad que si vuestro cliente es considerado culpable y se demuestra que vos lo sabíais o lo intuíais antes de iniciarse el proceso, podéis ser acusado de complicidad en los hechos, ya que vuestra misión aquí no es librar al reo del castigo, sino ayudar al Santo Oficio a esclarecer la verdad —le advirtió al pesquisidor mientras tomaba nota de su nombre con gran parsimonia.

—Pero eso me deja a mí en total indefensión —comentó Nebrija cada vez más perplejo.

—Al contrario, eso garantiza que vuestro abogado hará lo que le sea posible para salvaros, dado que también está en juego su inocencia —señaló el escribano—. No sé si me entendéis.

Nebrija iba a replicar algo, pero Rojas le hizo una señal con la mano para que no hablara. Por otra parte, el escribano ya estaba atendiendo a otro



encausado. Así que el maestro optó por callarse y no complicar las cosas. Estaba claro, además, que en ese lugar regía una lógica muy distinta a la que él practicaba y había aprendido en el Estudio, una lógica muy retorcida y perversa.

—Esta situación es tan insólita y fuera de toda razón que, a pesar de ser catedrático de Gramática, no encuentro la palabra adecuada para definirla —comentó Nebrija en voz baja.

—Pues tendréis que iros habituando, ya que esto no ha hecho más que empezar. De ahora en adelante, cuanto menos habléis, mucho mejor —le informó Rojas.

—Está bien, haré como decís —concedió Nebrija no muy entusiasmado.

Cuando atravesaban uno de los patios camino de la salida, se cruzaron con un reo al que dos oficiales llevaban a rastras en dirección a una de las cárceles secretas. A juzgar por su aspecto, lo más probable es que hubiera perdido el conocimiento durante la sesión de tortura.

—Me debéis un ducado —iba diciendo uno de los oficiales—. Ya os comenté que no aguantaría ni media hora.

—La culpa ha sido vuestra por haberos excedido en el tormento —replicó el otro—. Ahora tendremos que volver a empezar.

—Tampoco creo que aguante mucho la próxima vez. Por más cuidado que yo ponga, morirá antes de cantar, ya lo veréis.

—Pues, si es así, suya será la culpa.

—Lo malo es que a nosotros nos responsabilizarán de no haber conseguido una confesión.

—Al final el resultado será el mismo, ya lo veréis. Si confiesa, por haber confesado, y si no lo hace, por no haberlo hecho —señaló el que había perdido la apuesta.

—Pero aquí lo más importante no es el resultado, sino el procedimiento —le recordó su compañero.

En ese momento el maestro Nebrija empezó a sentir flojera, como si el cuerpo se le hubiera desmadejado y le costara mucho mantenerse en pie. Por otra parte, caminaba encogido y pisando suave para no llamar la atención.

—A mí no me darán tormento, ¿no es cierto? —le preguntó a Rojas sin poder evitarlo.

—Por eso no os preocupéis. En vuestro caso, lo que se juzga es el contenido de un escrito y no a vos —lo tranquilizó Rojas, que no las tenía todas consigo—. Como mucho tendréis que retractaros y quemar los ejemplares de la obra en cuestión.

—Mientras no me quemen a mí... Aún no se me ha ido de la cabeza lo que nos contó el arriero.

—Probablemente exageró un poco. Los arrieros son muy dados a encarecer las cosas debido a su trabajo —exageró Rojas a su vez con ánimo piadoso.

En la puerta les pidieron el salvoconducto que les había dado el escribano. El portero lo examinó con atención y, al ver que estaba en orden, les permitió salir. Después de andar varios pasos, Nebrija se detuvo para tranquilizarse y recuperar el aliento.

—Gracias a Dios que estamos fuera. Creía que ahí dentro me asfixiaba. Apenas se puede respirar, como si no corriera el aire. Además, sentía como una opresión en el pecho.

—Eso es la angustia y la impotencia. Se os pasará enseguida, ya lo veréis, y pronto acabaréis por acostumbraros —apuntó Rojas.

Los dos amigos cruzaron el puente de Barcas y se fueron a comer a una taberna que había cerca del río, junto a un pequeño embarcadero. Allí les sirvieron un pescado llamado cazón, traído de Sanlúcar de Barrameda, y un vino blanco de la comarca de Jerez que los calentó por dentro y les alegró el semblante por fuera.

—¿Y si nos vamos a las Indias? —propuso el maestro Nebrija tras apurar con avidez varios vasos.

—No creo que nos dejaran viajar, a vos por sospechoso de herejía y a mí por converso. Menuda pareja haríamos.

—Podríamos disfrazarnos de frailes y decir que vamos a evangelizar aquellas tierras —sugirió el maestro.

—A la legua se ve que también nosotros estamos necesitados de que nos cristianicen —bromeó Rojas.

—Entonces trataremos de hacer fortuna. Según cuentan, aquello está lleno de oro y plata.

—Que alguien tendrá que extraer con gran esfuerzo y sacrificio de las profundidades de la tierra o de los cauces de agua —objetó Rojas—. Cada vez estoy más convencido de que todo lo que viene de las Indias está manchado de sangre inocente y a nadie le preocupa.

—Pues sí que me estáis ayudando —comentó Nebrija con ironía.

—¿Y qué queréis que os diga?

—Que me sigáis el juego y no pongáis tantas pegas.

Mientras aguardaban la citación para comparecer ante el inquisidor general, el pesquisidor le propuso a su amigo hacer algunas pesquisas sobre la posible implicación del arzobispo en la muerte del rey Felipe. Así lo tendrían bien agarrado en el caso de que las cosas vinieran mal dadas en el proceso, pues dispondrían de algo con lo que negociar con él.

—Y de paso tal vez descubramos que también es responsable de los ataques a la imprenta y a la librería —añadió Nebrija, contento con el plan.

—¿Sabéis de alguien aquí en Sevilla que lo conozca bien?

El catedrático se acordó entonces de uno de sus antiguos compañeros de estudios en Bolonia, que, según sus noticias, era canónigo de la catedral de

Sevilla y trabajaba o había trabajado en algún momento para Diego de Deza.

—Pues vayamos a hacerle una visita.

El cabildo tenía su sede en una de las casas del corral de los Olmos, a espaldas de la catedral. El edificio estaba protegido por murallas almohades y delimitado por unos arcos que servían de acceso y estaban hechos de madera, de ahí que se la conociera como la puerta de los Palos. En la portería les dijeron que el canónigo que buscaban se encontraba en el archivo, consultando unos documentos. Un acólito los condujo hasta el lugar. Se trataba de una sala de mediano tamaño llena de estantes y mesas alargadas con toda clase de legajos y códices. Por una ventana alta entraba la luz del mediodía, que le daba a la estancia un aire cálido e irreal. En un rincón apartado, había un hombre de aspecto risueño absorto en la tarea de cotejar unos papeles.

—No lo puedo creer. Pero ¡si sois vos! —exclamó este con alborozo al descubrir a Nebrija.

—¡Hay que ver, no habéis cambiado nada! —comentó el catedrático con gran asombro.

—Es el mundo el que ha cambiado —suspiró el canónigo.

—¡Y tanto que sí! —convino Nebrija.

Después de las debidas presentaciones y de recordar con nostalgia el tiempo pasado en Bolonia como estudiantes, los dos amigos dieron cuenta de sus andanzas desde la última vez que se habían visto. Rojas, mientras tanto, se entretuvo curioseando por el archivo.

—¿Y qué os trae por estos pagos? —quiso saber el canónigo cuando terminaron de ponerse al día.

—He sido citado por Diego de Deza para comparecer en un proceso contra mi persona.

—¡No es posible!

Nebrija le explicó a grandes rasgos a su antiguo compañero de estudios todo lo relacionado con el asunto.

—Pues no sabéis cómo lo lamento. Me gustaría poder ayudaros, pero hace ya un tiempo que mis relaciones con el arzobispo no son buenas —le hizo saber el canónigo con cierta preocupación por la situación de su amigo—. Yo siempre traté de aconsejarle lo que me parecía más apropiado en cada caso. Mas él no lo tenía en cuenta y acababa haciendo justo lo contrario. De modo que, en cuanto pude, me volví al cabildo y me aparté totalmente de su presencia.

—Es comprensible. De todas formas, no he venido a pedir os ayuda en relación con el proceso, sino a intentar recabar alguna información sobre el inquisidor general. Pero, antes de preguntaros, debo referiros algo que no puede salir de aquí. Por eso me gustaría saber si puedo contar con vuestro silencio.

—Os doy mi palabra, mi querido Antonio, de que no revelaré nada de lo que hablemos aquí. Consideradlo como algo dicho bajo secreto de confesión —aseguró el canónigo.

—En ese caso, os diré que se trata de la muerte del rey Felipe.

—¿La muerte del rey Felipe?! Pero... ¿qué tiene que ver eso con el arzobispo?! —exclamó el buen hombre sorprendido.

—Mi amigo Rojas, que es bachiller en Leyes y ha sido pesquisidor real, tiene la fundada sospecha de que pudiera estar implicado de alguna manera en su asesinato —dejó caer el maestro.

El canónigo permaneció callado, frotándose la barbilla, como si antes de hablar tuviera que asimilar bien las palabras del maestro Nebrija.

—Eso que decís es muy grave —indicó por fin—, aunque os confieso que, en el fondo, no me sorprende del todo, pues de sobra sé cómo se las gasta el arzobispo. Si yo os contara lo que llegué a ver y oír durante el poco tiempo en que estuve bajo sus órdenes... Recuerdo, por otro lado, que cuando don Felipe trató de apartarlo del cargo de inquisidor general y

mandó paralizar todos los procesos que estaban en marcha, Diego de Deza estaba que se subía por las paredes y no paraba de clamar contra el rey, al que él consideraba un usurpador, dicho sea de paso. Así que tampoco me extrañaría que hubiera hecho lo que decís. ¿Tenéis alguna prueba? —añadió el canónigo dirigiéndose a Rojas.

—Eso es precisamente lo que andamos buscando —reconoció este.

—Me temo que os va a ser muy difícil dar con algo, pues es muy cuidadoso —lo previno el canónigo.

—Suponiendo que mis sospechas sean ciertas, ¿con quién pensáis que puede haber contado en este caso para hacerlo? —inquirió el pesquisidor.

El viejo amigo de Nebrija se quedó pensativo y con el ceño fruncido durante un rato tratando de contener sus emociones, provocadas por lo que acababa de conocer.

—Si alguien sabe algo sobre ese asunto, ese es su secretario y hombre de confianza. Se llama Manuel Álvarez y es canónigo del cabildo catedralicio, como yo —informó por fin—. Tiene fama de hacer con mucha diligencia todo lo que le ordena el inquisidor general, por ilícito que sea, y es muy probable que estuviera en la corte, con algún pretexto, cuando murió el rey, pues siempre anda de acá para allá haciendo encargos o llevando recados. Aunque lo más probable es que sobornara a alguien del entorno del rey para llevar a cabo la fechoría.

—Eso me temo. ¿Dónde podríamos encontrarlo? —quiso saber Rojas.

—Cuando está en Sevilla, confiesa en la catedral, junto a la capilla de la Virgen de la Antigua, a primera hora de la mañana. Lo reconoceréis fácilmente, pues es un hombre corpulento y poco agraciado. Pero tened mucho cuidado con él, podría ser muy peligroso, y más si se siente amenazado. Es capaz de cualquier cosa, lamento tener que decirlo —insistió el canónigo.

Al día siguiente, Rojas y Nebrija se dejaron caer por la catedral en busca del secretario de Deza. Cuando llegaron a la capilla, Manuel Álvarez se encontraba ya en su puesto, así que no les quedó más remedio que aguardar a que terminara de atender a sus feligreses, sentados en uno de los bancos cercanos. La última en acudir al confesionario fue una anciana a la que le costó Dios y ayuda arrodillarse en uno de los laterales, frente a la celosía. Luego la oyeron bisbisear durante un rato que a ellos les pareció interminable, como si la buena mujer estuviera dándole cuenta al canónigo de todos los pecados del mundo o fueran muchos sus escrúpulos de conciencia. Una vez concluyó, le llevó tiempo incorporarse y ponerse de nuevo en marcha.

—Se me ocurre una idea —comentó Rojas de repente—. ¿Qué os parece si voy a confesar con él, a ver si le saco algo?

—¿Estáis seguro de lo que vais a hacer? Ya oísteis lo que dijo mi amigo el canónigo —le recordó Nebrija.

—No creo que vaya a pasarme nada dentro de la catedral, pues estamos en sagrado —argumentó el pesquisidor—. En todo caso, esperadme fuera por si hay que salir corriendo.

Tan pronto se fue su amigo, Rojas se dirigió al confesionario y se puso de rodillas. La celosía era tan tupida que apenas podía ver el rostro del secretario del arzobispo. Después de las palabras rituales, este le preguntó cuánto tiempo hacía que no se confesaba.

—Tanto que ya casi no me acuerdo, como de muchos de mis pecados —indicó Rojas con naturalidad.

—Eso, hijo mío, es una gran temeridad. Imaginad que, de repente, morís sin estar en gracia de Dios... —le advirtió el secretario del arzobispo.

—¿Os referís por casualidad a una muerte violenta e inesperada? —lo interrumpió Rojas.

—O repentina y natural, eso ahora es lo de menos —puntualizó el sacerdote—. Lo importante es que iríais derecho al infierno. Espero que al

menos vuestros pecados sean leves.

—De todo ahí en la viña... Confieso, por ejemplo, haber fornicado repetidas veces con una mujer con la que no estaba casado.

—Ese es un pecado grave, hijo mío.

—¿Tan grave, padre, como instigar para matar a otra persona? —inquirió Rojas con intención.

—Por supuesto, no tanto.

—¿Y si la víctima fuera el rey?

—No os entiendo, ¿qué queréis decir? —preguntó el secretario del arzobispo con tono suspicaz.

—Creo que vos lo sabéis muy bien.

—¿Y por qué habría yo de saber tal cosa? —demandó el canónico.

—¿Acaso tengo que decíroslo?

—¿Quién sois? ¿Habéis venido a burlaros de mí? —exclamó el confesor escamado—. Porque si es así...

—Digamos que soy la voz de vuestra conciencia.

—¿Y qué es lo que queréis de mí?

—Que confeséis vuestro horrendo crimen.

—¿A qué crimen os referís?

—Al que cometisteis en nombre de su excelencia reverendísima —dejó caer el pesquisidor.

—Eso que insinuáis es una grave calumnia y os aseguro, por lo más sagrado, que la vais a pagar muy cara —amenazó el secretario del arzobispo incorporándose, lo que hizo crujir la madera del confesionario.

Al ver lo que se le venía encima, Rojas se puso en pie y se dirigió raudo hacia la salida más próxima. Una vez fuera, le gritó a Nebrija que corriera todo lo pudiera. Parecían dos rapazuelos que acabaran de hacer una travesura. Al final se escondieron en unos soportales, junto a una tienda en la que se vendía toda clase de zapatos. Al poco rato, vieron aparecer a su perseguidor por un extremo de la calle. Era, en efecto, un individuo



corpulento y de gran envergadura, y parecía muy ofuscado, como un jabalí al que hubieran herido, y bastante preocupado. Después de echar un vistazo aquí y allá, decidió rendirse y abandonar la búsqueda. Pero en lugar de regresar a la catedral, se dirigió a toda prisa al palacio del arzobispo, a buen seguro que para dar cuenta de lo sucedido.

Los dos amigos esperaron fuera. Por suerte, el secretario del arzobispo no tardó en volver a salir. Parecía bastante alterado, pues andaba a grandes zancadas y sin fijarse por dónde caminaba. Después de recorrer varias callejuelas, llegó al Arenal y entró en una taberna. Rojas y Nebrija se escondieron en una casa en ruinas que había enfrente, desde donde podían observar sin ser vistos. Al poco rato, Manuel Álvarez salió con un jaque de muy mala catadura, de esos que eran capaces de darle un susto a alguien o dejarlo medio muerto en una esquina por unas cuantas monedas. Tras comprobar que no había nadie cerca, el canónigo le dio algunas instrucciones y le entregó una pequeña bolsa.

—Me temo que todo esto confirma que mis sospechas eran ciertas —apuntó el pesquisidor en voz baja.

—¿Por qué lo decís?

—Porque con mis insidiosas preguntas en el confesionario he puesto en alerta al arzobispo y este debe de haberle ordenado a su hombre de confianza que contrate a un matón de tres al cuarto con el fin de que nos busque y nos haga algo —conjeturó Rojas.

—¿A nosotros?!

—¿A quiénes si no?

—¿Y por qué se habrá imaginado que hemos sido nosotros?

—Porque sabe que estamos aquí. Me temo que he ido demasiado lejos. Tenía que haber sido más discreto —comentó el pesquisidor compungido.

—No debisteis provocarlo en el confesionario —le reprochó Nebrija.

—No se me ocurrió mejor manera de sonsacarle algo —argumentó el pesquisidor—. En todo caso, es posible que el arzobispo ya tuviera noticia

de mis sospechas. Tal vez el rey le haya insinuado alguna cosa y él haya atado cabos. Así que es muy probable que, como vos pensabais, fuera Diego de Deza el que mandó a los dos hombres que nos atacaron cerca de Santa Olalla, aunque por motivos diferentes a los que imaginabais.

—¿Y qué vamos a hacer? —inquirió Nebrija muy asustado.

—Estar atentos y, si llega el caso, tratar de defendernos. Lo malo es que, si por ventura el jaque no logra acabar con nosotros, el arzobispo querrá asegurarse de que no salgamos vivos del castillo de San Jorge —auguró el pesquisidor.

—Os ruego, por el amor de Dios, no mentéis el castillo ahora. Ya bastante tenemos de lo que preocuparnos —constató Nebrija.

## XIX

Al día siguiente decidieron alejarse de la ciudad de Sevilla y de sus peligros y asechanzas durante unas horas, así que aprovecharon para visitar algunos lugares de los alrededores, como las ruinas de Itálica, llamadas por algunos Sevilla la Vieja. Situadas a poco más de una legua de donde se alojaban, allí lograron olvidarse por un tiempo del motivo de su estancia en la ciudad hispalense y de las amenazas que pendían sobre ellos. Los restos del glorioso pasado eran lo único que podía distraer a Nebrija en esos momentos.

—Por lo que sé, esta fue la primera ciudad romana fundada en Hispania —le explicó a Rojas—, y aquí nacieron importantes emperadores: nada menos que Trajano y Adriano. Cada vez que contemplo este sitio y camino por sus despojos me entran ganas de llorar. Esto no es un lugar, es el interior de mi alma. Aquí había un teatro, un anfiteatro, varios templos y edificios públicos, murallas, termas, acueductos... Con sus piedras y mármoles se han construido luego tumbas, casas y algún que otro palacio en Sevilla, como quien escribe un libro en romance con citas de obras latinas —añadió con cierta pedantería.

—¿No lo diréis por mí? —bromeó Rojas.

—Vos habéis dignificado con vuestra *Tragicomedia* nuestra lengua vernácula, de sobra lo sabéis —puntualizó Nebrija.

—Viniendo de vos, eso es un gran elogio —reconoció el pesquisidor.

—El caso es que, después de visitar estos vestigios, me siento como un exiliado en el tiempo, como alguien que, por error o para su castigo, vino a

nacer en una época que no es la suya, como un ciudadano romano obligado a vivir en un país bárbaro. De ahí mi rechazo de lo presente y mi querencia por la Antigüedad.

—Entiendo bien lo que decís.

—Entonces comprenderéis mi desazón.

Cuando se disponían a regresar a Sevilla, vieron al jaque del Arenal merodeando por allí, por lo que imaginaron que andaba en su busca tras haber averiguado en la posada dónde se encontraban, pues nadie más que el dueño de esta lo sabía. De modo que trataron de esconderse entre los restos de las termas llamadas mayores, en la *nova urbs*. A ellas se accedía a través de una escalinata que daba paso a un gran vestíbulo; tras este se hallaba una piscina con las paredes y los suelos revestidos en su momento de mármol blanco, del que ya solo quedaba alguna pequeña muestra.

—Tened cuidado de no tropezar, el suelo de este lugar es muy traicionero —advirtió Nebrija.

—Veo que estáis muy familiarizado con este sitio.

—De algo tenía que valer ser un experto en ruinas como yo.

Al cabo del rato apareció de nuevo el jaque, que empezó a buscar a un lado y a otro, muy inquieto y preocupado por haberlos perdido de vista. Nebrija le indicó con gestos a Rojas que debían internarse más en el recinto a fin de no ser descubiertos. Después de atravesar varias salas, se adentraron en uno de los hornos que antaño habían servido para calentar el agua de los baños y se pegaron a una de las paredes. Desde la boca de este, el maestro lanzó con fuerza un ladrillo al lado opuesto para distraer al jaque, que raudo se dirigió hacia allí. Mas de pronto desapareció, como si se lo hubiera tragado la tierra. Rojas y Nebrija se acercaron al lugar por donde había caído y vieron que se trataba de un agujero que conducía a una especie de depósito de agua de gran altura. El pesquisidor se asomó y gritó varias veces para llamar la atención del accidentado. Pero este no contestó.

—Venid, conozco un pasadizo que conduce al fondo del depósito —le comunicó Nebrija.

El acceso estaba detrás de un montón de piedras y cascotes. Luego tuvieron que ir agachados por una galería llena de escombros hasta llegar al lugar en el que yacía el jaque. En el estanque entraba algo de luz por unos boquetes que había en lo alto. Tras examinar el cuerpo con cuidado, constataron que no respiraba ni tenía pulso.

—¿Vos sabíais de la existencia de ese agujero? —preguntó Rojas señalando aquel por el que el hombre había caído.

—Tenía noticia de que había trampas, pero ignoraba el lugar exacto en el que estas se encuentran. Tampoco imaginaba que pudieran ser mortales —contestó el maestro Nebrija con tono enigmático.

Cuando regresaron a Sevilla, dieron cuenta a los alguaciles del concejo del hallazgo del cadáver sin entrar en muchos detalles, como si hubiera sido algo casual. En la posada no le dijeron nada al dueño, a pesar de ser persona de confianza. Él, por su parte, le entregó a Nebrija una carta del Santo Oficio, que el maestro leyó con mucha inquietud. En ella se le instaba a que compareciera a la mañana siguiente a primera hora en el tribunal de Sevilla, acompañado de su abogado, para dar inicio al proceso. Esa noche Nebrija apenas pudo dormir. Tan pronto cerraba los ojos, se le aparecía Diego de Deza con una antorcha en una mano, impaciente por prender la hoguera en la que se amontonaban todas sus obras. De modo que se levantó cansado y con el ánimo muy decaído. Por el camino, Rojas trató de confortarlo con palabras de ánimo. Pero todo fue inútil. De sobra se veía que él también estaba preocupado. Mientras cruzaban el puente de Barcas que conducía a Triana, el maestro no dejaba de mirar hacia el río, que bajaba sucio y revuelto, como su destino. El día, además, estaba frío y lluvioso, algo no muy usual en Sevilla.

Una vez dentro del castillo, el escribano tomó nota de su llegada y un fámulo los condujo por un laberinto de escaleras y pasillos a una especie de sala de espera con olor a moho y con las paredes llenas de desconchones y humedades, donde aguardaron en silencio, al tiempo que aumentaba su zozobra. Al cabo de un rato fueron a buscarlos dos oficiales para llevarlos a la sala en la que iba a tener lugar la audiencia. Esta era grande y oscura. En uno de los lados había una especie de estrado de madera medio carcomido. En ese momento se abrió una puerta que había al fondo y entraron en silencio los diferentes miembros del tribunal. Este estaba presidido por el inquisidor general, cuyo sitio se encontraba en un nivel más elevado que el de los demás. A un lado estaba el promotor fiscal y, junto a él, los consultores: un teólogo y un jurista; los dos eran frailes dominicos y se suponía que expertos en dogma y herejía. En el otro se situaban el secretario del tribunal y un escribano, con la función de levantar acta de todo lo que allí se dijera. El primero les indicó con la mano que se situaran en un banco que había frente al presidente. Esto hizo que a Nebrija el corazón se le desbocara. Rojas rozó con su mano el brazo de su amigo para infundirle ánimo.

Diego de Deza era un hombre corpulento, de nariz recta, frente despejada y mirada despierta y penetrante. Tenía un aspecto tan severo y altivo que a Nebrija se le antojó el príncipe de las tinieblas. Su edad era muy pareja a la del maestro de Gramática, tal vez algún año más. En los mentideros de la ciudad se decía que era de familia conversa, pero ninguno de sus enemigos había logrado probarlo, y tal vez por ello fuera tan quisquilloso e intransigente en materia religiosa, como sucedía con muchos cristianos nuevos. Entre otras cosas, había sido prior del convento de San Esteban y catedrático de Prima de Teología en el Estudio de Salamanca. El prestigio alcanzado en este lo había llevado a convertirse en el preceptor del heredero de los Reyes Católicos, el príncipe don Juan. Esta había sido su principal dedicación durante casi una década, hasta que, como recompensa

por sus buenos servicios, fue nombrado sucesivamente obispo de Zamora, de Salamanca, de Jaén, de Palencia y arzobispo de Sevilla, así como inquisidor general desde hacía ocho años. Aunque hacía ostentación de modales suaves y una actitud aparentemente dialogante y flexible, no dudaba en recurrir a la intriga para conseguir sus propósitos, pues era tan inteligente como ambicioso y tan astuto como mezquino.

Por lo que el pesquisidor había averiguado, en el tribunal de Sevilla algunos delitos de herejía eran competencia directa del inquisidor general, ya que era él el que había recibido plenos poderes del papa sobre ese particular asunto. En tales casos, Diego de Deza solía dirigir el proceso con mano férrea y mostrarse muy riguroso en los procedimientos. No en vano, durante su mandato había establecido nuevos supuestos de delito y ordenado el uso generalizado del *Directorium Inquisitorum* o *Manual de inquisidores*, escrito por Nicolás Eymeric, que él aplicaba a rajatabla, incluso en lo referido al tormento, utilizado como el medio de prueba más aconsejado para averiguar la verdad.

El arzobispo miró a Nebrija con indiferencia, pero fingió sorprenderse al ver que su abogado defensor no era otro que su antiguo protegido Fernando de Rojas. Después le hizo un gesto con la mano para que se acercara al estrado.

—¿Se puede saber qué hacéis vos aquí? —le preguntó en voz baja.

—He venido para defender a mi cliente.

—De quien, sin duda, sois amigo.

—Amigo y discípulo, como también lo fui de vuestra excelencia reverendísima —le recordó Rojas.

—¿Acaso ya no lo sois? ¿Tan pronto habéis olvidado los favores recibidos? —inquirió el arzobispo con suspicacia.

—No quería decir eso, ni mucho menos. Sabéis de sobra que estaré siempre en deuda con vos. Una cosa no quita la otra.

—¿Estáis ahora intentando sobornarme o congraciaros de nuevo conmigo? —planteó el inquisidor general.

—Lo que trato de expresar es que mi relación previa con el encausado no me invalida como abogado, ya que no tengo ningún interés en la causa ni nada que ver con ella —puntualizó Rojas con firmeza.

—Por vuestro bien, eso espero, como también espero que no tratéis de usar conmigo ninguna clase de cavilaciones ni dilaciones maliciosas, de esas que se emplean en los tribunales ordinarios. Como ya sabréis, aquí las cosas son muy diferentes, de modo que no intervendréis hasta que se os solicite. Y os advierto que voy a estar muy vigilante con vos. Podéis volver a vuestro sitio —le ordenó con un gesto displicente el inquisidor general.

Rojas se situó de nuevo junto a Nebrija, que lo miró con semblante interrogante y algo preocupado. Pero aquel le dijo de forma discreta que se tranquilizara, que todo estaba en orden.

—En el nombre de Dios Todopoderoso, del Hijo y del Espíritu Santo, damos comienzo a esta sesión secreta —anunció el arzobispo de pronto con voz solemne—. El objeto de la misma es la obra *Annotationes quinquaginta in Sacras Litteras*, de la que es autor Antonio de Lebrija, aquí presente.

A diferencia de los jueces ordinarios, que solían mediar entre las partes contrarias, esto es, entre el acusado y el fiscal, los inquisitoriales ejercían más bien de acusadores, para lo que disponían de un poder muy amplio y discrecional, lo que ya de por sí suponía un enorme y temible arbitrio judicial. No obstante, para guardar mejor las apariencias, el presidente le concedió al principio la palabra al promotor fiscal, un hombre de cuerpo enteco y rostro macilento que comenzó a leer con voz cansina el acta acusatoria:

—Comparezco ante vuestra excelencia reverendísima y los demás inquisidores aquí presentes como promotor fiscal de este Santo Oficio en la mejor forma que en derecho haya lugar y, tenidas en cuenta las debidas solemnidades, presento la sumaria contra el mencionado Antonio de



Lebrija, natural de esta localidad, en la diócesis de Sevilla, y vecino de la ciudad de Salamanca, donde ejerce como catedrático de Gramática del Estudio...

Mientras el fiscal hablaba, el inquisidor general lo observaba todo con mirada fría y distante, como el ave de presa que aguarda en lo alto el momento más favorable para lanzarse por sorpresa sobre su víctima. Por último, el otro expuso cuáles eran las principales acusaciones, que iban en la misma línea que el informe que en su momento se le había enviado al procesado:

—Enterado este tribunal de que el reo, sustentando la opinión de que nuestra Biblia latina estaba en muchos pasajes corrupta, decidió por su cuenta y riesgo hacer las correspondientes enmiendas sin tener en cuenta que tales correcciones podrían poner en peligro la verdad de nuestra fe católica y la integridad de los textos sagrados. Examinada la cuestión por los consultores, aquí presentes, se acusa al reo, en primer lugar, de impiedad, por haberse atrevido, siendo ignorante de las Sagradas Escrituras, a ocuparse de una materia en la que es por completo lego con la única ayuda de sus conocimientos gramaticales. Y a ello hay que añadir la calificación de temerario, sacrílego y falsario, dado que toda mudanza en el texto sagrado debe hacerse no alegremente y por cualquiera, sino en concilio ecuménico y con la aquiescencia explícita del papa o de la autoridad eclesiástica para ello delegada. Asimismo, debe imputársele al reo el delito de escándalo, debido a su trato con los judeoconvertos, cuyo acceso a las fuentes hebreas del Antiguo Testamento los hace sospechosos no solo de criptojudasismo, sino también de corromper intencionadamente sus propias biblias para borrar toda mención profética a Jesucristo —añadió el promotor fiscal con cierta vehemencia para finalizar.

—Hechas las acusaciones, ¿tenéis algo que alegar? —le preguntó entonces el arzobispo a Nebrija con tono seco y gesto arrogante—. Os

recuerdo que podéis contestar de palabra o, en el plazo de varios días, por escrito.

—Si os parece, lo haré de palabra a lo largo de la sesión —anunció el maestro tras ponerse en pie—. Pero, en este momento, me place atestiguar mi pensamiento con estas palabras. Todo aquello que haya dicho o escrito en el pasado, o lo que vaya a decir o escribir a partir de ahora en adelante, lo someteré a la corrección, examen, aprobación y reprobación, si fuera necesario, de la clementísima censura de la santa Iglesia romana y, además, al juicio de los más sabios maestros en la sagrada teología y de todos quienes profesan, no importa dónde, las artes liberales —añadió con ánimo sereno y un punto de desafío.

—Este santo tribunal ya observará sobre ese extremo lo que sea oportuno. Y vos, como abogado suyo, ¿queréis comentar algo? —le preguntó su excelencia reverendísima a Rojas.

—En primer lugar —empezó a decir este—, solicitamos que se concreten más las acusaciones que pesan sobre mi cliente para que pueda defenderse de forma adecuada, ya sea refutándolas o negándolas sin más. Asimismo, deseamos dejar abierta la posibilidad de proponer nuestros propios testigos si los consideráramos necesarios. Por último, estimamos que este tribunal está movido por el ardor de una censura que pretende no tanto aprobar o desaprobar una obra determinada como apartar a su autor del desempeño de su trabajo como gramático. En cuanto a su presidente, creemos que hay motivos de enemistad manifiesta y animadversión muy grave contra mi cliente, que vienen, si no estoy mal informado, de la época en la que su excelencia reverendísima y el maestro Nebrija eran catedráticos y claustrales en el Estudio salmantino y hubo entre ellos ciertas fricciones o desavenencias. Por esta razón, proponemos a Francisco Jiménez de Cisneros, a quien ya hemos enviado el informe presentado por los calificadores, como *editicius iudex* o juez designado por nuestra parte para resolver esta cuestión —señaló con voz segura y llena de convicción.

El inquisidor general se revolvió sobre su asiento con gesto de impaciencia y mirada poco amistosa.

—¿Acaso me estáis recusando como juez de este tribunal? —preguntó con tono desabrido.

—Lo único que buscamos es uno que sea más imparcial —argumentó Rojas como si fuera una obviedad.

—Pues sabed que, mientras el papa no diga lo contrario y yo continúe como inquisidor general, seguiré siendo el juez de este caso, mal que os pese, pues conozco bien el asunto —proclamó el arzobispo con firmeza y algo dolido por la propuesta de su antiguo protegido—. Y, a partir de ahora, os aconsejo que intervengáis solo lo indispensable si no queréis convertir os en acusado en este proceso.

Dicho esto, dio comienzo el interrogatorio al reo. De entrada, le hicieron una serie de preguntas personales acerca de sus antepasados: su oficio, lugar de residencia, estado civil y antecedentes de los mismos. Esto último era muy importante para los inquisidores, ya que por sus referencias familiares podían llegar a saber si era o descendía de judíos, moros o penitenciados en el pasado por el Santo Oficio, y así acumular más pruebas o antecedentes que pudieran servir para determinar la culpabilidad del encausado. Nebrija contestó a todo tranquilo y orgulloso, sin flaquear ni titubear en ningún momento.

Tras ello los inquisidores se centraron en cuestiones de índole religiosa, como su bautismo, confirmación y la observancia de los ritos cristianos. A todo esto el maestro Nebrija contestó con sinceridad y tranquilidad, pues, a este respecto, no tenía nada que ocultar.

Después fue el turno del arzobispo, quien empezó por fin a preguntarle al procesado por el texto en cuestión, que supuestamente era la causa que los había conducido hasta allí.

—De entrada, nos gustaría saber dónde está la copia del escrito que todavía obra en vuestro poder —indicó su excelencia reverendísima.

—¿A qué escrito os referís?

—Al que os incauté en Zalamea de la Serena, el mismo que, según nuestros informes, pensabais dar ahora a la imprenta en Salamanca. ¿O es que hay algún otro de contenido sospechoso? —inquirió Diego de Deza con suspicacia.

—En absoluto —rechazó el catedrático—. Ya os dije por carta que unos facinerosos lo robaron de la imprenta de Juan de Porras, donde estaba depositado.

—¿Tenéis alguna prueba de ello?

—Podéis preguntarle, si no me creéis, al impresor.

—Tal vez lo hayáis escondido en alguna parte o se lo hayáis entregado a alguien —indicó el arzobispo.

—¿Tiene vuestra excelencia reverendísima alguna prueba de ello? —replicó Nebrija con aire retador.

El inquisidor general lo miró de soslayo y con un gesto muy poco amistoso, como si tratara de intimidar al acusado.

—Os recuerdo que en su día me mentisteis cuando me dijisteis que no había ninguna copia más. Así que, como comprenderéis, no me resulta fácil creer ahora —le hizo saber el arzobispo.

—Entonces, ¿por qué no me reveláis lo que tengo que declarar y así acabamos antes? —señaló Nebrija.

—Basta con que confeséis la verdad, y para ello no hace falta demasiada elocuencia —indicó Deza.

—¿Y por qué estáis tan seguro de que existe tal copia? ¿Acaso la habéis visto vos? —inquirió Nebrija con tono suspicaz.

—Lo sé por una denuncia.

Nebrija lo observó con interés.

—¿Podéis decirme de quién?

—Como ya os habrá informado vuestro abogado, las delaciones aquí son secretas —le recordó el inquisidor general.

—En todo caso, la copia está desaparecida. Vuestro informante debería habérselo contado también, y hasta es posible que sepa quién la tiene o dónde está —dejó caer Nebrija.

—¿Qué insinuáis?

—Que a lo mejor fue él el que me la robó y luego, para tratar de encubrirlo, me denunció.

—Además de insensato y absurdo, eso que decís es una gravísima calumnia contra un buen cristiano y una persona honorable —señaló el inquisidor general con tono airado.

—Su denuncia sí que es una calumnia contra mí. ¿Es que acaso soy yo menos honorable o peor cristiano?

—Dejemos ahora el paradero de la copia —ordenó el arzobispo para cambiar de derrotero—. Lo más importante es que os había prohibido, de forma explícita, que lo publicarais hasta que fuera visto y examinado por teólogos y canonistas de mi confianza.

Nebrija se rascó la nuca antes de contestar.

—Lo recuerdo muy bien. Pero, como vuestra excelencia reverendísima no volvió a decirme nada al respecto, pensé que no había ningún problema con dar a conocer la obra en cuestión, ya que, si lo hubiera habido, supongo que enseguida me lo habríais dicho —argumentó el catedrático.

—Si no volví a hablaros de ella, fue en la confianza de que no había más copias —se justificó el arzobispo—. Por eso, al enterarme de que teníais intención de darla a la imprenta, me vi obligado a reclamárosla y, al no recibirla, a incoar este proceso una vez recabado el informe preceptivo de los calificadores. Si vos no hubierais mostrado intención de divulgarla o hubierais sido más diligente en cumplir mi mandato, yo no habría intervenido y nada de esto habría ocurrido.

—Lo que me maravilla es que os hayáis enterado de cuáles eran mis deseos con respecto a la obra —comentó Nebrija con tono capcioso.

—La Inquisición tiene ojos y oídos en todas partes —se apresuró a decir el inquisidor general.

—Pues, con más motivo, vuestra excelencia reverendísima debería saber dónde está la copia de marras, ¿no os parece?

—Y lo sabíamos, así como que queríais darla a la imprenta —contestó el arzobispo con suficiencia—. Por eso os pedí que me la enviarais y no la publicarais.

—Puede que sea como decís —concedió Nebrija—. Pero resulta que tan solo el dueño de la imprenta estaba al corriente de ello. ¿Significa eso que ha sido Juan de Porras el que me ha denunciado? —preguntó de repente.

Tan pronto Rojas oyó el nombre del impresor, dio un respingo, pues hasta entonces no se le había pasado por la cabeza que este pudiera ser el denunciante, pero enseguida le pareció una suposición muy razonable por parte de Nebrija, aunque aparentemente tal delación fuera en contra de los intereses del propio Juan de Porras. Seguro que había optado por sacrificar a su amigo para salvarse él.

—Ya os comenté que esa información es secreta —le recordó a Nebrija el arzobispo—. De todas formas, lo que sobran en estos tiempos son delatores. El miedo al castigo y a la excomunión obra milagros y hace que la gente se vaya de la lengua con mucha facilidad. Por otro lado, las imprentas son para nosotros objeto de atención prioritaria, puesto que en ellas suele ocultarse el Diablo, y nuestra obligación es estar enterados no solo de lo que se publica, sino de lo que los autores, libreros e impresores tienen intención de publicar para que, en caso necesario, tratemos de impedir que eso suceda, pues luego podría ser demasiado tarde. De modo que no os asombre que estuviera bien informado. No quiero parecer presuntuoso, pero a mí no se me escapa nada.

—Ya comprendo —señaló Nebrija con un deje de ironía.

—Ahora haremos un receso para comer y esta tarde continuaremos con las acusaciones —ordenó el inquisidor general, no muy satisfecho con el

resultado del interrogatorio.

Nebrija y Rojas abandonaron la sala a buen paso y en silencio. Cuando salieron al patio, vieron a varios oficiales alimentando una hoguera que habían hecho en mitad del patio con toda clase de libros y papeles. El maestro trató de no mirar para no disgustarse, pero con el rabillo del ojo descubrió que uno de los ejemplares era nada menos que de su admirado Cicerón y, sin pensárselo dos veces, se lanzó a rescatarlo al tiempo que decía:

—Pero ¡¿qué hacéis, desgraciados?! ¿Es que no veis que estáis cometiendo un grave sacrilegio? ¿Cómo se os ocurre dar al fuego lo que con tanto esfuerzo escribieron sus autores y con tanto placer y provecho leemos algunos?

—Sabed que son libros que le hemos confiscado a un detenido —le informó uno de los oficiales con tono desabrido.

—¿Y qué culpa tiene el pobre Cicerón de los pecados de su dueño? —replicó el catedrático.

—Los libros son precisamente los responsables de que su propietario sea un hereje redomado, de modo que devolved ese ejemplar al fuego y apartaos de aquí noramala si no queréis que os arrojemos a vos con él. Así podréis hacer compañía a esas malditas obras, que no son más que ponzoña para el alma —le advirtió el oficial con gesto amenazante.

—Ya habéis oído —lo apremió Rojas con gran preocupación, pues no veía a Nebrija con muchas ganas de obedecer.

Así las cosas, el catedrático no tuvo más remedio que retornar el libro a las llamas con gran dolor de su corazón. Mientras observaba cómo ardía, notó un escalofrío que le recorrió la espalda.

—Me siento culpable por no haberlo salvado de la quema —le susurró al pesquisidor, muy compungido.

—Si no os andáis con más cuidado a partir de ahora, lo único que conseguiréis es que nos lleven a la hoguera o nos encarcelen a los dos —le

advirtió este—. Hacedlo al menos por mí, ya que parece que a vos no os importa.

—Pues claro que me importa, pero no he podido contenerme, es algo superior a mí. Cada vez que veo arder un libro es como si quemaran una parte de mí —se disculpó el maestro muy alterado.

—Os comprendo muy bien. Pero tendréis que sosegaros si no queréis que os quemen entero.

Tras abandonar el castillo de San Jorge, se fueron a comer a una taberna que había una vez pasado el altozano, entre el río y la iglesia de Santa Ana, frecuentada sobre todo por marineros. En ella comieron gazpacho, que era una mezcla de pan desmigado, aceite de oliva y vinagre; pescado frito y unos dulces con sabor a ajonjolí llamados pestiños, que a Nebrija le gustaban mucho y que consiguieron animarlo un poco y alegrar su semblante.

—Ahora que estáis más tranquilo, me gustaría hablaros del interrogatorio —se atrevió a plantear por fin Rojas.

—Yo creo que no ha ido mal del todo —se apresuró a decir Nebrija.

—Reconozco que podría haber sido peor. Pero os aconsejo que no seáis tan capcioso ni tan desafiante si no queréis predisponer al arzobispo contra vos —indicó el pesquisidor con tono reprobatorio.

—Si es por eso, hace ya tiempo que me tiene ganas, y por ello estoy aquí, de modo que de nada sirve disimular.

—Yo solo digo que seáis más prudente y os andéis con más cautela —insistió el pesquisidor.

—Está bien. Así lo haré —concedió Nebrija—. Hablando de otra cosa, ¿creéis que Juan de Porras puede haberme traicionado?

—No me extrañaría nada, dados sus antecedentes.

—Pero ¿por qué motivo? Yo siempre me he portado bien con él.



—Porque no es trigo limpio y tal vez quiera desviar la atención hacia vos por alguna razón —sugirió el pesquisidor—. Solo Dios sabe qué es lo que oculta o qué anda tramando. Por otra parte, habéis de tener en cuenta que todo el mundo está obligado a denunciar los actos y opiniones que supuestamente vayan en contra de la fe católica y, si alguien no lo hace, podría ser castigado con la excomunión. La coacción es tan grande que algunos llegan a denunciarse a sí mismos para tranquilizar su conciencia y obtener así un trato más benigno que si fueran delatados por otros, de modo que no os extrañe. De todas formas, no deberíais fiaros de lo que os diga o insinúe Diego de Deza, dado que es un mentiroso muy sibilino. Ya visteis cómo fingió que no sabía que yo era vuestro abogado.

—El caso es que, lo haya hecho o no, después del interrogatorio yo también he comenzado a creer que Juan de Porras no es lo que parece y que vos teníais razón —reconoció Nebrija—. Hasta he llegado a pensar que los ataques a la imprenta y la librería pudo organizarlos él mismo para dar cobertura a su delación.

—Eso lo veo muy rebuscado —apuntó Rojas con escepticismo.

—¿Y no os parece mucha casualidad que hayan coincidido con la incoación del proceso por parte de Diego de Deza?

—Eso es verdad. Pero recordad lo que dijo Guillermo de Ockham: «En igualdad de condiciones, la explicación más sencilla suele ser la más probable» —comentó el pesquisidor.

—Yo no niego que pueda ser la más probable, mas no por ello ha de ser necesariamente la verdadera —concluyó Nebrija por su parte.

—Tan solo digo que, según el filósofo franciscano, hay muchas probabilidades de que lo sea —replicó Rojas.

—Y según vos, ¿cuál sería, en este caso, la explicación más sencilla?

—Aún me faltan algunos datos, pero estoy seguro de que tiene que ver con los negocios de Juan de Porras.

—Puede que tengáis razón —admitió Nebrija tras pensarlo un poco.

En cuanto ingresaron de nuevo en el castillo de San Jorge, un fámulo los condujo a la sala, que aún no estaba abierta. Allí aguardaron pacientemente durante cerca de una hora, hasta que un oficial fue a avisarlos de que la sesión tendría lugar al día siguiente a primera hora, sin dar más explicaciones.

—¿Qué creéis que puede haber pasado? —le preguntó Nebrija al pesquisidor con tono preocupado.

—Tal vez sea una maniobra para amedrentarnos —sugirió este.

—O quizá su excelencia reverendísima se ha enterado de que ha muerto el jaque y debe de estar tramando qué hacer con nosotros —sugirió el catedrático.

—Si es así, pronto nos enteraremos o, al menos, eso espero —apuntó Rojas frunciendo el ceño.

Una vez en el patio, se vieron sorprendidos por una aparatosa tormenta, así que corrieron a refugiarse en la sala donde se tomaba nota de las entradas y salidas. Allí se extrañaron mucho de no ver a nadie. Buscaron en algunas dependencias cercanas, pero todas estaban vacías. De modo que empezaron a preocuparse, ya que no se podía abandonar la fortaleza sin la correspondiente autorización. Cada vez más apurados, se acercaron a la salida y descubrieron que la puerta estaba cerrada y junto a ella tampoco había nadie. Presas del pánico, se pusieron a golpearla y a pedir auxilio a voz en grito, hasta que, al cabo de un rato, apareció uno de los porteros sacudiéndose unas migas de la ropa.

—¿Os habéis vuelto locos? ¿Se puede saber qué demonios hacéis? —los increpó el hombre.

—Necesitamos irnos y el escribano no está en su sitio —explicó Nebrija de forma atropellada.

El hombre debió de reconocerlos y, sin preguntarles nada más, abrió la puerta y los dejó marchar. Tan pronto llegaron a la calle, Rojas y su

compañero respiraron con alivio y echaron a correr bajo la lluvia hacia el puente de Barcas, no fuera a ser que el portero se arrepintiera y saliera tras ellos.

## XX

Cuando a la mañana siguiente regresaron al castillo de San Jorge, observaron que en el interior había un gran revuelo. Por lo visto, se había producido un conato de revuelta por parte de algunos reos, sin duda favorecido por los rumores de que muy pronto llegaría de Roma el nombramiento de un inquisidor propio para la Corona de Aragón, con lo que Diego de Deza no tendría más remedio que abandonar de inmediato el cargo de inquisidor general para dejar paso a Francisco Jiménez de Cisneros, como, a buen seguro, querría don Fernando el Católico. Pero, en ese momento, el intento había sido ya sofocado y los participantes, conducidos de inmediato al tormento por algunos familiares del Santo Oficio.

En la sala del tribunal, sin embargo, todo parecía en orden y los inquisidores llegaron a la hora prevista. Como siempre, el último en entrar fue su excelencia reverendísima.

—En el nombre de Dios Todopoderoso, damos comienzo a esta nueva sesión secreta —proclamó nada más tomar posesión de su asiento—. En ella examinaremos los cargos contra Antonio de Lebrija, empezando por la acusación de impiedad, debido a las pretensiones del reo de enmendar la traducción latina de las Sagradas Escrituras sin estar capacitado para ello. ¿Tenéis algo que alegar? —preguntó con tono amenazante dirigiéndose al reo.

—Olvidáis que el maestro Nebrija estudió teología en Bolonia y fue clérigo antes que gramático, y que su único deseo ha sido poner su

disciplina al servicio de la Biblia —intervino Rojas con tranquilidad.

—Y eso es muy loable por su parte...

—Entonces, ¿por qué me queréis censurar? —inquirió Nebrija, muy digno y convencido de su inocencia.

—Me temo que sois vos quien se jacta de censurar y enmendarle la plana al Espíritu Santo.

—Dios me libre de tal presunción. Tengo claro que la Biblia la escribió el Espíritu Santo por boca de los apóstoles y profetas, pero los copistas, traductores e intérpretes de sus palabras son seres humanos y muy bien han podido equivocarse o cometer un desliz, no siempre por malicia, sino también por descuido o ignorancia. Mi intención ha sido tan solo restaurar el texto con el fin de que sea fiel a lo que dice el original, y lo he hecho de forma desinteresada, ya que, como dice Platón: «El hombre nace no tanto para preocuparse de sí mismo como para ayudar a los demás». Mis enmiendas, por otro lado, son filológicas, no teológicas —aclaró Nebrija con arrogancia.

—Sin embargo, es posible que vayan contra el dogma y la doctrina de la Iglesia católica, aunque vos no seáis consciente de ello —le recordó uno de los teólogos con suficiencia.

—Mi ortodoxia está más que probada y mi propósito no es otro que poner en claro la palabra de Dios —replicó Nebrija con cierta vehemencia—. «Los que me esclarecen obtendrán la vida eterna», leemos en el Eclesiastés, y eso es justamente lo que pretendo yo. De modo que los heterodoxos son más bien los que, sabiendo que algo está equivocado, se empeñan en mantener el error o leen solo aquello que quieren leer, sin importarles la verdad. Eso sí que es una herejía, y no solo contra la fe, sino también contra la razón y el sentido común —concluyó con firmeza, cada vez más seguro de sí mismo.

—Pero ¿a qué viene ese empecinamiento vuestro en enmendar el texto de las Sagradas Escrituras en lugar de dejarlo como está? —quiso saber el

teólogo con tono despectivo—. ¿Acaso os consideráis más papista que el papa?

—¡Dios no lo quiera! Sabed que la tarea que me he impuesto forma parte de un proyecto mucho más amplio que llevo desarrollando desde que en su día declaré la guerra a los maestros y catedráticos de todas las disciplinas del Estudio salmantino por no saber latín —le explicó Nebrija con presunción—. Confiado en el conocimiento de la gramática como única guía, mi idea es penetrar en todas las demás ciencias y disciplinas, pero no como un intruso o un infiltrado, sino como un centinela o un explorador, algo que ya hice con la medicina y el derecho civil, pues el canónico no me interesa, a menos que eventualmente se mencione en él algo de la Antigüedad. Y ahora, sin apartarme de ese objetivo, me dispongo a hacer lo mismo en el campo de las Sagradas Escrituras, comprometiéndome a no intentar nada que rebase los límites de mi competencia, mas sin descuidar nunca las reglas de la gramática, a las que cualquier texto, sin importar su origen, debe atenerse y someterse. Y es que nada está escrito en piedra, como suele decirse, esto es, para siempre.

—Vuestro proyecto, en principio, me parece digno de alabanza —reconoció su excelencia reverendísima—. Pero debo recordaros que todo tiene sus excepciones, pues, como dijo san Gregorio: «Las letras sagradas no están sujetas a las reglas de Donato», el que fuera su maestro de Gramática, como bien sabéis.

—San Gregorio fue sin duda un hombre admirable, pero ahí pecó de indulgente con los perezosos y los ignorantes, ya que solo podremos penetrar en el sentido último de las Escrituras y conocer con exactitud cuál es la voluntad y la ley de Dios si contamos con códigos depurados. Y es que, si no están debidamente corregidos, ¿cómo sabremos qué debemos creer o no creer?, ¿qué se nos manda o qué se nos prohíbe? Así lo expresa san Agustín en un pasaje del segundo libro de su obra *Sobre la doctrina cristiana*, que dice más o menos así: «Es de gran ayuda considerar

atentamente y examinar la variedad de traductores cotejando sus versiones, siempre que no haya en ellos falsedad. Porque conviene que el talento de quienes desean conocer las Divinas Escrituras se preocupe en primer lugar por revisar los códices, para que los no corregidos cedan su lugar a los ya enmendados» —indicó el catedrático con firmeza y naturalidad.

Rojas estaba admirado de ver que su amigo había recuperado del todo la calma y la capacidad de raciocinio habituales en él. De hecho, podría decirse que Nebrija ganaba en dignidad y compostura a medida que iba rebatiendo los argumentos y acusaciones de Diego de Deza. Pero eso también le preocupaba, pues esa actitud podría acabar sacando a este de sus casillas, con el peligro que ello suponía. De ahí que, de vez en cuando, carraspeará o hiciera algún gesto para llamar la atención del catedrático. Los demás inquisidores, mientras tanto, contemplaban la escena con estupor e indignación, pero sin atreverse a intervenir por miedo a salir trasquilados.

—¿Y cuál es, si puede saberse, el procedimiento que vos habéis empleado para llevar a cabo vuestras correcciones? —inquirió el arzobispo.

—El que nos enseña el propio san Agustín en el mencionado libro o san Jerónimo en todos los prólogos, epístolas, comentarios y demás obras suyas. Y, en definitiva, el que nos han enseñado todos los doctores antiguos y muy santos: que siempre que en el Nuevo Testamento se encuentre discrepancia entre los códices latinos, recurramos a los griegos; y cada vez que en el Viejo Testamento haya alguna diferencia entre los latinos, o entre los latinos y los griegos, busquemos la prueba de autenticidad en la fuente hebrea. Así lo resume de nuevo san Agustín: «Del mismo modo que la fidelidad del Antiguo Testamento hay que examinarla a partir de los libros de los hebreos, así la verdad del Nuevo requiere la norma de la lengua griega». En definitiva, lo que todos los entendidos preceptúan es que, en los casos de duda, siempre hay que recurrir a la lengua precedente, pues, al igual que el agua de un estanque o una laguna no es mejor que la que brota

de un manantial, tampoco puede suceder que una traducción o una copia sean mejores que el original.

—Bonita imagen, pero ¿podríais darme algún ejemplo concreto para que termine de entenderlo? —le demandó Diego de Deza, aparentemente interesado.

—Sirva de ello lo que dice Jesucristo en la traducción latina del Evangelio según San Mateo, capítulo 19, versículo 24: «*Facilius est camellum por foramen acus transire, quam divitem intrare in regnum coelorum*». «Es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja que el que un rico entre en el reino de los cielos». Pero resulta que en el original griego lo que dice es *kamilos*, con i breve, que significa soga o maroma, con lo que la comparación tiene mucho más sentido, y no *kamelos*, o sea, camello, que aquí no es más que un camelo, si se me permite el juego de palabras —añadió Nebrija con gesto de triunfo.

—Pero ¡qué más da un vocablo que otro si lo importante y sustancial no cambia! —objetó Diego de Deza con exasperación—. Tan imposible es enhebrar una soga en una aguja como que un camello pase por una puerta muy angosta o un paso muy estrecho entre montañas, pues seguramente eso es lo que significa la expresión «ojo de aguja» en el Nuevo Testamento.

—¡Os equivocáis! No da lo mismo —replicó el maestro Nebrija con vehemencia—. El hecho de que una soga no pueda enhebrarse en una aguja no admite discusión, pero el que un camello pueda pasar o no por una puerta angosta dependerá de la anchura de esta. De ahí que muchos consideren que Cristo dice ahí lo contrario de lo que en realidad quería decir, como cuando proclama poco antes, en el mismo Evangelio, que si no nos hacemos semejantes a los niños, no entraremos en el reino de los cielos. Y muchos teólogos han interpretado que lo que quiso decir es «príncipes» en lugar «niños», lo que, según ellos, justificaría el afán de enriquecimiento y de poder terrenal del que hacen gala los papas sin excepción y demás jerarquías eclesiásticas. Y es que la palabra lo es todo, y más en la Biblia.



Por eso son tan importantes los matices. No en vano Dios está en los detalles —sentenció.

—Os advierto que eso que aducís para justificaros suena un tanto blasfemo —le advirtió su excelencia reverendísima con gesto reprobatorio—. Es el Diablo el que está en los detalles, como es de todos sabido, y lo hace para confundirnos, como sin duda ha hecho con vos.

—Os aseguro que no ha sido el Diablo el que me ha llevado a buscar pruebas entre los textos más antiguos de las Sagradas Escrituras, sino san Agustín —puntualizó el maestro Nebrija sin amilanarse.

—Estoy seguro de que el santo de Hipona, cuando escribió las palabras que habéis citado antes, estaba pensando en la Iglesia primitiva, ya que en aquel tiempo los códices griegos y hebreos no estaban corrompidos, pero todos sabemos que, al crecer y expandirse el pueblo cristiano y surgir las primeras herejías por odio hacia ellos, los judíos y los griegos comenzaron a corromper sus propios ejemplares. De modo que estos se muestran mucho más adulterados que los latinos —argumentó, por su parte, el arzobispo.

—Con el debido respeto, debo argüir que, en mi opinión, no es creíble que los judíos hayan hecho tal cosa, dado que son mucho más cuidadosos que nosotros en la transcripción y revisión de sus libros, sobre todo los textos hebreos, pues, en su día, pasaron a un sistema numérico no solo todas las palabras del Antiguo Testamento, sino también las sílabas y las letras, una tarea en la que «ni una iota ni un ápice se les pasaría a ellos por alto», en palabras de Nuestro Señor Jesucristo. Sin embargo, en muchos códices latinos, especialmente en los más recientes, cada uno ha añadido o ha quitado lo que le ha parecido hasta enturbiar el sentido de todo un párrafo. Por eso hemos de buscar testimonios en la Antigüedad, que es lo que, por otra parte, hacen los teólogos cuando se trata de asuntos dudosos relacionados con el dogma. Y, si a ellos se les permite, ¿por qué no a mí?

—Ya os lo hemos dicho bien claro: porque vos no estáis preparado ni autorizado para ello, por mucha gramática que sepáis —le recordó el

inquisidor general con creciente impaciencia.

—Si es por eso, deberíais tener antes en cuenta que he sido nombrado maestro de artes liberales por autoridad de la sede apostólica, en virtud de la cual soy catedrático de Gramática en el Estudio salmantino con facultad para debatir, disertar, discernir y juzgar acerca de los asuntos concernientes a mi profesión. Y, si es verdad que la gramática ha de ponerse al servicio de las disciplinas superiores, también lo es que ella manda y domina sobre estas, ya que se ocupa de las palabras y del discurso, que son el principio y el cimiento de todo.

—No si eso va en contra de la exégesis bíblica —señaló el inquisidor general con tono de hastío.

—Lo que va en contra de la exégesis bíblica es el error y la ignorancia —repuso Nebrija con contundencia.

—¡Vuestra terquedad me saca de quicio! —exclamó el inquisidor general golpeando con rabia uno de los brazos de su sillón.

—¿Y qué me decís de vuestra porfía y obstinación en este caso? Por lo que veo, no os conformáis con imponerme una pena por lo que he hecho, también queréis que me arranque el órgano con el que he cometido la supuesta falta, aunque sea de forma simbólica —apuntó Nebrija con aire retador—. De modo que lo que en verdad deseáis no es tan solo que abjure y pida perdón, sino que me corte las manos y me muerda la lengua para que ya no pueda hablar ni escribir más...

—Creo que ya es suficiente por hoy —lo interrumpió el inquisidor general, que a punto estaba de perder los estribos—. Continuaremos con el proceso mañana a la misma hora. Podéis marcharos.

En el patio del castillo, varios familiares del Santo Oficio estaban cargando con gran diligencia algunos cadáveres en un carro, que luego cubrían con lienzos para que no se vieran. Debía de tratarse de los cabecillas de la

revuelta. Al verlos, el maestro Nebrija se detuvo para persignarse en señal de respeto y piedad.

—Caminad, no os paréis —le pidió Rojas en voz baja—. Se supone que nadie puede ser testigo de estas cosas, pues aquí todo es secreto.

—¿Y qué queréis que haga, que simule que no lo he visto y mire para otro lado? —protestó Nebrija.

—¿Acaso pretendéis ser vos el que vaya en ese carro? —replicó entonces el pesquisidor con dureza.

—Callad, no digáis eso.

—Pues eso es lo que pasará si no os andáis con más cuidado —le advirtió el pesquisidor.

—Lo tendré en cuenta —concedió Nebrija.

—Y otra cosa. Como sin duda recordaréis, ayer os dejé bien claro que deberíais adoptar una actitud un poco más humilde y menos agresiva en las respuestas —añadió el pesquisidor con tono de reproche.

—Vive Dios que lo he intentado, pero, en cuanto me pongo a hablar, no me resulta fácil contenerme —se justificó Nebrija.

—Ya lo imagino. No obstante, os ruego que seáis más cauteloso a partir de ahora. Tenemos que intentar que el proceso se prolongue todo lo posible con el fin de que Diego de Deza sea destituido antes de que pueda dictar sentencia, y vos no hacéis más que provocarlo —le recordó el pesquisidor.

—Estoy de acuerdo con vos.

—No quiero que me deis la razón. Lo que deseo es que me hagáis caso de una vez —replicó Rojas muy enfadado.

—Tenéis razón.

—¿Qué os he dicho?!

Los dos amigos volvieron a comer a la taberna del día anterior, que ese día estaba muy animada. El dueño les dijo que era jornada de cobro entre los

marineros y todos trataban de celebrarlo con alegría y abundancia, esto es, con mucho vino. Mientras esperaban a que les trajeran la comida, el maestro Nebrija los miraba con cierta envidia, preguntándose si de verdad merecía la pena la vida que él llevaba. Por suerte, enseguida les sirvieron un puchero andaluz y el catedrático y el pesquisidor recobraron el ánimo. Pero el gozo no duró mucho tiempo, pues al poco rato se sentó a su mesa el secretario del arzobispo, lo que les hizo dar un respingo.

—Ya veo que os cuidáis bien —dijo este a modo de saludo—. Aprovechad, que ya os queda poco —añadió con tono sibilino.

—¿Qué queréis? —le preguntó Rojas.

—Os he estado esperando toda la mañana en el confesionario y, al ver que no acudíais a visitarme, he decidido venir a buscaros —respondió el canónigo con tono burlón.

—Es que hoy no tengo nada que confesar. ¿Y vos? —replicó el pesquisidor aparentando tranquilidad.

—¿Estáis seguro? Según parece, los alguaciles del concejo encontraron el cadáver de un hombre entre las ruinas de las antiguas termas de Itálica —dejó caer el canónigo con cierta sorna.

—Supongo que os habrán dicho que fuimos nosotros los que les informamos —le recordó el pesquisidor—. Lo que no les dijimos fue que era un jaque que vos enviasteis para que nos matara o nos diera una lección.

—Tan solo lo mandé con el objeto de que os vigilara. Pero, al parecer, lo habéis asesinado, sabe Dios con qué argucias.

—No es cierto. Murió de forma accidental cuando nos perseguía entre las ruinas con las peores intenciones —intervino Nebrija.

—¿Y qué decís de los dos hombres que nos enviasteis para que nos atacaran cerca de Santa Olalla? —inquirió Rojas por su parte.

—Denunciadme si os atrevéis. Es la palabra de un converso y de un procesado por el Santo Oficio contra la del secretario del arzobispo de Sevilla —le recordó Manuel Álvarez poniéndose en pie—. Así que más os

vale que no volváis a buscarme las cosquillas con vuestras sospechas. La próxima vez buscaré a alguien que no falle —amenazó con tono serio.

—¿Como el que mandasteis para que asesinara al rey? —se atrevió a decir el pesquisidor con tono sibilino.

—No pienso tolerar por más tiempo vuestras insolencias —soltó el canónigo antes de irse muy enfadado.

Tan pronto desapareció el secretario del arzobispo, el pesquisidor descargó toda su ira dando un puñetazo en la mesa, lo que hizo que los demás clientes los miraran con desaprobación.

—Lo que nos faltaba —exclamó con gran enojo el pesquisidor—. Queríamos agarrar al inquisidor general y ahora es él el que nos tiene bien cogidos a nosotros. ¿No os resulta irónico?

—Pero todo lo ocurrido demuestra que vos estáis en lo cierto y Diego de Deza fue el instigador —concluyó Nebrija.

—¿Y de qué nos sirve saberlo si resulta que estamos en sus manos y no podemos hacer nada contra él? Ya habéis oído a su secretario —se lamentó el pesquisidor.

—Algo se nos ocurrirá.

—Como no sea rezar...

## XXI

Al día siguiente, la sesión comenzó con retraso. Cuando por fin entraron en la sala, el arzobispo y los demás inquisidores se mostraron bastante inquietos. No hacían más que mirar al techo con el semblante preocupado y las manos entrelazadas, como si estuvieran esperando con impaciencia una intervención divina que, por lo visto, no acababa de llegar.

—En el nombre de Dios Padre Todopoderoso, reanudamos el proceso por la causa abierta contra Antonio de Lebrija, acusado, entre otras cosas, de impiedad y escándalo. El reo tiene la palabra —recitó su excelencia reverendísima con desgana, pues parecía tener el pensamiento en otro sitio.

—Como os contaba ayer... —comenzó a decir el maestro Nebrija.

—No vamos a discutir ahora los muchos méritos que sin duda os adornan —lo interrumpió el arzobispo— o el verdadero alcance de vuestra disciplina, cosa que aquí carece de relevancia. Tan solo respondedme con claridad a esta pregunta: ¿por qué habríamos de hacer caso a un gramático en algo tan importante como las Sagradas Escrituras?

—Para que lo entendáis con más facilidad, os referiré una anécdota antigua. Se cuenta que Diógenes el Cínico, tras ser vendido como esclavo a Jeníades, empezó enseguida a darle consejos sobre la vida a su nuevo amo. Pero este no lo dejó continuar, ya que le parecía indigno recibir enseñanzas de alguien como él. «Si yo fuera médico y vos estuvieseis enfermo, ¿no me haríais caso para recobrar la salud? —le replicó entonces Diógenes—. Y si yo fuera experto en el arte de navegar y vos ignorante, ¿no me obedeceríais para llegar ambos a buen puerto sin naufragar?». Pues eso mismo que el

esclavo le contestó a su amo se lo hago saber yo, que soy maestro de la más insignificante disciplina, a cualquiera que me pregunte, aunque sea príncipe, rey, emperador o papa, pues casi todos ellos son ignorantes en cuestiones de gramática. En conclusión, debería atenderse no a quien habla, sino a lo que dice, y se ha de dar crédito en una materia a quien la domina, sea quien sea. No sé si me he explicado con suficiente claridad —señaló Nebrija con arrogancia.

Aquí Rojas tuvo que morderse la lengua y sujetarse la mano para no pedirle a su amigo que no siguiera por ese camino.

—En mi vida he visto a nadie tan soberbio y altanero como vos. Solo por ello deberíamos quemaros en la hoguera, a ver si así se os bajan los humos de una vez —lo amenazó el inquisidor general muy en serio, aunque sin querer hubiera hecho una broma bastante ingeniosa.

—Sin duda podréis destruirme a mí si tal es vuestro deseo, como, al parecer, hicisteis ayer con los responsables de la revuelta, pero jamás lograréis ocultar la verdad, ya que, de una manera u otra, más tarde o más temprano, esta acabará saliendo a la luz —proclamó Nebrija con vehemencia.

—Lo que vos llamáis verdad nosotros lo llamamos herejía —puntualizó el inquisidor general apretando los puños para contener su ira.

—Y lo que vos consideráis justicia yo lo considero atropello y arbitrariedad —indicó Nebrija por su parte.

—Eso debe de ser porque vos y yo hablamos diferentes lenguas y creemos en cosas muy distintas.

—Tal vez sea por ese motivo por lo que no entendéis la importancia de las palabras ni la naturaleza de mi trabajo —sugirió el maestro.

—Debe de ser eso —ironizó el arzobispo.

—Quisiera decirlo sin arrogancia: los asuntos de los que trato en mi obra nadie los puede dominar mejor que yo, pues les he dedicado muchos esfuerzos y vigilias. Por otra parte, debo insistir en que tan solo me ocupo

de enmendar los errores atribuibles a los copistas, así como de la adecuada traducción y comprensión de algunos vocablos de significado oscuro.

—Nadie está juzgando aquí vuestra valía y competencia como gramático o como estudioso.

—Entonces, ¿cómo es posible que me prohibáis hacer lo que san Agustín anima a que se haga? ¿Podrías explicarme qué clase de herejía hay en ocuparse de ello? —inquirió el maestro Nebrija tratando de mantener la calma—. Pues ni es herético el contenido ni tiene regusto de herejía ni cabe hablar de sospecha alguna de tal.

—Podéis llevarlo a cabo siempre y cuando vuestras enmiendas no alteren lo establecido por la tradición, pues puede suceder que, a partir del significado propuesto por los traductores, tanto si es verdadero como si está errado, ya los doctores hayan sacado otros sentidos figurados, bien sean místicos o morales, que se perderían si ahora cambiásemos, como pretendéis, la literalidad del texto —explicó el arzobispo con condescendencia.

—A eso os respondo que yo simplemente interpreto lo que dijo el Espíritu Santo, autor de las Sagradas Escrituras, y, por lo tanto, de ambos Testamentos, y lo hago a partir de sus propias palabras, apoyándome para ello en los mejores autores, a quienes los demás estudiosos que se han ocupado de esto no han leído ni por asomo. Y, si estos se equivocan, yo no tengo la culpa —se justificó el maestro Nebrija.

—¿Insinuáis que san Jerónimo cometió errores cuando tradujo la Biblia al latín? —inquirió su excelencia reverendísima con tono capcioso.

—Insisto en que fueron los copistas los que, por lo general, incurrieron en ellos y acabaron corrompiendo los textos, como podemos comprobar fácilmente si comparamos los códices más nuevos con los más antiguos, que son los que nos muestran qué es lo que nos dejó escrito san Jerónimo, que no es en absoluto responsable de lo que luego pusieron los copistas —aclaró Nebrija—. Si por entonces hubiera existido la imprenta, esto no



habría ocurrido, pues todas las copias dirían lo mismo y yo ahora tendría menos trabajo.

—Habláis de ella como si fuera la gran panacea y no un invento de Satanás —objetó el arzobispo.

—Y en cierto modo lo es, una panacea, quiero decir, o en verdad lo sería si la libertad no estuviera tan coartada y amenazada en estos reinos —aclaró el maestro Nebrija.

—Si no fuera así, cada cual haría de su capa un sayo y el mundo sería un sindió —replicó con contundencia el inquisidor general.

—En mi opinión, se deberían reservar los castigos y las reprimendas para aquellos que se apartan del camino de la verdad, pero no para los hombres rectos y sabios, a los que más bien habría que recompensar. Sin embargo, ¿qué clase de república es esa donde se ofrecen premios a los que corrompen las Sagradas Escrituras y se maltrata, excomulga y difama a aquellos que restituyen lo alterado, recomponen lo dañado o depuran lo que está lleno de errores? Y, sobre todo, ¿qué diablos de servidumbre es esa, o qué dominación tan injusta y tiránica, que no te permite, respetando la piedad, decir libremente lo que piensas? ¡Qué digo decirlo! Ni siquiera escribirlo escondiéndote dentro de los muros de tu casa, o excavar un hoyo y susurrarlo dentro, o al menos meditarlo dándole vueltas en el interior de tu conciencia —expuso Nebrija con gran sentimiento.

Y ante tal muestra de elocuencia y valentía Rojas no pudo menos que asentir, orgulloso de su amigo, aunque le fuera la vida o la libertad en ello, pues estaba de acuerdo con él.

—Podéis decir y pensar lo que queráis, mientras no escandalicéis a los demás —le advirtió su excelencia reverendísima.

—En cuanto a tal extremo, yo os pregunto en primer lugar: ¿quiénes son esos a los que les ofenden mis estudios: los doctos, los indoctos o aquellos que, no siéndolo, creen que lo son? Sin duda no son los doctos, puesto que ellos se mueven por las mismas razones por las que me conduzco yo.

Tampoco los indoctos, porque ellos también desean saber y no rehúsan ser enseñados por quienes están más instruidos. Queda entonces el tercer grupo, acerca del que Platón escribió: «El colmo de la injuria es querer parecer bueno y sabio siendo malo e ignorante», o como dice el refrán: «Quien menos vale se pone de puntillas para parecer más de lo que es», lo que me exime de mayores comentarios. En definitiva, no temo ser motivo de escándalo para los apocados e insignificantes, sino solo para aquellos que viven atormentados por la malevolencia, para los que revientan de envidia o para los que difaman, calumnian y detestan todo aquello que no esperan poder alcanzar.

—Veo que, como buen sofista que sois, tenéis salida para todo. Pero aquí no estáis delante de vuestros alumnos de las escuelas —le recordó con intención el inquisidor general.

—No, por desgracia, pues su ignorancia todavía tiene remedio, como muchas veces he comprobado, pero con aquellos que se creen que lo saben todo y se empeñan en mantenerse en ella ya no cabe hacer nada, es tiempo perdido. En cualquier caso, todo lo que he dicho ha sido en descargo de las acusaciones que aquí se me han hecho. Por fortuna, no todos los ministros de la Iglesia son de la misma opinión que vuestra excelencia reverendísima. De hecho, deberíais saber que la idea de dar a la imprenta mis anotaciones fue del arzobispo Cisneros, que las conocía desde que se las mostré en Zalamea de la Serena. Así que a él me remito, en última instancia, para mi defensa.

—¡Acabáramos! —exclamó Diego de Deza indignado—. Ya salió a relucir otra vez vuestro amigo. Pero eso no os va a librar de vuestro castigo. ¿Tenéis algo más que decir?

—Claro que tengo mucho más que añadir. De eso trata precisamente este proceso, de que no puedo decir todo lo que quiero decir ni hacer mi trabajo sin que a cada paso corra el peligro de ser detenido o torturado. Y conste que no hablo solo por mí, sino también en nombre de los demás, pues,

cuando la libertad de uno es cercenada, se resiente y disminuye la de todos sus convecinos, aunque piensen lo contrario que él. Hoy me castigaréis a mí por tratar de corregir la versión latina de la Biblia y mañana encarcelaréis a un catedrático por traducir el *Cantar de los cantares*, pongo por caso, a la lengua vulgar. Y si, según vos, eso es un horrendo crimen, ¿cómo habría que calificar entonces el asesinato y no digamos ya el regicidio? —dejó caer de pronto el maestro Nebrija.

Al oírlo, Rojas dio un respingo. También se escucharon algunas exclamaciones apagadas y murmullos escandalizados, seguidos de un silencio tenso.

—¿A qué viene eso?! ¿Qué estáis insinuando?! —inquirió por fin el arzobispo con estupefacción.

—Mi cliente no ha querido insinuar nada. Ha sido solamente una comparación retórica —intervino Rojas alarmado.

—¿Y a vos quién os ha dado vela en este entierro? —preguntó Diego de Deza con irritación.

—Como su abogado, tengo derecho...

—¡Basta ya! ¡Hasta aquí hemos llegado! Por lo que a la defensa respecta, el proceso ha terminado —proclamó el arzobispo con firmeza—. Así que más vale que los dos os marchéis de aquí enseguida. No quiero volver a encontraros hasta el día en que se dé a conocer el veredicto. Entonces sí que me voy a regocijar, cuando vea cómo se oscurecen vuestros semblantes.

—Será el vuestro el que enrojecerá de vergüenza por vuestras tropelías —auguró Nebrija con enfado.

—Callaos y marchaos de una vez si no queréis que mande deteneros por desacato y os encierre en una cárcel secreta hasta el día en que la sentencia sea pronunciada —gritó el arzobispo.

—Por supuesto que me iré, pero con la cabeza muy alta —anunció el catedrático de Gramática—, pues habéis de saber que no os tengo miedo y

estoy más que harto de tanto interrogatorio y de tener que dar explicaciones sobre mi trabajo para defenderme de unas absurdas acusaciones.

—Pagaréis caro vuestro atrevimiento —rugió el inquisidor general fuera de sí.

—Ruego a vuestra excelencia reverendísima que no tenga... —comenzó a decir el pesquisidor.

—Y vos también —proclamó el arzobispo señalando con su mano derecha hacia la puerta, como si en ella empuñara una espada flamígera.

Nebrija y Rojas salieron de la sala a toda prisa y sin decir palabra por miedo a ser detenidos. Cuando llegaron a la calle, el pesquisidor no pudo contener por más tiempo su enfado.

—Pero ¿qué habéis hecho?! ¿No habíamos quedado en tratar de prolongar el proceso todo lo posible? —le reprochó a su amigo.

—Lo sé, lo sé, pero de nuevo no he podido aguantarme. Lo siento de veras —se disculpó Nebrija, que todavía estaba algo agitado.

—Más lo vais a sentir cuando salga el veredicto.

—Para bien o para mal, la suerte está echada. Ya no hay vuelta atrás —se limitó a añadir el maestro.

—Tal y como están las cosas, tan solo cabe esperar un milagro, y no creo que el Espíritu Santo os lo conceda por muy fiel que hayáis sido a su palabra —concluyó el pesquisidor con tono sarcástico.

—Nunca se sabe.

—Andad, vayamos a comer algo —le pidió Rojas poniéndole la mano en un hombro en señal de amistad.

Según le explicó luego Rojas algo más calmado, para que concluyera el proceso tan solo faltaba la llamada consulta de fe y la publicación de la sentencia. Lo primero era la exposición del parecer de los consultores e inquisidores sobre el asunto y la votación correspondiente, si bien en este

caso era el voto del inquisidor general el que realmente decidía el resultado. La sentencia solía constar, por lo general, de dos elementos, uno objetivo y otro subjetivo. El objetivo hacía referencia a la herejía y el segundo, al reo acusado de tal delito. Para el Santo Oficio, herejía venía a ser la negación pertinaz, después de haber recibido el bautismo, de una verdad que había de creerse con fe divina y católica, o la duda persistente sobre la misma. La herejía podía ser formal y material, esto es, sin conocimiento o con pleno conocimiento de que la Iglesia promulgaba lo contrario de lo que el reo mantenía. A partir de ahí, había diferentes grados y posibilidades que se castigaban con la imposición de las correspondientes penas arbitrarias.

—Y, en mis circunstancias, ¿qué creéis que va a pasar?

Rojas le explicó que, en el peor de los casos, todo debería sustanciarse con una reprensión pública, acompañada de una multa y una abjuración *de levi*, reservada para aquellos en los que solo había podido probarse una ligera sospecha de herejía, como, en su opinión, sucedía en tal ocasión. Pero con Diego de Deza cualquier cosa podría suceder y más después de lo ocurrido esa mañana. De modo que debía prepararse para todo.

En la posada, a Rojas lo esperaba una carta muy extensa de su amigo Sánchez del Paso. En ella le decía que había seguido con las pesquisas y que, desenredando poco a poco el ovillo mencionado en su anterior misiva, había dado con un asunto que, aunque venía de lejos, podría arrojar mucha luz sobre el caso. Al parecer, el padre de Juan de Porras, Alonso de Porras, y Diego Sánchez de Cantalapiedra habían creado una sociedad hacía unos treinta años en la ciudad de Sevilla para imprimir libros en Salamanca, en la que el primero desempeñaría la función de librero mientras que el segundo realizaría los trabajos de impresor. Este último falleció pocos años después, quedando el otro al frente del negocio, sin llegar a disolver la sociedad. Y cuando Alonso murió, se hicieron cargo de la imprenta el oficial Juan de

Montejo, en nombre de Juan de Porras, y un tal Pedro de Selaya, en representación de los herederos de Sánchez de Cantalapiedra. Pero al final fue Juan de Porras el que se lo quedó todo. Y como la sociedad seguía vigente, la viuda de Cantalapiedra, Catalina González de Valdivieso, y sus cuatro hijos intentaron reclamar su parte y, al no ser atendidas sus peticiones, entablaron pleitos contra él.

En el primero de ellos, los demandantes lo acusaban de haberse apoderado de todo el negocio sin haber disuelto la sociedad. Por ello reclamaban a Juan de Porras y a Juan de Montejo las ganancias de la impresión y venta de los libros publicados antes y después de la muerte de los dos socios. Juan de Porras, por su parte, exigía el dinero invertido en su día por su padre, más los gastos a los que tuvo que hacer frente cuando falleció Cantalapiedra, que al parecer tan solo había dejado deudas. Asimismo, alegó que la sociedad había quedado disuelta desde el momento en que fallecieron los fundadores y ninguna de las partes la había renovado, e insistió en que Sánchez de Cantalapiedra tan solo había puesto «la industria y la obra», mientras que su padre había contribuido con «la hacienda y el dinero». En cuanto a los libros impresos de los que hablaban los demandantes, ni eran tantos ni de tanto valor como pretendían. También adujo que, para las obras ya encargadas que aún no se habían impreso, se habían empleado nuevos tipos, por lo que a la viuda y a los descendientes de Cantalapiedra legalmente no les correspondía nada. En el segundo pleito, estos reclamaron seiscientos mil maravedís en materiales de casa y de imprenta, que al final se rebajaron a cincuenta mil, más otros catorce mil de costas.

El caso es que, a pesar de haber perdido ambas sentencias y tener que abonar las cantidades estipuladas, Juan de Porras consiguió quedarse con la imprenta y continuar con el negocio en solitario. Por supuesto, esto no agradó a la viuda e hijos de Cantalapiedra, y menos cuando en el curso de los años logró alcanzar gran prestigio y una considerable fortuna gracias,

entre otras cosas, a las obras del maestro Nebrija, que casi desde un principio había estado muy vinculado al taller de Alonso de Porras, con el que había llegado a colaborar de forma muy estrecha. Y muerto este, la relación se mantuvo con el heredero por mor de la lealtad.

Cuando, tiempo después, comenzaron a circular rumores sobre las malas prácticas de Juan de Porras, la viuda e hijos de Cantalapiedra vieron la posibilidad de volver a plantear algunas reclamaciones, no por medio de pleitos, pues esa vía estaba ya cerrada y no había logrado satisfacer del todo sus expectativas, sino de amenazas. Pero esto hizo que Juan de Porras, en lugar de amilanarse, arremetiera contra ellos poniendo a todo el mundo en su contra. De modo que si había alguien en este mundo que quisiera mal al impresor, era la familia Cantalapiedra, tanto la viuda como los hijos. Por último, Sánchez del Paso se despedía prometiendo que trataría de hacer nuevas averiguaciones.

—¿Teníais noticia de todo esto? —le preguntó Rojas a Nebrija tras leer en voz alta la carta.

—Algo sabía, sí —reconoció el maestro con pesar—, aunque nunca pensé que fuera para tanto. Como comenta vuestro amigo, yo llegué a tener gran amistad con Alonso de Porras. Ya os he contado alguna vez que, desde un principio, me sentí fascinado por el mundo de las imprentas y esta fue la primera que se estableció en Salamanca. De modo que estábamos condenados a entendernos. Durante el tiempo que colaboré con él, recomendé la publicación de varios libros, revisé las pruebas, redacté varios colofones y elegí las letrerías. Incluso llegué a invertir algún dinero en el negocio, lo que me reportó no pocas satisfacciones. Esto, por supuesto, casi nadie lo sabe, pues, al ser yo catedrático, no estaba bien visto que me involucrara en un oficio como ese. A Cantalapiedra, sin embargo, lo traté muy poco debido a su muerte prematura. Cuando falleció Alonso, Juan de Porras me pidió que siguiera con él, ya que en ese momento no podía devolverme el dinero que yo había invertido en la imprenta. Así que

continué vinculado a su taller. De esta forma, además, podría controlar la impresión de mis nuevos libros. Pero enseguida empezaron los rumores sobre su falta de escrúpulos. Al principio traté de no darles importancia; ya sabemos lo envidiosa que suele ser la gente. Luego vi que, en efecto, había algo, mas no fui consciente de la verdadera gravedad del asunto, ni mucho menos. ¿Cómo iba yo a imaginar? Aparentemente, se trataba de disputas entre herederos, como hay tantas en este mundo, y Juan de Porras siempre me aseguró que todo estaba arreglado. Por otra parte, ¿qué podía hacer yo? Si me iba, perdería la inversión y me quedaría sin impresor, dado que en la ciudad todo lo controlaba él. No obstante, debo confesaros que hace algún tiempo empecé a buscar otros talleres fuera de Salamanca con el pretexto de que la expansión de las *Introductiones Latinae* así lo requería, lo que, como era de esperar, no le ha sentado nada bien. Por lo visto, tenerme a mí como autor principal de la casa le da mucho prestigio y cierta legitimidad.

—Algo de lo que él siempre ha carecido.

—Entonces, ¿creéis que los ataques a la imprenta y la librería pueden estar relacionados con los herederos de Cantalapiedra? —inquirió Nebrija con tristeza.

—Aún es pronto para asegurarlo, pero al menos eso es lo que parece. Y el objetivo sería hacerle daño a Juan de Porras, que es la clave de todo esto, como yo siempre he creído.

—Os confieso que a mí jamás se me pasó por la cabeza que pudiera tratarse de algo así. He estado tan obcecado con la idea de que los ataques tenían que ver conmigo que ahora me siento culpable por no haberme dado cuenta y por haber defendido ante vos a ese canalla.

—En cuanto llegue a Salamanca, hablaré con él y aclararé este asunto de una vez —anunció el pesquisidor—. En lo que a mí respecta, tengo la obligación moral de averiguar todo lo concerniente a este caso, ya que no he podido resolver la muerte del rey.



Conforme pasaban las jornadas, Nebrija se mostraba cada vez más inquieto, pues veía en la tardanza del fallo un mal augurio. Rojas, sin embargo, pensaba que el tiempo jugaba a su favor, dadas las circunstancias. Al final, la noticia de que Diego de Deza iba a cesar en el cargo de inquisidor general llegó antes de que pudiera pronunciarse la sentencia, que, por lo que llegaron a saber, lo más probable es que hubiera sido condenatoria, si bien, claro está, ignoraban los detalles. El caso es que esta quedó anulada, al igual que todo el proceso, según les comunicaron en el castillo de san Jorge. Así que Rojas respiró aliviado. Nebrija, sin embargo, no parecía estar muy feliz, o no todo lo dichoso que cabría esperar. De hecho, la situación le produjo un gran enojo y una profunda decepción y frustración.

—¿A qué viene esa cara? Deberíais estar dando saltos de alegría. No todos los días sale uno bien librado de un tribunal del Santo Oficio y menos cuando había tantas posibilidades de que fuerais declarado culpable. En cuanto a ese miserable de Diego de Deza, vuestro mortal enemigo, ya no seguirá ejerciendo como inquisidor general —comentó Rojas con tono despreocupado.

—Puede que estéis en lo cierto, pero, visto lo visto, habría preferido que la sentencia se hubiera hecho pública y, en el caso de serme desfavorable, que se ejecutara como es debido. De esa forma, mi honor y mi obra se habrían visto rehabilitados o, en el peor de los casos, habría sido víctima, y a mucha honra, de las iniquidades de la Inquisición, y todo lo que he sufrido y el tiempo que he perdido habrían valido al menos para algo. Pero mucho me temo que en el futuro ni siquiera se sabrá que fui injustamente procesado por el Santo Oficio. Ni culpable ni inocente; ni condenado ni absuelto, como si no hubiera pasado nada. Pero ¡vaya que sí ha pasado! —se lamentó amargamente el maestro Nebrija.

—Con tal de que se hable de vos, seríais capaz de afrontar una condena inquisitorial, aunque esta fuera injusta —le echó en cara Rojas con afecto.

—No digo yo que no —concedió Nebrija—. Lo cierto es que ya me había hecho a la idea de que sería castigado por mi supuesto delito y eso me convertiría en una especie de mártir.

—¿Y por qué no en un santo, ya puestos? En todo caso, no os preocupéis, seguro que, con el paso de los años, alguien descubre el expediente y lo cuenta todo en un libro, y así podréis quedar satisfecho.

—¡A buenas horas! Para entonces mi memoria ya se habrá extinguido y nadie sabrá quién fui. De todas formas, he pensado escribir una especie de apología donde voy a explicar el caso de forma pormenorizada con el fin de que todos sepan qué es lo que ha ocurrido.

—Haréis muy bien, siempre y cuando no dejéis a la Inquisición en muy mal lugar, ya que entonces podríais veros envuelto en un nuevo proceso —le advirtió el pesquisidor.

—No creo que Cisneros lo permitiera.

—Yo no estaría tan seguro, por muy enemigo de Deza y amigo vuestro que sea. El poder cambia a todo aquel que lo ejerce y hasta los príncipes más justos y honestos pueden volverse unos tiranos cuando le cogen el gusto a mandar —le recordó el pesquisidor.

—Vos siempre tan optimista —ironizó Nebrija.

—No obstante, pienso que deberíais estar contento y celebrarlo, aunque solo sea por la alegría de ver a Diego de Deza al fin destronado. Seguro que ahora mismo estará que rabia en su palacio por no poder hacer nada contra vos.

—No lo estaré hasta que vos lo denunciéis públicamente como sospechoso de haber mandado asesinar al rey Felipe —le propuso Nebrija.

—Lo haría de buena gana, pero mucho me temo que al rey Fernando ya no le interesa ese asunto, pues, como ya os advertí, no tiene nada que ganar en él. De modo que no dejará que la denuncia prospere, y menos ahora que ha logrado apartarlo del cargo de inquisidor general. Seguro que comparten, además, muchos secretos que el monarca no querrá que se divulguen. Y si

al menos tuviéramos alguna prueba irrefutable... Mas ya veremos qué es lo que se puede hacer —añadió Rojas con cierta resignación.

—Pues yo cada vez estoy más convencido de su culpabilidad. Ya observasteis cómo se puso cuando dejé caer mi inocente comentario —insistió el maestro Nebrija.

—Eso fue una gran imprudencia por vuestra parte que en otras circunstancias os habría costado muy cara y, de paso, también a mí, ya que el arzobispo habrá imaginado que fui yo el que os aportó tal información.

—Lo sé. Pero estaba tan indignado que no lo pude evitar. Os ruego, una vez más, me perdonéis por ello —señaló el maestro compungido.

—Olvidaos ahora de todo eso y vayamos a emborracharnos a alguna taberna del Arenal, que nos lo hemos ganado, pues bien está lo que bien acaba —propuso el pesquisidor.

—En lo que me queda de vida espero no volver a poner los pies en el castillo de San Jorge ni en ninguna otra sede inquisitorial.

—Lo mismo digo, aunque va a ser muy difícil zafarse —advirtió el pesquisidor—. En estos tiempos, casi nadie está libre, y menos un converso, de una posible denuncia o de una delación.

En ese momento les salió al paso un hombre de gran estatura. Era Manuel Álvarez, acompañado de un nuevo jaque de aspecto más amenazante e intimidatorio que el anterior, que los miró de hito en hito.

—Enhorabuena —les dijo a modo de saludo—, ya me he enterado de que os habéis librado por muy poco de ser condenados por el Santo Oficio. Confío en que regresaréis pronto a Salamanca y dejaréis de hacer insinuaciones sobre el arzobispo, por la cuenta que os tiene. Aunque ya no sea inquisidor general, sigue siendo una persona muy poderosa en Sevilla y es custodio de numerosos secretos. Además, he encontrado testigos que afirman que vieron cómo matabais a un hombre inocente en las ruinas de Itálica. Este que me acompaña, por cierto, era amigo suyo —añadió con cierto retintín.

El jaque puso su mano derecha en la empuñadura de la espada mientras los observaba con gesto desafiante y el ceño muy fruncido, como si estuviera haciendo esfuerzos para no dar rienda suelta a su ira.

—Tratar de amedrentarnos de esa forma no va a servirnos de nada —le advirtió Rojas a Manuel Álvarez con tono aparentemente tranquilo.

—De momento os aconsejo que no os adentréis en el Arenal. Es un lugar muy peligroso para gente como vos.

—Está bien, vos ganáis —admitió el pesquisidor—. Pero dejadme que os haga una pregunta, solo por curiosidad: ¿tuvo algo que ver el arzobispo en la muerte del rey don Felipe?

El canónigo lo contempló con una sonrisa de suficiencia.

—Pensé que vos lo sabíais, pero ya veo que no es así. En todo caso —añadió con jactancia—, no tenéis pruebas y nunca las conseguiréis.

—¿Estabais vos en Burgos cuando se produjo el suceso?

—Eso a vos no os importa —respondió el otro con sequedad—. Os recuerdo que la curiosidad mató al gato.

Dicho esto, el secretario del arzobispo y su acompañante se dieron la vuelta y se perdieron en las sombras de la noche.

—Lo mejor será que celebremos la anulación del proceso de forma discreta en nuestro hospedaje —propuso entonces el pesquisidor.

—La verdad es que yo preferiría que lo hiciéramos cuando lleguemos a Salamanca —apuntó Nebrija.

—No tengo nada que objetar.

Y los dos regresaron a su hospedaje algo abatidos.

## XXII

Al día siguiente, Rojas y Nebrija emprendieron viaje a Salamanca, pues ninguno de los dos quiso permanecer ni un día más en Sevilla por temor a que los vientos cambiaran de repente y su excelencia reverendísima volviera a recuperar su puesto de inquisidor general y a reabrir los procesos cancelados. Por no hablar de las amenazas de su secretario y del nuevo jaque. Rojas quería, por su parte, retomar cuanto antes las pesquisas del caso de Juan de Porras con el fin de confirmar las sospechas de Sánchez del Paso y cerrarlo de forma definitiva.

El regreso transcurrió sin grandes contratiempos. Tan solo pararon lo imprescindible para comer, descansar o dormir en alguna venta. Poco a poco, Nebrija fue recuperando su ánimo y, cuando llegaron a la ciudad del Tormes, ya parecía el mismo de siempre, lo que regocijó mucho a su familia, que los recibió con grandes agasajos, como si vinieran de combatir en una guerra contra infieles. La que más se alegró fue Sabina, que no perdió la ocasión de abrazar a Rojas al verlo sano y salvo en compañía de su padre. Mientras descansaban, Nebrija mandó a uno de sus hijos a la posada de Rojas para que fuera a buscar ropa limpia para su amigo y avisara de paso al dueño de su vuelta.

Cuando el muchacho retornó, le entregó al pesquisidor varias cartas que habían llegado recientemente al hospedaje. Este leyó por encima un par de ellas y le anunció de pronto a Nebrija que tenía que irse.

—¿Ha pasado algo? ¿Por qué no os quedáis al convite que han preparado en nuestro honor? —le pidió el maestro.

—Tengo que ver a alguien —respondió Rojas con gesto preocupado—. Debo seguir con las pesquisas.

—¿Qué pesquisas? —inquirió Nebrija desconcertado.

—Las del ataque a la imprenta y la librería.

—Es verdad. Con todo esto me había olvidado —se excusó el catedrático.

—Es comprensible. Pero yo tengo que acabar lo que empecé —le recordó Rojas.

—¿Y qué va a pasar con las pesquisas sobre la muerte del rey?

—Una de las cartas que me ha traído vuestro hijo era de don Fernando el Católico —le informó con tristeza el pesquisidor—. En ella me ordena que me abstenga de hacer nuevas pesquisas y abandone totalmente el asunto.

—Pero ¿¿por qué?!

—Porque, en su opinión, muchos podrían pensar que, si en verdad Diego de Deza mandó matar a don Felipe, cosa que no cree, lo haría en su nombre y que ahora ordenaba procesarlo para deshacerse de él —contestó Rojas—. Y, en ese caso, a mí me considerarían culpable de complicidad por haberlo exculpado cuando investigué el asunto hace unos meses. ¿Os dais cuenta de la tremenda ironía? De modo que, según don Fernando, lo mejor para todos es dejarlo estar, que ya bastante castigo ha tenido el arzobispo de Sevilla con haber sido despojado del cargo de inquisidor general, lo que, de paso, ha propiciado la anulación de vuestro proceso. Eso me ha dicho.

—¡No puedo creerlo! —exclamó Nebrija sorprendido e indignado.

—Ahora entenderéis por qué no quiero ser pesquisidor real ni estar cerca del poder —comentó su amigo con gran pesadumbre.

—Haréis muy bien en apartaros —convino el catedrático—, siempre que os dejen, claro está.

—El rey me lo debe por todos mis servicios, y más ahora, que me obliga a guardar silencio sobre la muerte de su yerno.

—Pero los reyes casi nunca cumplen su palabra —sentenció Nebrija.

Lo primero que hizo Rojas tras despedirse del catedrático y de su feliz parentela fue ir a ver a Sánchez del Paso. A pesar de que era hora de faena, el impresor se encontraba solo en el taller, mano sobre mano. Los dos amigos se abrazaron con gran sentimiento.

—¿Y los oficiales? —preguntó el pesquisidor.

—Como era de esperar, Juan de Porras ha conseguido que ya nadie quiera imprimir conmigo por andar haciendo averiguaciones sobre él y he tenido que despedirlos —le informó Del Paso.

—Tenía que habérmelo imaginado. No sabéis cuánto lo lamento —le dijo Rojas—. Trataré de compensaros de alguna forma por las pérdidas. Si alguna vez escribo otro libro, os lo daré a vos.

—Me conformaría con que hagáis que el juez le dé su merecido a ese sinvergüenza y le haga cerrar el negocio por prácticas ilícitas —dejó caer Sánchez del Paso—. Eso sí que sería bueno para el resto del gremio, incluido yo. Pero decidme: ¿cómo os ha ido por Sevilla?

—Digamos que ha sido una experiencia interesante, aunque muy peligrosa. Por fortuna, salimos con bien de allí, cosa que no esperaba, si os he de ser sincero. Y vos, ¿habéis descubierto algo más?

—Por lo que sé, la viuda y los descendientes de Diego Sánchez de Cantalapiedra paran desde hace algún tiempo en Medina del Campo, donde intentaron rehacer sus vidas. Pero hasta allí llegó la mano larga de Juan de Porras, que se opuso a ello con todas sus fuerzas y ha vuelto a dejarlos en la ruina. Lo más probable es que la agria discusión de la que os hablaba en una de las cartas fuera con uno de los hijos y tuviera que ver con todo esto.

—El caso parece claro. Habéis hecho un buen trabajo —lo felicitó Rojas—. Si tenéis problemas con la imprenta, podréis ganaros la vida como pesquisidor.

—Prefiero pasar hambre con mis libros que vivir a cuerpo de rey, pero lleno de zozobra.

—Y hacéis muy bien. Amén de compañía, los libros siempre os pueden dar calor si hacéis con ellos un buen fuego —bromeó el pesquisidor.

—Lo que no es poco en estos tiempos tan terribles. No sé si os habéis enterado de que la peste cabalga de nuevo por tierras de Castilla y no tardará mucho en llegar aquí —informó Del Paso—. Viene del noreste, como los malos vientos y las invasiones bárbaras. Lo digo por si teníais previsto ir a Medina del Campo. No creo que sea un buen momento para ello.

—¿Y esperar varios meses o años para resolver el caso? Eso es algo que no puedo permitirme.

—Con un poco de suerte, la de la guadaña se llevará por delante a los desventurados hijos de Cantalapiedra y así no tendréis que mandar detenerlos —se atrevió a bromear el impresor.

—Juzgar y castigar es algo que queda fuera de mi competencia —puntualizó el pesquisidor—. Lo mío es averiguar qué es lo que sucedió exactamente y ponerlo en conocimiento de la justicia, y eso es lo que voy a hacer, cueste lo que cueste. Se lo debo a Bartolomé, al otro cajista, del que ni siquiera llegué a saber su nombre, y al propio Nebrija.

—Como queráis. Pero yo ya os he advertido del riesgo que vais a correr —insistió el impresor.

—Por mí no os preocupéis. Si he logrado librarme del Santo Oficio, creo que seré capaz de sortear la peste por muy deprisa que cabalgue. En cuanto a vos, más os vale que os pongáis también a salvo —le recomendó Rojas.

—Creo que me acercaré a Béjar para estar con mi familia. ¿Volveréis luego a Salamanca?

—Ya os he dicho que no penéis por mí, que sabré protegerme.

—Me refería a si regresaréis, una vez que pase todo esto.

—Eso ya no lo sé.



—Entonces, dadme un abrazo, por si tardamos en vernos más de la cuenta.

Rojas y Del Paso se estrecharon con fuerza.

—Y ya sabéis que me debéis un nuevo libro —añadió el impresor antes de que se separaran.

—Tal vez escriba uno contando mis pesquisas y aventuras.

—Sin duda darían para más de uno y a buen seguro serían muy leídos —conjeturó Del Paso.

—En ese caso, necesitaría ayuda.

—Pues a mí no me miréis. Yo solo soy un humilde impresor.

Era casi de noche cuando Rojas fue a visitar a Juan de Porras, que en ese momento estaba en la imprenta terminando de adiestrar a su nuevo cajista. Este era muy joven, casi un muchacho, y con aspecto de avisado, aunque lo más probable fuera que no supiera latín.

—¿Qué ha sido del maestro Nebrija? —preguntó el impresor tras mandar fuera al cajista y compartir los saludos de rigor, no demasiado cálidos.

A Rojas le dio la impresión de que a Juan de Porras se le había nublado algo el semblante.

—El proceso fue anulado en el último momento y la sentencia no llegó a pronunciarse —le informó Rojas.

—Me alegro mucho por él. Así podrá dedicarse a lo suyo sin ningún temor —comentó Juan de Porras.

—Sabemos que fuisteis vos el que denunció al maestro Nebrija ante el Santo Oficio —lo acusó el pesquisidor sin rodeos.

—¿De dónde sacáis eso? Yo jamás haría nada parecido —rechazó el impresor muy ofendido y abriendo mucho los ojos, como si la acusación lo sorprendiera.

—No es eso lo que dio a entender el inquisidor general, quien, desde luego, no os descubrió, pero tampoco llegó a negar del todo que hubierais sido vos. Por otra parte, sois el único que estaba enterado de los planes de Nebrija con respecto a sus libros —argumentó Rojas.

—Es cierto que yo le conté algo —concedió Juan de Porras, que se vio pillado en falta—. La Inquisición me tenía vigilado desde hacía tiempo y amenazaba con abrirme un proceso y quitármelo todo por vender ciertos libros en la tienda. Era él o yo. Así que no tuve más remedio que denunciarlo. Por otra parte, sabía que quería dejar de publicar algunas de sus obras en mi taller para hacerlo con otros impresores de fuera, como Arnao Guillén de Brocar, un francés afincado en Logroño con quien ya había sacado dos ediciones de las *Introductiones*, lo que dio lugar a ciertas desavenencias entre nosotros. De modo que estaba indignado y celoso, lo reconozco, pues me sentía traicionado por alguien que nos debía mucho a mi padre y a mí. Mi padre fue el primero que publicó su libro más célebre cuando no era nadie.

—También vos le debéis mucho a él —le recordó Rojas.

—Eso es cierto. Mas no tenía elección, os lo aseguro. No era mi intención hacerle daño —se disculpó el impresor con humildad.

—Deberíais haber hablado con él y buscar una solución juntos, dado que teníais un enemigo común.

—Es posible. Pero me dejé llevar por el miedo —se justificó el impresor muy compungido—. Y el maestro, ¿cómo se lo ha tomado?

—Está muy disgustado, como os podéis imaginar. No creo que quiera volver a trabajar con vos.

—Es comprensible. No sabéis cuánto lo lamento. Espero poder hablar pronto con él y explicárselo todo.

El impresor parecía arrepentido de su comportamiento con Nebrija, pero Rojas no acababa de creérselo.

—Confío en que no intentaréis hacer nada para impedir que deje vuestra imprenta y le devolveréis todo el dinero que invirtió en su día en el negocio. Si no lo hacéis así, os las tendréis que ver conmigo —le advirtió Rojas muy serio.

—Podéis contar con ello.

—Eso espero. De todas formas, no era este el único asunto del que quería hablar con vos. Aún tenemos pendiente la resolución de las muertes de vuestros dos cajistas —añadió el pesquisidor, como quien no quiere la cosa.

—Para mí ese asunto está zanjado. No he vuelto a sufrir ningún ataque y, como habéis visto, ya tengo a un nuevo cajista.

—Pero no lo está para mí —le advirtió Rojas.

—No os entiendo —comentó el otro sorprendido.

—Sé que me habéis estado ocultando algo.

—¿A qué os referís? —preguntó Juan de Porras con aire inquieto.

—A vuestras desavenencias con la viuda y los hijos del antiguo socio de vuestro padre.

—Esas son cosas del pasado —apuntó el impresor sin poder disimular su sorpresa—. Ellos me pusieron varios pleitos y yo ya les pagué lo estipulado por el juez. Caso cerrado.

—Por lo que yo sé, la cosa no terminó ahí.

—Por supuesto, ellos no quedaron satisfechos debido a que lo que les movía era la envidia y el rencor —señaló el impresor—. Así que trataron de sacarme más dinero por medio de amenazas. Pero yo no les hice caso y el asunto ya se terminó.

—Decidme la verdad: ¿a qué fuisteis a Medina del Campo después del incendio de la librería?

—Ya os lo dije: a reunirme con un mercader de libros de Lyon —contestó con seguridad.

—¿Nada más? —insistió el pesquisidor.

—¿Qué insinuáis?

—¿De verdad nunca pensasteis en que pudieran ser los hijos de Cantalapiedra los causantes de los ataques a la imprenta y la tienda?

—Alguien me contó que había visto a los dos hermanos mayores por Salamanca, pero nunca se me pasó por la cabeza que pudieran ser ellos, dado que son unos gandules y unos inútiles. No los veo capaces de eso ni de nada, de ahí que lo hayan perdido todo, y no por mi culpa, como pretenden hacer creer a todo el mundo, sino por su desidia —se defendió el impresor visiblemente incómodo por las insinuaciones de Rojas.

—¡Mentira! Si no dijisteis nada, fue porque no queríais que saliera a la luz lo sucedido con ellos y, de paso, todas vuestras fechorías —replicó Rojas—. Por ese motivo preferíais dar a entender que se trataba de un enemigo de Nebrija, que culparía de ello al Santo Oficio, con lo que el asunto quedaría arreglado, aunque fuera a costa de la persona a la que más debéis.

—Es posible que haya algo de verdad en lo que decís, no lo sé, pero, en todo caso, yo no tengo ninguna culpa de lo que ha pasado —adujo Juan de Porras.

—En parte sois responsable de lo sucedido. Si en su momento me hubierais contado la verdad, tal vez podríamos haber evitado la segunda víctima y Nebrija no habría padecido tanto.

—Yo solo he hecho lo que creía mejor —afirmó el impresor convencido.

—Lo que estimabais mejor para vos —puntualizó el pesquisidor, cada vez más indignado—. Por otra parte, vuestros métodos nunca han sido muy lícitos. Habéis arruinado de forma reiterada a una viuda y a sus hijos, y con ello habéis provocado la muerte y el sufrimiento de varios inocentes. Y todo para satisfacer vuestra codicia y ambición.

—¡Eso no es así! —rechazó el impresor con gran vehemencia.

—Callad. No sois más que escoria. De todas formas, yo no he venido aquí a juzgaros, sino a poner en claro todo este asunto de una vez por todas.

En su momento, cuando procesen a los culpables, tendréis, eso sí, que declarar como testigo y sin duda saldrán a relucir todos vuestros ardides y malas artes —le advirtió el pesquisidor—. Asimismo, deberéis dejar de calumniar al impresor José Sánchez del Paso y de denunciar al librero Jacinto López, y resarcirlos por las pérdidas que les habéis ocasionado.

—No sé de qué me habláis —replicó Juan de Porras, si bien parecía sorprendido de que Rojas estuviera tan informado.

—¡Claro que lo sabéis! —exclamó el pesquisidor—. Estoy al cabo de todas vuestras tropelías. De modo que no me mintáis más. Y, por supuesto, también debéis indemnizar a Nebrija por todos los perjuicios que le habéis causado.

El impresor dio un suspiro, agachó la cabeza y aflojó los puños, resignado, al verse descubierto.

—Está bien, haré lo que me pedís —concedió por fin con gesto derrotado.

—Eso espero —le advirtió el pesquisidor—. Si no es así, lo pagaréis muy caro.

## XXIII

A los pocos días Rojas llegó a Medina del Campo. La villa era famosa, sobre todo, por sus ferias. Estas se celebraban dos veces al año: la primera empezaba treinta días después de Pascua, en torno a mayo, y la segunda por octubre, y su duración era de cincuenta días, por lo que la ciudad disfrutaba de cien días francos al año en total. Las ferias eran fundamentales, sobre todo para el comercio de la lana de Castilla, de gran calidad y muy apreciada en otros reinos. De hecho, esa era la base de su riqueza y el origen de su gran pujanza. A la ciudad llegaban mercaderes de los más diversos reinos, tanto de España como del extranjero, incluidos los que comerciaban con libros. Estos acudían puntualmente cada temporada, alquilaban casas con almacén y ahí exponían las novedades procedentes de las grandes imprentas de Italia, Francia, Alemania y Flandes. La mayoría de ellas llegaba en resmas, esto es, sin cortar ni encuadernar, y muchas estaban recién impresas. Tanto era así que todavía olían a tinta fresca. Y las había de todos los precios, clases y tamaños. Esto hacía que Medina del Campo fuera el lugar de Castilla donde más libros se acumulaban en espera de ser vendidos. Desde allí se distribuían luego a otros lugares de la Corona a través de libreros itinerantes o andantes en ferias, como también se los llamaba. Los mercaderes foráneos, a su vez, llevaban los libros impresos en Salamanca, Valladolid y Segovia a otras naciones de Europa, con lo que el trasiego era enorme.

A pesar de la peste que, desde hacía días, acechaba por el este la ciudad, en las calles y plazas había gran agitación y no paraban de llegar y de salir

mercancías. Según le contaron a Rojas unos labriegos, eran pocos todavía los muertos de los que se tenía noticia en la comarca, pero en cualquier momento podrían comenzar a multiplicarse y los caminos se sembrarían de cadáveres. Tras atravesar la plaza Mayor, pasó cerca del palacio en el que había muerto y hecho testamento Isabel la Católica apenas tres años antes. A simple vista, era un lugar sobrio y humilde, como la propia reina, a la que muchos añoraban en Castilla, y más desde la muerte del rey Felipe y la locura de la reina Juana. Parecía que su herencia estaba maldita.

Después de preguntar a varios librereros, el pesquisidor consiguió averiguar qué había sido de los hijos de Cantalapiedra. Según le dijeron, el único que quedaba en la ciudad era el mayor, Andrés, pues los demás se habían marchado hacía apenas unas semanas, cuando llegaron las primeras noticias de la peste. En cuanto a este, le informaron de que vivía como un mendigo en las afueras, no muy lejos del castillo que señoreaba la villa, junto a una pequeña escombrera.

—Lo poco que saca pidiendo en la plaza se lo gasta en vino —añadió uno de los librereros con lástima.

Rojas se dirigió hacia el lugar que le habían indicado, pensativo y pesaroso. Se trataba de una casucha medio en ruinas, con las ventanas cubiertas por una tela negra. El pesquisidor llamó a la puerta con mucha discreción, como si no quisiera molestar. Al cabo de un rato, salió a abrir un hombre harapiento que aparentaba unos treinta y tantos años. Era alto y desgarbado. Tenía el pelo ralo, la barba larga y descuidada, los ojos hundidos y el rostro demacrado. Le temblaban mucho las manos, lo que impresionó a Rojas. Al ver que este no decía nada, el hombre le preguntó qué se le ofrecía. El pesquisidor se presentó y le explicó sin rodeos el motivo de su visita:

—Sé que fuisteis vos y vuestro hermano Juan los que asaltasteis la imprenta y la librería de Juan de Porras en Salamanca. Lo único que quiero es que vos me contéis cómo sucedió todo.

—Está bien, podéis pasar —se limitó a decir el hombre al tiempo que le franqueaba la entrada.

Este se mostraba muy tranquilo, como si la visita del pesquisidor no lo hubiera sorprendido ni alarmado. El interior de la casa parecía una pocilga y apenas tenía muebles ni objetos, salvo unos pocos enseres, varias tinajas rotas y algunos libros en mal estado. De modo que Rojas tuvo que sentarse en un arcón desvencijado mientras su anfitrión se dejó caer con una mezcla de alivio y desesperación en un viejo camastro. Antes de hablar, se entretuvo atrapando un piojo que le rondaba por la coronilla. Después dudó si aplastarlo entre los dedos o dejarlo marchar. Al final lo soltó haciendo una mueca extraña. El visitante lo miraba todo con mucha atención.

—Lo primero que debo deciros es que yo soy el único responsable de lo sucedido —aseguró por fin Andrés con gran sentimiento—. Mi hermano Juan tan solo me acompañó en la primera ocasión, pero no participó en los hechos. Incluso trató de disuadirme en algún momento.

—¿Y cuál fue la razón de esos actos? —inquirió Rojas.

—Como supongo que ya sabréis, Juan de Porras se quedó con la imprenta cuando murió su padre, sin haber disuelto la sociedad y sin ofrecernos ninguna clase de indemnización. De ahí que lo denunciáramos —explicó Andrés—. Al final perdió los pleitos y tuvo que resarcirnos, aunque no fue suficiente. Con lo poco que nos dio montamos una pequeña tienda de libros, aquí en Medina del Campo, lejos de sus garras. No era un gran negocio, pero teníamos lo suficiente para vivir con lo que sacábamos en las ferias. Sin embargo, duró poco nuestro gozo. Cuando por fin comenzábamos a levantar cabeza, ese maldito canalla se las arregló para que ninguna imprenta de Salamanca o Valladolid ni ningún mercader importante venido de fuera nos sirviera libros. ¿Podéis creerlo?

—Él dice que lo amenazasteis.

—¿Y qué otra cosa podíamos hacer si la justicia, al final, no había servido para nada? —se defendió Andrés—. De vez en cuando lo veíamos



por aquí, orgulloso de lo mucho que había conseguido, mientras nosotros apenas subsistíamos. Y mi madre se consumía por dentro al ver cómo el trabajo de su marido, nuestro padre, y los bienes por él adquiridos habían ido a parar a manos de ese canalla. Hasta que un día no pude más y lo amenacé con contar todo lo que sabía de su persona a los mercaderes y libreros que hacían tratos con él en las ferias.

El hombre se quedó pensativo y con la mirada perdida.

—Ojalá no lo hubiera llevado a cabo —continuó con voz queda y el gesto triste—, ya que al final fue Juan de Porras el que los puso a todos en nuestra contra y volvió a dejarnos en la calle. El caso es que tuvimos que cerrar la tienda a causa de las deudas y mi madre se apenó tanto que dejó de comer, pues decía que ya no quería seguir viviendo. Mis hermanos y yo tratamos de animarla, pero un día no pudo aguantar más y murió de pena. Esto fue a finales del verano pasado, que es cuando empecé a beber más de lo debido. Si después hice lo que hice, fue sobre todo para vengar su muerte, si bien mi intención no era matar a nadie, sino hacerle daño a ese malnacido —puntualizó agitando las manos.

—Vuestros motivos parecen claros y, hasta cierto punto, podrían resultar comprensibles. Pero contadme qué es exactamente lo que pasó —lo apremió Rojas con tono severo.

—Antes de atacar su imprenta, le hice llegar varios anónimos con el fin de asustarlo y complicarle la vida. Pero no funcionaron. Así que decidí pasar a la acción. Por un amigo de Salamanca, yo sabía que por las tardes, a última hora, Nebrija se dejaba caer por la imprenta para revisar el trabajo de la jornada con el cajista. Mi deseo era hablar con el maestro y contarle todo lo que nos había hecho Juan de Porras, para que supiera con quién se estaba relacionando y dejara de imprimir sus obras con él. Con el fin de darme valor, me puse a beber y al final me emborraché. Al llegar al taller, pregunté por Nebrija, pero resulta que ese día no había aparecido por allí. No

obstante, decidí aprovechar la ocasión para darle una lección a Bartolomé —confesó Andrés desolado.

—¿Por eso lo torturasteis?

—No lo tenía premeditado, pero me sentí tan desesperado y frustrado por la ausencia del maestro Nebrija que no pude evitarlo. Por otra parte, habéis de saber que Bartolomé era un vendido y un traidor. Todo lo que sabía se lo había enseñado mi querido padre, que lo había sacado de la calle y lo había tomado como aprendiz cuando era apenas un muchacho muerto de hambre. Sin embargo, en cuanto se disolvió en la práctica la sociedad, nos abandonó para irse con Juan de Porras, dejándonos en la estacada. De hecho, fue él el que le entregó nuestras llaves para que no tuviéramos acceso a la imprenta. Y eso no se perdona fácilmente. Yo quería llevarme los originales de Nebrija que hubiera en el taller con el fin de que todos pensarán que el ataque también iba dirigido contra él. Pero sabía que para Bartolomé los manuscritos eran algo sagrado y trataría de resistirse antes de entregármelos. De modo que había que darle algo de tormento. De todas formas, mi intención no era matarlo, os lo aseguro, sino provocarle algún daño. Estaba lleno de ira y desesperación, y necesitaba castigar a alguien. Mas al final se me fue la mano a causa de la bebida y la ofuscación. No obstante, reconozco que soy culpable y solo yo pecharé con las consecuencias. Como ya os he dicho, mi hermano no intervino, tan solo yo, y yo estaba fuera de mí —insistió Andrés entre sollozos.

—¿Por qué le grabasteis a fuego una L? —quiso saber el pesquisidor.

—Era la L de ladrón. Evidentemente, se trataba de un mensaje dirigido a su amo —reveló Andrés.

—¿Y por qué no lo dejasteis ahí?

—Ese era mi deseo inicial, os lo aseguro. Pero, en cuanto vi la prensa, no sé qué me pasó que me vino una oleada enorme de rabia y rencor y, una vez más, perdí los estribos —señaló Andrés con gran dolor—. La había construido mi padre con mucho esfuerzo y ahora servía para enriquecer al

individuo que había arruinado a su viuda y a sus hijos, y eso me sublevó. Así que me pareció una gran idea utilizarla como instrumento de tortura. De nuevo mi intención era tan solo dejar marcado al cajista y mandarle una señal a su amo. Pero Bartolomé se asustó tanto que debió de fallarle el corazón, cosa que lamentaré mientras viva —añadió pesaroso con los ojos arrasados de lágrimas.

—Si tanto lo sentisteis, ¿por qué atacasteis luego la tienda de libros? —quiso saber Rojas.

—Aquel día yo había ido a Salamanca para entregarme, pues no podía con los remordimientos por lo que había pasado en el taller. Pero al pasar por delante de una taberna que hay al lado de las casas del concejo, no pude resistirme y entré con el pretexto de que sería la última jarra en mucho tiempo. Mas fueron varias. Cuando salía, vi a lo lejos a Juan de Porras, que caminaba tan tranquilo, como si la muerte del cajista y los perjuicios causados a Nebrija no le hubieran afectado. Así que decidí atacar allí donde más le dolía. Tan pronto se hizo de noche, me acerqué a la librería con el fin de forzar la puerta y destruir parte de la mercancía que en ella se atesoraba.

—Entonces, ¿por qué matasteis al otro cajista? —se apresuró a preguntar Rojas.

—En ese momento no sabía que tuviera ya otro, y menos que se quedara a dormir en la trastienda —puntualizó Andrés con mucha pesadumbre—. El pobre desgraciado apareció de pronto, hecho una furia, y se abalanzó sobre mí con la intención de matarme. Como es lógico, traté de defenderme como pude, dado el estado en el que me encontraba. Forcejeamos, me agarró y lo empujé con fuerza para librarme de él, con tan mala fortuna que fue a golpearse contra el borde de una mesa y murió. Por supuesto, intenté reanimarlo, pero ya no había nada que hacer.

Andrés agachó la cabeza y rompió a llorar con desesperación. Rojas habría querido confortarlo, pero se acordó de las víctimas y se contuvo.

—¿Y qué pasó después? —inquirió.

—Yo estaba tan aterrado —prosiguió el hombre con la voz estrangulada — que, para encubrir su muerte, no se me ocurrió otra cosa que prenderle fuego a la librería, después de preparar varias piras con algunos ejemplares de obras de Nebrija. De esa forma todos pensarían que había muerto intentando apagar el incendio. Esa misma noche partí para Medina. Mi mujer y mis hermanos, tan pronto se enteraron de lo que había ocurrido, no quisieron saber nada de mí y se marcharon lejos de aquí, abandonándome a mi suerte. A los dos días se presentó en mi casa Juan de Porras. Como era de esperar, había adivinado que había sido yo el autor de los asaltos. Después de golpearme con saña, me dijo que si volvía a intentar algo contra sus negocios o decidía entregarme y contarle todo, acabaría con mi familia. Eso fue todo. Unas jornadas más tarde, emprendió su regreso. Movidito por la rabia y la desesperación, salí tras él con la intención de matarlo en alguna revuelta del camino. Pero no fui capaz. Tampoco en Salamanca tuve el valor de vengarme de ese canalla que me había destrozado la vida. Lo único que hice fue lanzar una piedra con un mensaje anónimo a una de las ventanas de la casa de Nebrija, al que también culpaba de lo que me había sucedido. En él lo instaba a que dejara de publicar en la imprenta de Juan de Porras. Cuando regresé a Medina, me trasladé a vivir a esta pocilga. Desde entonces, he permanecido sumido en la inquietud y la zozobra, sin apenas dormir, a la espera de que alguien viniera a detenerme. De modo que ya sabéis lo que ha pasado —concluyó entre lágrimas, completamente abatido.

El pesquisidor parecía muy conmovido y apenado, pero trató de mantenerse firme.

—Lo que me habéis relatado es muy grave y no tiene ninguna disculpa ni justificación, por muy borracho y desesperado que estuviéseris. Mas, si contáis toda la verdad ante el juez y mostráis el debido arrepentimiento, es posible que no os ahorquen —sugirió.

—A estas alturas, tampoco me importaría que lo hicieran, pues no sé muy bien qué es peor —balbuceó Andrés con gran dolor—. Después de la

muerte de mi madre y el rechazo de mi esposa y de los míos, mi vida ya no tiene ningún sentido. Necesito tranquilizar un poco mi conciencia y ajustar cuentas con Dios, y esto último no podré hacerlo hasta haber purgado mi delito. Pero solo me entregaré y declararé la verdad si dejan libre a mi hermano de toda sospecha y protegen a mi familia. Es la única condición que pongo —insistió con voz desgarrada.

—Me comprometo a que así sea —concedió Rojas.

—En ese caso, podemos irnos cuando queráis.

—Una última cosa. ¿Conserváis por casualidad los manuscritos que os llevasteis de la imprenta? —preguntó Rojas.

Andrés se levantó tambaleante y se dirigió a un escondrijo que había en una de las paredes. De él sacó un zurrón y se lo entregó al pesquisidor con manos temblorosas.

—Aquí los tenéis —reveló con emoción—. Dádselos de mi parte al maestro Nebrija y decidle que en ningún momento quise causarle daño o trastorno grave, pues, a pesar de todo, lo admiro mucho. Pedidle que, si puede, me perdone.

—Se lo diré —prometió Rojas al tiempo que cogía el zurrón.

Tras abrirlo, comprobó que en su interior había un cartapacio lleno de papeles. Los echó un breve vistazo y reconoció en ellos con satisfacción la letra de Sabina.

Una vez dejaron la casa, el pesquisidor alquiló un caballo para Andrés y condujo a este a Salamanca. En su recorrido se encontraron a muchas familias que trataban de huir de la peste con sus escasas pertenencias a cuestas. Otros agonizaban ya al borde del camino pidiendo confesión para sus pecados. En los pueblos, los vecinos vigilaban desde los tejados de sus casas o subidos a la torre del campanario para que ningún forastero pudiera entrar en ellos y, si era preciso, lo apedreaban o le echaban los perros, como

Rojas y Andrés pudieron comprobar más de una vez con un escalofrío de terror. De modo que los viajeros no tenían más remedio que rodear el lugar y pasar de largo a toda prisa.

Tan pronto llegaron a la ciudad del Tormes, Andrés se entregó a los alguaciles, que lo pusieron enseguida a disposición del juez. Antes de que lo interrogaran, el pesquisidor se reunió con su señoría y le comunicó que el detenido se había entregado por voluntad propia y, por lo que había averiguado, era el único responsable de lo sucedido en los ataques a la imprenta y la librería de Juan de Porras, si bien había que considerar que las dos muertes en ellos producidas no habían sido premeditadas, sino más bien accidentales. Asimismo, le informó de las circunstancias del caso y especialmente de todo lo relacionado con las actividades del impresor, de lo que el juez tomó buena nota. Este prometió dar protección a la familia del detenido e investigar las actividades de Juan de Porras, si bien iba a ser muy difícil probar sus fechorías. Pero al menos le daría un buen susto para que no siguiera por ese camino.

Por la tarde, Rojas fue a visitar a Andrés al calabozo. Parecía tranquilo y aliviado por haber podido descargar de una vez su conciencia y rendir cuentas a la justicia. Rojas trató de confortarlo y darle esperanzas, pues confiaba en que la resolución judicial fuera hasta cierto punto benévola, dadas las circunstancias. El prisionero le dio las gracias de corazón y le preguntó si podía abrazarlo. El pesquisidor se acercó a las rejas y, a través de los barrotes, consiguieron que sus brazos pudieran estrecharse. Andrés rompió entonces a llorar, lo que hizo que a Rojas casi se le saltaran las lágrimas. No obstante, se contuvo.

Cuando salió a la calle, el pesquisidor echó un vistazo a los manuscritos de Nebrija guardados en el zurrón. Los dos primeros coincidían con lo que el maestro le había dicho. Pero el tercero resultó ser una sorpresa. Se trataba

de una traducción al latín del Evangelio según Juan o *Evangelium secundum Ioannem*, firmada por Aelius Antonius Nebrissensis. Sin poder evitarlo, el pesquisidor comenzó a leer:

*1. In principio erat Verbum, et Verbum erat apud Deum, et Deus erat Verbum. 2. Hoc erat in principio apud Deum. 3. Omnia per ipsum facta sunt, et sine ipso factum est nihil, quod factum est. 4. In ipso vita erat, et vita erat lux hominum. 5. Et lux in tenebris lucet, et tenebrae eam non comprehenderunt...* (1. En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba en Dios, y el Verbo era Dios. 2. Él estaba al principio en Dios. 3. Todas las cosas fueron hechas por Él, y sin Él no se hizo nada de cuanto ha sido hecho. 4. En Él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres. 5. Y la luz luce en las tinieblas, pero las tinieblas no la acogieron...).

Rojas imaginó lo mucho que representaban esos versículos para el maestro Nebrija, ya que en ellos se hablaba de la importancia del Verbo, de la Palabra, del Logos; de su carácter divino, de su valor sagrado y de su poder creador. La Palabra de la Biblia o del Evangelio, por tanto, no era solo la voz de Dios. ¡La Palabra era Dios y Dios era la Palabra! De ella procedía todo. La Palabra era lo único que había al principio, antes de la creación, de lo que, en consecuencia, se deducía que la Palabra lo había creado todo. Sí, también a Dios, había que reconocerlo. Y es que sin la Palabra nada existiría, ni siquiera Nuestro Señor Todopoderoso. La Palabra no era, pues, solo un medio o un mero instrumento de Dios para comunicarse con los hombres, imponerles su ley y revelarles su infinita sabiduría. La Palabra lo era todo. El Verbo, en definitiva, era el Ser. Y esto significaba, ni más ni menos, que la verdadera teología era la filología y los gramáticos, los sumos sacerdotes de la auténtica religión. ¿Y qué pasaba entonces con el Espíritu Santo? Que era tan solo un símbolo de la Palabra revelada en las Sagradas Escrituras. En cuanto a Jesucristo, era el Verbo hecho carne, no tanto el Hijo de Dios como la encarnación del Verbo para que este pudiera hacerse visible y más humano. Y también la Biblia, claro está, era el Verbo. Por eso, en ella eran tan decisivos los detalles, los

pequeños matices, aquellos por los que su amigo había estado a punto de perderlo todo.

De repente, el pesquisidor cayó en la cuenta de que el maestro Nebrija era sin duda el mayor hereje de la historia de la Iglesia, el más sutil y, al mismo tiempo, el más radical, y ni el inquisidor general ni toda su corte de juristas y teólogos se habían dado cuenta de ello, a pesar de haberlo tenido a su merced en un tribunal, aunque es posible que Diego de Deza oyera campanas, mas no lograra ni por asomo averiguar dónde sonaban. Pero ¡cómo lo iban a ver si para ellos la Palabra era un mero instrumento para glorificar a Dios, una simple señal o símbolo de su poderío! De ahí que los detalles no fueran relevantes, sino más bien un engorro. Y si todo eso era así y Rojas estaba en lo cierto, entonces habría que concluir que los herejes y usurpadores eran ellos, los inquisidores, no Nebrija. Ellos serían los impíos, temerarios, sacrílegos, falsarios y escandalosos, y su maestro, el mártir de la causa, ya que lo único que hizo durante el proceso fue defender la verdadera religión, que era la Palabra. La situación era tan irónica que el pesquisidor esbozó una sonrisa.

—¡Bendito hereje! —exclamó para sí—. De modo que tus pequeñas enmiendas a la Biblia latina eran, en realidad, toda una refutación de la manera de interpretar las Sagradas Escrituras por parte la santa Iglesia. La Palabra es en verdad lo único digno de ser amado y reverenciado. Lo demás son historias.



## XXIV

### *Lo que pasó después*

Una vez terminadas las pesquisas y resuelto el caso, a Rojas solo le quedaba devolverle los manuscritos a su propietario y darle buena cuenta de lo sucedido. Pero antes fue a buscar alojamiento en la posada de la calle Veracruz, que encontró cerrada a cal y canto a causa de la peste, al igual que los otros alojamientos, mesones y tabernas de la ciudad. Al ver de quién se trataba, el posadero tuvo a bien ofrecerle una cámara si le juraba por lo más sagrado que no estaba enfermo y que no se acercaría a él ni a su familia.

Después de dejar el caballo en el establo, el pesquisidor se dirigió a la casa de Nebrija. A la altura de la calle del Desafiadero, se cruzó con una procesión en honor a San Sebastián, al que habían sacado en andas para que los protegiera de la calamidad enviada por Dios. En la cabecera iban varios canónigos de la catedral haciendo responsos por los difuntos y detrás, sus acólitos y monaguillos. Cuando Rojas llegó a las escuelas, le dijeron que las aulas ya habían comenzado a vaciarse de alumnos y se estaban dando licencias y dispensas a los catedráticos para que pudieran ausentarse sin perder su salario, siempre que dejaran sustitutos. Pero, como era difícil encontrar quien quisiera asumir las lecciones, algunos no tenían más remedio que quedarse por el momento. De todas formas, tampoco había casi oyentes a los que impartirlas y los colegiales echaban a suertes quién debía quedarse de retén en los colegios mayores. La ciudad, en todo caso, estaba ya casi despoblada, pues muchos se habían vuelto de inmediato a sus

lugares de origen o se habían refugiado en los pueblos y aldeas de los alrededores, sobre todo del sur.

Gracias a un vecino, Rojas logró enterarse de que Nebrija se encontraba con su familia en La Alberca, en plena sierra de Francia. Tras dos jornadas de camino, el pesquisidor arribó a la población. Rodeado de bosques, arroyos y montañas, el lugar competía en belleza con los alrededores. Las casas estaban hechas de piedras con entramados de madera a la vista, de castaño o de roble. La mayoría tenía tres plantas, más un *sobrao*; en la baja solía situarse el establo y en la primera eran frecuentes los balcones adornados con flores. Las puertas estaban guarnecidas de granito y los dinteles exhibían algunas inscripciones. Los tejados tenían grandes aleros que casi se tocaban con los del edificio de enfrente para proteger a los transeúntes de la lluvia y el sol, y las calles estaban empedradas con cantos. Su trazado era algo caótico, irregular e intrincado, y aquí y allá se veían grandes peñas que sobresalían de las paredes. La plaza Mayor estaba ligeramente en cuesta y tenía soportales con columnas de granito. En uno de los lados había un crucero con una fuente de dos caños. No en vano el nombre del lugar tenía que ver con la abundancia de agua.

Lo único malo para Rojas era que no se veía ni un alma en todo el pueblo. Sin embargo, podía oír cómo los vecinos atrancaban las puertas y cerraban los postigos de las ventanas, no fuera a ser que ese forastero tratara de meterse en sus casas, sabe Dios con qué intención. Por suerte, no tardó en aparecer un labriego por el otro lado de la plaza montado en un asno. Cuando lo tuvo a su altura, lo saludó con mucho respeto y le preguntó que dónde paraba el maestro Nebrija, y el hombre le respondió que vivía en la primera casa que había a la entrada, llegando desde Salamanca, la que hacía esquina, en el lado de la derecha. Así que Rojas no tuvo más remedio que desandar el camino. Cuando por fin dio con ella, llamó reciamente a la puerta y al instante salió a abrirle una mujer, que de manera cortés le dio las buenas tardes y le preguntó qué se le ofrecía. El pesquisidor se interesó por

el maestro y ella le dijo que don Antonio estaba en su cámara, trajinando con sus papeles, como hacía la mayor parte del día, pero que, si quería, iba a avisarlo.

—Si no os importa... —le pidió Rojas.

—Desde luego. Y no os quedéis ahí. Venid a tomar algo, que parecéis cansado del viaje. Podéis dejar el caballo en el establo —añadió la mujer mientras le franqueaba la puerta.

Después de que Rojas encerrara el animal, subieron unas escaleras muy empinadas que iban a dar a la cocina. Junto al fuego había un hombre tallando figuras de madera, feliz y satisfecho, mientras entonaba una extraña melodía.

—Este es mi marido, Cristino. Yo, por cierto, me llamo Victoria —le informó la mujer antes de ir en busca de Nebrija.

El hombre lo invitó a que se sentara junto a él y le ofreció vino o aguardiente, lo que más le gustara. El pesquisidor le dijo que el vino le vendría de perlas. Cristino le sirvió entonces un vaso bien colmado y un poco de chacina para recuperar fuerzas.

—Es tinto gordo, como nos gusta por aquí. Espero que os plazca.

—Con la sed que tengo no le haría ascos a nada.

—¿Venís de lejos?

—De Salamanca y antes de Medina del Campo.

—¿Y cómo va la peste por ahí?

—Sin duda goza de buena salud —ironizó Rojas.

—Brindemos entonces por los que aún estamos sanos y salvos —propuso Cristino.

En ese momento volvió Victoria seguida de Nebrija.

—Pero ¡si sois vos! Mi querido amigo, no sabéis cuánto me alegra veros, y más en estas circunstancias tan calamitosas. Dadme un abrazo, siempre y cuando no estéis contagiado —bromeó el maestro.

—Es posible que lo esté, pues, según los físicos, no todos los enfermos tienen los mismos síntomas y algunos parecen sanos por fuera.

—Nos arriesgaremos. ¡Qué remedio!

Por fin se abrazaron dándose fuertes golpes en la espalda, como si quisieran sacudir el polvo de sus ropas, que en el caso de Rojas era abundante.

—Me complace veros tan bien —comentó este.

—Y vos sed bienvenido al hogar de Victoria y Cristino —proclamó Nebrija.

—¿Cómo vinisteis a parar aquí?

—El mismo día que os fuisteis a Medina llegó la enfermedad a Salamanca de la mano de varios estudiantes recién llegados de Burgos. Así que decidimos salir huyendo enseguida. En un principio, pensamos asentarnos en Aldeatejada, como a una legua de Salamanca, pero pronto vimos que lo mejor era instalarnos en la sierra. Este lugar es perfecto. En él no solo estamos lejos de la peste, sino también de las asechanzas del mundo, gracias a la generosidad de estos dos amigos, que nos han acogido sin apenas conocernos y cuidan de nosotros. Las mujeres del pueblo se pasan el día rezando por todos los vecinos y la comida es muy buena, aunque en estos momentos no sea muy abundante. Yo he empezado a trabajar en un nuevo libro y por las tardes salgo a andar por los alrededores con mi buen amigo Cristino. Hay un valle cerca de aquí que llaman de las Batuecas y que es una maravilla. Tenéis que verlo. Es muy frondoso y está lleno de cabras montesas; también hay pinturas de tiempos remotos y un arroyo cristalino que lo atraviesa.

—¿Y la familia?

—Mis hijos están cazando por ahí, Sabina anda ocupada en sus tareas y mi esposa dice que no quiere ver a nadie, no vaya a ser que la contagien. La pobre tiene miedo, como es natural. Y eso que debería estar acostumbrada. Como sabéis, ya vivimos una peste, hace casi treinta años, cuando nació mi

hijo Marcelo. A mí el encierro me está ayudando a sacar adelante nuevas obras, pues no conozco mejor medicina para el alma que el trabajo. Y ahora vayamos a dar un paseo y así me contáis en qué ha acabado todo —propuso Nebrija.

Y eso hicieron. Por el camino, Rojas puso al corriente a su amigo de lo que había averiguado desde que se despidieron, nada más regresar de Sevilla, sin omitir nada. Al cabo de un rato, llegaron a un alto y Nebrija le pidió al pesquisidor que se asomara.

—Ahí abajo está el valle de las Batuecas —le explicó—. Si el paraíso existiera en la tierra, estaría ahí, no lo dudéis. Es lo más parecido que he visto al jardín del Edén. Sería un lugar perfecto para un convento o, mejor aún, para un eremitorio. ¿Os animáis a fundarlo conmigo?

—¿Os referís a un lugar donde consagrarnos al estudio y a la adoración de la Palabra? —dejó caer Rojas.

—Ya veo que me habéis entendido. Y sí, lo reconozco: a estas alturas, lo único que venero de verdad es el Verbo. Por eso intento ejercer la gramática como si fuera un sacerdocio. La Palabra es aquello que nos hace humanos. Sin ella no existiríamos, ya que no tendríamos conciencia ni conocimiento de nosotros mismos ni de nada de lo que nos rodea. Pero no somos nosotros los que creamos las palabras, si acaso las descubrimos o inventamos. Son estas, por el contrario, las que nos crean a nosotros, hablan por nuestra boca y nos dan una conciencia o identidad. La Palabra es, pues, nuestro Creador. La Palabra, para empezar, creó el mundo, como leemos en el Génesis: «*Fiat lux. Et facta est lux*». «Hágase la luz. Y la luz se hizo» —gritó Nebrija, y el eco repitió sus palabras por todo el valle—. Así como todo lo demás. Y luego, a través de nosotros, la Palabra ha ido creando las obras humanas. He ahí su inmenso poder. Eso explica que sean tan importantes los detalles cuando hablamos de Ella, aquellos por los que fui procesado y estuve a punto de perderlo todo. Bendita sea, pues, la Palabra, el Logos griego y su expresión más excelsa: el *Verbum latinum*.

—Lo que decís parece muy sensato —reconoció Rojas—. Pero ¿por qué el latín es la expresión suprema?

—Porque el latín es la lengua más perfecta y excelsa que ha existido nunca, aquella que ha dado lugar a las mayores obras humanas, ya sean del derecho, la moral, la filosofía o la literatura. En ella está nuestro origen y de ella proceden, además, las lenguas vulgares o romances, que no son más que el resultado de la corrupción de la lengua del Lacio, la lengua de los sabios, los héroes y los dioses. Ya sé que el romance castellano ha dado a luz grandes frutos, como vuestra *Tragicomedia de Calisto y Melibea* o las *Coplas a la muerte de su padre*, de Jorge Manrique, y todavía puede dar muchos más. Pero el latín es la lengua por excelencia, la más divina y la más humana. El día en que el latín deje de estudiarse en las Escuelas, el mundo civilizado, tal y como ahora lo conocemos, desaparecerá de la faz de la tierra y ya no habrá bárbaros ni latinos, sino otra cosa cuya denominación desconozco, porque todavía no existe y, por lo tanto, no ha sido nombrada.

—Confiemos en que nunca lo sea, por el bien de la humanidad.

—Eso deseo yo también.

—¿Y no os da miedo que la Inquisición os vuelva a procesar, y esta vez con mayor motivo, por sostener tales pensamientos?

—A mi edad y con todo lo que me ha pasado, ya estoy curado de espanto. Más bien me siento eufórico. Si por mí fuera, ahora mismo gritaría la buena nueva a los cuatro vientos.

—¿Y por qué no lo hacéis?

—Porque no quiero que piensen que soy un orate y eso acabe desacreditando mis palabras, la Palabra. Mucho me temo que para predicarla habrá que aguardar a que llegue el momento adecuado. Ya bastante es que pueda hablar de esto con vos.

—Esperemos, pues, que algún día cualquier autor pueda escribir sobre ello sin miedo a que lo detengan, lo torturen o lo quemen en una hoguera.

—Así sea —convino Nebrija—. Y de Diego de Deza, ¿habéis vuelto a saber algo?

—Para él, todo el asunto de marras estará ya olvidado. Seguro que ha hecho algún pacto de protección con el rey —se limitó a decir el pesquisidor, muy decepcionado.

Cuando el sol comenzó a declinar, regresaron a La Alberca. Mientras andaban, Rojas le terminó de contar a Nebrija su visita a Medina del Campo y su conversación con Andrés.

—O sea que al final se trataba de una triste venganza —concluyó Nebrija.

—Eso parece, y con fatales consecuencias para terceros —señaló Rojas—. Por lo que he podido ver, Andrés está muy arrepentido y dispuesto a asumir las consecuencias. Me rogó, eso sí, que os pidiera en su nombre que lo perdonarais.

—Gracias a vos, ya acabó todo —suspiró Nebrija—. Por mi parte, no tengo ningún inconveniente en perdonarlo, siempre que actúe la justicia. En cuanto a Juan de Porras, no hace falta deciros que ya he puesto fin a nuestra relación y haré todo lo posible para que no salga sin castigo de esto.

—Por mi parte, le he hecho prometer que os devolvería todo lo que os debe —le informó Rojas.

Una vez en la casa, el pesquisidor entró en el establo y sacó de las alforjas los manuscritos que le había dado Andrés con el fin de entregárselos a su legítimo propietario.

—Con esto se cierra el círculo de este caso. Por fin parece que la niebla se ha disipado del todo y ha vuelto la luz —comentó este tras recogerlos.

—Como ya habréis imaginado, he visto que uno de ellos es una traducción del Evangelio de Juan. ¿Por qué me lo ocultasteis?

—Porque no quería que tuvierais que mentir si os llegaban a interrogar los del Santo Oficio. No quise comprometeros, esa es la verdad.

—¿Acaso pensabais que, al final, no iba a ser capaz de dar con él? —le reprochó Rojas.

—De ninguna manera. Pero para entonces ya todo se habría arreglado, como así ha sido —se justificó Nebrija—. Entonces, ¿lo habéis leído?

—No he podido evitarlo. Habéis hecho un gran trabajo.

—En realidad se trata solo de un proyecto, de algo no terminado. Mi deseo sería llegar a traducir una vez más al latín todo el Nuevo Testamento a partir de las fuentes originales. Este manuscrito era solo un avance. Tenía intención de publicarlo tan pronto llegara el momento apropiado, tal vez oculto entre las páginas de otra obra de más extensión. Por eso esta copia estaba en la imprenta, para cuando fuera menester —explicó Nebrija.

—Me bastó leer los primeros versículos para darme cuenta de algo que hasta entonces me había pasado inadvertido —confesó Rojas.

—Sabía que vos os percataríais.

—¿Y qué ocurrirá si el Santo Oficio acaba descubriéndolo?

—Los inquisidores son como aquel famoso necio que, cuando su maestro le señalaba la luna, se quedaba mirando el dedo.

—¡Menudo hereje estáis hecho!

—Los herejes son ellos, no yo.

—Eso pienso yo también —reconoció Rojas con una sonrisa.

—Y ahora que por fin habéis resuelto el caso, ¿qué vais a hacer? —quiso saber Nebrija.

—Huir de la peste y, de paso, de Salamanca. Definitivamente regreso a mi pueblo. Allí estaré más seguro y podré comenzar una vida nueva.

—¿Volveréis algún día?

—No lo creo.

—Entonces, ¿no vais a casaros con Sabina?



—Me temo que no es posible. Mas el problema no es ella, sino yo, ya os lo dije —se justificó Rojas.

—Pues ¡no sabéis lo que os perdéis! —exclamó el maestro Nebrija contrariado—. Pero no voy a insistir más, ya que estoy en deuda con vos y me veo obligado a respetar vuestras decisiones.

—Os ruego no os lo toméis a mal.

—No sería justo por mi parte. En fin, ya que no queréis saber nada de mi hija, aceptad al menos este regalo —le dijo el catedrático tendiéndole el manuscrito del Evangelio de Juan.

—No puedo aceptarlo —rechazó Rojas.

—Tomad, es vuestro —insistió Nebrija—. Es lo menos que puedo hacer para compensaros por todo lo que habéis hecho por mí.

—Pero no deseo que os quedéis sin él.

—Por supuesto, tengo otra copia a buen recaudo —confesó el maestro con un guiño cómplice.

—De todas formas, ya lo leeré cuando lo publicuéis.

—No pienso darlo a la imprenta.

—¿Por qué motivo?

—Precisamente, porque no hay ningún motivo para hacerlo, al menos por ahora —puntualizó Nebrija—. La mayoría de la gente no entiende el latín y a los curas, frailes, obispos, teólogos, letrados y catedráticos lo mismo les da una cosa que la otra mientras tengan poder y el estómago lleno. Los únicos a los que podría interesarle sois vos y Cisneros, pero este tiene intención de impulsar una Biblia políglota en Alcalá de Henares y se tomaría mi traducción como un intento de hacerle la competencia, ya que sus criterios difieren de los míos. Yo busco la pureza filológica y no entro en cuestiones peregrinas, ya lo sabéis. Como traductor, al igual que como gramático, me considero un mero instrumento de la Palabra, nada más. Así que solo me quedáis vos. Será todo un honor para mí que seáis, de momento, el único lector —añadió con seriedad.

—El honor será mío, desde luego —concedió Rojas conmovido.

El pesquisidor cogió el manuscrito con cierta reverencia, como si se tratara de algo sagrado.

—A veces tengo la sensación de que estoy escribiendo en la niebla y que, tan pronto esta se disipe, las palabras desaparecerán y no quedará nada —confesó Nebrija con pesadumbre.

—Por suerte tenemos la imprenta —le recordó Rojas sonriendo.

—Lo malo es que con frecuencia esta la manejan gentes sin escrúpulos que no buscan más que el lucro y no hacen distinguos entre unas cosas y otras.

—Como siempre, tenéis razón —convino Rojas—. Bueno, llegó la hora de irme si no quiero que se me haga de noche.

—¿Por qué no os quedáis a cenar y a dormir en casa de Victoria y Cristino? Les encantará conversar con vos —propuso Nebrija con entusiasmo.

—Lo siento, pero no puede ser —comentó Rojas con el semblante triste—. Me han dicho que hay una venta no muy lejos de aquí. Así podré levantarme mañana a primera hora sin molestar a nadie. Me queda un largo camino por delante.

—En fin, dadme un abrazo, y ya van dos hoy. Creo que me estoy haciendo viejo —suspiró Nebrija.

—Según Marcelo, aún os quedan quince años. En cuanto a los abrazos, nunca están de más —reconoció el pesquisidor estrechando a su amigo con ganas.

—Andad, marchad. Espero veros pronto en alguna parte —le dijo Nebrija, emocionado, antes de separarse y meterse en casa.

Cuando Rojas entró de nuevo en el establo, vio que Sabina lo estaba esperando. A la escasa luz que entraba por la puerta le pareció distinta, tal vez más madura y decidida, como si hubiera cambiado en las últimas semanas.

—Acabáis de llegar y ya os estáis marchando —le reprochó esta algo dolida.

—Así soy yo, no duro demasiado en ninguna parte —reconoció el pesquisidor con resignación.

—¿Acaso no pensabais despediros de mí? ¿Tan poco os importo? —inquirió la joven con tono de enfado.

—Es muy tarde y no quiero que la noche se me eche encima en medio del bosque —pretextó él con cierta torpeza.

—Mi padre me ha dicho que os debe mucho y que le gustaría poder ayudaros de alguna forma.

—Para mí ha sido un privilegio compartir todo ese tiempo con él. De modo que estamos en paz.

—Si tanto lo admiráis, ¿por qué no os quedáis?

—Porque sé que a la larga acabaríamos detestándonos, ya sabéis lo cabezota que es, aunque no tanto como yo, debo admitirlo. Unos cuantos días más juntos y no nos soportaríamos ni nos aguantarían los demás —añadió Rojas algo incómodo.

—¿Y ahora qué vais a hacer?

—Me vuelvo a mi pueblo.

—¿Y por qué no me lleváis con vos?

—Me gustáis mucho y sé que seríais una esposa perfecta para mí. Pero debo pensar también en vos. Sería muy egoísta por mi parte aceptar vuestro amor y la oferta de vuestro padre. Aún sois muy joven, casi una niña, y estoy seguro de que pronto encontraréis un buen marido, alguien de una edad más cercana a la vuestra que os quiera mucho y que sepa lo que desea hacer con su vida. Y yo aún no lo sé —confesó Rojas cada vez más azorado.

—Mi padre se habrá llevado un buen disgusto.

—Si es así, lo lamento mucho, pero yo he sido bastante claro desde el principio. En cuanto a vos, no tenéis por qué tratar de complacerlo siempre

—se atrevió a decir el pesquisidor.

—En este caso, sus deseos coinciden con los míos, os lo aseguro —reveló Sabina con firmeza.

—Y no lo dudo, pero lo más probable es que los vuestros estén muy condicionados por los suyos —replicó Rojas con una sonrisa, como si no terminara de tomársela en serio.

—Yo sé muy bien lo que siento —replicó Sabina con orgullo y decisión.

—Y eso me conmueve. De hecho, estoy convencido de que, con mi huida, el que verdaderamente pierde soy yo. Pero tiene que ser así —insistió el pesquisidor con gesto resignado, pues le tenía aprecio y le daba pena tener que renunciar a ella.

—Si vos lo decís —comentó Sabina con ironía.

—Cuidaos mucho.

—Y vos también. Espero que volváis a escribir. Desde que leí vuestra obra aborrezco los libros de caballerías —confesó ella.

—Eso me halaga. Pero es posible que no vuelva a empuñar la pluma, salvo para redactar alguna carta de cuando en cuando —bromeó él.

—Ojalá sea yo la destinataria.

—Si tanto os complace, os haré llegar alguna.

—La aguardaré desde hoy con impaciencia.

—Eso decís ahora, pero habrá un día, no muy lejano, en que ni os acordaréis de mi nombre, ya lo veréis.

Después de hacer un mohín de enfado, Sabina se acercó a Rojas, se puso de puntillas y le dio un beso en los labios.

—De esta forma no me olvidaré y espero que vos tampoco —dejó caer cuando se separó de él.

## Agradecimientos y deudas

Quiero dar públicamente las gracias al filólogo y biógrafo de Antonio de Nebrija Pedro Martín Baños por la inmensa ayuda prestada para la construcción del ilustre personaje y la ambientación de la novela; a José Antonio Sánchez Paso, por su atenta y atinada lectura de este nuevo *manuscrito*, como ya hizo con los anteriores (el personaje del impresor bejarano José Sánchez del Paso está inspirado en él); a Vicente Bécares Botas, por sus informaciones sobre la imprenta en Salamanca; y a Ricardo Rivero y a José María Maestre Maestre, por sus sugerencias e indicaciones. Y a mis amigos de La Alberca: Sole, Mariví y Cristino. Por otra parte, este libro no habría llegado a los lectores sin la confianza, la complicidad y el buen hacer de la editorial Espasa.

La novela *El manuscrito de niebla*, al igual que *El manuscrito de piedra*, *El manuscrito de nieve*, *El manuscrito de fuego*, *El manuscrito de aire* y *El manuscrito de barro*, que la precedieron, es hija de la imaginación propia y de algunos libros ajenos. He aquí, pues, una selección de los textos que me ayudaron en esta nueva travesía, si bien conviene recordar, una vez más, que se trata de una obra de ficción y que, por lo tanto, el autor se ha tomado en ella algunas libertades:

ÁLVAREZ SÁENZ DE BURUAGA, José, *Las ruinas de Emérita y de Itálica a través de Nebrija y Rodrigo Caro*, Revista de Estudios Extremeños, vol. 2, III-IV, pp. 566-567.

- BÉCARES BOTAS, Vicente, *Guía documental del mundo del libro salmantino del siglo XVI*, Instituto Castellano y Leonés de la Lengua, Burgos, 2006.
- , *Librerías salmantinas del siglo XVI*, Instituto Castellano y Leonés de la Lengua-Caja Segovia, 2007.
- , *Los agentes del libro incunable salmantino (1483-1510)*, vol. 2, pp. 81-105. Titivillus, 2016.
- BONMATÍ SÁNCHEZ, Virginia, *La filología bíblica del humanista Elio Antonio de Nebrija (1444-1522)*, Studia Philologica Valentina, vol. 10, n. s. 7, pp. 47-63, 2007.
- BOTELLO, David y RODRÍGUEZ ALBENDEA, May, *Felipe el Hermoso. Anatomía de un crimen*, Oberon, Madrid, 2015.
- CUESTA GUTIÉRREZ, Luisa, *La imprenta en Salamanca. Avance al estudio de la tipografía salmantina (1480-1944)*, Biblioteca Nacional-Diputación Provincial de Salamanca, 1960.
- G. OLMEDO, Félix, S. I., *Nebrija (1441-1522): debelador de la barbarie, comentador eclesiástico, pedagogo, poeta*, Editora Nacional, Madrid, 1942.
- , *Nebrija en Salamanca (1475-1513)*, Editora Nacional, Madrid, 1944.
- GALENDE DÍAZ, Juan Carlos, *El proceso inquisitorial a través de su documentación. Estudio diplomático*, Espacio, Tiempo y Forma (serie IV, H. Moderna), n. 14, pp. 491-517, 2001.
- GÓMEZ ASENSIO, José Jesús, *Nebrija vive*, Fundación Antonio de Nebrija, Madrid, 2006.
- GONZÁLEZ DE CALDAS MÉNDEZ, María Victoria, *El Santo Oficio en Sevilla*, Mélanges de la Casa de Velázquez, n. 27, 2, pp. 59-114, 1991.
- HINOJO ANDRÉS, Gregorio, *Nebrija y Salamanca: historia de un desencuentro*, Revista de Estudios Salmantinos, n. 43, pp. 57-71, Salamanca, 1999.
- LÓPEZ-VIDRIERO, María Luisa y M. CÁTEDRA, Pedro, *La imprenta y su impacto en Castilla*, Imprenta Cervantes, Salamanca, 1998.

- MANGUEL, Alberto, *Una historia de la lectura*, Alianza Editorial–Fundación Germán Sánchez Ruipérez, Madrid, 1998.
- MANO GONZÁLEZ, Marta de la, *Mercaderes e impresores de libros en la Salamanca del siglo XVI*, Universidad de Salamanca, Salamanca, 1998.
- MARTÍN BAÑOS, Pedro, *Estudio, edición y traducción de un inédito burlesco de Antonio de Nebrija: la Malleoli Ascalaphi Cisterciensis Ordinis commodatarii uita*, Cuadernos de Filología Clásica. Estudios Latinos, n. 31, 2, pp. 255-291, 2001.
- , *Repertorio bibliográfico de las «Introductiones Latinae» de Antonio de Nebrija (1481-1599)*, Academia del Hispanismo, Vigo, 2014.
- , *La pasión de saber. Vida de Antonio de Nebrija*, Universidad de Huelva, Huelva, 2019.
- , *Elio Antonio de Nebrija (1444-1522). Polímata, polígrafo, ergo humanista*, Archiletras Científica: Revista de Investigación de Lengua y Letras, n. 1, pp. 185-195, 2019.
- NEBRIJA, Antonio de, *Apología*, estudio de Pedro Martín Baños, edición y traducción de Baldomero Macías Rosendo, Universidad de Huelva, Huelva, 2014.
- , *Poesías latinas*, ed. bilingüe de Virginia Bonmatí Sánchez, Palas Atenea, Madrid, 2014.
- RICO, Francisco, *Nebrija frente a los bárbaros*, Universidad de Salamanca, Salamanca, 1979.
- VARONA GARCÍA, María Antonia, *Identificación de la primera imprenta anónima salmantina*, Investigaciones Históricas: Época Moderna y Contemporánea, n. 14, pp. 25-34, 1994.
- VV. AA., *Historia de la edición y de la lectura en España 1472-1914*, Fundación Germán Sánchez Ruipérez, Madrid, 2003.
- VV. AA., *Juan Párix, primer impresor en España*, Instituto Castellano y Leonés de la Lengua-Caja Segovia, 2004.

*El manuscrito de niebla*

Luis García Jambrina

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© del diseño y la ilustración de la portada, Agustín Escudero

© Luis García Jambrina, 2022

© Editorial Planeta, S. A., 2022

Espasa Libros, sello editorial

de Editorial Planeta, S.A

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: [sugerencias@espasa.es](mailto:sugerencias@espasa.es)

Primera edición en libro electrónico (epub): enero de 2022

ISBN: 978-84-670-6494-0 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta



**¡Encuentra aquí tu próxima  
lectura!**



**¡Síguenos en redes sociales!**



LUIS GARCÍA JAMBRINA

EL  
MANUSCRITO  
DE NIEBLA



